

Stephen King

Relatos Raros de Ficción
Vol. 1

Contenido

Los relatos aquí publicados no pertenecen a ningun libro “oficial” de Stephen King, sino que son relatos publicados en revistas, recopilaciones, diarios y otros medios masivos. Junto a cada relato habrá una reseña referida a la primera publicación de éste.

Johnatan y las brujas	3
Gente, lugares y cosas. Vol. 1	5
El hotel al final del camino	5
¡Tengo que escapar!	7
La cosa al fondo del pozo	8
El extraño	9
La expedición maldita	10
El otro lado de la niebla	11
Nunca mires detrás tuyo	12
En el submundo del terror (Yo fui un profanador de tumbas adolescente)	13
El piso de cristal	26
Slade	33
El compresor de aire azul	44
El gato del infierno	52
La familia King y la bruja malvada	63
La noche del tigre	69
Skybar	79
Antes de la función	90
El duende	125
Las revelaciones de Becka Paulson	128
Los reploides	141
Una tarde en lo de dios	153
El asesino	157
El sueño de Harvey	159
Pelotón D	165
Un pez gordo	171
Chinga (Maleficio)	179
Créditos	206

Johnathan y las Brujas

(Johnathan and the witches)

(Stephen King escribió el siguiente relato cuando tenía nueve años. Recien fue publicado en 1993, en el libro "First words: Earliest writting from favourite contemporary authors")

Había una vez un muchacho llamado Johnathan. Era inteligente, atractivo y muy valiente. Pero Johnathan era el hijo del zapatero.

Un día, su padre le dijo, "Johnathan, debes irte a buscar tu destino. Ya eres lo suficientemente mayor."

Siendo un muchacho inteligente, Johnatan sabía que lo mejor sería pedirle un trabajo al rey.

Así que partió.

En el camino, conoció a un conejo que era un hada disfrazada. La asustada criatura estaba siendo perseguida por cazadores y saltó a los brazos de Johnathan. Cuando los cazadores llegaron hasta Johnathan, él señaló en una dirección y gritó excitadamente, "¡Por allá! ¡Por allá!"

Cuando los cazadores se fueron, el conejo se convirtió en hada y dijo, "me has ayudado. Te concederé tres deseos. ¿Cuáles son tus deseos?"

Pero a Johnathan no se le ocurría nada, así que el hada acordó a concedérselos cuando los necesitara.

Así, Johnathan siguió caminando hasta que llegó al reino sin incidentes.

Entonces fue hasta el rey y solicitó trabajo.

Pero, para su suerte, el rey estaba de muy mal humor aquel día. Así que decidió ventilar su ánimo en Johnathan.

"Sí, hay algo que puedes hacer. En la Montaña contigua hay tres brujas. Si puedes matarlas, te daré 5,000 coronas. Si no puedes hacerlo, te haré decapitar! Tienes 20 días." Y con estas palabras, despachó a Johnathan.

"¿Ahora qué voy a hacer?" Pensó Johnathan. Bien, debo intentarlo.

Entonces, se acordó de los tres deseos que le habían concedido y se dirigió a la montaña.

Ahora Johnathan estaba en la montaña y estaba a punto de desear tener un cuchillo para matar a la bruja, cuando escuchó una voz en su oído, “La primer bruja no puede ser apuñalada.”

La segunda bruja no puede ser apuñalada o asfixiada.

La tercera no puede ser apuñalada, ni asfixiada y es invisible.

Con este conocimiento, Johnathan miró en derredor sin ver a nadie. Entonces recordó al hada, y sonrió.

Se fue en la búsqueda de la primer bruja.

Finalmente, la encontró. Estaba en una cueva cerca de la falda de la montaña, y era una vieja de aspecto maléfico.

Él recordó las palabras del hada, y antes que la bruja pudiese hacer otra cosa que echarle una fea mirada, él deseó que pudiera ser asfixiada. Y ¡Helo ahí! Estuvo hecho.

Después subió en busca de la segunda bruja. Había una segunda cueva en lo alto. Ahí encontró a la segunda bruja. Estaba a punto de desear que pudiera ser asfixiada, cuando recordó que no podía ser asfixiada. Y antes que la bruja pudiese hacer otra cosa que echarle una fea mirada, deseó que fuera aplastada. Y ¡Helo ahí! Estuvo hecho.

Ahora solo tenía que matar a la tercer bruja y podría obtener las 5,000 coronas. Pero mientras subía la montaña, se preguntaba en la forma de hacerlo.

Entonces se le ocurrió un plan maravilloso.

Después, vio la última cueva. Esperó fuera de la entrada hasta escuchar los pasos de la bruja. Entonces recogió un par de rocas grandes y deseó.

Deseó que la bruja fuera una mujer normal. Y ¡Helo ahí! Se volvió visible y entonces Johnathan la golpeó con las piedras que llevaba.

Johnathan cobró sus 5,000 coronas y él y su padre vivieron felices para siempre.

Gente, lugares y cosas. Volumen 1

(People, places and things. Vol.1)

(Los siguientes siete relatos pertenecen a “Gente, lugares y cosas. Volumen 1”, el cual fue publicado en colaboración con Chris Chesley (un amigo de la infancia de King). Constaba de 8 relatos escritos por King, 9 por Chesley y uno en colaboración. Dos de los relatos escritos por King (“Estoy cayendo” y “La deformación dimensional”) se perdieron y no se sabe nada de ellos)

El hotel al final del camino

(The hotel at the end of the road)

- ¡Más rápido! – dijo Tommy Riviere - ¡Más rápido!
- Lo estoy poniendo a ciento veinte – dijo Kelso Black.
- Tenemos a los polis encima nuestro – dijo Riviera – Ponlo a ciento cuarenta.

Se asomó por la ventanilla. Detrás del automóvil que huía se encontraba un patrullero, con la sirena aullando y las luces rojas destellando.

- Voy a doblar en el camino lateral de allí adelante – gruñó Black. Giró el volante y el automóvil se internó en el tortuoso camino de grava.

El policía uniformado se rascó la cabeza.

- ¿A dónde se fueron?

Su compañero frunció el entrecejo.

- No lo sé. Simplemente... desaparecieron.

- Mira – señaló Black – Hay unas luces enfrente.

- Es un hotel – se asombró Riviera - ¡Un hotel, en este camino perdido! ¡Tiene que funcionar! La policía nunca nos buscará allí.

Black clavó los frenos sin importarle los neumáticos del automóvil. Riviera se inclinó sobre el asiento trasero y aferró una bolsa negra. Empezaron a caminar.

El hotel parecía una escena sacada de la época del 1900.

Riviera pulsó la campanilla con impaciencia. Apareció un anciano.

- Queremos una habitación – exigió Black.

El hombre los contempló en silencio.

- Una habitación – repitió Black.

El hombre se dio vuelta para volver a su oficina.

- Mira, viejo – dijo Tommy Riviera – Eso no se lo perdono a nadie. – Extrajo su treinta y ocho – Ahora mismo vas a darnos una habitación.

El hombre parecía dispuesto a seguir su camino, pero por último pronunció:

- Habitación cinco. Al final del pasillo.

Como no les ofreció firmar el registro, ellos subieron. El cuarto estaba vacío salvo por una cama doble de hierro, por un espejo resquebrajado y un empapelado mugriento.

- Aah, qué basura de cuarto – dijo Black, asqueado – Apostaría a que hay tantas cucarachas aquí que se podría llenar un bidón de veinte litros.

Al despertar a la mañana siguiente, Riviera no pudo salir de la cama. No podía mover ni un músculo. Estaba paralizado. Entonces el viejo se dejó ver. Tenía la aguja que acababa de aplicarle a Black en los brazos.

- De modo que está despierto – dijo – Queridos míos, ustedes dos son los primeros agregados a mi museo en veinticinco años. Pero se conservarán bien. Y no morirán. Irán a parar al resto de la colección de mi museo viviente. Unos hermosos especímenes.

Tommy Riviera ni siquiera pudo expresar su horror.

¡Tengo que escapar!

(I've got to get away)

¿Qué estoy haciendo aquí?», me pregunté de repente. Estaba terriblemente asustado. No podía recordar nada, pero aquí estaba yo, trabajando en la línea de montaje de una central atómica. Todo lo que sabía era que me llamaba Denny Phillips. Era como si me acabara de despertar de un sueño apacible. El lugar estaba vigilado y los guardias portaban pistolas. Tenían la apariencia de ser de negocios. Había otros trabajadores y parecían zombis. Parecían prisioneros.

Pero no importaba. Tenía que descubrir quién era yo... qué estaba haciendo.

¡Tenía que escapar!

Empecé a cruzar el piso, y uno de los guardias gritó:

- ¡Vuelve aquí!

Corrí por la habitación, me abalancé sobre el guardia y salí por la puerta. Oí el estallido de las pistolas y supe que me estaban disparando. Pero el pensamiento persistía:

¡Tengo que escapar!

Había un nuevo grupo de guardias bloqueando la otra puerta. Pareció que estaba atrapado, hasta que vi una pértiga balanceándose. Me agarré de ella y fui proyectado cien metros hasta que aterricé. Pero no terminó bien. Había un guardia allí. Me disparó. Me sentí débil y mareado... me sumergí en un abismo grande y oscuro...

Uno de los guardias se quitó la gorra y se rascó la cabeza.

- No sé Joe, no sé. El progreso es una gran cosa... pero que x-238^a... Denny Phillips..., son unos buenos robots... pero se desorientan una y otra vez, y parece como si estuvieran buscando algo... casi humano. Oh, está bien.

Pasó un camión que en un costado decía: REPARACIÓN DE ROBOTS ACME.

Dos semanas más tarde, Denny Phillips estaba de nuevo en el trabajo... con una mirada ausente en sus ojos. Pero de repente...

Sus ojos se aclararon... y el persistente pensamiento volvió a él:

¡¡TENGO QUE ESCAPAR!!

La cosa al fondo del pozo

(The thing at the bottom of the well)

Oglethorpe Crater era un niño horrible y miserable. Adoraba atormentar a perros y gatos, arrancarle las alas a las moscas, y observar cómo se retorcían los gusanos mientras los estiraba lentamente. (Esto dejó de ser divertido cuando se enteró de que los gusanos no sienten dolor.)

Pero su madre, que era tonta como ella sola, no advertía ni sus rarezas ni sus demostraciones de sadismo. Un buen día, cuando Oglethorpe y su mamá regresaron a casa desde el cine, la cocinera abrió de un portazo, presa de un ataque de nervios.

- ¡Ese niño espantoso atravesó una soga en los escalones del sótano, así que cuando bajé a buscar patatas me caí y casi me mato! – gritó.

- ¡No le creas! ¡No le creas! ¡Ella me odia! – lloró Oglethorpe con las lágrimas saltándole de los ojos. Y el pobrecito Oglethorpe comenzó a sollozar como si le hubieran roto su pequeño corazón.

Mamá despidió a la cocinera y Oglethorpe, el pequeño y adorado Oglethorpe, subió a su cuarto a clavarle alfileres a Spotty, su perro. Cuando mamá preguntó por qué Spotty estaba llorando, Oglethorpe le respondió que se había clavado un vidrio en una pata. Dijo que se lo arrancaría. La mamá pensó: «mi pequeñín Oglethorpe es un buen samaritano».

Entonces, un día, mientras se encontraba en el campo buscando más cosas a las que poder torturar, Oglethorpe descubrió un pozo profundo y oscuro. Gritó, creyendo que escucharía un eco.

- ¡Hola!

Pero una suave voz le respondió:

- Hola, Oglethorpe.

Oglethorpe miró hacia abajo pero no pudo ver nada.

- ¿Quién eres? – preguntó Oglethorpe.

- Ven, baja – le dijo la voz– y nos divertiremos mucho.

De modo que Oglethorpe bajó.

El día transcurrió y Oglethorpe no regresó. Su mamá llamó a la policía y se organizó una batida de rescate. Durante algo más de un mes buscaron al pequeño y adorado Oglethorpe. Justo cuando estaban a punto de rendirse encontraron a Oglethorpe en un pozo, y bien muerto.

¡Y vaya manera de morir!

Tenía los brazos arrancados, de la forma en que lo hacen las personas cuando le arrancan las alas a las moscas. Le habían clavado alfileres en los ojos y mostraba otras torturas demasiado horribles de describir.

Cuando envolvieron su cuerpo (o lo que quedaba de él) y se marcharon, realmente les pareció escuchar una risa proveniente del fondo del pozo.

El extraño

(The stranger)

Kelso Black se estaba riendo.

Se rió hasta que el costado empezó a dolerle y la botella de whisky barato que aferraba entre sus manos se le derramó por el suelo.

¡Policías idiotas! Había sido tan fácil. Y ahora tenía cincuenta de los grandes en sus bolsillos. ¡Si el guardia había muerto, era tan sólo por su culpa! Se le había atravesado en el camino.

Riendo, Kelso Black se llevó la botella a los labios. Fue en eso cuando las escuchó: unas pisadas en la escalera que llevaba al ático donde se había escondido.

Tomó su pistola. La puerta se entreabrió.

El extraño vestía una chaqueta negra y un sombrero ladeado sobre los ojos.

- Hola, hola – dijo - . Kelso, he estado observándote. Me agradas muchísimo. – El extraño se rió y le produjo un estremecimiento de horror.

- ¿Quién es usted?

El hombre se rió de nuevo.

- Tú me conoces. Yo te conozco. Hicimos un pacto hará casi una hora, en el momento en que le disparaste a ese guardia.

- ¡Lárguese! – la voz de Black se elevó estridentemente - ¡Lárguese! ¡Lárguese!

- Ya es hora de que vengas conmigo, Kelso – le dijo el extraño con suavidad – Después de todo, tenemos un largo camino que recorrer.

El extraño se quitó la chaqueta y el sombrero. Kelso Black contempló aquel Rostro. Gritó.

Kelso Black gritó y gritó y gritó.

Pero el extraño apenas se rió y, en un instante, el cuarto estuvo silencioso. Y vacío.

Aunque olía poderosamente a azufre.

La expedición maldita

(The cursed expedition)

- Bien – dijo Jimmy Keller, mirando más allá del tren de aterrizaje, hacia donde el cohete descansaba en medio del desierto. Un viento solitario soplaba en el desierto, y Hugh Bullford dijo:

- Sí. Es hora de partir hacia Venus. ¿Por qué? ¿Por qué queremos ir a Venus?

- No lo sé – respondió Keller – Simplemente no lo sé.

El cohete aterrizó sobre Venus. Bullford comprobó el aire y exclamó en tono asombrado:

- ¡Pero..., el aire es bueno, como el viejo aire de la Tierra! Perfectamente respirable.

Ambos salieron, y fue el turno para el asombro de Keller.

- ¡Caray, es como una primavera en la Tierra! Todo lujurioso y verde y bonito. ¡Caray, es... es el Paraíso!

Corrieron al exterior. Las frutas eran exóticas y deliciosas, la temperatura perfecta.

Cuando cayó la noche durmieron afuera.

- Voy a llamarlo el Jardín del Edén – afirmó Keller con entusiasmo.

Bullford contemplaba el fuego.

- Este lugar no me gusta, Jimmy. Siento que está todo mal. Hay algo... maligno en los alrededores.

- Eres feliz en el espacio – se mofó Keller – Duérmete.

A la mañana siguiente James Keller apareció muerto.

En su rostro había una mirada de horror que Bullford esperaba no volver a ver jamás.

Bullford llamó a la Tierra luego de enterrarlo. No obtuvo respuesta. La radio estaba muerta. Bullford la desarmó y volvió a armarla. No había nada roto en ella, pero el hecho persistía: no funcionaba.

La preocupación de Bullford fue en aumento. Corrió al exterior. El paisaje era igual de agradable y feliz. Pero Bullford podía notar la maldad en él.

- ¡Tú lo mataste! – gritó – ¡Lo sé!

De repente la tierra se abrió y se deslizó hacia él. Volvió corriendo a la nave, al borde del pánico. Pero no lo hizo sin antes tomar una muestra de tierra.

Analizó la tierra y entonces el terror se apoderó de él. Venus estaba vivo.

De repente la nave espacial se inclinó y cayó. Bullford gritó. Pero la tierra se cerró por encima de él y casi pareció relamerse los labios.

Luego volvió a la normalidad, esperando a la próxima víctima...

El otro lado de la niebla

(The other side of the fog)

Cuando Pete Jacob salió, la niebla inmediatamente se tragó su casa y no logró distinguir nada más que un manto blanco a su alrededor. Le produjo el extraño sentimiento de ser el último hombre en el mundo.

De repente Pete se sintió mareado. Se le revolvió el estómago. Se sentía como una persona en un ascensor en picada. Luego se le pasó y empezó a caminar. La niebla comenzó a aclarar y los ojos de Pete se desorbitaron a causa del miedo, el temor y la maravilla.

Se encontraba en el medio de una ciudad.

¡Pero la ciudad más cercana estaba a más de cincuenta kilómetros!

¡Y qué ciudad! Pete nunca había visto algo así.

Elegantes edificios de altas espirales parecían querer alcanzar el cielo. La gente caminaba sobre cintas transportadoras en movimiento.

En la cima de un rascacielos leyó: 17 de abril, 2007. Pete había caminado hacia el futuro. ¿Pero, cómo?

De repente Pete sintió miedo. Se sintió horrible, terriblemente asustado.

Él no pertenecía a este sitio. No podía quedarse. Corrió hacia la niebla en retirada.

Un policía de extraño uniforme le gritó, enfurecido. Por poco no lo atropellan unos extraños automóviles que rodaban a quince centímetros o así del piso. Pero Pete tuvo suerte. Volvió a internarse en la niebla y muy pronto todo se esfumó.

Entonces la sensación volvió a aparecer. Esa misteriosa sensación de caída... luego la niebla comenzó a aclarar.

Se parecía a su hogar...

De repente hubo un chillido estridente. Se dio vuelta para ver un enorme brontosauro prehistórico que corría hacia él. Tenía el deseo de matar en sus pequeños ojos.

Aterrado, corrió de nuevo hacia la niebla...

La próxima vez que la niebla te rodee y escuches unos pasos precipitados atravesando la blancura... llámalos.

Podría ser Pete Jacobs, tratando de encontrar su salida de la Niebla...

Ayuda al pobre tipo.

Nunca mires detrás de ti

(Never look behind you)

George Jacobs estaba cerrando su oficina cuando una anciana entró resueltamente.

Casi nadie atravesaba su puerta en esos días. Las personas lo odiaban. Durante quince años le había vaciado los bolsillos a la gente. Nunca nadie había logrado engancharlo con ninguna acusación. Pero mejor volvamos a nuestra pequeña historia.

La anciana que entró tenía una fea cicatriz en su mejilla izquierda. Sus ropas consistían en su mayor parte en trapos sucios de tela burda. Jacobs estaba contando su dinero.

- ¡Bien! Cincuenta mil novecientos setenta y tres dólares con sesenta y dos centavos.

A Jacobs siempre le gustó ser preciso.

- De hecho, mucho dinero – dijo ella – Estaría muy mal que no pudiera gastarlo.

Jacobs se dio vuelta.

- Pero... ¿quién es usted? – preguntó, sorprendido a medias - ¿Qué derecho tiene a espiarme?

La mujer no contestó. Levantó su huesuda mano. Se produjo una llamarada de fuego en su garganta... y un grito. Luego, con un borbotón final, George Jacobs murió.

- Me pregunto qué (o quién) pudo haberlo matado – dijo un joven.

- Me alegra que haya muerto – dijo otro.

Aquel fue afortunado.

No miró detrás de él.

En el submundo del terror

(In a half-world of terror)

(Yo fui un profanador de tumbas adolescente)

(Este relato fue publicado por primera vez en el fanzine Comics review, 1966, bajo el nombre "I was a teenage grave robber". Un año después fue publicado en Stories of Suspense N° 2, con el nuevo nombre)

CAPÍTULO UNO

Era como una pesadilla. Como uno de esos sueños irreales de los que te despiertas a la mañana siguiente. Sólo que esta pesadilla estaba sucediendo de verdad. Delante de mí alcanzaba a distinguir la linterna de Rankin: un gran ojo amarillo en la sofocante oscuridad estival. Me tropecé con una lápida y por poco no me desparramo de bruces. Rankin se volvió hacia mí, siseando un juramento:

- ¿Es que quieres despertar al vigilante, imbécil?

Susurré una respuesta y continuamos andando sigilosamente. Por fin, Rankin se detuvo y enfocó el haz de la linterna sobre una lápida recientemente cincelada. En ella podía leerse:

DANIEL WHEATHERBY

1899–1962

Reunido con su amada esposa en una tierra mejor

Sentí que me ponían una pala en las manos y, repentinamente, estuve seguro de que no podría hacerlo. Pero entonces recordé al administrador de becas meneando su cabeza y diciendo: *Temo que no podemos darte más tiempo, Dan. Tendrás que irte hoy mismo. Te ayudaría de alguna forma si pudiera, créeme...*

Excavé en la todavía blanda tierra y la arrojé por sobre mi hombro. Unos quince minutos después mi pala entró en contacto con la madera. Ambos nos pusimos a ensanchar el agujero rápidamente, hasta que la linterna de Rankin reveló el ataúd. Nos metimos en el pozo y lo izamos.

Atontado, contemplé cómo Rankin le atizaba a los cerrojos con la pala. Luego de unos pocos golpes éstos se rompieron y pudimos alzar la tapa. El cadáver de Daniel Weatherby nos miró con ojos vidriosos. Sentí que el horror se derramaba lentamente sobre mí. Siempre creí que los ojos permanecían cerrados cuando uno estaba muerto.

- No te quedes allí – susurró Rankin – son casi las cuatro. ¡Tenemos que largarnos de aquí!

Envolvimos el cuerpo con una manta y regresamos el ataúd al pozo. Lo tapamos y reemplazamos el césped, rápido pero cuidadosamente. Dispersamos toda la tierra que nos sobró.

Para cuando cargábamos con el cuerpo amortajado de blanco ya los primeros rastros del alba comenzaban a iluminar el cielo oriental. Atravesamos la valla que bordeaba el cementerio y nos internamos en el bosque que lo limitaba por el oeste. Rankin se abrió paso

expertamente durante unos cuatrocientos metros hasta que lo cruzamos y llegamos al automóvil, que seguía estacionado donde lo habíamos dejado, en una rodada abandonada y cubierta de malezas que alguna vez había sido un camino. El cadáver fue a parar al baúl. Poco después nos unimos al flujo de automovilistas que se apresuraban en alcanzar el tren de las seis.

Me contemplaba las manos como si nunca antes las hubiera visto. La mugre que tenía bajo mis uñas había estado amontonada sobre el lugar de reposo final de un hombre, menos de veinticuatro horas atrás. Se sentía inmundado.

La atención de Rankin se concentraba por entero en la conducción del coche. Al mirarlo comprendí que el repulsivo acto que acabábamos de cometer no le preocupaba en lo más mínimo; para él se trataba de un trabajo más. Nos desviamos de la carretera principal y empezamos a remontar el sinuoso, estrecho y sucio camino. Y entonces salimos al espacio abierto y pude verla, la mansión victoriana que se elevaba en la cumbre de la empinada pendiente. Rankin dió la vuelta y sin decir una palabra enfiló hacia la escarpada roca de un acantilado que se alzaba durante otros doce metros más, un poco a la derecha de la casa.

Se produjo un horrendo sonido chirriante y se abrió una parte de la colina lo suficientemente ancha como para permitir el paso del automóvil. Rankin nos condujo adentro y apagó el motor. Nos encontramos en una estancia pequeña, con forma de cubo, que servía como garaje oculto. En ese momento se abrió una puerta al otro extremo y un hombre alto y rígido se nos acercó.

El rostro de Steffen Weinbaum parecía una calavera; tenía unos ojos insondables y una piel que se le tensaba tanto sobre los pómulos que la carne era casi transparente.

- ¿Dónde está? – su voz era profunda, ominosa.

En silencio, Rankin se bajó y yo lo seguí. Rankin abrió el baúl y sacamos la figura envuelta en la manta.

Weinbaum asintió lentamente.

- Bien, muy bien. Tráiganlo al laboratorio.

CAPÍTULO DOS

Mis padres murieron en un accidente automovilístico cuando yo tenía trece años. Quedé solo y tendría que haber ido a parar a un orfanato. Pero el testamento de mi padre reveló que me había dejado una sustancial suma de dinero, y yo tenía mucha confianza en mí mismo. Los de asistencia social nunca me rondaron y a los trece años me ví abandonado en el extraño rol de ser el único inquilino de mi propia casa. Pagué la hipoteca de la cuenta del banco e intenté estirar los dólares tanto como fuera posible.

El dinero escaseaba para cuando tuve dieciocho años y terminé el colegio, pero igual quise ingresar en la universidad. Vendí la casa por diez mil dólares por intermedio de un comprador de bienes raíces. A comienzos de septiembre todo se me vino encima. Recibí una carta muy amable de Erwin, Erwin y Bradstreet, Abogados. Para ponerlo en el idioma del hombre de la calle, la carta decía que el departamento comercial en el que mi padre había estado empleado había llevado una auditoría general de sus libros; parecía que faltaban quince mil dólares y que tenían pruebas de que mi padre se los había robado. El resto de la carta simplemente manifestaba que si yo no pagaba los quince mil dólares iríamos a la corte y que intentarían duplicar aquella cantidad.

Todo aquello me trastornó y, por esa razón, aquellas preguntas que se me tendrían que haber ocurrido no lo hicieron. ¿Por qué no descubrieron antes el error? ¿Por qué me estaban ofreciendo arreglar el asunto sin ir a la corte?

Fui hasta la oficina de Erwin, Erwin y Bradstreet y discutimos el tema. Para decirlo en pocas palabras, pagué la suma que me estaban pidiendo y me quedé sin dinero.

Al día siguiente busqué la firma Erwin, Erwin y Bradstreet en la guía telefónica. No figuraba. Me dirigí a su oficina y encontré un cartel de *Se Alquila* en la puerta. Fue entonces cuando comprendí que había sido estafado como un niño incauto; cosa que, reflexioné miserablemente, era justo lo que yo era.

A los de la universidad los engañé durante mis primeros meses, pero finalmente descubrieron que no había sido convenientemente matriculado.

Ese mismo día conocí a Rankin en un bar. Fue mi primera experiencia en una taberna. Tenía una licencia de conducir falsificada, así que pedí los whiskys suficientes como para emborracharme. Imaginé que lograrlo me llevaría algo así como dos whiskys puros, ya que nunca antes de aquella noche había tomado más que una botella de cerveza.

El primero me sentó bien; el segundo logró que mi problema pareciera más inconsistente. Me estaba zampando el tercero cuando Rankin entró en el bar.

Se sentó en el taburete junto al mío y me miró con atención.

- ¿Tienes algún problema? – le pregunté bruscamente.

Rankin sonrió.

- Sí, ando buscando un ayudante.

- ¿Ah, sí? – le pregunté, interesado - ¿Te refieres a que quieres contratar a alguien?

- Sí.

- Bien, soy tu hombre.

Comenzó a decir algo pero luego cambió de idea.

- Mejor vayamos a un reservado y conversémoslo, ¿te parece?

Nos dirigimos a un reservado y comprendí que me estaba arriesgando demasiado.

Rankin tiró de la cortina.

- Así está mejor. Ahora, ¿quieres un trabajo?

Asentí.

- ¿Te preocupa de qué pueda tratarse?

- No. ¿Cuánto es la paga?

- Quinientos el trabajo.

Se evaporó un poco la niebla rosada que me rodeaba. Algo no andaba bien allí. No me gustó nada la forma en que usó la palabra «trabajo».

- ¿A quién tengo que matar? – pregunté con una sonrisa poco jovial.

- No tienes que hacerlo. Pero antes de que pueda decirte de qué se trata, tendrás que hablar con el señor Weinbaum.

- ¿Quién es?

- Es un... científico.

La niebla se evaporó más aún. Me levanté.

- Uh-uh. No tengo interés en servir de conejito de indias. Consíguete a otro flaco.

- No seas idiota – me dijo – Nadie te hará daño.

- Bien, vamos – respondí, en contra de mi buen juicio.

CAPÍTULO TRES

Tras una recorrida por la casa que incluyó al laboratorio, Weinbaum se refirió al propósito de mi labor. Vestía un guardapolvo blanco y había algo en él que hacía que me estremeciera por dentro. Se apoltronó en la sala y me señaló un asiento. Rankin había desaparecido. Weinbaum me observó con esos ojos penetrantes y una vez más sentí que me atravesaba una corriente helada.

- Se lo explicaré de este modo – dijo – mis experimentos son demasiado complicados como para describirlos con lujo de detalles, pero están relacionados con la carne humana. Con carne humana muerta.

Empecé a notar que sus ojos se iluminaban con llamaradas vacilantes. Parecía una araña lista para zamparse una mosca, y toda la casa era su tejido. El sol se inflamaba al oeste, y profundos charcos de sombras se extendían por el cuarto, ocultando su rostro, pero dejando los relucientes ojos, como si se movieran en la creciente oscuridad.

Él continuaba hablando:

- A menudo, las personas donan sus cuerpos a los institutos científicos para su estudio. Desafortunadamente soy un hombre que trabaja en solitario, de modo que tengo que recurrir a otros métodos.

El horror saltó sonriendo desde las sombras, y por mi mente se filtró la horrible imagen de dos hombres cavando a la luz de una luna imprecisa. Una pala golpeaba la madera; el ruido congeló mi alma. Me puse de pie de un salto.

- Creo que puedo encontrar el camino hasta la puerta, señor Weinbaum.

Se rió suavemente.

- ¿Le comentó Rankin cuál es la paga por este trabajo?

- No estoy interesado.

- Mal hecho. Esperaba que pudiera verlo a mi manera. No le llevaría más de un año ganar el dinero suficiente como para volver a la universidad.

Me sobresalté, experimentando la extraña sensación de que aquel hombre estaba escrutando mi alma.

- ¿Cuánto sabe de mí? ¿Cómo lo averiguó?

- Tengo mis recursos – rió entre dientes de nuevo - ¿Va a reconsiderarlo?

Vacílé.

- ¿Hacemos la prueba? – me preguntó suavemente – Estoy convencido de que ambos podemos llegar a un mutuo entendimiento.

Tuve la terrible impresión de estar hablando con el mismísimo diablo, que de algún modo me había obligado a venderle mi alma.

- Preséntese aquí a las ocho en punto, pasado mañana a la noche – me dijo.

Así fue como todo empezó.

En cuanto Rankin y yo ubicamos el cadáver envuelto de Daniel Weatherby sobre la mesa del laboratorio se encendieron unas luces detrás de unos paneles rectangulares que parecían tanques de vidrio.

- Weinbaum – sin darme cuenta, había olvidado llamarlo «señor»- me parece...

- ¿Ha dicho algo? – preguntó, con sus ojos atravesando los míos. El laboratorio pareció alejarse. Sólo quedábamos nosotros dos, precipitándonos en un submundo repleto de horrores que estaban más allá de la imaginación.

Rankin entró vestido con una blanca chaqueta corta, y rompió el hechizo al decir:

- Todo listo, profesor.

Rankin me detuvo en la puerta.

- El viernes, a las ocho.

Un escalofrío helado y terrible me corrió por la espalda cuando miré hacia atrás. Weinbaum había tomado un escalpelo y estaba cortando la sábana que cubría el cuerpo. Ambos me miraron de manera extraña y yo me largué de allí.

Me subí al auto y rápidamente desanduve el angosto y sucio sendero. No volví la mirada. El aire era puro y caliente, con una promesa de verano en ciernes. El cielo era azul, con algodinosas nubes blancas deslizándose por la cálida brisa estival. La noche anterior parecía una pesadilla, un sueño vago que, como todas las pesadillas, se vuelve irreal y transparente cuando resplandece la brillante luz del día. Pero cuando conduje más allá de las verjas de hierro del Cementerio Crestwood comprendí que no se trataba de un sueño. Cuatro horas atrás mi pala había removido la tierra que cubría la tumba de Daniel Weatherby.

Un nuevo pensamiento me asaltó por primera vez. ¿Qué le estaban haciendo al cuerpo de Daniel Weatherby en ese momento? Relegé la pregunta a un profundo rincón de mi mente y apreté el acelerador. Me concentré en manejar el auto, agradecido por haber alejado de mi mente, al menos durante un rato, la terrible acción que había llevado a cabo.

CAPÍTULO CUATRO

El paisaje de California se borroneaba a medida que aumentaba la velocidad. Los neumáticos chirriaron en una curva y, cuando salí de ella, varias cosas sucedieron al mismo tiempo.

Vi a una camioneta imprudentemente estacionada en medio de la línea blanca, a una muchacha de unos dieciocho años corriendo justo hacia mi auto, y a un hombre mayor detrás de ella. Clavé los frenos, que explotaron como bombas. Maniobré el volante y el cielo de California de repente se encontró debajo de mí. Entonces todo se acomodó y comprendí que había dado una vuelta de campana. Por un momento quedé aturdido, pero entonces un grito fuerte y chillón, penetrante, me atravesó la cabeza.

Abrí la puerta y corrí a toda velocidad por la ruta. El hombre tenía a la muchacha y estaba arrastrándola hacia la camioneta. Era más fuerte que ella, pero la chica le estaba arrancando unos centímetros de piel por cada paso que él daba.

El tipo me descubrió.

- Tú te quedas donde estás, compañero. Yo soy su tutor.

Me detuve y me sacudí las telarañas de mi cerebro. Era exactamente lo que él había estado esperando. Cargó con un puñetazo que me asestó a un lado de la barbilla y me derribó al suelo. Agarró a la muchacha y prácticamente la arrojó dentro de la cabina.

Cuando logré levantarme él ya estaba en el asiento del conductor y haciendo rechinar los neumáticos. Pegué un salto y me subí al techo justo cuando arrancaba. Por poco no salí despedido, aunque tuve que arañar como cinco capas de pintura para poder sujetarme. Entonces extendí un brazo a través de la ventanilla abierta y lo sujeté del cuello; con una maldición, el tipo me agarró de la mano. Dio un volantazo, y el camión giró locamente al borde de un empinado terraplén.

Lo último que recuerdo es la trompa del camión apuntando hacia abajo. Entonces mi contrincante me salvó la vida al pegarme un tirón del brazo; salí dando volteretas justo cuando el camión se zambullía por el precipicio.

Aterricé duro, aunque la piedra en la que aterricé lo era más. Todo se desvaneció.

Algo fresco me tocó la frente cuando recuperé el sentido. Lo primero que vi fue la luz roja que destellaba en el techo del auto de aspecto oficial, estacionado junto al terraplén. Me erguí de repente, y unas manos suaves me empujaron hacia abajo. Unas manos agradables, las manos de la muchacha que me había metido en este enredo.

Tenía a un Agente de la Policía de Carreteras sobre mí, y a una voz oficial que me decía:

- La ambulancia está en camino. ¿Cómo se encuentra?

- Machucado – le dije, sentándome de nuevo – Aunque dígame a la ambulancia que se largue. Estoy bien.

Intentaba sonar impertinente. La policía era lo último que necesitaba luego del “trabajito” de las últimas noches.

- ¿Qué puede decirme sobre esto? – preguntó el policía, sacando una libreta de notas.

Antes de contestarle caminé sobre el terraplén. El estómago me dio un vuelco. La camioneta estaba enterrada de trompa en el suelo de California, y mi compañero de boxeo estaba transformando a aquella buena tierra de California en un barro rojizo con su propia sangre. Yacía grotescamente, con una mitad dentro de la cabina, y con la otra mitad fuera. Los fotógrafos estaban haciendo sus tomas. Estaba muerto.

Retrocedí. El agente de policía me miraba como esperando que vomitara pero, gracias a mi nuevo trabajo, mi estómago era admirablemente fuerte.

- Yo venía conduciendo desde el distrito de Belwood – le respondí – aparecí doblando aquella curva...

Le conté el resto de la historia con la ayuda de la muchacha. Justo cuando terminé llegó la ambulancia. A pesar de mis protestas y de las de mi todavía anónima amiga, fuimos empujados a la parte trasera.

Dos horas después teníamos el visto bueno de salud por parte del agente de policía y de los doctores, y nos pidieron que testimoniáramos en las pesquisas de la semana siguiente.

Encontré mi automóvil en el bordillo. Se encontraba un poco peor que antes, aunque las ruedas reventadas habían sido reemplazadas. ¡En el salpicadero había una factura que daba cuenta de los gastos del camión grúa, de los neumáticos, y del escuadrón de limpieza! Ascendía a casi doscientos cincuenta dólares; la mitad del cheque por el trabajo de la noche anterior.

- Pareces preocupado – dijo la chica.

Me volví hacia ella.

- Um, sí. Bien, ya que esta mañana casi nos asesinan juntos, ¿qué te parece si me dices cómo te llamas y vamos a almorzar a algún lado?

- De acuerdo – dijo ella – Mi nombre es Vicki Pickford. ¿Y el tuyo?

- Danny – respondí inexpresivamente mientras nos apartábamos del bordillo. Cambié de tema con rapidez - ¿Qué sucedió esta mañana? Le escuché decir a ese tipo que era tu tutor...

- Sí – confirmó.

Me reí.

- Mi nombre es Danny Gerad. Te enterarás por los diarios vespertinos.

Ella sonrió gravemente.

- De acuerdo. Era mi custodio. También era un borrachín y un tipo despreciable.

Sus mejillas se tiñeron de rojo. La sonrisa desapareció.

- Lo odiaba, y me alegro de que haya muerto.

Me echó una mirada cortante y por un instante vislumbré el húmedo brillo del miedo en sus ojos; luego recuperó su autocontrol. Estacionamos y comimos el almuerzo.

Cuarenta minutos después pagué la cuenta con mi dinero recientemente adquirido y regresamos al auto.

- ¿Hacia dónde? – pregunté.

- Motel Bonaventure – dijo ella – Es donde estoy parando.

Ella notó un sobresalto de curiosidad en mis ojos y suspiró.

- Está bien, estaba huyendo. Mi tío David me encontró e intentó arrastrarme de vuelta a casa. Cuando le dije que no iría me metió en la camioneta. Estábamos pasando esa curva cuando le arrebaté el volante de las manos. Entonces llegaste tú.

Se encerró en sí misma como una almeja y no intenté obtener más nada de ella. Había algo extraño en su historia; no quise presionarla. La acerqué hasta la playa de estacionamiento y apagué el motor.

- ¿Cuándo puedo verte de nuevo? – pregunté - ¿Qué tal si vemos una película mañana?

- Seguro – contestó.

- Pasaré a buscarte a las siete y media – le dije y me alejé, reflexionando pensativamente en los eventos que me habían ocurrido en las últimas veinticuatro horas.

CAPÍTULO CINCO

Cuando entré en el departamento el teléfono estaba sonando. Lo descolgué y tanto Vicki como el accidente y el luminoso mundo laboral de la California suburbana se fundieron en un submundo de sombras, de seres fantasmas. La voz que susurraba fríamente en el receptor era la de Weinbaum.

- ¿Problemas? – inquirió con suavidad, aunque había un tono ominoso en su voz.

- Tuve un accidente - le contesté.

- Leí acerca de een el diario... - la voz de Weinbaum se arrastró. El silencio descendió sobre nosotros durante un momento y luego dije:

- ¿Eso significa que me está descartando?

Esperé que dijera que sí; yo no tenía la valentía suficiente para –enunciar.

- No - respondió con suavidad - tan sólo quería asegurarme de que no reveló nada sobre el... trabajo... que está realizando para mí.

- Pues b—en, no lo hice - le dije lacónicamente.

- Ma—ana a la noc—e - me recordó - A las ocho.

Hubo un click y luego el tono de discar. Me estremecí y colgué el receptor. Tenía la extrañísima sensación de acabar de cortar una comunicación con la tumba.

La mañana siguiente a las siete y media en punto pasé a buscar a Vicki por el Motel Bonaventure. Ella estaba ataviada con un vestido que le daba un aspecto estupendo. Le silbé por lo bajo; ella se ruborizó encantadoramente. No hablamos del accidente.

La película era buena y nos tomamos de la mano parte del tiempo, comimos palomitas de maíz parte del tiempo, y nos besamos una o dos veces. Todo aquello en una tarde agradable.

El segundo detalle importante sucedió llegando al climax de la película, cuando un acomodador bajó por el pasillo.

Se detenía en cada fila y parecía irritado. Finalmente se plantó en la nuestra. Barrió la fila de asientos con el haz de la linterna y preguntó:

- ¿El señor Gerad? ¿Danie- Gerad?

- ¿Sí? - pregunté, sintiendo la culpa y el miedo corriendo a través de mí.

- Hay un caballero en el teléfono, señor. Dice que es una cuestión de vida o muerte.

Vicki me miraba sobresaltada mientras yo seguía al acomodador apresuradamente.

Alertaron a la policía. Mentalmente tomé nota de mis únicos parientes vivos. La tía Polly, la abuela Phibbs y mi tío abuelo Charlie; hasta donde yo sabía todos ellos seguían con vida.

Podrían haberme derribado con una pluma cuando le vanté el receptor y escuché la voz de Rankin.

Habló rápidamente, con una cruda señal de miedo en su voz:

- ¡Ven aquí, ahora mismo! Necesitamos...

Había sonidos de lucha, un grito ahogado, luego un chasquido y el tono vacío del discado.

Colgué y regresé a toda prisa junto-a Vicki.

- Ven - le dije.

Me siguió sin preguntarme nada. Al principio pensé en conducir hasta el motel, pero el grito ahogado me hizo decidir que se trataba de una emergencia. Ni Rankin ni Weinbaum me gustaban, pero sabía que tenía que ayudarlos.

Nos largamos.

- ¿D- qué se trata? - preguntó Vicki ansiosamente, mientras yo pisaba el acelerador y hacía patinar el auto-móvil.

--Mira - le dije - algo me dice que tienes tus propios secretos con respecto a tu tutor; yo también tengo los míos. Por favor, no preguntes.

Ella no volvió a hablar.

Tomé posesión de la senda de paso. El velocímetro subió de ciento veinte a ciento treinta, continuó aumentando y tembló al borde de los ciento cuarenta. Entré en el desvío en dos ruedas, y el auto se zarandeó, se aferró al piso y empezó a volar por el sendero.

Podía ver la casa, siniestra y lúgubre contra el cielo encapotado. Detuve el auto y me encontré afuera en un segundo-

- Espera aquí - le grité a Vicky por sobre mi hombro.

Había una luz encendida en el laboratorio; abrí la puerta violentamente. Estaba vacío pero arrasado. El lugar era un lío de tubos de ensayo rotos, aparatos destrozados y, sí, unas manchas sangrientas que cruzaban la puerta entornada que llevaba al garaje en sombras. Entonces advertí el líquido verde que fluía por el suelo en pegajosos riachuelos. Por primera vez noté que se había roto uno de los diversos tanques. Caminé por encima de los otros dos. Las luces que tenían adentro estaban apagadas, y los paneles que los cubrían no dejaban ver qué podrían haber tenido dentro o, ya que estamos, qué era lo que todavía tenían.

No tenía tiempo para andar mirando. No me gustó nada la vista de la sangre, todavía fresca y sin coagular, que se dirigía a la puerta delantera del garaje. Abrí la puerta con cuidado y entré en el garaje. Estaba oscuro y no sabía dónde buscar el interruptor de la luz. Me maldije por no traer la linterna que guardaba en la guantera. Me adelanté unos pocos pasos y me di cuenta de que una corriente de aire frío me soplaba contra la cara; avancé hacia ella.

La luz del laboratorio arrojaba un dorado pozo de luz a todo lo largo del suelo del garaje, aunque no llegaba a alumbrar nada en esa espesa negrura. Regresaron todos mis infantiles

miedos a la oscuridad. Una vez más me introduje en esos reinos del terror que sólo un niño puede llegar a conocer. Comprendí que la sombra que me espiaba desde la oscuridad no podría disiparse con ninguna luz brillante.

De repente, mi pie derecho pisó el vacío. Adiviné que la corriente de aire provenía de una escalera en la que casi me había caído. Lo debatí durante un momento, pero luego me volví y atravesé de prisa el laboratorio y corrí hacia el auto.

- CAPÍTULO SEIS

Vicki se me vino encima en cuanto abrí la puerta del auto.

- ¿Danny, qué estás haciendo aquí?

Su tono de voz me hizo mirarla con atención. Su rostro se veía aterrorizado bajo el enfermizo resplandor de la luz.

- Trabajé en este lugar - expliqué brevemente.

- Al principio no advertí donde no- encontrábamos - dijo ella-, con lentitud - Sólo una vez estuve aquí.

- ¿Has estado aquí antes? - exclamé - ¿Cuándo? ¿Y por qué?

- Una noche - dijo- reservadamente - le traje la comida al tío David. Se la había olvidado.

El nombre hizo sonar una campanilla en mi mente. Ella comprendió que yo intentaba recordar de quién se trataba.

- Mi tutor - explicó - Quizás lo mejor sería que te cuente toda la historia. Probablemente sepas que no se suele designar como tutor a las personas que tienen problemas con la bebida. Bien, el tío David no siempre los tuvo. Hace cuatro años, cuando papá y mamá murieron en un choque de trenes, el tío David era la persona más amable que te puedas imaginar. La corte lo designó como mi tutor hasta que yo llegara a la mayoría de edad, con mi sustento completo.

Se quedó callada durante un momento, reviviendo sus recuerdos, y la expresión que le cruzó por los ojos no fue nada agradable; luego continuó el relato.

- Hace dos años cerró la compañía en la que trabajaba como vigilante nocturno, y mi tío se quedó sin trabajo. Estuvo desempleado durante casi año y medio. Comenzamos a desesperarnos, con tan sólo los cheques de asistencia social para alimentarnos y con la universidad amenazando con suspenderme. Entonces consiguió un trabajo. Era bien pago y originaba sumas fabulosas. Solía bromear sobre los bancos que había tenido que robar. Una noche él me miró y me dijo: «No se trata de bancos».

Sentí que el miedo y la culpa me daban golpecitos en el hombro con unos dedos fríos. Vicki siguió hablando.

- Comenzó a volverse irritable. Empezó a traer whisky a la casa y a emborracharse. Me esquivaba en las ocasiones en que le preguntaba por su trabajo. Una noche me dijo que dejara de molestarlo y que me metiera en mis propios asuntos.

»Lo vi derrumbarse delante de mis propios ojos. Hasta que una noche se le escapó un nombre; Weinbaum, Steffen Weinbaum. Un par de semanas después olvidó llevarse su comida de medianoche. Busqué el nombre en la guía telefónica y se la llevé. Se puso terriblemente furioso, como nunca lo había visto.

»En las semanas que siguieron se quedaba más y más tiempo en esta casa horrible. Una noche, cuando volvió a casa, me pegó. Yo decidí escapar. El tío David que conocía estaba muerto, al menos para mí. Pero me atrapó... y entonces llegaste tú.

Se quedó callada.

Me estremecí de la cabeza a los pies. Tenía una idea bastante aproximada acerca de qué fue lo que hizo el tío de Vicki para ganarse la vida. La época en la que Rankin me había contratado coincidía con aquella en la que el tutor de Vicki perdiera el control. En ese instante estuve a punto de arrancar el auto y largarme, a pesar de la salvaje carnicería del laboratorio, a pesar de la escalera secreta, incluso a pesar del reguero de sangre en el piso. Pero entonces un grito lejano y débil llegó hasta nosotros. Manoteé el botón del compartimiento de la guantera, metí la mano dentro, y la revolví hasta encontrar la linterna.

La mano de Vicki me apretó el brazo.

- No, Danny. Por favor, no lo hagas. Sé que algo terrible está pasando aquí.
¡Conducenos lejos de eso!

El grito sonó de vuelta, esta vez más debilitado, y tomé una determinación: agarré la linterna. Vicki me adivinó la intención.

- Muy bien, iré contigo.— Uh-uh – dije - Tú te quedas aquí. Tengo el presentimiento de que hay algo... suelto allí afuera. Tú te quedas aquí.

Volvió al asiento de mala gana. Cerré la puerta y regresé corriendo al laboratorio. Entré de nuevo al garaje, sin detenerme. La linterna alumbró el agujero oscuro donde la pared se había deslizado para revelar la escalera. Con la sangre tamborileándome densamente en las sienes, me aventuré allí abajo. Fui contando los escalones, apuntando con la linterna hacia las anodinas paredes, hacia la impenetrable oscuridad de las profundidades.

- Veinte, veintiuno, veintidós, veintitrés...

Al llegar al treinta, la escalera se convirtió repentinamente en un corto pasadizo. Empecé a atravesarlo sigilosamente, deseando tener a mano un revólver o incluso un cuchillo que me hiciera sentir un poco menos desnudo y vulnerable.

De repente un grito, terrible y colmado de miedo, resonó en la oscuridad que tenía enfrente. Era el sonido del terror, el sonido de un hombre enfrentado con algo salido de los más profundos fosos del horror. Comencé a correr. Mientras lo hacía advertí que la fría corriente de aire me estaba soplando directamente en la cara. Supuse que el túnel debía dar al exterior. Y entonces me tropecé con algo.

Era Rankin, tirado en el charco de su propia sangre; sus ojos contemplaban el techo con un horror vidrioso. La parte trasera de su cabeza estaba aplastada.

Delante de mí escuché el disparo de una pistola, una maldición, y otro grito. Corrí hacia allí y por poco me caigo de bruces al tropezar con unos nuevos escalones. Al subirlos distinguí, allá arriba, una escalera vagamente enmarcada contra una abertura cubierta con malezas. Las hice a un lado y me encontré con un cuadro sorprendente: silueteada contra el cielo, una figura alta que sólo podía ser de Weinbaum, con un revólver colgándole de una mano, y mirando hacia el suelo en sombras. Incluso las nubes, que se habían abierto brevemente para dejar pasar la luz de las estrellas, volvieron a cerrarse.

Él me escuchó y se dio vuelta con prontitud, con sus ojos vidriosos como linternas rojas en la oscuridad.

- Oh, es usted, Gerad.

- Rankin está muerto - le dije.

- Lo sé – respondió - Usted podría haberlo evitado llegando un poco más rápido—

- Oh, cállese - le contesté, enojado - Me apuré...

Fui interrumpido por un sonido que, desde entonces, me ha venido persiguiendo en mis pesadillas, un horroroso sonido maullante, como si se tratara del grito de dolor de alguna rata gigantesca. Por el rostro de Weinbaum vi pasar el reconocimiento, el miedo, y finalmente un parpadeo de determinación, todo en cuestión de segundos. Me sentí profundamente aterrorizado.— ¿Qué es eso? - pregunté con la voz estrangulada.

Como al descuido, con toda su afectada indiferencia, barrió el fondo del pozo con el haz de luz, y alcancé a notar que su mirada se apartaba de algo.

La cosa maulló de nuevo y experimenté otro espasmo de miedo. Estiré el cuello para poder ver qué clase de horror yacía en aquel pozo, un horror capaz de lograr que incluso Weinbaum gritara de abyecto terror. Y justo antes de que pudiera verlo, un horrible alarido de espanto se alzó y desplomó desde el difuso contorno de la casa.

Weinbaum dejó de alumbrar el pozo con su linterna y la apuntó contra mi cara.

- ¿Quién fue? ¿Con qu-én vino usted? - preguntó.

Pero yo tenía mi propia linterna encendida, de modo que volví a atravesar corriendo el pasadizo, con Weinbaum pegado a mis talones. Había reconocido el grito. Ya lo había oído antes, cuando una muchacha asustada casi se abalanza contra mi auto mientras huía de su maniático tutor.

¡Vicki!

CAPÍTULO SIETE

Escuché que Weinbaum ahogaba un grito cuando entramos en el laboratorio. El lugar estaba inundado del líquido verde. ¡Los otros dos recipientes estaban rotos! Sin detenerme, transpuse los recipientes destruídos y vacíos y salí por la puerta. Weinbaum no me siguió.

No había nadie en el coche; la puerta del lado del pasajero estaba abierta. Barrí el suelo con la luz de mi linterna. Aquí y allá se veían las huellas de una chica que calzaba tacones altos, una chica que tenía que ser Vicki. El resto de las huellas fueron borradas por algo monstruoso; vacilo al intentar considerarla una huella. Era más bien como si algo grande se hubiera arrastrado en dirección al bosque. Su enormidad quedó demostrada, además, cuando descubrí los arbolillos quebrados y la maleza aplastada.

Volví corriendo al laboratorio, donde Weinbaum estaba sentado con la cara pálida y estirada, contemplando los tres tanques vacíos y destrozados. El revólver estaba sobre la mesa; me apoderé de él y me dirigí hacia la puerta.

- ¿Adónde se piensa -ue va con eso? - interpeló, poniéndose de pie.

- Afuera, en busca d- Vicki - gruñí - Y si llega a est-r herida o... - no terminé la frase.

Me precipité en la aterciopelada oscuridad de la noche. Me zambullí en el bosque con la pistola en una mano y la linterna en la otra, siguiendo el sendero trazado por algo en lo que no quería pensar. La pregunta vital que me ardía en la mente era si tenía a Vicki o si aún la estaba arrastrando. Si la tenía en su poder...

Mi pregunta fue respondida por un grito agudo que no sonó demasiado lejos de mí.

Salí corriendo, más rápidamente ahora, cuando de repente aparecí en un claro.

Quizás sea porque quiero olvidarlo, o tal vez sólo porque la noche era oscura y comenzaba a ponerse brumosa, pero lo cierto es que tan solo puedo recordar cómo Vicki apareció a la luz de mi linterna, corriendo hacia mí, para enterrar su cabeza contra mi hombro y sollozar.

Una enorme sombra se me acercó maullando de manera asquerosa, volviéndome casi loco del terror. Atropelladamente, escapamos de aquel horror en la oscuridad, de regreso a las reconfortantes luces del laboratorio, lejos del nunca visto terror que acechaba en la negrura. Mi cerebro, enloquecido por el miedo, me decía que si sumabas dos y dos obtenías un cinco.

Los tres tanques habían contenido tres cosas provenientes de los más oscuros abismos de una mente retorcida. Una había escapado; Rankin y Weinbaum la persiguieron. Había matado a Rankin, pero Weinbaum la hizo caer en el pozo disimulado. La segunda cosa se debatía ahora torpemente en el bosque, y de repente recordé que, fuera lo que fuese, era muy grande y le había llevado bastante tiempo arrastrarse hasta allí. Entonces comprendí que había retenido a Vicki en una hondonada. ¡Había llegado al fondo... con mucha facilidad! Pero, ¿y volver a escalarla? Estaba casi seguro de que no podría lograrlo.

Dos de ellas se encontraban fuera del juego. Pero, ¿dónde estaba la tercera? Mi pregunta fue respondida en ese preciso instante por un grito proveniente del laboratorio. Y por un... maullido.

CAPÍTULO OCHO

Corrimos hasta la puerta del laboratorio y la abrimos. Estaba vacío; los gritos y los terribles sonidos maullantes provenían del garaje. Llegué a la puerta, y desde aquel entonces he estado agradecido de que Vicki se quedara en el laboratorio y se ahorrara la visión que me ha despertado de mil espantosas pesadillas.

El laboratorio estaba en sombras y lo único que podía distinguir era una enorme mancha moviéndose perezosamente. ¡Y los alaridos! Gritos de terror, los gritos de un hombre que se está enfrentando a un monstruo salido de los abismos del infierno. Algo maullaba espantosamente y parecía jadear complacido.

Mi mano se movió en busca de la llave de la luz. ¡Allí estaba, la encontré! La luz inundó el cuarto, iluminando un cuadro de horror que era el resultado del asunto de la tumba en el que había participado, tanto el tío muerto como yo.

Un gusano grande y blanquecino se retorció en el suelo del garaje, reteniendo a Weinbaum con sus ventosas extendidas, alzándolo hacia esa boca rosa y goteante de la que provenían los desagradables maullidos. Las venas, rojas y pulsantes, sobresalían bajo su carne viscosa, y millones de diminutos gusanos serpenteaban en las vasos sanguíneos, en la piel, incluso formaban un gran ojo que me miró fijamente. Un inmenso gusano, compuesto de centenares de millones de gusanos, los festejantes de la carne muerta que Weinbaum había utilizado tan desvergonzadamente.

Inmerso en el submundo del terror, disparé el revólver una y otra vez. La cosa maulló y se convulsionó.

Weinbaum gritó algo mientras era arrastrado inexorablemente hacia la boca que esperaba. Aunque no podía creerlo, logré entenderle por sobre el horroroso sonido que producía la criatura.

- ¡Dispárele! ¡Por el amor del cielo, dispárele!

Entonces noté los pegajosos charcos de líquido verde que, provenientes del laboratorio, se rebalsaban sobre el suelo. Me puse a buscar mi encendedor, lo encontré y lo accioné frenéticamente. De repente recordé que había olvidado cambiarle la piedra. De modo que busqué la cajita de fósforos, saqué uno y con aquél encendí todos los demás. Lo hice justo

cuando Weinbaum gritaba por última vez. Distinguí su cuerpo a través de la translúcida piel de la criatura, que aún se sacudía mientras miles de gusanos se le pegaban como sanguijuelas. Sintiendo náuseas, arrojé los fósforos encendidos en el rezume verde. Era inflamable, tal como lo imaginaba. Estalló en llamas resplandecientes. La criatura se enroscó en una asquerosa pelota de carne pulsante y podrida.

Me volví y salí a los tropicónes hasta donde se encontraba Vicki, pálida y temblo-osa.

- ¡V-mos! - le dije - salgamos de aquí! ¡Todo el lugar va a arder!

Nos abalanzamos dentro del auto y nos alejamos a toda velocidad.

CAPÍTULO NUEVE

No queda mucho por agregar. Imagino que habrán leído todo lo referente al fuego que arrasó el distrito residencial Belwood de California, y que barrió con casi veinte kilómetros cuadrados de bosques y casas residenciales. No podría sentirme demasiado mal acerca de aquel incendio. Calculo que cientos de personas habrían sido exterminadas por las gigantescas cosas-gusano que Weinbaum y Rankin estaban engendrando. Volví a aquel lugar en el auto, luego del incendio. Todo estaba lleno de ruinas carbonizadas. No quedaban restos reconocibles del horror contra el que luchamos esa última noche, y, tras buscar durante un rato, encontré un armario de metal. Adentro tenía tres cuadernos de anotaciones.

Uno de ellos era el diario de Weinbaum. Lo leí con detenimiento. Revelaba que estaban experimentando con la carne muerta, exponiéndola a los rayos gamma. Un día observaron una cosa extraña: algunos de los gusanos que se arrastraban sobre la carne estaban creciendo, agrupándose. Con el tiempo fueron creciendo juntos, formando tres grandes gusanos por separado. Quizás la bomba radiactiva había acelerado la evolución.

No lo sé.

Además, no quiero saberlo.

Supongo que, en cierto modo, tuve algo que ver con la muerte de Rankin; la carne del cadáver cuya tumba yo mismo había profanado quizás había alimentado a la misma criatura que lo terminó matando.

Vivo con ese pensamiento. Pero creo que puede haber un perdón. Me estoy esforzando por conseguirlo. O, más bien, ambos nos estamos esforzando.

Vicki y yo. Juntos.

El piso de cristal

(The glass floor)

Introducción:

En la novela *Deliverance* de James Dickey, hay una escena en la que un campesino que vive en el quinto pino se golpea una mano con una herramienta mientras repara su auto. Uno de los hombres de la ciudad, quienes andan buscando a un par de tipos que les conduzcan sus coches río abajo, le pregunta a este colega, de nombre Griner, si se lastimó mucho. Griner se mira la mano ensangrentada y luego murmura: «Naá; no es tan malo como pensaba».

De esa manera me sentí luego de releer *El Piso de Cristal*, la primera historia que por fin me reportó un dinero, tras todos aquellos años. Darrell Schweitzer, el editor de *Weird Tales*, me ofreció introducir algunos cambios si lo deseaba, pero decidí que seguramente no sería una buena idea. Salvo por dos o tres palabras cambiadas y por el agregado de un párrafo interrumpido (que probablemente fuera un error tipográfico en primer lugar), he dejado el cuento tal cual era. Si empezaba a hacer cambios, el resultado final sería una historia completamente distinta.

El Piso de Cristal fue escrito, si la memoria no me falla, en el verano de 1967, cuando me encontraba a unos dos meses de mi vigésimo cumpleaños. Durante casi dos años había estado intentando venderle una historia a Robert A. W. Lowndes, quien editaba dos revistas de horror y fantasía para *Health Knowledge* (*The Magazine of Horror y Startling Mystery Stories*), como así también una recopilación inmensamente más popular llamada *Sexology*. Ya me había rechazado varios relatos amablemente (uno de ellos, apenas mejor que *El Piso de Cristal*, se terminó publicando en *The Magazine of Fantasy and Science Fiction* bajo el título de *La Noche del Tigre*), pero me lo aceptó luego de tanto ofrecérselo. Aquel primer cheque fue por treinta y cinco dólares. He cobrado algunos más abultados desde entonces, pero ninguno me produjo una mayor satisfacción; ¡por fin alguien me había pagado un dinero real por algo que había sacado de mi cabeza!

Las primeras páginas del relato son torpes y est—n mal escritas -se nota que son el producto de la mente de un narrador de historias que aún está por desarrollarse-, pero la última parte es mejor de lo que recordaba; se produce una genuina sensación de terror cuando el señor Wharton descubre que lo están esperando en la Habitación Oriental. Supongo que ésa es al menos parte de la razón por la que acepté que este poco notable trabajo fuera reimpresso luego de tantos años. Y al menos se advierte una señal del esfuerzo por crear personajes que sean algo más que figuras de papel pintado; Wharton y Reynard son antagonistas, pero no son ni «el muchacho bueno» ni «el muchacho malo». El auténtico villano se encuentra tras esa puerta enyesada. Y además puedo notar un curioso eco de *El Piso de Cristal* en un muy reciente trabajo titulado *El Policía de la Biblioteca*. Éste último, una novela corta, se publicará este otoño como parte de una colección de novelas cortas llamada *Cuatro Después de la Medianoche*, y pienso que si lo lees, llegarás a entender lo que quiero decir. Fue fascinante descubrir que la misma imagen me estuvo rondando durante todo este tiempo.

Pero principalmente estoy permitiendo que la historia sea reeditada para enviarles un mensaje a los jóvenes escritores que ahora mismo están allí afuera, intentando ser publicados, coleccionando cartas de rechazo de revistas tales como *F&SF*, *Midnight*

Graffiti y, por supuesto, Weird Tales, que es la abuelita de todas ellas. El mensaje es muy simple: puedes aprender, puedes mejorar, y puedes publicar.

Si esa pequeña chispa está allí, es muy probable que alguien la advierta, tarde o temprano, destellando débilmente en la oscuridad. Y si la mantienes encendida puede llegar a convertirse en un fuego grande y resplandeciente. Me pasó a mí, y comenzó con este cuento.

Recuerdo el momento en que se me ocurrió la idea para el relato; apareció como suelen hacerlo las ideas: de casualidad, sin aviso de trompetas. Iba caminando por un sendero embarrado para ver a un amigo y por ningún motivo en especial comencé a preguntarme cómo sería estar de pie en un cuarto con el suelo de espejo. La imagen fue tan intrigante que escribir la historia se convirtió en una necesidad. No fue escrita por dinero: fue escrita para que yo pudiera averiguarlo. Claro que no lo hice tan bien como lo hubiera deseado; todavía hay una diferencia entre lo que espero llevar a cabo y lo que realmente soy capaz de hacer. No obstante, lo dejé atrás con dos cosas valiosas: una historia vendible tras cinco años de cartas de rechazo, y algo de experiencia. De modo que aquí está y, como dice aquel colega Griner en la novela de Dickens, no es tan malo como pensaba.

Stephen King

Extraído de Weird Tales, otoño de 1990

Wharton subió los amplios escalones con lentitud, sombrero en mano, estirando el cuello para poder abarcar mejor la monstruosidad victoriana en la que había muerto su hermana. No se trata de una casa, en lo absoluto, reflexionó, sino de un mausoleo; un enorme y gigantesco mausoleo. Parecía crecer en la cima de la colina como un hongo venenoso, corrupto y sobredimensionado, repleto de gabletes y cúpulas festoneadas con ventanas vacías. Una veleta de latón se inclinaba a unos ochenta grados por sobre un tembloroso tejado cubierto de ripio, con la empañada efigie de un chiquillo que lo vigilaba apantallándose los ojos con una mano. Wharton se alegró de no alcanzar a distinguirlos.

Entonces llegó al porche y todo el conjunto de la casa desapareció de su vista. Tocó la anticuada campanilla, escuchándola repetirse huecamente entre los oscuros recovecos internos de la casa. Había una ventanilla matizada de rosa sobre la puerta, y Wharton apenas pudo reconocer el año 1770 biselado en el vidrio. Una tumba estaría bien, pensó.

La puerta se entreabrió de repente—

- ¿Sí, señor? - El ama de llaves lo miró con fijeza. Era vieja, horrorosamente vieja. La cara le colgaba desde el cráneo como una masa flácida, y la mano que apoyaba sobre la cadena de la puerta estaba grotescamente deformada por la artritis.

- He venido a ver a —nthonny Reynard - dijo Wharton. Casi hasta imaginó que podía oler cómo el dulzón olor de la decadencia emanaba del vestido de arrugada seda negra que ella llevaba.

- El señor Reynard no está para nadie. Está de duelo.

—Él me atenderá - —seguró Wharton - Soy Charles Wharton. El hermano de Janine.

- Oh. - Sus ojos se ensancharon un poco, y la floja inclinación de su boca le empezó a trabajar sobre las —ncías desnú—as - Un minuto -La mujer desapareció, dejando la puerta entreabierta.

Wharton espió las oscuras sombras caoba que le deban forma a unas sillas comunes de respaldo alto, a unos divanes cola de caballo tapizados, a altos y angostos estantes de biblioteca, y a paneles de madera esculpidos con motivos floridos.

Janine, pensó él. Janine, Janine, Janine. ¿Cómo pudiste vivir aquí? ¿Cómo rayos pudiste resistirlo?

Una alta figura de hombros vencidos se materializó de repente desde la oscuridad, con la cabeza proyectada hacia adelante, de ojos abatidos y profundamente hundidos.

Anthony Reynard extendió una mano y desenganchó la cadena de la puerta.

- Adelante— señor Wharton - dijo lentamente.

Wharton se introdujo en la vaga semioscuridad de la casa, estudiando con curiosidad al hombre que se había casado con su hermana. Bajo las cuencas de los ojos tenía unos anillos azules que parecían contusiones. El traje que llevaba se veía arrugado y le colgaba flojo, como si hubiera perdido mucho peso. Parece cansado, pensó Wharton. Viejo y cansado.

- ¿Mi hermana ya rec-bió sepultura? - preguntó W-arton.

- Sí. - Cerró la puerta con lentitud, encerrando a Wharton en la decadente oscur-dad de la casa - Mi más sincero pésame, señor Wharton. Quise muchísi-o a su hermana - Hiz- un gesto vago - Lo siento.

Pareció querer agregar algo más, pero cerró la boca con un brusco chasquido. Resultó obvio que cuando volvió a hablar se estaba callando lo que fuera que estuvo a punto de decir.

- ¿Quiere tomar asiento? Estoy seguro de que tendrá algunas pregu-tas.

- Así es. - Por alguna razón lo dijo de una manera mucho más lacónica de lo que hubiera preferido.

Reynard suspiró y asintió con lentitud. Lo condujo hasta el fondo de la sala y le señaló una silla. Wharton se hundió profundamente en ella, que pareció engullirlo en lugar de sostenerlo. Reynard se sentó junto a la chimenea, poniéndose a buscar los cigarrillos. Le ofreció uno a Wharton sin decir una palabra, y éste negó con la cabeza.

Aguardó hasta que Reynard encendiera su cigarrillo y luego le preguntó:

- ¿Cómo falleció? Su carta no explicaba gran cosa.

Reynard apagó el fósforo y lo tiró en el hogar. Aterrizó sobre una de las carboneras de hierro, una gárgola cincelada que observó a Wharton con mirada de sapo.

- —e cayó — contó - Estaba limpiando uno de los cuartos que se encuentran del lado de los aleros. Teníamos pensado pintar, y ella creía que lo mejor sería desempolvarlos bien antes de comenzar a hacerlo. Estaba usando la escalera de mano. Se resbaló. Se ro-pió el cuello. - Cuando tragó le sonó un chasquido en la garganta.

- ¿Murió... enseguida?

- Sí.- Inclino la cabeza y se puso una mano -obre la frente - Yo me desesperé.

La gárgola lo miraba de soslayo, acurrucada y encogida, con la cabeza cenicienta. La boca se le torcía hacia arriba en una mueca rara, alegre, y sus ojos parecían volverse hacia adentro, hacia algún chiste privado. Wharton dejó de mirarla con cierto esfuerzo.

- Quiero ver donde ocurrió.

Reynard apagó su cigarrillo, fumado a medias.

- No puede hacerlo. —

- Temo que sí - contradijo Whart-n con frialdad - Después de todo, ella era mi...

- No es por eso - lo inte-rumpió Reynard - La habitación ha sido clausurada. Tendría que haberse hecho mucho tiempo atrás.

- Si se trata simplemente de algunas tablas sobre la puerta...
- Usted no comprende. La habitación se ha entablado por completo. Desde el exterior no se advierte otra cosa que la pared.

Wharton sintió que su mirada era atraída inexorablemente por la carbonera. Maldita cosa, ¿por qué diablos se estaría riendo tanto?

- Eso no me importa. Necesito ver ese cuarto.

Reynard se puso de pie de repente, alzándose sobre él.

- Imposible.

Wharton también se levantó.

- Estoy empezando a preguntarme si no tendrá algo escondido allí dentro - dijo tranquilamente.

- ¿Qué está usted insinuando?

Wharton agitó la cabeza un poco aturdido. ¿Qué estaba insinuando? ¿Que quizás Anthony Reynard había asesinado a su hermana en esta cripta de la Guerra de la Revolución? ¿Que aquí podría llegar a haber algo más siniestro que rincones tenebrosos y horrendas carboneras de hierro?

- No sé qué es lo que e-toy insinuando - respondió, con calma - sólo que tuvieron que enterrar a Janine con una prisa del demonio, y que en este momento usted está actuando de manera algo extraña.

Durante un momento la cólera ardió luminosamente pero luego se extinguió, dejándole tan sólo desesperación y un sordo dolor-

- Déjeme sol- - masculló él - Por favor déjeme solo, señor Wharton.
- No puedo. Tengo que saber...

Apareció la vieja ama de llaves, con el rostro precipitándose desde la oscura caverna del vestíbulo.

- La cena está lista, señor Reynard.
- Gracias, Louise, pero no tengo hambre. ¿Tal vez el señor Wharton...?

Wharton negó con la cabeza.

- Muy bien, entonces. Quizás piquemos algo después.
- Como usted diga, señor. - Ella se volvió para irse.
- ¿Louise?
- ¿Sí, señor?
- Venga un segundo.

Louise ingresó lentamente en el cuarto, pasándose una floja lengua por los labios durante un momento, para luego desaparecer.

- ¿Señor?
- El señor Wharton parece tener algunas preguntas sobre la muerte de su hermana. ¿Podría usted contarle todo lo que sepa al respecto?
- Sí, señor - sus ojos relucieron con vivacidad - Ella estaba limpiando, eso es. Limpiando la Habitación Oriental. Deseosa de pintarlo, estaba. Supongo que el señor Reynard, aquí presente, no estaba muy interesado porque...
- Véalo - grano, Louise - dijo Reynard con impaciencia.
- No - saltó Wharton - ¿Por qué él no estaba muy interesado?

Louise miró dudosamente de uno a otro.

- Prosigue - le pidió Reynard, resignado - Si no lo averigua aquí lo hará en el pueblo.
- Sí, señor.- De nuevo advirtió cómo ella se relamía, apreció el ávido fruncimiento de la floja carne de su boca cuando la mujer se dispuso a relatar la preciosa historia - Al señor

Reynard no le gusta que nadie entre en la Habitación Oriental. Siempre dijo que era peligrosa.

- ¿peligrosa? -

- Por el piso- - aclaró ella - El piso es de cristal. Es un espejo. Todo el piso es un espejo.

Wharton se volvió hacia Reynard, sintiendo que la sangre le subía al rostro.

- ¿Está queriendo decirme que la dejó subir a una escalera de mano en un cuarto con suelo de vidrio?

- La escalera tenía a-ideros de goma - -comenzó Reynard - Pero ésa no fue...

--Maldito idiota - -usurró Wharton - Maldito asesino idiota.

- ¡Le estoy diciendo que ésa n- fue la razón! - gritó Reynard de repente - ¡Yo amaba a su hermana! ¡Nadie siente más que yo el hecho de que haya muerto! ¡Pero se lo advertí! ¡Dios sabe que le advertí lo referente a aquel piso!

Wharton era oscuramente consciente de que Louise los observaba de manera ávida, recolectando chismes como una ardilla junta las nueces.

- Dígal- que se marche - solicitó, con la voz-pesada.

- Sí- -onvino Reynard - Váyase a cuidar la cena.-

- Sí, señor. - Renuente, Louise se encaminó al vestíbulo y las sombras se la t-agaron.

- Bien - dijo Whar-on en voz baja - Me parece que tiene ciertas explicaciones que hacer, Reynard. Todo este asunto me resulta gracioso. ¿No se llevó a cabo ni siquiera una p-squisa?

- No - respondió Reynard. Se derrumbó de golpe sobre su silla y miró sin ver hacia la penumbra del -echo abovedado - La gente de por aquí conoce todo lo referente a la... a la Habitación Oriental.

- ¿Y qué hay que-saber de allí? - le preguntó Wharton, tenso.

- La Habitación Oriental t-ae mala suerte - explicó Reynard -. Algunas personas incluso hasta asegurarían que está mald-ta.

-Escúcheme -soltó Wharton de mal genio, sintiendo que el dolor le aumentaba como vapor en una tetera-, no voy a cambiar de idea, Reynard. Cada palabra que sale de su boca me obliga más y más a inspeccionar aquel cuarto. Ahora bien, ¿va a admitirlo o tendré que bajar hasta ese pueblo y...-

-Por favor. -Algo en la callada desesperación de sus palabras hizo que Wharton alzara la vista. Por primera vez Reynard lo estaba mirando directamente a los ojos, y eran unos ojos espantados, macilentos-. Por favor, señor Wharton. Acepte mi palabra de que su hermana murió de manera natural, y márchese. ¡No quie-o verlo morir! -la voz se le elevó en un lamento-. ¡No quise ver morir a nadie más!

Wharton sintió que un breve escalofrío lo recorría. Su mirada saltó de la sonriente gárgola de la chimenea hasta el busto polvoriento y de mirada vacía de Cicero en el rincón, y luego se desplazó a los extraños paneles tallados de las paredes. Y una voz sonó dentro de él: Márchate de aquí. Un millar de ojos con vida pero insensibles parecieron mirarlo desde las sombras, y la voz volvió a hablar... Márchate de aquí.

Sólo que esta vez fue Reynard quien lo dijo.

-M-rchese de aquí -repitió-. Su hermana está más allá del cuidado y más allá de la venganza. Le doy mi palabra...

-¡Al diablo -on su palabra! -lo interrumpió Wharton de golpe-; ahora mismo voy a hablar con el alguacil, Reynard. Y si el alguacil no me ayuda, iré con el comisionado del condado. Y si el comisionado del condado no me ayuda.-.

-Muy bien. -Las palabras fueron como el lejano doblar de la campana de un cementerio-. Venga.

Reynard lo condujo por el vestíbulo, más allá de la cocina, a través del comedor vacío con el candelabro que recogía y reflejaba la última luz del día, y pasando la despensa, hacia la vacía pared de yeso del extremo del corredor.

Es allí, pensó Wharton, y de repente se produjo un raro deslizamiento en el pozo que era su est-mago.

-Yo... - empezó a decir sin que-erlo.

-¿Qué? -preguntó Reynard, con la esperanza brillándole en la mirada.

-Nada.

Se detuvieron al final del pasillo, inmóviles en las tinieblas crepusculares. No parecía haber luz eléctrica allí. Wharton pudo ver sobre el suelo la espátula para revocar, todavía húmeda, que utilizara Reynard para tapiar la puerta, y un fragmento extraviado de El Gato Negro de Poe le resonó en la mente:

Yo había cercado al monstruo dentro de la tumba...

Reynard le entregó la espátula ciegamente.

-Haga lo que tenga que hacer, Wharton. No pienso formar parte de esto, pase lo que pase. Me lavo las manos de lo que pueda suceder.

Con la mano abriéndose y cerrándose sobre el mango de la espátula y cierta aprensión, Wharton contempló cómo el otro se alejaba por el pasillo. Todos los rostros, el del chiquillo de la veleta, el de la gárgola de la carbonera, el de la marchita criada, todos parecieron mezclarse y fundirse ante él, todos sonriendo por algo que él no lograba entender. Márchate de aquí..

Con una súbita y áspera maldición atacó la pared, escarbando en el suave y reciente yeso, hasta que la espátula raspó contra la puerta de la Habitación Oriental. Escarbó más allá del yeso hasta que pudo alcanzar el tirador de la puerta. Lo accionó y luego tiró de él hasta que las venas se le destacaron sobre las sienes.

El yeso se resquebrajó, se agrietó, y finalmente se partió. La puerta giró pesadamente hasta quedar abierta, con el yeso desparramándose como una piel muerta. Wharton fijó la vista en un charco de mercurio que destellaba débilmente.

Parecía brillar con una luz propia en aquella etérea oscuridad, como de cuento de hadas. Wharton entró en el cuarto, esperando a medias hundirse en un fluido cálido, flexible.

Pero el suelo era sólido.

Su propio reflejo colgaba suspendido debajo de él, unido sólo de los pies, con todo el aspecto de sostenerse de cabeza en aquel aire tenue. Hizo que se mareara por el simple hecho de mirarlo.

Lentamente, desplazó la mirada por los alrededores del cuarto. La escalera de mano todavía estaba allí, internándose en las brillantes profundidades del espejo. Advirtió que la habitación era alta. Lo suficientemente alta com- para caerse y -compuso una mueca- matarse.

Estaba rodeado de estantes de libros vacíos, todos ellos pareciendo inclinarse encima suyo en el mismísimo umbral del desequilibrio. Le agregaban un efecto distorsionante al extraño cuarto.

Se acercó a la escalera y examinó las patas. Tenían una base de goma, tal como Reynard había dicho, y parecía bastante sólida. Pero, ¿y si la escalera no había resbalado, cómo pudo caerse Janine?

De algún modo se encontró otra vez mirando fijamente a través del suelo. No, se corrigió. No a través del suelo. A través del espejo; dentro del espejo...

No se encontraba del todo parado sobre el piso, como lo había supuesto. Se equilibraba en el tenue aire, a medio camino entre el suelo y el techo idéntico, sostenido tan sólo por la estúpida idea de que estaba parado en el piso. Eso era tonto, cualquiera podría verlo, porque allí estaba el suelo, abriéndose allí abajo...

¡Despabílate!, se gritó de repente a sí mismo. Estaba parado en el piso, y aquel otro no era más que un inofensivo reflejo del techo. Solamente sería el suelo si estuviera de pie sobre mi cabeza, y no lo estoy; mi otro yo es el que está parado sobre su cabeza...

Comenzó a sentir vértigo, y una náusea súbita le subió por la garganta. Intentó mirar más allá de las plateadas profundidades del espejo, pero no lo logró.

La puerta... ¿dónde estaba la puerta? De repente deseó estar afuera.

Wharton se dio vuelta torpemente, pero allí sólo estaban los estantes locamente inclinados y la escalera que se proyectaba y el horrible abismo bajo sus pies.

-¡Reynard! -gritó-. ¡Me estoy cayendo!

Reynard llegó corriendo, con la náusea formando ya una gris lesión gris en su corazón. Era una realidad; había vuelto a suceder.

Se detuvo frente al umbral de la puerta, mirando los gemelos siameses que se observaban uno al otro en el medio de aquella habitación de dos techos y sin ningún -iso. -Louise -graznó alrededor de la seca pelota de vómito que se le formó en la garganta-. Traiga el palo.

Louise surgió de la oscuridad y le alcanzó a Reynard un palo con el extremo en forma de gancho. Él lo deslizó a través del estante de plata brillante y atrapó el cuerpo que yacía sobre el cristal. Lo arrastró despacio hacia la puerta y, cuando pudo alcanzarlo, tiró de él. Estudió la cara retorcida y suavemente le cerró los ojos de mirada fija.

-Voy a ne-esitar el yeso -dijo en voz baja.

-Sí, señor.

Ella se volvió para irse, y Reynard miró hacia el cuarto, con mirada lúgubre. Se preguntó, y no por primera vez, si de verdad había un espejo allí. En la habitación, un pequeño charco de sangre se extendía sobre el suelo y en el techo, pareciendo encontrarse en el centro, sangre que colgaría allí sin ninguna prisa, y de la que uno esperaría que podría quedar goteando por siempre.

Slade

("Slade", The Maine Campus, junio-agosto de 1970. En ciertos aspectos, Slade es el más excitante de los primeros trabajos de King que no han sido recopilados, una atractiva explosión de humor disparatado, de pastiche literario y de crítica cultural, todo ello enmascarado en forma de "western": cuenta las aventuras de Slade en su búsqueda de la señorita Polly Peachtree de Paduka.

Publicado en varias entregas en el periódico de la universidad de UMO durante el verano siguiente a la graduación de King, la historia cobra cierta importancia ya que nos muestra a un King que se regodea con el placer de la escritura)

Ya casi había anochecido cuando Slade entró cabalgando en Dead Steer Springs². Estaba muy erguido en su montura: era un hombre de rostro austero vestido completamente de negro. Hasta las culatas de las dos siniestras pistolas calibre 45, que le colgaban bajas de las caderas, eran negras. Incluso en aquellos primeros años de la década de 1870, cuando el nombre de Slade había empezado a meter miedo en los más robustos corazones del oeste, se habían rumoreado varias leyendas sobre su vestimenta. Una de esas historias decía que él vestía de negro a manera de perpetuo símbolo de luto por su novia de Illinois, la señorita Polly Peachtree de Paduka, quien se marchó trágicamente de este valle de lágrimas cuando un globo Montgolfier incendiado se estrelló contra el granero de los Peachtree mientras Polly ordeñaba las vacas. Aunque algunos decían que Slade vestía de negro porque era un agente del Horrendo Segador en el sudoeste americano: el fontanero del diablo. Y también había algunos que pensaban que era más raro que una moneda de tres dólares. Aunque nadie, sin embargo, era capaz de comentarle esta última idea en la cara.

Ahora Slade detuvo su enorme semental negro frente al Brass Cuspidor Saloon³ y se apeó. Amarró su caballo y sacó del bolsillo del pecho uno de sus famosos cigarros mexicanos. Lo encendió y dejó escapar una bocanada de humo acre hacia el aire del crepúsculo. Desde detrás de las puertas batientes del Brass Cuspidor le llegó el alboroto de los borrachos. Un piano con ritmo honkytonk estaba tocando «Oh, Sus Botas Doradas».

Un ruido lánguido y débil llegó hasta los agudos oídos de Slade, y éste giró en redondo, desenfundando sus dos siniestras pistolas calibre 45 en un único y borroso movimiento.

-¡Tenga cuidado con eso, señor!

Slade enfundó sus pistolas en sus cananas con un gruñido de desprecio. Se trataba de un anciano que llevaba puesta una maltratada gorra de confederado y unos polvorientos vaqueros con tirantes. «En este pueblo o están borrachos o son idiotas», conjeturó Slade. El viejo cloqueó, despidiendo una ola de mal aliento sobre Slade.

-Creí que iba a aserme un agu'ero, forastero.

Slade sólo fumaba, observándolo.

-¿Usted es Jack Slade,—no, compañero? -El viejo dejó ver sus encías sin dientes cuando volvió a sonreír-. Supongo que lo contrató la señorita Sandra del Barra-T, ¿verdad? Ella ha estado teniendo un par de problemas con Sam Columbine desde que murió su papá y la dejó a cargo del lugar.

¹ Melocotonero.

² Los Manantiales del Buey Muerto.

³ Taberna "La Escupidera de Latón".

Slade sólo fumaba, observándolo. De repente, el anciano hizo rodar sus ojos.
-¿O es que usted está trabajando para el mimísimo Sam Columbine... es eso? He oído que está contratando a un montón de auténtico buscapleito que lo ayuden a echá a la señorita Sandra del Barra-T. E- que...

-Viejo -lo interrumpió Slade-, espero que pueda correr tan rápido como abre la boca. Porque si no es así, se va a ganar una parcela de un metro ochenta de largo por uno de ancho.

El antiguo buscador de oro empezó a hacer muecas con un temor repentino.

-Usted-usted no sería capá de...

Slade desenfundó una siniestra calibre 45.

El vejstorio comenzó a correr con unos grotescos brincos saltarines. Slade le apuntó cuidadosamente con el cañón de su siniestra calibre 45 y le acertó al primer disparo, por suerte. Luego devolvió la pistola a su cartuchera, se volvió y caminó hacia el Brass Cuspidor, empujando las anchas puertas batientes.

Cada ojo del lugar se volvió para contemplarlo fijamente. Los rostros empalidecieron. El mozo dejó caer el cuchillo que estaba utilizando para cortar la espuma de la cerveza. El elegante jugador de la última mesa dejó caer tres ases de la manga: dos de ellos eran bastos. El pianista se cayó de su taburete, se revolvió y salió corriendo por la puerta trasera. El perro del mozo, el General Custer, gimió y se arrastró bajo la mesa de juego. Y parado junto a la barra, tomando serenamente un trago de whis "y, estaba J"hn "Backshooter"⁴ Parkman, uno de los más peligrosos pistoleros de Sam Columbine.

Un cuchicheo horrorizado recorrió la multitud:

-¡Slade! ¡Es Jack Slade! ¡Es Slade!

Se produjo una súbita prisa por alcanzar las puertas. Afuera, alguien bajaba corriendo por la calle, gritando.

-¡Slade está en el pueblo! ¡Atranquen las puertas! ¡Jack Slade está en el pueblo y que Dios ayude a quienquiera que ande buscand-!

-¡Parkman! -gruñó Slade.

Parkman se volvió para enfrentar a Slade. Tenía un fósforo entre sus horribles dientes y una mano cerca de la culata llena de muescas de su siniestra calibre 41.

-¿Qué te trae por Dead Steer, Slade?

-Estoy trabajando para una amable señora llamada Sandra Dawson -dijo Slade, lacónicamente-. ¿Y "qué hay de "í, "Backshooter"?

-Yo trabajo para Sam Columbine, y puedes irte al infierno si no te gusta cómo suena eso, compañero.

-N- me gusta nada -gruñó Slade, y tiró su cigarro. El mozo, que estaba tratando de esconderse en un agujero del suelo, gimoteó.

-Se dice que eres rápido, Slade.

-Bastante rápido.

Backshooter le sonrió con un gesto malvado.

-También se dice que eres más raro que un billete de tres dólares.

-¡Desenfunda, pringosa culebra-hija de perra! -gritó Slade. Backshooter buscó su pistola, pero incluso antes de que pudiera tocar la culata, las dos siniestras calibre 45 de Slade ya estaban fuera y eructando plomo. Backshooter fue arrojado contra la barra, donde quedó encogido.

⁴ El que dispara por la espalda.

Slade enfundó sus armas y pasó por encima de Parkman, con las espuelas tintineando. Lo miró desde arriba. En el fondo, Slade era un amante de la paz y, ¿qué cosa había que fuera más amante de la paz que un cadáver? El pensamiento lo inundó de una tranquila alegría y de un triste anhelo por su novia de la infancia, la señorita Polly Peachtree de Paduka, Illinois.

El mozo se apresuró en dar vuelta a la barra para mirar los restos m“rtales de J”hn "Backshooter" Parkman.

--No es posible! -jadeó-. ¡Le disparó en el corazón seis veces y se le podría tapar los seis agujeros con una moneda de oro de veinte dólares!

Slade extrajo uno de sus famosos cigarros mexicanos del bolsillo del pecho y lo encendió.

-Mejor llame al funebrero para que se lo lleve antes de que comience a apestar.

El mozo compuso una mueca nerviosa en dirección a Slade y salió a toda prisa por las puertas batientes. Slade fue hasta detrás de la barra, se sirvió un trago de Digger's Rye⁵ (de 190º) y caviló en lo solitaria que era la vida de un pistolero alquilado. La mano de cada hombre se volvía contra ti y nunca estabas del todo seguro si tenías el arma cargada, siempre esperando que una bala te pegara en la espalda o en la vesícula, que era incluso peor. Seguramente era muy difícil dedicarte a tus asuntos con una bala en la vesícula. Las puertas batientes del Brass Cuspidor oscilaron y Slade volvió a sacar sus dos sinistras calibre 45 con un movimiento rápido y fluido. Pero era una muchacha: una bonita rubia con una silueta que habría hecho que Ponce de Leon se olvidara de la fuente de la juventud. «Hubba-hubba», pensó Slade para sí mismo. Sus labios se torcieron en una sonrisa delgada y triste cuando enfundó sus armas. Semejante muchacha no era para él; se mantenía fiel a la memoria de Polly Peachtree, su único amor verdadero.

-¿Usted-es Jack Slade? -le preguntó la rubia separando sus encantadores labios rojos, que eran del color que alcanza la cereza madura en el mes de mayo.

-Así es, señora -respondió Slade, tragándose s' vaso de Digger's Rye y sirviéndose otro.

-So- Sandra Dawson -se presentó ella, acercándose a la barra.

-Me lo figuraba -dijo Slade.

Al avanzar, Sandra miró el cuerpo “tirado de J”hn "Backshooter" Parkman con ojos ardientes.

-¡Éste es uno de los hombres que asesina-on a mi padre! -exclamó- ¡Uno de los infames cerdos asesinos que contrató Sam Columb-ne!

-Le creo -dijo Slade.

El pecho de Sandra Dawson subió y bajó al exhalar un suspiro. Slade mantenía un ojo fijo en él, sólo por una cuestión de seguridad.

-¿Lo despachó usted, señor Slade?

-Así es, señora. Y fue un placer.

Sandra pasó los brazos alrededor del cuello de Slade y lo besó, sus labios llenos quemando contra los suyos.

-Usted es el hombre que he -stado buscando -jadeó, con el corazón acelerado-. Cualquier cosa que pueda hacer por ayudarlo, cualquier...

Slade la empujó hacia atrás, inhalando profundamente su famoso cigarro mexicano para poder recobrar la calma.

⁵ Whisky del Sepulturero.

-Me parece que se está equivocando conmigo, señora. Yo soy fiel a la memoria de mi único amor verdadero, la señorita Polly Peachtree de Paduka, Illinois. Pero si hay algo que pueda hacer para ayudarla...

-¡Sí que lo hay, ya –o creo que sí! -murmuró-. Por eso mismo le escribí. ¡Sam Columbine está tratando de quitarme mi rancho, el Barra-T! ¡Él asesinó a mi padre, y ahora está intentando echarme de mis tierras para poder comprarlas baratas y venderlas a buen precio cuando el Gran Ferrocarril del Sudoeste decida pasar un ramal por aquí! ¡Ha contratado a un montón de buscapiños como “éste -empuj” a "Backshooter" con la puntera de su zapato-, y está tratando de –atemorizarme! -miró suplicante a Slade-. ¿Puede ayudarme?

-Calculo que sí -dijo Slade-. Simplemente no haga demasiado alboroto, señora.–

-¡Oh, Slade! -susurró ella. Justo se estaba echando en los brazos de él cuando el mozo entró apurado en la taberna, con el sepulturero a la saga. Para ese entonces el perro del mozo, el General Custer, ya se había arrastrado desde abajo de la mesa de juego y se estaba comiendo el “haleco de J”hn "Backshooter" Parkman.

-¡Señorita Dawson! ¡S–ñorita Dawson! -gritó el mozo-. ¡Acaba de llegar al pueblo Mose Hart, su jefe de peones! ¡Dice que el barracón del Barra-T está ardiendo!

Pero Slade ya estaba en camino antes de que Sandra Dawson pudiera contestar.

Había pasado menos de un minuto y ya galopaba hacia el incendio del rancho Barra-T de Sandra Dawson.

Stokely, el enorme semental negro de Slade, lo llevó rápidamente por el Winding Bluff Road⁶ hacia el siniestro resplandor del fuego en el horizonte.

Mientras cabalgaba, una horrenda determinación se derramó sobre él, como si fuera mantequilla caliente: ¡encontrar a los pistoleros de Sam Columbine y darles su merecido!

Cuando llegó al rancho Barra-T de Sandra Dawson el barracón era una bola roja y ardiente. Y parados frente a ella, riendo malignamente, se encontraban tres de los pistoleros de Sam Columbine: Sunrise⁷ Jackson, Shifty⁸ Jack Mulloy, y Doc Logan. De Doc Logan se rumoreaba que había despachado a doce criadores de ovejas a Boot Hill⁹ en la sangrienta batalla de la cordillera de Abeliene. Pero en esa época Slade había estado pasando sus días en un bonito deslumbramiento con su único amor verdadero, la señorita Polly Peachtree de Paduka, Illinois. Ella había muerto tiempo después en un terrible accidente, y ahora Slade estaba hecho de acero frío y sangre caliente... por no mencionar su ropa interior de seda con bonitas flores azules.

Bajó de su semental y extrajo uno de sus famosos cigarros mexicanos del bolsillo.

-¿Qué andan haciendo po– aquí, chicos? -preguntó tranquilamente.

-¡Estamos asando a–gunas almejas! -exclamó Sunrise Jackson mientras dejaba caer una mano junto a la culata de su siniestra pistola mata-caballos calibre 50- ¡Jua, jua, jua!

Un vaquero herido salió corriendo de las fluctuantes sombras rojas.

-¡Ellos prendieron fue–o el barracón! -g–itó-. ¡Y aquél -señaló a Doc Logan- dijo que están bajo las órdenes de ese canalla asesino de Sam Columbine!

Doc Logan desenfundó y abrió tres nuevos agujeros en el magullado vaquero, quien quedó tumbado en el suelo.

⁶ El Tortuoso Camino Escarpado.

⁷ Amanecer.

⁸ Inquieto.

⁹ La Colina de las Botas.

-Me pareció que se veía demasiado acalorado por todo ese fuego -le dijo Doc a Slade-, de modo que lo ventilé un poco. ¡Jua, jua, jua!

-Siempre se puede reconocer a un pobre asesino de panza flácida por la manera en que ríe -dijo Slade, apoyando las manos sobre las culatas de sus sinistras calibre 45.

--Es eso cierto? -preguntó Doc-. ¿Y cómo ríen?—Jua, jua, jua -gruñó Slade.

-¡Desenfunda, canal—a republicano! -aulló Shifty Jack Mulloy y fue a por su arma. Slade extrajo sus dos sinistras calibre 45 con un límpido movimiento y destrozó a Shifty Jack antes de que el fierro de Mulloy hubiera incluso abandonado la funda. Sunrise Jackson ya estaba disparando, y Slade sintió que una bala le rozaba la sien. Slade mordió el polvo y se lo hizo morder a Jackson. Éste retrocedió dos pasos y se desplomó, tan muerto como una tortuga con viruela.

Pero Doc Logan se le estaba escapando. Se subió de un salto a la silla de montar de un potro indio que tenía un ojo bizco y lo espoleó. Slade le disparó dos veces, pero la luz estaba muy tramposa, el potro de Logan saltó la empalizada de la propiedad, y ya desaparecía en la oscuridad... para volver e informar a Sam Columbine, sin duda alguna.

Slade caminó por encima de Sunrise Jackson y lo giró con una bota. Jackson tenía un agujero justo entre los ojos. Luego se acercó a Shifty Jack Mulloy, quien estaba dando su último aliento.

-¡Me atrapa—te, compañero! -boqueó Shifty Jack-. Me siento peor que una tortuga con viruela.

-Nunca me di—as republicano -le gruñó Slade. Le mostró a Shifty Jack su botón de Gene McCarthy y luego le pegó un tiro.

Slade enfundó sus sinistras calibre 45 y tiró a un lado la colilla apagada de su famoso cigarro mexicano. Se encaminó hacia la ennegrecida casa del rancho para asegurarse de que no hubiera más hombres de Sam Columbine escondidos allí dentro. Casi había llegado cuando se abrió la puerta delantera y alguien salió corriendo.

Slade desenfundó con un movimiento deslumbrante y disparó, con las llamaradas de los cañones de sus sinistras calibre 45 iluminando la oscuridad con luminosos fogonazos. Slade se adelantó y encendió un fósforo. Se había cargado a Sing-Loo, el cocinero chino. -Bueno -se lamentó Slade tristemente, al tiempo que enfundaba su arma y experimentaba una gran ola de anhelo por su único amor verdadero, la señorita Polly Peachtree de Paduka, imagino que no se puede ganar siempre.

Empezó a estirar una mano para alcanzar otro de sus famosos cigarros mexicanos, cambió de idea y se preparó un porro. En cuanto comenzó a ver en el cielo todo tipo de interesantes luces azules y verdes, volvió a montar en su siniestro semental negro y se dirigió hacia Dead Steer Springs.

Cuando estuvo de regreso en el Brass Cuspidor Saloon, Mose Hart, el capataz del Barra-T, salió a toda prisa, sosteniendo en una mano la b'tella de Digger's Rye con la que había estado apaciguando sus castigados ne—vios.

-¡Slade! -gritó-. ¡La señorita Dawson ha sido secuestrada por Sam Columbine!

Slade bajó de su enorme semental negro, Stokely, y encendió un famoso cigarro mexicano. Aún estaba digiriendo lo de Sing-Loo, el cocinero chino del Barra-T al que había agujereado por equivocación.

-¿No piensa—ir a salvarla? -le preguntó Hart, mientras los ojos le rodaban salvajemente-. ¡Sam Columbine puede intentar violarla... o incluso robarla! ¿No va a seguirles la pista—?

-Ahora mismo -gruñó Slade- me voy a registrar en el Hotel de Dead Steer Springs para pasarme una buena noche de sueño. Desde que llegué a este maldito pueblo me he tenido que cargar a tres pistoleros y a un cocinero chino, y estoy sumamente cansado.

-Sí -convino Hart, comprensivo-, realmente debe de sentirse terrible, habiendo liquidado cuatro vidas humanas en el transcurso de seis horas.

-Así es -convino Slade, enlazando a Stokely al poste de los caballos-, y encima me saqué ampollas en el dedo del gatillo. ¿Sabe dónde puedo conseguir algo de Solarcaine?

Hart negó con la cabeza, de modo que Slade comenzó a bajar hacia el hotel, con sus espuelas tintineando bajo los tacones de sus botas de vaquero de Bonanza (tenían unas doble suelas dentro de los tacos: Slade era muy sensible con respecto a su altura). Los ancianos y las mujeres embarazadas se cruzaban a la vereda de enfrente cuando le veían venir. Un niño pequeño llegó junto a él y le pidió un autógrafo. Slade, quien no quería alentar ese tipo de cosas, le disparó en una pierna y siguió caminando.

Una vez en el hotel pidió un cuarto; el tembloroso empleado le dijo que la suite del segundo piso estaba disponible y Slade subió. Se desnudó, luego volvió a ponerse las botas y se metió en la cama. Al momento siguiente ya estaba dormido.

Alrededor de la una de la mañana, mientras Slade soñaba dulcemente con su novia de la infancia, la señorita Polly Peachtree de Paduka, Illinois, la ventana se fue abriendo poco a poco, sin el más mínimo chirrido que pudiera alertar los perspicaces oídos de Slade. La silueta que se arrastró era de hecho espantosa; si Jack Slade era el más temido pistolero del sudoeste americano, el Jorobado Fred Agnew era el asesino más odiado. Era un enano de unos sesenta centímetros de altura que tenía en su encorvada espalda una giba lo bastante grande incluso para un camello mediano. En una mano blandía una cuchilla árabe para desollar de noventa centímetros (y aunque el Jorobado Fred nunca había desollado a un árabe con ella, se había hecho conocido por haberla puesto a trabajar y cambiarle las caras a tres comisarios americanos, a dos alguaciles de condado y a una vieja señora de Boston que se dirigía a Arizona para recuperarse de la enfermedad de Parkinson). En la otra mano llevaba una caja grande hecha de cañas de río entrelazadas.

Se deslizó por el piso en un silencio absoluto, con su cuchillo árabe de desollar preparado, y sin despertar a Slade. Entonces apoyó la caja cuidadosamente sobre la silla junta a la cama. Sonriendo diabólicamente, abrió la tapa y extrajo una pitón de tres metros y medio llamada Sadie Hawkins. Sadie había sido íntima compañera del Jorobado Fred durante los últimos doce años, y en muchas ocasiones había salvado de la muerte al espantoso hombrecito.

-Haz -o tuyo, cariño -susurró Fred afectuosamente. Sadie casi parecía sonreírle mientras el Jorobado Fred la besaba en su boca negra y mortal. La serpiente se deslizó hasta la cama y empezó a arrastrarse hacia la cabeza de Slade. Riéndose tonta y diabólicamente, el Jorobado Fred se retiró a un rincón para poder disfrutar de la escena.

Sadie trepó por la cama culebreando en lentas curvas de S, y se echó hacia atrás para atacar. En ese momento, el débil siseo que hacían las escamas sobre la sábana llegó a oídos de Slade.

¡Una mujer estaba en la cama con él! Ése fue su primer pensamiento cuando rodó del lecho y cayó al suelo, alcanzando la siniestra derringer que siempre llevaba ceñida a su pantorrilla derecha. Sadie golpeó la almohada, justo donde había estado su cabeza tan sólo un segundo antes.

El Jorobado Fred gritó con desilusión y arrojó su cuchilla árabe de desollar de noventa centímetros, que rebanó uno de los lóbulos de la oreja de Slade y cayó al suelo vibrando.

Slade abrió fuego con la derringer y el Jorobado Fred golpeó contra la pared, volcando el cuadro de las Cataratas del Niágara de la cómoda. Su siniestra carrera llegaba a su fin.

Evitando la pitón cuidadosamente (que parecía haberse dormido sobre la cama), Slade se vistió. Era hora de salir hacia el rancho de Sam Columbine y acabar de una vez por todas con ese coyote limoso.

Slade bajó las escaleras asegurándose las pistoleras gemelas de sus siniestras calibre 45. El empleado del mostrador lo miró todavía con más nerviosismo que antes.

-¿O—yó un disparo? -tartamudeó.

-L— verdad que no -respondió Slade-. Pero va a ser mejor que suba y cierre la ventana junto a la cama. Al salir la dejé abierta...

-Sí, señor Slade. Por supuesto. Por supuesto.

Y entonces Slade se largó, estrictamente decidido en encontrar a Sam Columbine y darle su merecido de una vez por todas.

Slade llegó atropelladamente al Brass Cuspidor, donde Mose Hart, el capataz del Barra-T de Sandra Dawson, se apoyaba sobre la barra con una b'tella de Digger's Rye (de 206°) en una mano.

-Okay, tú, b—rrachín limoso -gruñó Slade, dándole vuelta a Hart y quitándole de un tirón la botella de la mano-. ¿Dónde queda el rancho de Sam Columbine? Me voy a encargar de ese podrido comedor de hígado; acaba de enviar al Jorobado Fred Agnew contra mí.

-¿El-Jorobado Fred? -se asombró Hart, poniéndose tan blanco como un papel-. ¿Y usted todavía está vivo?

-Lo—llené de plomo -respondió Slade con severidad-. Tendría que haber sabido que no estaba nada bien ponerme una serpiente sobre la cama.

-El Joro—ado Fred Agnew -susurró Hart, todavía atemorizado-; se rumoreaba que podría ser el próximo vicepresidente del sudoeste americano.

Slade soltó una risa áspera que hizo que hasta el General Custer, el perro del mozo, se acurrucara.

-¡Bueno, supongo que ahora puede ser el vicepresidente— del infierno! -bromeó Slade. Le hizo una seña al mozo, quien estaba parado al otro extremo de la barra leyendo una novela del oeste.

-¡Mozo! ¿Qué bebidas tiene para prepararme un trago?

El mozo se acercó prudentemente, guardándose el ajado ejemplar de Las Novias Sangrientas de Toro Sentado en su bolsillo trasero.

-Bien, señor Slade, tenemos las de siempre... el Gerónimo, el Fuerte Bragg Backbreaker, Revientacráneos Pete, el Sobaco del Vejete...

-¿Y qué hay de un'trago de Digger's—Rye (de 206°)? -sugirió Hart con una mueca vít—ea.

-Cállese -gruñó Slade. Se volvió hacia el mozo y sacó una de sus siniestras calibre 45.

-Si no me prepara un trago que nunca haya tomado antes, amigo, va a estar criando margaritas antes del amanecer.

El mozo empalideció.

-B-bien, tenemos una bebida de mi propia invención, señor Slade. Pero es tan potente que he dejado de servirla. Me cansé de tener tanta gente desmayada sobre la mesa de la ruleta.

-¿Cómo se llama?

-Le d-cimos el zombi -explicó el mozo.

-Bien, prepáreme tres, ¡y-hágalo rápido! -ordenó Slade. --¿Tres zombis? -dijo Mose Hart con los ojos desorbitados-. Mi Dios, ¿usted está loco?

Slade se volvió hacia él fríamente.

-Amigo, cuando lo dice, dígallo con una sonrisa.

Hart sonrió y tomó otro' trago de Digg-r's Rye.

-Okay -dijo Slade cuando le pusieron las tres bebidas enfrente. Estaban servidas en enormes porrones de cerveza y apestaban como la ira de Dios. Apuró la primera de un solo trago, contuvo la respiración, se tambaleó un poco, y encendió uno de sus famosos cigarros mexicanos. Luego se volvió hacia Mose.

-Y ahora ¿dónde está el rancho de-Sam Colombine? -preguntó.

-Tres millas al oeste, c-uzando el vado -le indicó Mose-. Se llama el Rancho del Buitre Podrido.

--e lo imaginaba -acotó Slade, vaciando su segunda bebida hasta dejar los cubitos de hielo. Estaba comenzando a sentirse un poco mareado. «Probablemente tenga algo que ver con lo tarde de la hora», pensó, y se dedicó a su tercer- bebida.

-Mire -comentó Mose Hart con timidez-, sinceramente no creo que usted esté en condiciones de enfrentarse a Sam Columbine, Slade. Sería capaz de darle a usted su merecido.

-Non me diga lo que -engo que asher -respondió Slade, tambaleándose sobre el General Custer para darle unas palmaditas. Respiró en la cara del perro y el General Custer se durmió de inmediato-. Y apártese de mi camino shi no quiere que lo parta en dó.

-La salida queda pa-a el otro lado -dijo el mozo prudentemente.

-Porshupesto que sí. ¿Se cree que no me sé por donde etoy yendo?

Slade se tambaleó a lo largo de la barra, pisándole la cola al General Custer (el perro ni se despertó) y atravesó las puertas batientes, donde estuvo a punto de caerse a la acera. Justo entonces un brazo de acero lo sujetó del codo. Slade echó un vistazo alrededor con la mirada nublada.

-Soy Hoagy Charmichael, el ayudante del Marshall -se presentó el extraño-, y lo estoy arrestando por...

-¿De qu- she me acusa? -articuló Slade.

-Intoxicación en la vía pública. Ahora vámonos.
Slade eructó.

-Todo me tiene -ue pashar a mí -se lamentó. Ambos se dirigieron hacia la cárcel de steer Springs.

Una vez que Slade estuvo en chirona, fue Mose Hart, el capataz de Sandra Dawson, quien pagó su fianza. Slade llenó de plomo tanto a Hart como a Hoagy Charmichael, el ayudante del Marshall (como reprimenda de su terrible resaca). Luego, una vez montado en Stokely, su enorme semental negro, Slade salió hacia el Rancho del Buitre Podrido para vérselas de una vez por todas con Sam Columbine.

Pero Columbine no se encontraba allí. Estaba fuera, torturando a los ex guardias fronterizos, y había dejado a Sandra Dawson bajo la vigilancia de tres secuace“ de”confianza: "B“g" Fran Ní'on, "Quick Draw"¹⁰ John Mitchell, y Shifty Ron Ziegfeld. Luego de un acalorado tiroteo, Slade tumbó a los tres sobre sus huellas limosas y liberó a la hermosa Sandra.

¹⁰ Rápido para desenfundar.

El acre y sofocante olor del humo de las pistolas inundó el cuarto donde la encantadora Sandra Dawson había permanecido encerrada. Cuando ella vio a Slade allí de pie, tan alto y victorioso, con una siniestra calibre 45 en cada mano y un cigarro mexicano apretado entre sus dientes, los ojos se le colmaron de amor y pasión.

-¡Slade! -suspiró, saltando sobre sus pies y corriendo hacia él-. ¡Estoy a salvo! ¡Gracias al cielo! ¡Sam Columbine pensaba usarme como alimento para sus caimanes cuando regresara de torturar a los guardias mexicanos de la frontera! ¡Llegaste justo a tiempo!

-¡Jodidamente justo -gruñó Slade-. Siempre lo hago. Steve King se encarga de eso.

Su firme, flexible, sedoso y descarnado cuerpo se desmayó entre sus brazos, y sus labios lujuriosos buscaron la boca de Slade con una madura y húmeda pasión. Slade la aporreó rápidamente en la cabeza con una siniestra calibre 45 y tiró su cigarro mexicano mientras un gruñido se escapaba de sus labios.

-Mi mamá siempre me decía -gruñó- que me cuidara de las chicas como usted. -Y marchó en busca de Sam Columbine.

Slade abandonó el dormitorio dejando a Sandra Dawson en aquella cámara repleta de humo y frotándose el chichón que tenía en la cabeza, justo donde él la había golpeado con el cañón de su siniestra calibre 45. Montó a Stokely, su enorme semental negro, y se dirigió hacia la frontera, donde Sam Columbine estaba torturando a los hombres de la aduana mexicana con la ayuda de su "isto"ro No.1: "Pinky" Lee. Los únicos dos hombres en todo el sudoeste americano que podrían compararse a "Pinky" eran el malvado "matador de ratas" Jorobado Fred Agnew (a quien Slade acribillara tres semanas atrás) y el mismísimo "Sam Columbine". "Pinky" se había ganado su infame apodo durante la Guerra Civil, cuando acompañaba al capitán Quantrill y a sus Reguladores. Mientras yacía desmayado en la cocina de un elegante burdel en Bleeding Heart¹², Kansas, un oficial de la Unión llamado Randolph P. Sorghum dejó caer una bomba de fabricación casera por la chimenea de la cocina. "Pinky" perdió todo el pelo, las cejas y los dedos de su mano izquierda, salvo el pulgar y el más pequeño. El pelo y las cejas le volvieron a crecer, pero los dedos no. Sin embargo seguía siendo más rápido que un relámpago lubricado y más malo que el infierno. Había jurado encontrar algún día a Randolph P. Sorghum y estaquearlo sobre el hormiguero más cercano.

Pero a Slade no le preocupaba Lee, porque su corazón era bravo y su vigor estaba como para un diez. Muy pronto, los gritos agonizantes de los funcionarios de la aduana mexicana le dijeron que se estaba aproximando a la frontera. Se apeó, ató a Stokely a un poste de estacionamiento y avanzó a través de los matorrales de salvia tan silencioso como un gato. La noche estaba oscura y sin luna.

-¡Ya basta, amigo! -gritaba el guardia-. ¡Confieso! ¡Confieso! Yo soy... ¿quién diablos soy?

-Eres un bastardo -lvidadizo ¿eh? -dijo Pinky-. Eres Randolph P. Sorghum, el chivato que me voló el 90% de mi mano durante la Guerra Civil.

-¡Lo admito! ¡Lo admito!

Ahora Slade ya se había arrastrado lo bastante cerca como para ver lo que estaba pasando. Lee tenía al funcionario de aduana atado a una silla de respaldo recto, con los pies

¹¹ Dedo meñique.

¹² Corazón Sangrante.

¹³ En español en el original.

descalzos sobre un almohadón. Ambos pies estaban untados de miel, y Whomper, el oso amaestrado de Lee, se los estaba lamiendo con su larga lengua.

-¡No puedo –oportarlo más! -gritaba el guar“ia-. ¡Soy este "como" uieraquesellame", Sorghum!

-¡Por fin–lo entendiste! -se regodeó Lee. Desenfundó su siniestra Buntline Special y se preparó para hacer volar al pobre compañero hasta Trinidad. Sam Columbine, parado entre las sombras del fondo, se disponía a traer al siguiente guardia.

Slade se levantó de repente.

-¡Bien, ustedes dos, vómitos de calavera! ¡Quédense quietos!

Pinky Lee se dejó caer sobre el pecho, abanicando el martillo de su siniestra Buntline Special. Slade sintió cómo las balas le pasaban a su alrededor. Disparó dos veces, pero ¡maldición!... los martillos de sus dos siniestras calibre 45 sólo chasquearon sobre recámaras vacías. Había olvidado recargarlas luego de cargarse a los tres tipos malos del Buitre Podrido.

Lee rodó hasta escudarse tras un barril de taco chips. Columbine ya estaba agachado detrás de un frasco gigante de mayonesa que habían abandonado un mes antes, luego del peor desastre de inundaciones en la historia del sudoeste americano (¿por qué abandonar una mayonesa luego de un desastre? No es ningún maldito negocio).

-¿Q–ién está allí? -aulló Lee.

Slade pensó con rapidez.

-Soy Rand–lph P. Sorghum -vociferó-. ¡El auténtico McCoy, Lee! ¡Y esta vez voy a volarte mucho más que tres dedos!

Su astuto desafío obtuvo el efecto deseado. Pinky saltó imprudentemente (o se imprudenció saltadamente, si lo prefieres) de su escondite, con su siniestra Buntline Special escupiendo fuego.

-¡Vo– a destruirte! -gritaba- ¡Voy a...

Pero en ese momento Slade le atravesó la cabeza con una bala, cuidadosamente. Pinky Lee se derrumbó; sus días de maldad habían te–minado.

-¿Lee? -lo llamó Sam Columbine-. Pink–, ¿estás allí? -Podía advertirse una nota de cobardía en su voz.

-¡Acabo de cargárm–lo, Columbine! -gritó Slade-. ¡Y ahora estamos solo tú y yo... y estoy yendo a por tí!

Con sus siniestras calibre 45 disparando y un cigarro mexicano apretado entre los dientes, Slade empezó a bajar la colina en busca de Sam Columbine.

A mitad de camino de la ladera, Sam Columbine soltó semejante descarga de disparos que Slade tuvo que agacharse detrás de un cactus. No podía bajar de un tiro preciso a Columbine porque el taimado bribón se había escondido detrás de un oportuno y gigantesco tarro de mayon–sa.

-¡Slade! -gritó Columbine-. ¡Es hora de que arreglemos este asunto como dos hombres! ¡Enfunda tu pistola y yo guardaré la mía! ¡Luego nos dejamos ver y nos enfrentamos! ¡El mejor de nosotros se irá caminando!

-¡Okay, rastrera serpien–e de cascabel! -bramó Slade en respuesta. Enfundó sus siniestras calibre 45 y salió del abrigo del cactus.

Columbine emergió del tarro de mayonesa. Era un hombre alto con un cutis oliváceo y una mueca malvada. Su mano se posaba sobre la culata de la siniestra pistola Smith & Wesson que le colgaba de la cadera.

-¡Bien, con que ése eres-tú, compañero! -declaró Slade, sonriendo con desprecio. Tenía un cigarro mexicano apretado entre los dientes cuando se dirigió hacia Columbine-. ¡Saluda a todos en el infierno por mí, Columbine!

-Eso lo veremos -Columbine también sonrió con desprecio, pero le temblaban las rodillas cuando se puso en guardia, listo para el duelo.

-¡Okay! -anunció Slade-. ¡Saca tu pisto-a!

-¡Esperen! -chilló alguien-. ¡Esperen, esperen, ESPEREN!

Ambos se dieron vuelta. ¡Era Sandra Dawson! Estaba corriendo hacia ellos, sin alien-o.

-¡Slade! -gritó-. ¡Slade-

-¡Agáchese! -gruñó Slade-. Sam Columbine está...

-¡Tenía que decírtelo, Slade! ¡No podía dejar que continuaran con esto, podrías resultar muerto! ¡Y nunca te enterarías!

-¿En-erarme de qué? -preguntó Slade.

-¡De que soy Polly Peachtree!

Slade abrió la boca, estupefacto.

-¡Pero usted no puede ser Polly Peachtree! ¡Ella fue mi único amor verdadero y resultó muerta por un globo Montgolfier que se estrelló mientras ordeñaba sus vacas!

-¡Logré escapar, pe-o con amnesia! -lloraba ella-. Esta noche acabo de recordar-o todo.

¡Mira! -Y se sacó la peluca rubia que había estado llevando. ¡En efecto, ella era la hermosa Polly Peachtree de Paduka, volviendo de la muerte!

-¡¡¡POLLY!!!

-¡¡¡SLADE!!!

Slade se abalanzó sobre ella y se abrazaron, olvidándose de Sam Columbine.

Slade estaba a punto de preguntarle cómo le había ido cuando Sam Columbine, como buena rata infame que era, se arrastró a sus espaldas y le disparó a Slade tres veces en la espalda.

-¡-racias a Dios! -susurró Polly cuando ella y Sam se abrazaron-. Por fin. ¡Él ha muerto y nosotros estamos libres, -uerido!

-Sí-gruño Sam-. ¿Cómo te ha ido, Polly?

-Ni te imaginas lo t-rrible que fue -sollozó ella-, no solo porque los estuvo matando a todos, sino porque además es más raro que un billete de tres dólares.

-Pues bi-n, ya se acabó -afirmó Sam.

-¡Com- la diversión! -irrumpió Slade. Se incorporó y los acribilló a ambos-. Fue bueno que llevara mi ropa interior a -rueba de balas -agregó, encendiendo un nuevo cigarro mexicano. Contempló los cuerpos helados de Sam Columbine y de Polly Peachtree, y una gran ola de tristeza rompió sobre él. Arrojó su cigarro y encendió un porro. Luego caminó hacia donde había atado a Stokely, su semental negro. Rodeó con sus brazos el cuello de Stokely y lo abrazó firmemente.

-P-r fin, querido -susurró Slade-. Estamos solos.

Luego de un largo rato, Slade y Stokely se adentraron en el ocaso en busca de nuevas aventuras.

El compresor de aire azul

(The blue air compressor)

(Primera aparición en Onan, revista de estudiantes de literatura publicada por la Universidad de Maine en Orono, en enero de 1971. Reeditado en Heavy Metal, julio de 1981)

La casa era alta, con un sorprendente tejado inclinado. Mientras caminaba hacia ella desde el camino de la costa, Gerald Nately pensó que era casi como un país en sí misma, una geografía en un microcosmos. El techo subía y bajaba en diversos ángulos por encima del edificio principal y de dos alas extrañamente angulosas; la terraza bordeaba una cúpula con forma de hongo orientada hacia el mar; el porche, que enfrentaba las dunas y las marchitas malezas de septiembre, era más extenso que un vagón Pullman. Por sobre él, la elevada cuesta del techo hacía que la casa pareciera fruncir el entrecejo. Era la abuela bautista de una casa.

Se dirigió al porche y, tras un momento de vacilación, pasó a través de la puerta mosquitera hasta la de cristal que estaba más allá. Sólo había una silla de mimbre, una mecedora mohosa, y una antigua y olvidada cesta de labores. Las arañas habían hilado su tela en los rincones más elevados y oscuros. Golpeó a la puerta.

Reinó el silencio, un silencio habitado. Estaba a punto de golpear de nuevo cuando rechinó una silla en alguna parte del interior. Fue un sonido fatigado. Más silencio. Y luego el lento, el tremendamente paciente rumor de unos pies viejos y sobrecargados que se arrastraban hacia el vestíbulo. El contrapunto de un bastón: whock... whock... whock...

Las tablas del piso crujieron y se quejaron. Una sombra, grande y sin forma tras el vidrio nacarado, se perfiló en la ventanita de la puerta. El interminable sonido de unos dedos que resuelven laboriosamente el enigma de cadena, cerrojo y cerradura. La puerta s-abrió.

-Hola -pronunció rotundamente la voz nasal-. Usted es el señor Nately. Ha alquilado la cabaña. La cabaña de -i marido.

-Sí -dijo Gerald, con la lengua inflándole la garganta-. Así es. Y usted es...

-La -eñora Leighton -completó la voz nasal, complacida por su rapidez o por su nombre, aunque ninguno de ambos era gran cosa-. Soy la señora Leighton.

* * *

Qué mujer tan jodidamente grande y vieja parece oh jesucristo reventar el vestido debe tener como sesenta y seis y es gorda dios mío es gorda como una cerda no puede olfatearse el pelo blanco el largo pelo blanco de sus patas aquellas secoyas enfermas en esa película un tanque ella podría ser un tanque podría matarme su voz está fuera de todo contexto como un silbato jesus si me riera no puedo reírme debe tener como setenta dios cómo camina y el bastón sus manos son más grandes que mis pies como un maldito tanque podría derribar un roble un roble por el amor de dios

* * *

-Usted escribe. -Ella no le había ofrecido pasar.

-Sí, por ahí—viene la mano 14 -dijo él, y se rió para poder disimular su repentino encogimiento ante el uso de aquella metáfora.

-¿Me mostrará algo cuando ya —sté instalado? -le preguntó. Sus ojos parecían perpetuamente luminosos y nostálgicos. No habían sido afectados por los mismos años que hicieron estragos en el resto de su persona.

* * *

Espera a que lo tenga escrito

* * *

Imagen: «los años llegaron haciendo estragos, en compañía de una carnosidad exuberante: ella era como una cerda salvaje a la que dejaran suelta en una casa grande y majestuosa, libre de cagarse sobre la alfombra, de destrozar la cómoda galesa y de derribar todas las copas de cristal y los vasos de vino, de pisotear los divanes de color rojo hasta que aparecieran los lunáticos resortes y sus rellenos, de rayar el espejante acabado del gran suelo del vestíbulo con sus bárbaras pezuñas, desparramando charcos de orina»

* * *

Bien es ella sí hay una historia percibo su cuerpo colgando y ondulando

* * *

--i usted quiere -respondió él-. No divisé la cabaña, señora Leighton, ni siquiera desde el camino de la costa. ¿Podría decirme dónde...

-¿Vino conduciendo?

-Sí. Dejé mi —utomóvil allí. -Señaló más allá de las dunas, hacia el camino.

Una sonrisa, extrañamente unidimensional, se dibujó en los labios de la mujer.

-Ésa es la razón. Desde el camino sólo alcanza a entreverla: se la pierde, a menos que—ande caminando -apuntó al oeste, hacia la descuidada esquina de las dunas y la casa-. Está allí.

Justo pasando aquella pequeña—colina.

-Bien -dijo, y entonces se quedó allí sonriendo. En realidad no tenía ni idea de cómo finalizar la entrevista.

-¿Le gustaría entrar a tomar un poco de café? ¿O una —oca-cola?

-Sí -respondió al instante.

Ella pareció sorprenderse un poco ante su rápida aceptación. A fin de cuentas, él había sido el amigo de su marido, no el suyo. El rostro se cernió amenazante sobre Gerald, como una luna inconexa, indecisa. Luego lo condujo dentro de la antigua y paciente casa.

Ella se tomó un té; él una coca. Millones de ojos parecían observarlos. Se sentía como un ladrón, merodeando en busca de la ficción oculta que él podía llegar a crear a partir de ella, llevando consigo tan sólo su propia gracia juvenil y una linterna psíquica.

* * *

¹⁴ Juego de palabras intraducible: Gerald dice *That's about the size of it*; en inglés, "size" significa "tamaño", y el personaje lo relaciona con la corpulencia de la mujer, de ahí su extraña reacción (*N. del T.*)

Mi nombre, por supuesto, es Steve King, y sabrás perdonarme esta intrusión en tu mente... o así lo espero. Podría argumentar que el hecho de hacer a un lado la cortina de presunción entre el lector y el autor está permitido porque yo soy el escritor; es decir que, dado que ésta es mi historia, puedo hacer con ella cualquier maldita cosa que se me ocurra; pero pierde validez puesto que eso deja completamente de lado al lector. La Regla Número Uno para todo escritor es que el narrador no importa un centavo cuando se lo compara con el oyente. Pero olvidemos todo el asunto, si es que podemos. Me estoy entrometiendo en la historia por la misma razón por la que el Papa defeca: porque tengo que hacerlo.

Deberías saber que nunca atraparon a Gerald Nately; su crimen jamás fue descubierto. Pero igual lo pagó. Tras escribir cuatro novelas retorcidas, monumentales, mal desarrolladas, se cortó la cabeza con una guillotina de marfil tallado comprada en Kowloon.

Su personaje fue el que primero inventé, durante un rato de aburrimiento, a las ocho de la mañana, en una clase de Carroll F. Terrell de la facultad de Inglés de la Universidad de Maine. El doctor Terrell estaba hablando sobre Edgar A. Poe y yo pensé:

guillotina de marfil de Kowloon

una retorcida mujer en sombras, como un cerdo cierto caserón

El compresor de aire azul no se me ocurrió hasta pasado bastante tiempo. Es desesperadamente importante que el lector esté informado de estos hechos.

* * *

Él le mostró algunos de sus escritos. No la p-rte importante - la historia que estaba escribiendo sobre ella- pero sí fragmentos de poesía, o aquella espina de novela que, como fragmentos de granada, llevó clavada en la mente durante todo un año, o los cuatro ensayos. Ella era una crítica perspicaz y se los devolvió con anotaciones al margen escritas con su fibra negra. Como a veces la mujer se dejaba caer por la cabaña mientras él se encontraba en el pueblo, escondió la historia en el cobertizo de la parte trasera.

Cuando septiembre se fundió en un fresco octubre la historia estuvo terminada, enviada por correo a un amigo, regresada con sugerencias (algunas malas), y vuelta a escribir. Sentía que era buena, pero no lo suficiente. Algo indefinible le estaba faltando. El enfoque no estaba muy claro. Empezó a jugar con la idea de mostrárselo a ella para que lo critique, luego la rechazó, para volver a jugar con la idea. Después de todo, ella era la historia; él nunca dudó de que la mujer pudiera proporcionar el vector final.

En forma gradual, su actitud con respecto a ella llegó a tornarse enfermiza; estaba fascinado por su volumen colosal, animalístico, por la lentitud de tortuga con que se desplazaba a través del espacio existente entre la casa y la cabaña...

* * *

Imagen: «gigantesca sombra de decadencia que se tambalea entre una arena sin sombras, el bastón aferrado en una mano torcida, los pies calzados en unas enormes zapatillas de lona que pisotean y esparcen los toscos granos, el rostro como una fuente servida, los brazos una masa hinchada, los pechos como tambores, una geografía en sí misma, el país del tejido orgánico»

* * *

...por su voz insípida y estridente; pero al mismo tiempo la detestaba, no podía resistir su contacto. La mentira empezó a hacerse notar, como le sucede al joven de El Corazón Delator, de Edgar A. Poe. Sentía que la mentira podía hallarse cerca de la puerta del dormitorio de ella, durante interminables medianoches, iluminando su ojo dormido con un rayo de luz, listo para cincelar y rasgar en el instante en que se abriera.

El impulso de mostrarle la historia comenzó a aguijonearle enloquecedoramente. Había decidido que lo haría el primer día de diciembre. El hecho mismo de la decisión no lo alivió para nada, como se supone que ocurre en las novelas, aunque sí lo dejó con un sentimiento de placer antiséptico. Estaba bien que así fuera; era el omega que realmente se enlazaría con el alfa. Y se trataba del omega; para el cinco de diciembre pensaba dejar la cabaña. Aquel mismo día acababa de volver de la Agencia de Viajes Stowe de Portland, donde había reservado un pasaje para el lejano este. Podría decirse que lo había hecho como un impulso momentáneo: la decisión de marcharse y la decisión de mostrarle su manuscrito a la señora Leighton habían aparecido juntas, casi como si él estuviera siendo guiado por una mano invisible.

* * *

Realmente estaba siendo guiado; por mi propia e invisible mano.

* * *

El día estaba blanco y nublado, con la promesa de la nieve acechando en el aire. Cuando Gerald las cruzó, las dunas entre la casa cubierta de tejas de los dominios de ella y la humilde cabaña de piedras de él ya parecían estar prefigurando el invierno. El mar, sombrío y grisáceo, rompía entre los guijarros de la playa. Las gaviotas montaban las lentas olas como si fueran boyas.

Atravesó la cima de la última duna y supo que la mujer estaba en casa; su bastón, con la manopla blanca de bicicleta en un extremo, estaba apoyada junto a la puerta. El humo se elevaba desde la chimenea de juguete.

Gerald subió los escalones de madera sacudiéndose la arena de las botas para que la mujer se enterara de su llegada, y después entró.

-¡Hola, señora Leighton!

Pero la diminuta sala y la cocina se hallaban vacías. El reloj de pared sólo hacía tictac para sí mismo y para Gerald. El gigantesco tapado de pieles de la mujer yacía colgado de la mecedora, como el pellejo de un animal. En el hogar había una pequeña llama encendida que resplandecía y crujía diligentemente. La tetera permanecía sobre la hornalla de la cocina y sobre la mesada una taza de té, aún a la espera del agua. Él se asomó en el estrecho pasillo que conducía al dormitorio.

-¿Señora Leighton?

Tanto el pasillo como el dormitorio estaban vacíos.

Estaba a punto de regresar a la cocina cuando comenzaron las gigantescas risitas. Eran enormes y desvalidos espasmos de risa, el tipo de risa que emitiría una mujer que

permanece confinada durante años y años, como vino en una bodega. (También existe un cuento de Edgar A. Poe que trata sobre el vino ¹⁵.)

Las risitas se transformaron en grandes risotadas. Provenían de la puerta que se abría a la derecha de la cama de Gerald, la última puerta de la cabaña. Provenían del cobertizo de las herramientas.

* * *

Se me están encogiendo las bolas como en la escuela primaria la vieja puta se está riendo lo encontró vieja gorda maldita sea maldita sea maldita sea tú vieja prostituta eres la causa de que esté aquí vieja puta ramera montón de mierda

* * *

Llegó hasta la puerta en unas pocas zancadas y la abrió. Ella estaba sentada junto al pequeño calentador del cobertizo, con el vestido subido hasta los tocones de robles que eran sus rodillas para poder acomodarse con las piernas cruzadas, y con el manuscrito, empuñecido, sostenido entre sus manos hinchadas.

Sus carcajadas rugieron y tronaron a su alrededor. Gerald Natelly vio que los colores estallaban frente a sus ojos. Ella era como un animal lento, un gusano, una gigantesca cosa deslizante que se hubiera desarrollado en el oscuro sótano de la casa junto al mar, un bicho oscuro que se había convertido en una grotesca forma humanoide.

Bajo la opacada luz de una ventana llena de telarañas, su cara se transformó en una luna de cementerio, surcada por los estériles cráteres de sus ojos y por el hendido terremoto de su boca—

-No se ría -le advirtió Gerald, rígidamente—.

-Oh, Gerald -dijo la mujer, sin parar de reírse-. Ésta es una historia muy mala. No lo culpo de usar un seudónimo. Es...-se limpió las lágrimas de risa de los ojos- ¡es abominable! Tieso, empezó a caminar hacia ella.

- No me ha representado lo suficientemente grande, Gerald. Ése es el problema. Soy demasiado grande para usted. Quizás Poe, o Dostoyevsky, o Melville... pero no usted, Gerald. Ni siquiera bajo su auténtico nombre. No usted. No usted.

Empezó a reírse de nuevo, colosales y terribles explosiones de sonid—.

- No se ría -le advirtió Gerald, rígidamente.

* * *

El cobertizo de herramientas, a la manera de Zola:

Paredes de madera que muestran ocasionales grietas de luz, rodeadas de trampas para conejos colgadas y tiradas por los rincones; un par de polvorientas y desencajadas botas de nieve; un calentador mohoso que deja ver parpadeos de llamas amarillas, como los ojos de un gato; varias chucherías; dos palas; unas tijeras de podar; una antigua manguera verde enrollada como una serpiente; cuatro neumáticos viejos apilados como rosquillas; un oxidado rifle Winchester sin gatillo; una sierra de doble mango; un polvoriento banco de

¹⁵ Se refiere a *La barrica de amontillado*, en el que el protagonista, aprovechándose de la borrachera de su víctima, la sepulta viva en una cripta. (N. del T.)

trabajo cubierto de clavos, tornillos, tuercas, arandelas, dos martillos, un cepillo, un nivel roto, un carburador desmantelado de los que pueden encontrarse dentro de un convertible Packard 1949; un compresor de aire de cuatro caballos de fuerza pintado de azul eléctrico, enchufado con un alargador que se comunica con la casa.

* * *

—
- No se ría -repitió Gerald, pero ella siguió meciéndose de un lado para el otro, agarrándose el estómago y agitando el manuscrito, con la jadeante respiración como un pájaro blanco. Su mano encontró el mohoso rifle Winchester y lo utilizó para golpearla, como si fuera un garrote.

* * *

La mayoría de las historias de horror son de naturaleza sexual.
Lamento interrumpir el relato con esta información, pero presiento que debo poner en claro la espantosa conclusión de esta obra, que no es otra cosa que (al menos psicológicamente) una clara metáfora de los miedos a la impotencia sexual. La gran boca de la señora Leighton simboliza la vagina; la manguera del compresor es el pene. El inmenso y dominante volumen femenino es una representación mítica del temor sexual que, en mayor o menor grado, habita en cada varón: que la mujer, con su apertura, es una devota.

* * *

En los escritos de Edgar A. Poe, Stephen King, Gerald Nately, y de todos aquellos que practican esta particular forma literaria, solemos encontrar tanto habitaciones cerradas como calabozos, además de mansiones desiertas (todos éstos símbolos del útero); escenas de entierros vivientes (impotencia sexual); el muerto que retorna de la tumba (necrofilia); monstruos o seres humanos grotescos (el temor exteriorizado al propio acto sexual); la tortura y/o el asesinato (una alternativa viable al acto sexual).

Estas posibilidades no siempre son válidas, pero el lector y el escritor deben tenerlos en cuenta al intentar este tipo de género.

La psicología anormal ha llegado a formar parte de la experiencia humana.

* * *

La mujer produjo unos ruidos espesos e inconscientes con su garganta mientras él revolvía todo como loco en busca de un instrumento; la cabeza le colgaba entrecortadamente del grueso tallo de su cuello.

* * *

Se apoderó de la manguera del compresor—de aire.
-Bien -dijo con la voz ronca-. Ahora sí que está bien. Todo preparado.

* * *

Gorda puta vieja puta no has tenido tus suficientemente grandes está bien de acuerdo serás más grande serás aún más grande

* * *

La aferró del cabello, le echó la cabeza hacia atrás y le metió la manguera por la boca, hasta la garganta. Ella gritó a través de eso, un sonido como el que podría emitir un gato.

* * *

Parte de la inspiración para esta historia proviene de una vieja revista de horror de E.C. Comics (¡bu!), que compré en una farmacia de Lisbon Falls. En cierta historia, un marido y su esposa se asesinan uno al otro de forma simultánea y de una manera mutuamente irónica (además de brillante). Él era muy obeso; ella estaba muy delgada. Él le introdujo por la garganta la manguera de un compresor de aire y la infló al tamaño de un dirigible. En su camino hacia abajo y como una trampa para bobos, ella se estrelló sobre él y lo aplastó hasta dejarlo como una sombra.

Cualquier autor que les asegure que nunca ha plagiado es dos veces mentiroso. Un buen autor empieza con ideas malas y con imposibilidades, y las amolda con los comentarios de la condición humana.

En una historia de horror es imperativo que lo grotesco sea elevado al estado de lo anormal.

* * *

El compresor se puso en marcha con un whush y un traqueteo. La manguera se escapó de la boca de la señora Leighton. Riéndose tontamente, Gerald se la volvió a introducir. Los pies de la mujer se sacudieron y golpearon contra el suelo. Las carnes de sus mejillas y diafragma empezaron a inflarse rítmicamente. Sus ojos sobresalieron y se convirtieron en canicas de vidrio. Su torso comenzó a expandirse.

* * *

Aquí está aquí está piojosa no eres lo suficientemente todavía no eres lo suficientemente grande

* * *

El compresor jadeó y traqueteó. La señora Leighton se infló como una pelota playera. Los pulmones se le pusieron tirantes.

* * *

¡Miserables! ¡No disimuléis más tiempo! ¡Arrancad esas tablas; aquí está, aquí está! ¡Es el latido de su espantoso corazón! ¹⁶

* * *

Ella pareció explotar de repente.

* * *

Sentado en un hirviente cuarto de hotel en Bombay, Gerald reescribió la historia que había iniciado en una cabaña al otro lado del mundo. El título original había sido *La Cerda*. Luego de algunas deliberaciones lo rebautizó *El Compresor de Aire Azul*.

Había quedado satisfecho con la resolución. Había cierta falta de motivos en lo que respecta a la escena final, en la que es asesinada la vieja mujer, pero él no lo vio como una falta. En *El Corazón Delator*, la mejor de las historias de Edgar A. Poe, no existe una auténtica motivación para el asesinato del anciano, y así era como tenía que ser. El motivo no es lo que importa.

* * *

Ella se volvió muy grande sólo antes del fin: hasta las piernas se le inflaron a dos veces su tamaño normal. En el mismo instante final, la lengua estalló fuera de su boca como fuegos de artificio.

* * *

Tras abandonar Bombay, Gerald Nately siguió camino hacia Hong Kong, y luego a Kowloon. La guillotina de marfil atrapó su imaginación de inmediato.

* * *

Como autor, puedo imaginar un sólo omega correcto para esta historia, y consiste en decirles cómo Gerald Nately se libró del cadáver. Arrancó las tablas del piso del cobertizo, desmembró a la señora Leighton, y enterró los pedazos bajo la arena.

Cuando notificó a la policía que la mujer había estado desaparecida durante una semana, el alguacil local y un policía estatal vinieron en seguida. Gerald los entretuvo con bastante naturalidad, incluso les ofreció café. No escuchó el latido de ningún corazón, aunque para ese entonces la entrevista se produjo en el caserón.

Al día siguiente él voló muy lejos, hacia Bombay, Hong Kong, y Kowloon.

¹⁶ Frase final de *El Corazón Delator*, de Edgar A. Poe (*N. del T.*)

El gato del infierno

(The cat from hell)

(Publicado originalmente en *Cavallier*—, 1977 y luego -con correcciones- en:

1978 *Tales of unknown 'orror*

1978 *Year's finest fantasy*

1987 *Magicats*

1996 *Twists of the tale: An anthology of cat horror*)

Halston pensó que el viejo en la silla de ruedas se veía enfermo, aterrorizado y listo para morir. Tenía experiencia en ver tales cosas. La muerte era el negocio de Halston; se la había brindado a dieciocho hombres y seis mujeres en su carrera como asesino independiente. Conocía el aspecto de la —uerte.

La casa -la mansión, en realidad- era fría y silenciosa. Los únicos sonidos eran el bajo crujido del fuego en el gran hogar de piedra y el bajo gemir del viento de noviembre afuera.

“Quiero que cometa un asesinato”, dijo el viejo. Su voz era trémula y alta, malhumorada. “Entiendo que eso es lo que hace”.

“¿Con quién habló?”, preguntó Halston.

“Con un hombre llamado Saul Loggia. Dice que lo conoce”.

Halston asintió. Si Loggia era el intermediario, estaba todo bien. Y si había un micrófono en la habitación, cualquier co—a que el viejo -Drogan- dijera quedaría registrado.

“¿A quién quiere matar?”.

Drogan presionó el botón de la consola construida en el brazo de su silla de ruedas y ésta avanzó zumbando. De cerca, Halston pudo oler los amarillos aromas del miedo, la rabia y la orina, todos mezclados. Le repugnaron, pero no hizo ninguna señal. Su rostro estaba inmóvil y sereno.

“Su víctima está justo detrás suyo”, dijo Drogan suavemente.

Halston se movió rápidamente. Sus reflejos eran su vida y siempre estaban en un alfiler puntiagudo. Saltó del sofá, cayó en una rodilla, se dio la vuelta, la mano dentro de su abrigo deportivo hecho a medida, empuñando el híbrido calibre .45 de cañón corto que pendía bajo su axila en una pistolera con resorte que ponía el arma en su palma con sólo un toque. Un momento después estaba afuera y apuntando a... un gato.

Por un momento, Halston y el gato se observaron el uno al otro. Fue un momento extraño para Halston, que era un hombre sin imaginación y sin supersticiones. Durante ese único momento, arrodillado en el piso con el arma apuntando, sintió que conocía al gato, aunque si alguna vez hubiera visto uno con rasgos tan inusuales seguramente lo recordaría.

Su cara era una división perfecta: mitad negra, mitad blanca. La línea divisoria iba desde la cima de su cráneo plano directamente hasta su boca, pasando por su hocico. Sus ojos eran enormes en la penumbra, y atrapado en cada pupila negra y casi circular había un prisma de lumbre, como un tétrico carbón de odio.

Y el pensamiento se repitió como un eco en Halston: *Nos conocemos, tú y yo.*

Luego pasó. Apartó el arma y se paró. “Debería matarlo a usted por esto, viejo. No soporto una broma”.

“Y yo no las hago”, dijo Drogan. “Siéntese. Mire aquí dentro”. Había sacado un sobre grueso de debajo de la sábana que cubría sus piernas.

Halston se sentó. El gato, que había estado agazapado en el respaldo del sofá, saltó ágilmente a su falda. Miró a Halston por un momento con esos enormes ojos oscuros, las pupilas rodeadas por finos anillos verde-dorados, y luego se calmó y comenzó a ronronear

halston miró a Drogan interrogativamente.

“Es muy amigable”, dijo Drogan. “Al principio. El lindo y amigable minino ha asesinado a tres personas en esta casa. Eso me deja sólo a mí. Soy viejo, estoy enfermo... pero prefiero morir en mi propio tiempo”.

“No puedo creerlo”, dijo Halston. “¿Me contrató para matar a un gato?”.

“Mire en el sobre, por favor”.

Halston lo hizo. Estaba lleno de billetes de cien y de cincuenta, todos viejos. “¿Cuánto es?”.

“Seis mil dólares. Habrá otros seis mil cuando me traiga pruebas de que el gato está muerto. El señor Loggia dijo que doce mil era su honorario habitual”.

Halston asintió, su mano apretando automáticamente al gato en su falda. Estaba dormido, aún ronroneando. A Halston le gustaban los gatos. Eran los únicos animales que le gustaban, de hecho. Se las arregla—an solos. Dios -si existía uno- los había hecho máquinas de matar perfectas y reservadas. Los gatos eran los asesinos del mundo animal, y Halston les tenía respeto.

“No necesito explicar nada, pero lo haré”, dijo Drogan. “Prevenido es preparado, dicen, y no quisiera que se meta en esto a la ligera. Y parece que necesito justificarme. Así no pensará que estoy loco”.

Halston asintió otra vez. Ya había decidido dar este peculiar golpe, y no necesitaba ninguna charla previa. Pero si Drogan quería hablar, él lo escucharía.

“Primero de todo, ¿sabe quién soy? ¿De dónde viene el dinero?”.

“Farmacéuticos Drogan”.

“Sí. Uno de los laboratorios más grandes del mundo. Y la piedra angular de nuestro éxito financiero ha sido esto”. Del bolsillo de su bata le alcanzó a Halston un pequeño frasco de píldoras sin etiqueta. “Tri-Dormal-phenobarbin, compuesto G. Prescripto casi exclusivamente para los enfermos terminales. Es extremadamente adictivo, verá. Es una combinación de analgésico, tranquilizante y un alucinógeno suave. Es remarcablemente útil para ayudar al enfermo terminal a afrontar sus condiciones y ajustarse a ellas”.

“¿Usted la toma?”, preguntó Halston.

Drogan ignoró la pregunta. “Es ampliamente prescripta en todo el mundo. Es un sintético; fue desarrollado en los años cincuenta en nuestros laboratorios de New Jersey. Nuestras pruebas estuvieron confinadas casi exclusivamente a gatos, debido a la cualidad única del sistema nervioso felino”.

“¿A cuántos limpiaron?”.

Drogan se puso rígido. “Esa es una manera injusta y perjudicial de ponerlo”.

Halston se encogió de hombros.

“En el período de prueba de cuatro años que permitió que la FDA aprobara el Tri-Dormal-G, casi quince mil gatos... eh, expiraron”.

Halston silbó. Casi cuatro mil gatos por año. “Y ahora piensa que éste volvió para atraparlo, ¿eh?”.

“No me siento culpable en lo más mínimo”, dijo Drogan, pero esa nota trémula y petulante volvió a su voz. “Quince mil animales de prueba murieron para que cientos de miles de seres humanos...”.

“Olvídese”, dijo Halston. Las justificaciones lo aburrían.

“Ese gato vino aquí siete meses atrás. Nunca me han gustado los gatos. Son animales detestables y portadores de enfermedades... siempre afuera... vagando por las cocheras... recogiendo Dios sabe qué gérmenes en su pelaje... siempre tratando de traer algo con sus tripas afuera dentro de la casa para que lo veas... fue mi hermana la que quiso quedárselo. Lo descubrió. Pagó”. Miró al gato durmiendo en la falda de Halston con un odio muerto.

“Usted dijo que el gato asesinó a tres personas”.

Drogan comenzó a hablar. El gato dormitaba y ronroneaba en la falda de Halston bajo las caricias suaves de los dedos fuertes y expertos asesinos de Halston. Ocasionalmente un nudo de pino explotaba en el hogar, tensándolo como una serie de resortes de acero cubiertos con pellejo y músculo. Afuera, el viento gemía alrededor de la gran casa de piedra, lejos en la zona de Connecticut. Había invierno en la garganta de ese viento. La voz del viejo seguía y seguía.

Siete meses atrás había habido cuatro de ellos aquí: Drogan, su hermana Amanda, que a los setenta y cuatro era dos años mayor que Drogan, su amiga de toda la vida Carolyn Broadmoor (“de los Westchester Broadmoors”, dijo Drogan), que estaba gravemente afectada por un enfisema y Dick Gage, un empleado que había estado con la familia Drogan por veinte años. Gage, que había pasado los sesenta, conducía el gran Lincoln Mark IV, cocinaba y servía el jerez de la tarde. Por la mañana venía una criada. Los cuatro habían vivido de esta manera por casi dos años, una deprimente colección de viejos y su criado familiar. Sus únicos placeres eran *The Hollywood Squares* y esperar a ver quién sobreviviría a quién.

Luego había llegado el gato.

“Fue Gage quien lo vio primero, gimiendo y vagando alrededor de la casa. Trató de alejarlo. Le tiraba palos y piedritas, y varias veces le acertaba. Pero no se iba. Olía la comida, por supuesto. Era poco más que un saco de huesos. La gente los deja al lado de la carretera para que mueran al final del verano, usted sabe. Una cosa terrible e inhumana”.

“¿Mejor que freírles los nervios?”, preguntó Halston.

Drogan lo ignoró y continuó. Odiaba a los gatos. Siempre lo había hecho. Cuando el gato se negó a irse, le había instruido a Gage a ponerle comida envenenada. Grandes y tentadores platos de comida para gatos Calo mezclados con Tri-Dormal-G, de hecho. El gato ignoraba la comida. A esa altura, Amanda Drogan había notado al gato e insistía en quedárselo. Drogan había protestado vehementemente, pero Amanda se había salido con la suya. Siempre lo hacía, aparentemente.

“Pero lo descubrió”, dijo Drogan. “Lo entró ella misma, en sus brazos. Estaba ronroneando, justo como ahora. Pero no se acercaba a mí. Nunca lo ha hecho... aún. Le sirvió un plato de leche. ‘Oh, miren al pobrecito, está hambriento’, susurró. Carolyn y ella le susurraban. Repugnante. Era su manera de vengarse de mí, por supuesto. Sabían lo que yo sentía por los felinos desde el programa de pruebas del Tri-Dormal-G, veinte años atrás. Disfrutaban fastidiándome, provocándome con eso”. Miró a Halston sombríamente. “Pero pagaron”.

A mediados de mayo, Gage se había levantado a preparar el desayuno y había encontrado a Amanda Drogan yaciendo a los pies de la escalera principal en un bicho de loza rota y Little Friskies. Sus ojos hinchados apuntaban ciegamente hacia el techo. Había sangrado muchísimo por la boca y la nariz. Su espalda estaba rota, ambas piernas estaban rotas y su cuello se había hecho añicos, literalmente como vidrio.

“Dormía en su cuarto”, dijo Drogan. “Lo trataba como a un bebé... ‘¿Tiene hambre, mi queridito? ¿Necesita salir a hacer popó?’. Obsceno, viniendo de una vieja corpulenta como

mi hermana. Creo que la despertó, maullando. Ella tenía su plato. Solía decir que a Sam no le gustaban realmente sus Friskies a menos que estuvieran humedecidos con un poco de leche. Así que planeaba bajar las escaleras. El gato estaba frotándose contra sus piernas. Era vieja, no muy firme cuando estaba de pie. Medio dormida. Llegaron a la escalera y el gato se le cruzó... la hizo tropezar...”.

Sí, pudo haber sido de esa forma, pensó Halston. En su mente vio a la vieja cayendo, demasiado asustada para gritar. Los Friskies esparciéndose mientras caía patas para arriba, el recipiente estrellándose. Al final se detiene al pie de la escalera, los viejos huesos destrozados, los ojos brillando, la nariz y las orejas chorreando sangre. Y el gato ronroneante comienza a bajar las escaleras, comiendo Little Friskies tranquilamente...

“¿Qué dijo el forense?”, le preguntó a Drogan.

“Muerte por accidente, por supuesto. Pero yo sabía”.

“¿Por qué no se deshizo del gato en ese momento, con Amanda muerta?”.

Porque Carolyn Broadmoor había amenazado con irse si lo hacía, aparentemente. Estaba histérica, obsesionada con el asunto. Era una mujer enferma, y estaba loca con el tema del espiritismo. Una médium de Hartford le había dicho (por sólo veinte dólares) que el alma de Amanda había entrado en el cuerpo felino de Sam. Sam había sido de Amanda, le dijo a Drogan, y si Sam se iba, *ella* se iba.

Halston, que se había convertido en algo así como un experto lector entre las líneas de las vidas humanas, sospechó que Drogan y la vieja Broadmoor habían sido amantes mucho tiempo atrás, y que el viejo era reacio a dejarla ir por un gato.

“Hubiera sido lo mismo que un suicidio”, dijo Drogan. “En su mente aún era una joven saludable, perfectamente capaz de recoger a ese gato e irse con él a New York o a Londres o incluso a Monte Carlo. De hecho ella era la última de una gran familia, viviendo en la miseria como resultado de un número de malas inversiones en los años sesenta. Vivía aquí en el segundo piso en una habitación especialmente controlada y súper humedecida. La mujer tenía setenta años, señor Halston. Fue una gran fumadora hasta los últimos dos años de su vida, y el enfisema era muy malo. Yo la quería aquí, y si el gato tenía que quedarse...”.

Halston asintió y echó una mirada intencionadamente a su reloj.

“Cerca del final de junio, murió en la noche. El doctor pareció tomarlo como algo común... sólo vino y escribió el certificado de defunción y listo. Pero el gato estaba en la habitación. Gage me lo dijo”.

“Todos tenemos que irnos alguna vez, hombre”, dijo Halston.

“Por supuesto. Eso es lo que el doctor dijo. Pero yo sabía. Recordé. A los gatos les gusta llevarse a los bebés y a los viejos cuando están dormidos. Y robarles el aliento”.

“Un cuento de viejas”.

“Basado en hechos, como la mayoría de los llamados cuentos de viejas”, contestó Drogan. “A los gatos les gusta amasar cosas suaves con sus patas, verá. Una almohada, una tela de lana gruesa... o una sábana. Una sábana de cuna o una sábana de viejo. El peso extra en una persona que es débil para empezar con...”.

La voz de Drogan se apagó, y Halston pensó en eso. Carolyn Broadmoor dormida en su cuarto, su respiración entrando y saliendo de sus dañados pulmones, el sonido casi perdido en el silbido de los humidificadores especiales y los aire acondicionados. El gato con sus extrañas marcas blancas y negras salta silenciosamente en su cama de solterona y observa su cara vieja y arrugada con esos brillantes ojos negros y verdes. Se arrastra sobre su flaco pecho y pone su peso ahí, ronroneando... y la respiración disminuye la velocidad... y

disminuye... y el gato ronronea mientras la vieja se ahoga lentamente por el peso en el pecho.

No era un hombre imaginativo, pero Halston se estremeció un poco.

“Drogan”, dijo, mientras continuaba acariciando al gato. “¿Por qué no lo mata? Un veterinario le daría el gas por veinte dólares”.

Drogan dijo “El funeral fue el primer día de julio; hice enterrar a Carolyn en nuestra parcela del cementerio al lado de mi hermana. Como ella hubiera querido. El 3 de julio llamé a Gage a esta habitación y le entregué una cesta de mimbre... una especie de canasta para picnic. ¿Entiende a qué me refiero?”.

Halston asintió.

“Le dije que meta al gato adentro y que lo lleve a un veterinario en Milford y que lo pongan a dormir. Dijo ‘Sí, señor’, tomó la cesta y salió. Muy propio de él. Nunca más lo vi con vida. Hubo un accidente en la carretera. Condujeron al Lincoln hacia el linde de un puente a más de sesenta millas por hora. Dick Gage murió instantáneamente. Cuando lo encontraron había arañazos en su cara”.

Halston se quedó en silencio mientras la imagen de cómo podía haber sido se formaba nuevamente en su cerebro. No había ningún sonido en la habitación más que el calmo crepitar del fuego y el calmo ronronear del gato en su falda. El gato y él juntos frente al fuego hubieran sido una buena ilustración para ese poema de Edgar Guest, ese que dice: “El gato en mi falda, el buen fuego del hogar/ ...Un hombre feliz, deberías preguntar”.

Dick Gage conduciendo el Lincoln por la carretera hacia Milford, violando el límite de velocidad quizás por cinco millas por hora. La cesta de mimbre a su lado: una especie de canasta para picnic. El chofer está vigilando el tránsito, quizás está pasando a un gran camión Jimmy y no nota la peculiar cara negra de un lado y blanca del otro que asoma de un lado de la cesta. Del lado del conductor. No lo nota porque está pasando al camión grande y ahí es cuando el gato salta sobre su cara, babeando y arañando, sus garras rasgando un ojo, perforándolo, desinflándolo, cegándolo. Sesenta millas por hora y el zumbido del gran motor del Lincoln y la otra garra enganchada sobre el puente de la nariz, excavándolo con exquisito y condenado dolor; quizás el Lincoln comienza a virar a la derecha, en el camino del Jimmy, y su claxon suena estridentemente, pero Gage no puede oírlo porque el gato está gritando, el gato está cubriendo su cara como una enorme y peluda araña negra, las orejas echadas hacia atrás, los ojos verdes brillando como focos del infierno, las patas traseras moviéndose nerviosamente y escarbando la suave carne del cuello del viejo. El auto vira violentamente hacia la otra dirección. El linde del puente se asoma. El gato se baja de un salto y el Lincoln, un brillante torpedo negro, golpea el cemento y salta como una bomba.

Halston tragó y escuchó un click seco en su garganta. “¿Y el gato volvió?”.

Drogan asintió. “Una semana después. El día en que enterraron a Dick Gage, de hecho. Justo como dice la vieja canción. El gato volvió”.

“¿Sobrevivió un choque de auto a sesenta millas por hora? Difícil de creer”.

“Dicen que cada uno tiene nueve vidas. Cuando vuelve... ahí es cuando comencé a preguntarme si no podría ser un... un...”.

“¿Un gato del infierno?”, sugirió Halston suavemente.

“A falta de una palabra mejor, sí. Una clase de demonio enviado...”.

“Para castigarlo”.

“No lo sé. Pero temo que sí. Lo alimento, o mejor dicho, la mujer que viene a hacerlo por mí lo alimenta. A ella tampoco le gusta. Dice que esa cara es una maldición de Dios.

Por supuesto, ella es de acá”. El viejo trató de sonreír y falló. “Quiero que lo mate. He vivido con él durante los últimos cuatro meses. Vaga en las sombras. Me mira. Parece estar... esperando. Me encierro en mi habitación cada noche y aun así me preguntó si me voy a despertar temprano en la mañana y lo voy a encontrar... acurrucado en mi pecho... y ronroneando”.

El viento gimió solitariamente afuera e hizo un extraño ruido ululante en la chimenea de piedra.

“Al fin me contacté con Saul Loggia. Él me recomendó a usted. Lo llamó un *stick*, creo”.

“Un *one-stick*. Significa que trabajo por mi cuenta”.

“Sí. Dijo que nunca lo arrestaron, ni siquiera sospecharon. Dijo que parece que siempre cayera parado... como un gato”.

Halston miró al viejo en la silla de ruedas. Y de repente sus manos musculosas y de dedos largos estaban paseándose por el cuello del gato.

“Lo haré ahora, si quiere”, dijo suavemente. “Le partiré el cuello. Ni siquiera sabrá...”.

“¡No!”, gimió Drogan. Respiró larga y temblorosamente. El color había subido a sus pálidas mejillas. “No... aquí no. Llévelo afuera”.

Halston sonrió sin gracia. Volvió a acariciar muy suavemente la cabeza y los hombros y el lomo del gato dormido. “Está bien”, dijo. “Acepto el contrato. ¿Quiere el cuerpo?”.

“No. Mátelo. Entiérrelo”. Hizo una pausa. Se encorvó hacia adelante en la silla de ruedas como un viejo buitre. “Tráigame la cola”, dijo. “Así puedo arrojarla al fuego y verla arder”.

Halston conducía un Plymouth 1973 Plymouth con un motor Cyclone Spoiler a medida. El auto estaba levantado y reforzado, y andaba con el capó apuntando hacia la carretera en un ángulo de veinte grados. Él mismo había reconstruido el diferencial y la parte trasera. Los cambios eran Pensy, el acoplado era Hearst. Descansaba en enormes Bobby Unser Wide Ovals y tenía un techo de poco más de sesenta.

Dejó la casa de Drogan poco después de las 9:30. La fría superficie de la luna creciente se veía a través de las harapientas nubes de noviembre. Conducía con todas las ventanillas abiertas, porque el hedor amarillo de la vejez y el terror parecían haberse quedado en su ropa y no le gustaba. El frío era duro y cortante, a ratos entumecedor, pero era bueno. Estaba llevándose lejos a ese hedor amarillo.

Salió de la car’etera en Placer’s Glen y condujo a través del silencioso pueblo, que estaba custodiado por una sola baliza amarilla en la intersección a la completamente respetable velocidad de treinta y cinco millas por hora. Fuera del pueblo, yendo por la Ruta Estatal 35, aceleró un poco al Plymouth, dejándola andar. El afinado motor Spoiler ronroneó como el gato había ronroneado en su falda esta tarde. Halston esbozó una sonrisa. Se movían entre campos congelados de noviembre llenos de tallos de maíz secos a poco más de setenta millas por hora.

El gato estaba en una bolsa de compras gruesa, atada en la punta con un cordel fuerte. La bolsa estaba en el asiento del pasajero. El gato estaba adormecido y ronroneando cuando Halston lo metió, y había ronroneado durante todo el viaje. Sentía, quizás, que a Halston le había gustado y que lo llevaría a su casa. Como él, el gato era un *one-stick*.

Extraño golpe, pensó Halston, y se sorprendió al ver que estaba tomándolo seriamente como un golpe. Quizás lo más extraño de ello era que en realidad le gustaba el gato, sentía un parentesco con él. Si se las había arreglado para deshacerse de esos tres viejos

decrépitos, más a su favor... especialmente Gage, que lo estaba llevando a Milford para una cita terminal con un veterinario con el cabello cortado a cepillo que habría estado más que feliz por meterlo en una cámara de gas de cerámica del tamaño de un horno de microondas. Sentía un parentesco pero no la necesidad de echarse atrás con el golpe. Le haría la cortesía de matarlo rápido y bien. Detendría el auto fuera del camino, al lado de uno de esos campos áridos de noviembre, y lo sacaría de la bolsa y lo acariciaría y ahí le rompería el cuello y le cortaría la cola con su navaja. Y, pensó, enterraré el cuerpo honorablemente, salvándolo de los carroñeros. No puedo salvarlo de los gusanos, pero puedo salvarlo de las lombrices.

Estaba pensando esas cosas mientras el auto se movía a través de la noche como un fantasma azul oscuro y ahí fue cuando el gato caminó frente a sus ojos, sobre el tablero de instrumentos; la cola alzada arrogantemente, su cara blanca y negra volteada hacia él, su boca pareciendo sonreírle.

“Sssshhhh...”, silbó Halston. Miró hacia su derecha y vislumbró un agujero -mordido o arañado- a un lado de la bolsa de compras gruesa. Miró hacia delante otra vez... y el gato levantó una pata y le pegó juguetonamente. La pata se deslizó por la frente de Halston. Se lo quitó de un golpe y los grandes neumáticos del Plymouth gimieron mientras se movía errático de un lado al otro del estrecho camino asfaltado.

Halston golpeó al gato en el tablero de instrumentos con el puño. Estaba bloqueando su campo visual. El gato lo peleó, arqueando su lomo, pero no se movió. Halston levantó el puño otra vez, y en lugar de asustarse, el gato saltó sobre él.

Gage, pensó. Justo como Gage...

Pisó los frenos. El gato estaba sobre su cabeza, bloqueándole la visión con su vientre peludo, arañándolo, surcándole la cara. Halston mantenía el volante inflexiblemente. Golpeó al gato una, dos, tres veces. Y de repente el camino se había ido, el Plymouth estaba andando por la cuneta, chocando en cada salto. Luego, el impacto, tirándolo hacia adelante contra el cinturón de seguridad, y el último sonido que escuchó fue al gato gritando inhumanamente, la voz de una mujer padeciendo un dolor o a punto de llegar al clímax sexual.

Lo golpeó con sus puños cerrados y sintió sólo la elástica y blanda flexión de sus músculos.

Luego, un segundo impacto. Y oscuridad.

* * *

La luna se había ocultado. Faltaba una hora para el amanecer.

El Plymouth yacía en una barranca cubierta de niebla. Había una maraña de alambre de púas enredada en la rejilla. El capó se había abierto, y aros de humo del radiador roto salían para mezclarse con la niebla.

Ninguna sensación en sus piernas.

Miró hacia abajo y vio que el cortafuego del Plymouth se había hundido con el impacto. La parte trasera del gran motor Cyclone Spoiler había embestido contra sus piernas, sujetándolas.

Afuera, en la distancia, el predatorio graznido de un búho cayendo sobre algún animal pequeño y escurridizo.

Adentro, cerca, el firme ronronear del gato.

Parecía sonreír, como el gato Cheshire de Alicia en el País de las Maravillas.

Halston lo vio pararse, arquear el lomo y estirarse. En un repentino y ágil movimiento como de seda, saltó sobre su hombro. Halston trató de levantar sus manos para sacárselo de encima.

Sus manos no se movían.

Contusión espinal, pensó. Paralizado. Quizás temporariamente. Más probablemente para siempre.

El gato ronroneó en su oído como un trueno.

“Bájate de mí”, dijo Halston. Su voz era ronca y seca. El gato se tensó por un momento y luego se relajó otra vez. De repente, la pata golpeó la mejilla de Halston, y las garras estaban afuera esta vez. Ardientes líneas de dolor bajaron por su garganta. Y el hilo tibio de sangre.

Dolor.

Sensación.

Le ordenó a su cabeza moverse hacia la derecha, y le obedeció. Por un momento su cara se enterró en un pelaje suave y seco. Halston mordió al gato. Su garganta emitió un sonido de sobresalto y desconcierto -¡yowk!- y saltó sobre el asiento. Lo miró con enojo, las orejas echadas hacia atrás.

“Se suponía que no tenía que hacer eso, ¿no?”, gruñó Halston. El gato abrió la boca y le siseó. Mirando ese rostro extraño y esquizofrénico, Halston pudo entender cómo Drogan podía haber pensado que era un gato del infierno. Era...

Sus pensamientos se rompieron cuando notó una sensación débil y hormigueante en las manos y los antebrazos.

Sensación. Otra vez. Alfileres y agujas.

El gato saltó sobre su cara, las garras afuera, babeando.

Halston cerró los ojos y abrió la boca. Mordió el vientre del gato y no consiguió nada salvo pelo. Las garras delanteras del gato estaban enganchadas en sus oídos, escarbando. El dolor era enorme, brillantemente agudo. Halston trató de levantar sus manos. Se crisparon pero casi no pudieron salir de su falda.

Inclinó la cabeza hacia adelante y comenzó a sacudirla de un lado al otro, como un hombre sacudiéndose el jabón de los ojos. Siseando y chillando, el gato se sostuvo. Halston podía sentir la sangre chorreando por sus mejillas. Le era difícil respirar. El pecho del gato estaba apretado contra su nariz. Le era posible tomar algo de aire por la boca, pero no mucho. Lo que podía tomar pasaba a través del pelo. Sus orejas se sentían como si hubieran sido empapadas con líquido de encendedor y luego prendidas fuego.

Volvió su cabeza hacia atrás y gritó en agonía; debía haber sufrido una lesión en la nuca cuando el Plymouth chocó. Pero el gato no estaba esperando eso y se desprendió. Halston escuchó el golpe en el asiento trasero.

Un hilo de sangre se le metió en el ojo. Trató nuevamente de mover sus manos, para levantar una y enjugarse la sangre.

Se crisparon en su falda, pero todavía no era capaz de moverlas. Pensó en la .45 especial en la pistolera debajo de su brazo izquierdo.

Si llego a alcanzarla, gatito, el resto de tus nueve vidas se van a ir de una vez.

Más hormigueo. Débiles latidos de dolor en sus pies, enterrados y seguramente destrozados bajo el motor, zumbidos y hormigueo en sus piernas; se sentía exactamente igual a cuando un miembro que se ha quedado dormido comienza a despertarse. En ese momento a Halston no le importaban sus pies. Bastaba con saber que su espina no estaba cortada, que no iba a terminar su vida como un bulto muerto atado a una cabeza parlante.

Quizás a mí también me queden algunas vidas.

Tener cuidado con el gato. Eso era lo primero. *Luego salir de los destrozos*; quizás alguien apareciera, eso resolvería ambos problemas de una vez. No era muy probable a las 4:30 de la mañana en un camino como éste, pero era remotamente posible. Y...

¿Y qué estaba haciendo el gato ahí atrás?

No le gustaba tenerlo en su cara, pero tampoco le gustaba tenerlo detrás de él y fuera de la vista. Intentó con el espejo retrovisor, pero era inútil. El choque lo había torcido y todo lo que reflejaba era el barranca cubierta de hierba en la que había terminado.

Un sonido detrás de él, como un susurro de tela rasgada.

Ronroneo.

Gato del infierno una mierda. Se fue a dormir ahí atrás.

Y aun aunque no fuera así, aun si de alguna manera estaba planeando asesinar, ¿qué podía hacer? Era una cosita flaquita, probablemente pesara cuatro libras mojado. Y pronto... pronto sería capaz de mover las manos lo suficiente como para agarrar su pistola. Estaba seguro.

Halston se sentó y esperó. Sintiendo continuamente a su cuerpo inundarse de una serie de incursiones de alfileres y agujas. Absurdamente (o quizás en una reacción instintiva ante su roce con la muerte) tuvo una erección durante alrededor de un minuto. *Difícil echarse una paja en esta circunstancia*, pensó.

La línea del amanecer estaba apareciendo en el cielo del este. En algún lugar, un pájaro cantó.

Halston intentó con sus manos otra vez y logró moverlas un cuarto de pulgada antes de que cayeran otra vez.

Todavía no. Pero pronto.

Un ruido en el asiento trasero, detrás de él. Halston volteó su cabeza y miró el rostro blanco y negro, los ojos brillantes con sus enormes pupilas oscuras.

Halston le habló.

“No he fallado ni una vez en un golpe que acepto, gatito. Éste podría ser el primero. Estoy recuperando mis manos. Cinco minutos, diez a lo sumo. ¿Quieres mi consejo? Sal por la ventana. Están todas abiertas. Vete y llévate tu cola contigo”.

El gato lo miró.

Halston intentó nuevamente con sus manos. Se levantaron, temblando locamente. Media pulgada. Una pulgada. Las dejó caer fláccidamente. Se resbalaron de su falda y golpearon el asiento del Plymouth. Brillaban pálidamente, como grandes arañas tropicales.

El gato le estaba sonriendo.

¿*Cometí un error?* se preguntó confusamente. Era una criatura de corazonadas, y el sentimiento de que había cometido un error de repente fue aplastante. Entonces el cuerpo del gato se tensó, e incluso mientras saltaba, Halston supo lo que iba a hacer y abrió su boca para gritar

El gato aterrizó en la entrepierna de Halston, las garras afuera, escarbando.

En ese momento, Halston deseó haber estado paralizado. El dolor era gigantesco, terrible. Nunca hubiera sospechado que podía haber un dolor semejante en el mundo. El gato era un resorte babeante de furia, arañándole las bolas.

Halston gritó, la boca bien abierta, y ahí fue cuando el gato cambió de dirección y saltó sobre su cara, sobre su boca. Y en ese momento Halston supo que era más que un gato. Era algo que poseía una intención maligna y asesina.

Echó una última mirada al rostro blanco y negro bajo las orejas aplastadas, los ojos enormes y llenos de un odio lunático. Se había deshecho de tres viejos y ahora se iba a deshacer de John Halston.

Se metió en su boca, un proyectil peludo. Lo amordazó. Las garras delanteras se movían, deshílachándole la lengua como un pedazo de hígado. Su estómago se replegó y vomitó. El vómito bajó por su tráquea, obstruyéndola, y comenzó a ahogarse.

En ese punto extremo, su voluntad de sobrevivir superó a la parálisis del impacto. Levantó sus manos lentamente para agarrar al gato. *Oh, Dios*, pensó.

El gato estaba forzando su entrada a la boca, achatando el cuerpo, retorciéndose, metiéndose más y más adentro. Podía sentir su mandíbula crujiendo más y más para dejarlo entrar.

Estiró los brazos para agarrarlo, sacarlo de un tirón, destruirlo... y sus manos apretaron sólo la cola del gato.

De alguna manera había metido todo el cuerpo dentro de su boca. Su extraño rostro blanco y negro se debía haber metido muy adentro de su garganta.

Un terrible sonido de arcada salió de la garganta de Halston, que estaba hinchándose como una manguera de jardín flexible.

Su cuerpo se sacudió. Sus manos cayeron de vuelta en su falda y los dedos tamborilearon sin sentido en sus muslos. Sus ojos brillaron, luego se nublaron. Miraron sin mirar la llegada del amanecer a través del parabrisas del Plymouth.

Sobresaliendo de su boca abierta había dos pulgadas de tupida cola... mitad negra, mitad blanca. Se movía perezosamente de un lado al otro.

Desapareció.

Un pájaro gimió en algún lado otra vez. El amanecer llegó en silencio, sobre los campos escarchados de Connecticut.

El nombre del granjero era Will Reuss.

Iba camino a Placer's Glen para conseguir la renovación de la pegatina para su camión cuando vio al sol del final de la mañana brillando sobre algo en el barranco detrás del camino. Estacionó en la banquina y vio al Plymouth yaciendo en un ángulo ladeado e inestable en la cuneta, con alambre de púas enredado en la parrilla como una maraña de lana de acero.

Bajó y se quedó sin aliento. "Santo Dios", le murmuró al brillante día de noviembre. Había un tipo sentado detrás del volante, los ojos abiertos y brillando vacíos en la eternidad. La organización Roper no lo incluiría nunca más en sus encuestas presidenciales. Su cara estaba manchada con sangre. Todavía tenía puesto el cinturón de seguridad.

La puerta del conductor estaba trabada, pero Reuss se las arregló para abrirla tirando con las dos manos. Se inclinó hacia adentro y desabrochó el cinturón de seguridad, con la idea de buscar una identificación. Estaba alcanzando el abrigo cuando notó que la camisa del tipo muerto estaba agitándose, justo arriba de la hebilla del cinturón. Agitándose... y abultándose. Manchas de sangre comenzaron a florecer como rosas siniestras.

"¿Qué diablos?". Se salió, agarrando la camisa del hombre muerto y tirando.

Will Reuss miró. Y gritó.

Sobre el ombligo de Halston, un agujero irregular había sido arañado en su carne. Asomando estaba la cara blanca y negra jaspeada de sangre de un gato, sus ojos enormes y brillantes.

Reuss se tambaleó hacia atrás, dando alaridos, las manos sobre la cara. Una veintena de cuervos levantaron vuelo graznando en un campo cercano.

El gato hizo fuerza para salir y se estiró con una languidez obscena.

Luego salió por la ventana abierta de un salto. Reuss lo vio moverse a través de la hierba muerta e irse.

Parecía estar apurado, le dijo más tarde a un periodista del periódico local.

Como si hubiera dejado un trabajo sin terminar.

La Familia King & La Bruja Malvada.

(The king family and the wicked witch)

(Publicado en Flint Magazine en el año 1978. Ilustraciones (no incluídas aquí) por los hijos de Steve King)

Nota del Editor:

Stephen King y yo fuimos juntos a la facultad. No, no fuimos los mejores amigos, pero compartimos algunas cervezas en la posada Motor de la Universidad. Trabajamos juntos en el periódico escolar al mismo tiempo. No, Steve y yo no somos los mejores amigos. Pero me alegra lo que él consiguió. Trabajó duro y creyó en sí mismo. Tras ocho millones de libros vendidos, es complicado recordarlo como un típico estudiante sin blanca. Todos nosotros supimos que llegaría hasta el final.

El pasado Enero escribí acerca de una charla que tuve con Steve durante unas vacaciones. Hablamos de sus libros, Carrie, El Misterio de Salem's Lot, El Resplandor, y que pronto estaría disponible Apocalipsis. Hablamos de cómo Stanley Kubrick quería hacer la versión de su nuevo libro. No estuvimos hablando del pasado. Estuvimos hablando del futuro: sus niños, FLINT...

Me dio la copia de una historia que había escrito para sus hijos. Estuvimos a punto de publicarlo, pero hubo mucha preocupación entre los editores acerca de cómo sería recibido por los lectores. Al final no se publicó.

Bueno, ya lo hemos debatido largo y tendido. Es demasiado lujo para usted no leerlo. Tomamos la decisión final después de estar una tarde de la semana pasada perdiendo el tiempo viendo la televisión. Hubo al menos 57 cosas más ofensivas que dijeron, sin contar los asesinatos, las violaciones o las guerras... Decidimos permitirle que seas tú el juez. Si algunos de tus padres podría ser ofendido por la palabra "pedo", sería mejor que no lo leyera....pero no pares a tus hijos, a ellos le encantará.

En la Carretera Secreta del pueblo de Bridgton, vivía una bruja malvada. Se llamaba Bruja Hazle.

¿Cuán malvada era la Bruja Hazel? Bien, una vez ella había convertido a un Príncipe del Reino de New Hampshire en una marmota. Transformó al gato favorito de un niño pequeño en nata montada. Y le gustaba convertir a los cochecitos de bebé en montones grandes de excrementos de caballo mientras las mamás y sus bebés hacían la compra. Era una bruja mala y vieja.

La familia King vivía en Long Lake, en Bridgton, Maine. La familia del Rey vivió por Lago Largo En Bridgton, Maine. Eran gente agradable. Tenían un papá que escribía libros. Tenían una mamá que escribía poemas y cocinaba la comida. Tenían una niña, Naomi, que tenía seis años de edad. Ella iba al colegio. Era alta, esbelta y morena. Tenían un chico, llamado Joe, con cuatro años. El iba a la escuela también, aunque sólo iba dos días a la semana. Era bajito, rubio y con los ojos de color avellana.

Y la Bruja Hazel odiaba a los King más que a nadie en Bridgton. La Bruja Hazel odiaba especialmente a los King porque eran la familia más feliz de Bridgton. Ella los observaba montados en su rojo y brillante Cadillac cuando pasaban delante de su sucia y

desmoronada casa, con malos ojos odiosos. La Bruja Hazel odiaba los colores brillantes. Ella veía a la mamá leyéndole a Joe un cuento en el banco frente a la mercería y sus dedos huesudos deseaban embrujarlos. Ella veía también al papá hablando con Naomi de camino a casa desde la escuela montados en el Cadillac rojo o en la camioneta azul, y ella deseaba alcanzarlos con sus brazos atroces y agarrarlos luego para meterlos en su caldera de hechizos.

Finalmente, ella hizo su hechizo.

Un día la Bruja Hazel se puso un bonito vestido. Fue a la Sala de Belleza Bridgton y se hizo la permanente. Se puso un par de Rockers de Fayva (una cadena de zapatería de la Costa Este). Ella parecía casi hermosa.

Ella compró algunos de los libros de papá en la Farmacia de Bridgton. Entonces ella condujo hasta la casa de los King y fingió que deseaba que papá firmara sus libros. Ella fue hasta allí en coche. Podría haber montado en su escoba, pero ella no quería que los King supieran que ella era una bruja. Y en su bolso había cuatro galletas mágicas. Cuatro maléficas galletas mágicas. ¡Cuatro galletas! ¡Cuatro galletas llenas de magia negra!

La galleta *plátano*, la galleta *botella de leche*, y la peor de todas, *dos galletas gritonas*. ¡No le permitan entrar, familia King! ¡Ah, por favor, no dejen que entre! Pero ella parecía tan agradable y sonreía ... y tenía los libros del papá. Así queeee... la dejaron entrar. Papá firmó sus libros, mamá le ofreció té. Naomi preguntó si le gustaría ver su cuarto. Joe le preguntó si le gustaría ver cómo escribía su nombre. La Bruja Hazel sonreía y sonreía. Casi se le desencajaba la cara sonriendo.

-Han sido tan amables conmigo, que me gustaría devolverle- la amabilidad -dijo la Bruja Hazel-. He cocinado cuatro galletas. Una para cada uno de los Ki-g.

-¡Galletas! -gritó Naomi-. ¡Hur-a!

-¡Galletas! -gritó Joe-. ¡Galletas!

-Es tremenda-ente agradable -impuso mamá-. No debería haberse molestado...

-Pero nos alegra de-que lo hiciera -dijo papá.

Los King tomaron las galletas. La Bruja Hazel sonrió. Y cuando ella estaba en su coche chilló y cacareó riéndose. Rió tan fuerte que su gato *Basta* silbó y se encogió lejos de ella. La Bruja Hazel era feliz porque su malvado plan había triunfado.

-Probaré esta -galleta *plátano* -dijo papá. Se la comió y algo terrible sucedió. Su nariz se convirtió en un plátano y cuando más tarde de ese mismo maldito día, bajó a su oficina para trabajar en su nuevo libro la única palabra que podía escribir era *plátano*.

Fue la mágica galleta *plátano* de la Bruja Hazel.

¡Pobre papá!

-Probaré esa galleta *botella de leche* -dijo mamá-. Gracioso nombre para una galleta.

Se la comió y la maléfica galleta le transformó las manos en botellas de leche. ¡Qué cosa mas espantosa! ¿Podría preparar ahora la comida con botellas de leche como manos? ¿Podría escribir? No, ni siquiera podría hurgarse la nariz. ¡Pobre mamá!

-Nosotros probaremos las galletas *lloronas* -dijeron Naomi y Joe-. ¡Qué nombre tan gracioso para una galleta!

Cada uno tomó una y empezaron a llorar. Lloraban y lloraban y ¡no podían parar! Las lágrimas se derramaban de sus ojos. Formaron charcos en la alfombra. Y la ropa que llevaban puesta se mojó entera. No podían comer bien porque no paraban de llorar. Lloraban incluso cuando dormían.

Todo era culpa de las malditas galletas *lloronas* de la Bruja Hazel.

Los King no eran ya la familia más feliz de Bridgton. Al contrario, eran la familia más triste de Bridgton. Mamá no quería ir de compras porque todo el mundo se reía de sus manos de botellas de leche. Papá no podía escribir sus libros porque todas las palabras que le salían eran *plátano* y además era realmente difícil ver la máquina de escribir por culpa de su nariz plátano. Y Naomi y Joe lloraban, lloraban y lloraban.

La Bruja Hazel era tan feliz como cualquier malvada bruja podría serlo jamás. Todo gracias a su gran hechizo.

Un día, cerca de un mes después de aquel horrible día de las cuatro galletas, mamá estaba dando un paseo por el bosque. Eso era lo único que podían hacer con sus manos de botellas de leche. Y en el bosque encontró una marmota atrapada en una trampa. ¡Pobrecito! Estaba casi muerto del susto y del dolor. Había mucha sangre sobre la trampa.

-Po-e viejo animal -dijo mamá-. Te libraré de esa desagradable trampa.

Pero ¿podría abrir la trampa con botellas de leche como manos? No. Así que ella corrió a por papá y a por Naomi y Joe. Quince minutos más tarde los cuatro King estaban alrededor de la pobre marmota ensangrentada en la trampa. Los King no estaban ensangrentados, pero ¡qué extraños y tristes parecían! Papá tenía un plátano en el centro de su cara. Mamá tenía manos de botellas de leche. Y los dos niños no podían dejar de llorar.

-Creo que po-emos liberarlo -dijo papá-.

-Sí -dijo mamá-, creo que podemos sacarlo de ahí si trabajamos todos juntos.

Empezaré yo. Le daré al pobre animal un sorbo de leche de mis manos.

Y ella le dió un sorbo. Se sintió un poco mejor. Naomi y Joe intentaron abrir los dientes de la cruel trampa mientras la marmota los miraba optimista. Pero la trampa no se abría. Era una vieja trampa y sus bisagras y dientes afilados estaban atascados por el óxido.-

-No se abrirá -dijo Naomi y lloró más fuerte que nunca-. No se abrirá ni un ápice.

-Yo n- puedo abrirlo -dijo Joe y sus ojos lloraron. Las lágrimas se derramaron de sus ojos y corrieron por su mejillas-. Yo tampoco puedo abrirlo.

Y papá dijo: -Sé lo que debemos hacer, o eso creo.

Papá se inclinó sobre la bisagra de la trampa y le acercó su graciosa nariz de plátano. Apretó la punta del plátano con ambas manos: -¡Ay, duele! -y salieron seis gotas de aceite de plátano. Cayeron sobre la oxidada bisagra de la trampa, gota a gota.

-¡Téntalo ahora -dijo papá.

Esta vez la trampa se abrió fácilmente.

-¡Hurra! -gritó Naomi.

-¡Está fuera! ¡Está fuera! -gritó Joe.

-Hemos trabajado todos juntos -dijo mamá-. Yo le di leche a la marmota. Papá lubricó la trampa con su nariz de plátano. Y Naomi y Joe abrieron la trampa para liberarlo.

Y todos ellos se sintieron un poco mejor, por primera vez desde que la Bruja Hazel les embrujara.

Y...¿No lo has adivinado todavía? Oh, apuesto a que sí lo has adivinado. La marmota no era realmente una marmota. Era el Príncipe del Reino de New Hampshire quien también había caído bajo el hechizo de la Bruja Hazel.

Cuando la trampa se hubo abierto el hechizo se rompió, en lugar de una marmota, un radiante Príncipe con un traje de Hermanos Brooks apareció ante la familia King.

-Habéis sido amables conmigo incluso teniendo vuestro propio pesar -dijo el Príncipe-. Y eso es lo más difícil de hacer. Así, por el poder que me han encomendado, el hechizo de la malvada bruja se rompe y quedáis libres.

Oh, qué día más feliz.

La nari de plátano de papá desapareció y se reemplazó por su propia nariz, la cual no era demasiado bonita pero ciertamente era mejor que un plátano levemente apretado. Las botellas de leche de mamá fueron reemplazadas por sus propias rosadas manos. Lo mejor de todo, es que Naomi y Joe dejaron de llorar. Ellos comenaron a sonreír, y luego empezaron a reír. Después, el Príncipe de New Hampshire comenzó a reír. Al instante, papá y mamá rieron también.

El Príncipe bailó con mamá y Naomi y llevó a Joe en sus hombros. Estrechó la mano con papá y le dijo que él admiraba sus libros antes de ser convertido en marmota. Los cinco volvieron a la agradable casa del lago, y mamá hizo té para todos. Se sentaron a la mesa y bebieron el té.

-Deberíamos hacer algo acerca de esa bruja -dijo mamá-. No podemos dejar que le haga daño a nadie más.

-Cierto -dijo el Príncipe-, y resulta que conozco un hechizo que nos deshará de ella.

Se lo cuchicheó a papá. Se lo cuchicheó a mamá. Se lo cuchicheó a Naomi y Joe, y ellos sonrieron, asintieron y rieron.

Esa misma tarde condujeron hasta la destartalada casa de la Bruja Hazel en la Carretera Secreta. *Basta*, el gato, los miró con sus grandes ojos amarillentos, silbó, y se escapó lejos. No condujeron el bonito Cadillac rojo de los King, ni el Mercedes 390SL Gris Niebla del Príncipe. Condujeron un viejísimo coche que chirriaba y perdía aceite.

Llevaban viejas ropas con pulgas que saltaban hacia fuera.

Querían parecer pobres para engañar a la Bruja Hazel.

Llegaron y el Príncipe llamó a la puerta.

La Bruja Hazel abrió la puerta con un quejido. Llevaba un alto sombrero negro. Tenía una verruga al final de su nariz. Oía a sangre de rana, a corazones de búhos y a ojos de hormigas, porque había estado preparando sus horribles pociones para hacer más galletas de magia negra. -¿Qué quieres -les carraspeó. No los reconoció por sus sucias ropas-. Largaos. Estoy ocupada.

-Somos una pobre familia camino de California para vender naranjas -dijo el Príncipe.

-¿Qué tiene eso que ver conmigo? -contestó la bruja-. Debería convertirlos en naranjas por haberme molestado. Ahora, tengan un buen día.

Intentó cerrar la puerta pero el Príncipe interpuso su pie para impedirlo. Naomi y Joe empujaron para abrirla.

-Tenemos algo que venderte -dijo papá-. Es la galleta más poderosa del mundo. Si la comes te convertirá en la bruja más poderosa del mundo, incluso más aún que la Bruja Indira de la India. Te la vendemos por mil dólares.

-¡Yo no compro lo que puedo hurtar! -gritó la Bruja Hazel. Le arrebató la galleta y la engulló hasta el estómago-. ¡Ahora seré la bruja más poderosa del mundo! -y gritó tan fuerte que los postigos de su casa cayeron.

Pero el Príncipe no se arrepentía. Estaba contento. Y mamá no se arrepentía, por haber cocinado la galleta. Y papá no se arrepentía, porque él había ido a New Hampshire a recoger las alubias de 300 años de edad que habían usado para cocinar la galleta. ¿Naomi y

Joe? Ellos reían y reían porque sabían que lo que acababa de comerse la Bruja Hazel no era una Poderosa Galleta. Era en realidad la Galleta de Pedos.

La Bruja Hazel sintió algo muy chistoso. Sintió que algo crecía en su barriga y más abajo. Sentía algo parecido a un gas. Sentía cómo una explosión buscando un buen lugar para explotar.

-¿Qué m— habeis hecho? -gritó-. ¿quiénes sois?

-Soy el Príncipe d— New Hampshire -rió el Príncipe, alzando la cara para que la bruja pudiera verlo claramente por primera vez.

-Y nosotros—somos los King -dijo papá-. Debería darte vergüenza convertir las manos de mi mujer en botellas de leche. Debería darte doble vergüenza convertir mi nariz en un plátano. Y debería darte triple vergüenza hacer que Naomi y Joe no pudiesen dejar de llorar durante todo el día y toda la noche. Pero ahora nos vengamos, Malvada Bruja Hazel.

-Nunca más hec—izarás a nadie -dijo Naomi-, porque te irás a la luna.

-No voy—a ir a la luna -chilló la Bruja Hazel tan fuertemente que su chimenea se derrumbó hasta el césped-. Voy a transformaros en antigüedades baratas que ni siquiera los turistas comprarían.

--o, no lo harás -dijo Joe-, porque te has comido la galleta mágica. Ta has comido la galleta *de pedos*.

La malvada bruja echó espuma por la boca. Trató de echarles un hechizo. Pero era demasiado tarde: la Galleta *de Pedos* había hecho su trabajo. Ella sintió un pedo grande que llegaba. Apretó su trasero para retenerlo dentro hasta que ella pudiera echar su hechizo, pero fue demasiado tarde.

¡WHONK! Llegó el pedo. Levantó todo el pelaje de su gato, *Basta*. Sopló contra las ventanas. Y la Bruja Hazel se alzó por el aire como si fuera un cohete.

-¡B—jadme de aquí! -chiulló la Bruja Hazel. Bajó violentamente y cayó de culo contra el suelo. Y de nuevo, otro pedo se le escapó.

DRRRRRRAPPP! Así sonó. Y era tan fuerte que derribó la casa de la bruja y una pequeña Oficina de Correos de Bridgton. Podías ver a Dom Cardozl sentado en el excusado donde estaba cagando. Era todo lo que había quedado a excepción de un pequeño buzón fabricado en los Grandes Rápidos. La bruja zurcó el cielo. Y voló tan arriba, haciéndose tan pequeña, tan pequeña como una mota de polvo de car—ón.

-¡Bajadme! -dijo la Bruja, sonando muy bajo y muy lejos.

-B—jarás muy bien -dijo Naomi.

Para abajo iba la Bruja Haze—.

-Yeeaaaahhhh -gritó, cayendo desde el cielo. Justo antes de golpear la tierra y ser aplastada (como tal vez ella merecía), soltó otro pedo, el más grande de todos con un olor que parecía dos millones de emparedados de ensalada de huevo. ¡¡Y el sonido fue KA-HIONK!!! Arriba iba otra vez

-¡Adió—!, Bruja Hazel -gritó Mamá agitada-. Disfrute de la luna.

-Espero que estés al—í mucho tiempo -dijo Joe.

Arriba y más arriba fue la Bruja Hazel hasta que se perdió de vista. Durante las noticias esa noche los King y el Príncipe de New Hampshire oyeron a Barbara Walters relatar que un BVNI había sido visto por un avión 747 sobre —ridgton, Maine - una bruja volante no identificada. Y ese fue el final de malvada Bruja Hazel. Ella está en la luna ahora, y probablemente todavía se tire pedos.

Y los King son la familia más feliz en Bridgton de nuevo. A menudo visitan al Príncipe de New Hampshire, que es ahora el Rey. Papá escribe libros y nunca usa plátano de palabra. La mamá usa sus manos más que nunca. Y Joe y Naomi King casi nunca lloran.

Respecto a la Bruja Hazel, nunca fue vista de nuevo, y considerando los terribles pedos que ella se tiraba, no verla era una muy BUENA COSA.

La noche del tigre

(The night of the tiger)

(Publicado en:

1978 The magazine of fantasy & Science fiction

1979 More tales of unknown horror

1979 The year's best horror stories

1980 The third book of unknown tales of horror

1984 The best horror stories from the magazine of fantasy & Science fiction

1992 Horrorstory Volume three)

Vi por primera vez al señor Legere cuando el circo pasó por Steubenville, pero yo solo llevaba dos semanas en el espectáculo, y tal vez el hubiera hecho indefinidamente sus visitas irregulares. Nadie quería hablar gran cosa del señor Legere, ni siquiera aquella última noche, cuando parecía que el fin del mundo estaba al caer. . . , la noche que desapareció el señor Indrasil.

Pero si he de explicárselo desde el principio, debería empezar diciendo que me llamo Eddie Johnston, y que nací y me crié en Sauk City. Allí fui a la escuela, tuve mi primer amor y trabajé durante algún tiempo en el almacén del señor Lillie, una vez terminados mis estudios en la escuela superior. Eso fue hace algunos años. . . , a veces mas de los que quisiera contar. No es que Sauk City sea un lugar tan malo. Algunas personas se contentan con sentarse en el porche de sus casas en las cálidas y perezosas noches de verano, pero a mi eso me producía una cierta comezón, como cuando te pasas demasiado tiempo sentado en la misma silla. Así que deje el almacén y me enrole en el Circo Americano de Farnum y Williams, con sus tres pistas y sus exhibiciones secundarias. Supongo que lo hice en un momento de aturdimiento, cuando la musiquilla del circo me nubló el juicio.

Me convertí entonces en un peón nómada. Ayudaba a levantar y desmontar las carpas, limpiar las jaulas y, a veces, vender algodón de azúcar cuando el vendedor regular tenía que ausentarse, y vociferar para Chips Baily el cual padecía malaria, y en ocasiones tenía que ir a algún sitio muy lejano. En general eran cosas que hacen los muchachos para que les regales localidades. . . , cosas que solía hacer yo mismo de niño. Pero los tiempos cambian, y ya no parecen presentarse como antes.

Aquel tórrido verano pasamos por Illinois e Indiana, el público era bueno y todo el mundo se sentía feliz. Todos excepto el señor Indrasil, el cual nunca era feliz. Era el domador de leones, y su aspecto me recordaba al Rodolfo Valentino que había visto en viejas fotografías. Un hombre alto, de rasgos apuestos y arrogantes y una agreste cabellera negra. La expresión de sus ojos era extraña, furiosa. . . , la mas furiosa que he visto jamas. Casi siempre estaba callado; un par de sílabas del señor Indrasil eran todo un sermón. Todos los miembros del circo mantenían con el una distancia tanto mental como física, porque sus accesos de cólera eran legendarios. Se rumoreaba, siempre en susurros, que en una ocasión, después de una actuación especialmente difícil, uno de los peones derramó café sobre las manos del señor Indrasil, y este estuvo a punto de matarle antes de que logran separarle del muchacho. No se si será cierto. Lo que si se es que llegue a temerle mas que al frío señor Edmont, el director de mi escuela, al señor Lille e incluso a mi padre, el cual era capaz de frías reprimendas que te dejaban temblando de vergüenza y desaliento.

Cuando limpiaba las jaulas de los grandes felinos, las dejaba siempre impecables. El recuerdo de las pocas ocasiones en que fui objeto de las iras del señor Indrasil todavía me hace flaquear las rodillas.

Eran sus ojos, sobre todo. . . , grandes, oscuros y totalmente inexpresivos. Los ojos y la sensación de que un hombre capaz de dominar a siete gatazos ojo avizor en una pequeña jaula, por fuerza tenía que ser también un salvaje.

Y las dos únicas cosas a las que él temía eran el señor Legere y el único tigre del circo, una bestia enorme llamada Terror Verde.

Como he dicho, vi por primera vez al señor Legere en Steubenville, cuando él contemplaba la jaula de Terror Verde como si el tigre conociera todos los secretos de la vida y de la muerte.

Era enjuto, moreno, sosegado. sus ojos profundos, muy hundidos en las cuencas, tenían una expresión de dolor y cavilosa violencia en sus honduras con reflejos verdes, y siempre cruzaba las manos a la espalda mientras contemplaba taciturno al tigre.

Terror Verde era una fiera digna de verse, un enorme y hermoso espécimen con un impecable pelaje rayado, ojos verde esmeralda y grandes colmillos como escarpas de marfil. Sus rugidos solían oírse en todo el recinto del circo. . . , fieros, airados y absolutamente salvajes. Parecía gritar su desafío y su frustración al mundo entero.

Chips Baily, que llevaba en el circo Farnum y Williams desde Dios sabe cuando, me dijo que el señor Indrasil solía utilizar a Terror Verde en sus actuaciones, hasta que una noche el tigre saltó de repente desde su plataforma elevada y casi le arrancó la cabeza antes de que el señor Indrasil pudiera salir de la jaula. Observe que el señor Indrasil siempre llevaba el cabello largo, cubriéndole la nuca.

Todavía puedo recordar la escena aquel día en Steubenville. Hacia calor, un calor sofocante, y el público iba en mangas de camisa. Por ello destacaban los señores Legere e Indrasil. El señor Legere, que estaba de pie en silencio junto a la jaula del tigre, vestía traje y chaleco, y no tenía el rostro húmedo de sudor. El señor Indrasil llevaba una de sus bonitas camisas de seda y calzones de gruesa tela blanca, y los miraba a ambos, pálido como un muerto, con una expresión de cólera lunática, odio y temor en sus ojos saltones. Sostenía una almohaza y un cepillo, y las manos le temblaban espasmódicamente, aferradas a aquellos objetos.

De repente me vio y dio rienda suelta a su ira.

- ¡Tú! - Gritó -. ¡Johnston!

- Si, señor.

Sentí un hormigueo en la boca del estómago. Sabía que la ira de Indrasil estaba a punto de volcarse sobre mí, y el temor que me inspiraba aquella idea me hizo sentir débil. Me gusta pensar que soy tan valiente como cualquier hijo de vecino, y si se hubiese tratado de alguien más, creo que hubiera estado plenamente decidido a defenderme. Pero no era nadie más. Era el señor Indrasil, y tenía ojos de loco.

- Estas jaulas, Johnston. ¿Crees que están limpias?

Señalo con un dedo, cuya dirección seguí. Vi cuatro trocitos dispersos de paja y un acusador charco de agua de la manguera al fondo de una de las jaulas.

S. . . si, señor - le respondí, y lo que pretendía que fuera firmeza se convirtió en una débil bravata.

Se hizo un silencio, como la pausa eléctrica que antecede a un aguacero. La gente empezaba a mirar, y yo tenía la vaga conciencia de que el señor Legere nos observaba con sus ojos insondables—

- ¿Si, señor? - atronó de repente el señor Indrasil - ¿Si, señor?

¿Si, señor? ¡No te burles de mi inteligencia, muchacho! ¿Crees que no veo, que no puedo oler? ¿Pusiste el desinfectante?

- Ayer puse el desinfectante. . .

¡No me repliques! - gritó, y entonces bajó súbitamente la voz, lo que me hizo sentir un hormigueo en la piel - . No te atrevas – replicarme. - Ahora todo el mundo nos miraba. yo quería vomitar, morirme. Ahora mismo vas a ir al cobertizo de las herramientas, vas a coger el desinfectante y fregar estas jaulas - susurró, midiendo cada palabra. De repente, tendió una mano y me agarró de un hombro - . Y nunca, nunca, vuelvas a replicarme.

No se de dónde salieron mis palabras, pero de pronto estaban allí, brotando de mis labios. - No le he replicado, señor Indrasil, y no me gusta que diga eso. Yo. . . me ofendo si dice una cosa así. Ahora déjeme ir.

Su rostro se puso repentinamente rojo, luego blanco y finalmente casi azafranado de ira. sus ojos eran llameantes umbrales del infierno.

En aquel momento pense que iba a morir.

El señor Indrasil emitió un sonido gutural inarticulado, y la presión de su mano en mi hombro se hizo insoportable. su mano derecha subió alto, muy alto. . . , y entonces descendió con increíble velocidad.

Si aquella mano hubiera alcanzado mi rostro, como mínimo me habría derribado al suelo sin sentido y, en el peor de los casos, me habría roto el cuello.

Pero no me alcanzó.

Otra mano surgió como por ensalmo en el espacio, directamente delante de mi. Ambos miembros en tensión colisionaron con un ruido sordo. Era el señor Legere.

- Deja en paz al muchacho - le dijo fríamente.

El señor Indrasil se lo quedó mirando durante un largo momento, y creo que no había nada tan desagradable en todo el asunto como observar el temor del señor Legere y la loca avidez de herir (¡o matar!) mezclados con aquella mirada terrible.

Entonces dio media vuelta y se alejó.

Me volví hacia el señor Legere.

- No me des las gracias.

Y no era un «no *me* des las gracias», sino un «*no* me des las gracias», no un gesto de modestia, sino una orden literal. Con su súbito relámpago de intuición - de concordancia afectiva, si usted quiere - comprendí exactamente que quena decir con aquel comentario. Yo era un peón en lo que debía de ser un largo combate entre los dos hombres. Había sido capturado por el señor Legere mas que por el señor Indrasil. Había detenido al domador de leones no para protegerme, sino porque ello le daba una ventaja, por pequeña que fuera, en su guerra privada.

- ¿Cómo se llama? - le pregunte, en absoluto ofendido por lo que había deducido.

Después de todo, había sido sincero conmigo.

- Legere - dijo rápidamente, y se volvió para marcharse.

- ¿Esta usted en el circo? - le pregunte, pues no quería que se fuera tan fácilmente - . Parecía. . . conocerle.

Una leve sonrisa apareció en sus labios delgados, y una llamita de afecto brilló fugazmente en sus ojos.

- No. Podríamos decir que soy un policía.

Y antes de que pudiera replicarle, desapareció entre la gente que pasaba por allí. Al día siguiente desmontamos las carpas y nos marchamos.

Volví a ver al señor Legere en Danville y, dos semanas después, en Chicago. En los intervalos procure evitar al señor Indrasil tanto como me fue posible, y mantuve impecablemente limpias las jaulas de los felinos. La víspera de nuestra partida para Saint Louis, les pregunte a Chips' Baily y Sally O'Hara, la pelirroja funámbula, si los señores Legere e Indrasil se conocían. Estaba bastante seguro de que así era, porque el señor Legere difícilmente seguía al circo para saborear nuestro estupendo helado de lima.

Sally y Chips intercambiaron miradas por encima de sus tazas de café.

Nadie sabe gran cosa de lo que hay entre esos dos - dijo Sally - . Pero es algo que dura desde hace mucho tiempo. . . , quizá veinte años, desde que llegó aquí el señor Indrasil, tras dejar el circo Ringling Brothers, y tal vez incluso antes de eso.

Chips asintió.

Ese tipo, Legere, llega al circo casi todos los años, cuando pasamos por el Medio Oeste, y se queda con nosotros hasta que cogemos el tren hacia Florida, en Little Rock. Vuelve tan irritable al viejo domador de felinos como si fuera uno de sus gatos.

Me dijo que era policía - comente - . ¿Que creéis que busca por aquí? ¿No suponéis que el seño¿ Indrasil. . . ?

Chips y Sally intercambiaron una mirada extraña, y ambos se levantaron tan bruscamente que estuvieron a punto de romperse la espalda.

- He de ver si esos pesos y contrapesos están bien almacenados - dijo Sally, y Chips musitó algo no muy convincente acerca de la necesidad de revisar el eje trasero de su remolque.

Y así es como solía terminar toda conversación acerca de los señores Indrasil o Legere. . . , apresuradamente, con muchas excusas forzadas.

Nos despedimos de Illinois y de la comodidad al mismo tiempo. Se produjo una abrumadora oleada de calor, al parecer en el mismo instante en que cruzamos el límite del Estado, y aquel calor nos acompañó durante mes y medio, mientras avanzábamos lentamente por Missouri y entrábamos en Kansas. Todo el mundo estaba nervioso, incluidos los animales. Y entre ellos, naturalmente, los felinos, que eran responsabilidad del señor Indrasil. Este trataba a los peones en general, y a mi en particular, sin la menor Consideración. yo sonreía y procuraba aguantarlo, aunque el calor me ponía también muy irascible. No se puede discutir con un loco, y había llegado a la conclusión de que eso era sin lugar a dudas el señor Indrasil.

Nadie dormía muy bien, y esa es la maldición de los artistas de circo.

La falta de sueño hace que los reflejos sean mas lentos, lo cual aumenta el peligro. En Indep'ndence, Sally O'Hara cayó a la red de nilón desde veinte metros de altura y se fracturó el hombro. Andrea Solienni, nuestra amazona a pelo, se cayó de uno de sus caballos durante un ensayo, y un casco la golpeó y la dejó inconsciente. Chips Baily sufría en silencio con su fiebre crónica, el rostro como una mascara de cera y las sienes bañadas en un sudor frio.

Y en muchas ocasiones las cosas tenían peor cariz para el señor Indrasil. Los leones estaban nerviosos e irritables, y cada vez que entraba en la Jaula de los Gatos Endiablados, como la llamábamos, ponía en peligro su vida. Alimentaba a los leones con excesiva cantidad de carne antes de entrar, algo que hacen raramente los domadores de leones,

contrariamente a la creencia popular. Tenia el rostro cada vez mas fatigado y ojeroso, y la mirada frenética.

El señor Legere casi siempre estaba allí, junto a la jaula de Terror Verde, mirándole. Y eso, claro, aumentaba la presión del señor Indrasil. Todo el circo empezó a ponerse nervioso cuando veía pasar a aquel personaje con camisa de seda, y supe que todos pensaban lo mismo: «Va a reventar, y cuando lo hace. . .».

Cuando lo hiciera, solo Dios sabia lo que ocurriria.

La oleada de calor continuó, y las temperaturas rebasaban los treinta grados todos los días. Parecia como si los dioses de la lluvia se burlaran de nosotros. En cuanto abandonábamos una ciudad, esta recibía la bendición de los aguaceros, y cada ciudad en la que entrábamos estaba reseca y ardiente.

Y una noche, en la carretera entre Kansas City y Green Bluff, vi algo que me trastornó mas que ninguna otra cosa.

Hacia calor. . . , un calor abominable. Ni siquiera merecía la pena tratar de dormir, me revolvía en mi litera como un hombre que sufre fiebre delirante sin poder conciliar nunca el sueño. Finalmente me levante, me puse los pantalones y salí.

Nos habíamos detenido en un pequeño campo, formando un circulo. Otros dos peones y yo habíamos descargado las jaulas de los felinos, a fin de que pudieran beneficiarse del menor soplo de brisa. Allí estaban ahora las jaulas, pintadas de color plata apagado por la hinchada luna de Kansas, y una persona de elevada estatura que llevaba unos calzones de basta tela blanca se hallaba junto a la mayor de ellas. Era el señor Indrasil.

Azuzaba a Terror Verde con una pica larga y puntiaguda. El gatazo se movía en silencio en la jaula, tratando de evitar la aguda punta. Y lo aterrador era que cuando el palo punzaba la carne del tigre, este no rugía de dolor y cólera, como debería hacer, sino que mantenía un silencio ominoso, mas aterrador para quien conoce a los felinos que el rugido mas intenso.

Aquello también había surtido efecto en el señor Indrasil.

- Estas tranquilo, ¿verdad, maldito? - gruñía - ; con los potentes brazos flexionados, empujó la pica. Terror Verde retrocedió, abriendo horriblemente los ojos, pero no emitió ningún sonido - . ¡Ruge! - dijo entre dientes - . ¡Vamos, monstruo, ruge! ¡Ruge!

Y hundía mas el palo en el flanco del tigre.

Entonces vi algo extraño. Pareció que una sombra se movía en la oscuridad bajo uno de los remolques mas distantes, y la luz de la luna pareció incidir en unos ojos que miraban. . . , unos ojos verdes.

Un viento fino pasó silenciosamente por el claro, levantando polvo y revolviéndome el pelo.

El señor Indrasil alzó la vista y escuchó, con una curiosa expresión en el rostro. De repente, dejó caer el palo, se volvió y regresó a su remolque.

Mire de nuevo el lejano remolque, pero la sombra había desaparecido. Terror Verde permanecía inmóvil entre los barrotes de su jaula, mirando el remolque del señor Indrasil. Y entonces se me ocurrió pensar que odiaba al señor Indrasil no porque fuera cruel o arisco, pues el tigre respeta estas cualidades a su propia manera animal, sino mas bien porque se apartaba incluso de la norma salvaje del tigre. Era un bribón. Esa es la única forma en que puedo decirlo. El señor Indrasil no era sólo un tigre humano, sino también un tigre bribón.

La idea cristalizó en mi interior, turbadora y un tanto temible. Volví adentro, pero seguí sin poder dormir.

El calor continuó.

Por el día nos freíamos, por la noche dábamos vueltas, inquietos, sudorosos, insomnes. Todos teníamos la piel enrojecida por el sol, y había peleas por las cosas mas triviales. Todo el mundo estaba llegando al punto de explosión.

El señor Legere seguía con nosotros, observando en silencio, superficialmente impasible, pero yo percibía que en lo mas profundo de su ser fluían corrientes de. . . ¿de que? ¿De odio? ¿De miedo? ¿De venganza? No podía saber que era, pero no me cabía ninguna duda de que aquel hombre era potencialmente peligroso, tal vez mas de lo que lo era el señor Indrasil, si alguien encendía alguna vez su mecha particular.

Vestido siempre con su impecable traje marrón a pesar de las elevadas temperaturas, no se perdía ninguna función del circo. Permanecía en silencio junto a la jaula de Terror Verde, al parecer en profunda comunicación con el tigre, que siempre estaba sosegado cuando aquel hombre se hallaba cerca.

De Kansas fuimos a Oklahoma, y la temperatura no se suavizaba. Era raro que pasara un día sin que tuviéramos un caso de postración debido al calor. El público empezaba a reducirse. ¿Quien quería sentarse bajo una asfixiante carpa de lona cuando había un cine con aire acondicionado a la vuelta de la esquina?

Todos estábamos tan nerviosos como los gatos, por usar una frase especialmente apropiada a la situación. Y cuando plantamos las carpas en Wildwood Green, Oklahoma, creo que todos sabíamos que estábamos a punto de llegar a alguna clase de clímax. Y la mayoría sabíamos que tendría que ver con el señor Indrasil. Había sucedido algo extraño antes de nuestra primera función en Wildwood. El señor Indrasil estaba en la Jaula de los Gatos Endiablaados, adiestrando a sus irascibles leones. Uno de ellos perdió el equilibrio en su pedestal, se tambaleó y casi lo recobró. Entonces, en aquel preciso momento, Terror Verde soltó un terrible rugido que amenazaba con rompernos los tímpanos.

El león cayó, aterrizó pesadamente y, de repente, se lanzó con la precisión de una bala contra el señor Indrasil. Este, asustado, soltó una maldición y levantó su silla para protegerse de los zarpazos. Logró salir de la jaula en el mismo instante en que el león se estrellaba contra los barrotes.

Mientras el domador se recobraba y se preparaba para entrar de nuevo en la jaula, Terror Verde lanzó otro rugido. . . , pero este se parecía monstruosamente a una inmensa y desdeñosa risotada.

El señor Indrasil miró a la bestia, pálido, y luego dio media vuelta y se alejó. No salió de su remolque en toda la tarde.

Aquella tarde se alargó interminablemente. Pero a medida que subía la temperatura, todos empezamos a mirar con esperanza hacia el oeste, donde se estaban formando enormes cúmulos de nubes.

- A lo mejor llueve - le dije a Chips, deteniéndome junto a la plataforma desde la que vociferaba, ante la pista de exhibiciones secundarias.

Pero el no respondió a mi sonrisa esperanzada.

- Eso no me gusta - replicó - . No hay viento y hace demasiado calor. Es señal de granizo o de tornados. - su expresión se volvió más sombría - . Mira, Eddie, salir de un tornado llevando a remolque un montón de animales salvajes enloquecidos no es una excursión de placer. Más de una vez, al cruzar la región de los tornados, he agradecido a Dios que no lleváramos elefantes. Si - añadió tristemente - , es mejor confiar en que las nubes se queden en el horizonte.

Pero las nubes no se quedaron en el horizonte, sino que avanzaron lentamente hacia nosotros, como ciclópeas columnas celestes de base purpúrea y un temible negro azulado en los cumulonimbos. Cesó todo movimiento del aire, y el calor cayó sobre nosotros como una mortaja de lana. De vez en cuando, la tormenta se aclaraba la garganta en la lejanía del oeste.

Hacia las cuatro, el señor Farnum en persona, maestro de ceremonias y medio propietario del circo, se presentó y nos dijo que se suspendería la función de la noche. solo teníamos que asegurar las instalaciones y buscar un agujero conveniente para refugiarnos en caso de que hubiera problemas. Se habían divisado trombas en varios lugares entre Wildwood y Oklahoma City, algunas a sesenta kilómetros de nosotros.

Cuando se hizo el anuncio, había muy poco público, y la gente paseaba apáticamente por la zona de exhibiciones secundarias, o curioseaba entre las jaulas de los animales. Pero el señor Legere no había estado presente en todo el día. La única persona junto a la jaula de Terror Verde era un sudoroso escolar con un montón de libros bajo el brazo. Cuando el señor Farnum anunció que el Servicio Meteorológico había advertido la proximidad de un tornado, el muchacho se escabulló rápidamente.

Yo y los otros dos peones pasamos el resto de la tarde deslomándonos, asegurando los cables de las carpas, cargando los animales en los remolques y asegurándonos de que todo estaba bien atado.

Al final solo quedaron las jaulas de los felinos, y para estas había una disposición especial. Cada jaula tenía un «pasadizo» especial de tela metálica que se plegaba como un acordeón y que, cuando se extendía del todo, conectaba con la Jaula de los Gatos Endiabladados. Cuando era preciso mover las jaulas mas pequeñas, se podía reunir a los felinos en la jaula grande mientras se cargaban las otras. La jaula grande rodaba sobre un gigantesco juego de ruedas que podía girar en todas direcciones, y era posible moverla a mano, colocándola en una posición que permitiera a cada felino regresar a su jaula propia. Parece complicado, y lo era, desde luego, pero esa era la única forma en que se hacía.

Primero trasladamos a los leones y luego a Terciopelo Ebano, la dócil pantera negra que casi le había costado al circo los ingresos de toda una temporada. Era bastante difícil convencer a los animales para que se levantaran y caminaran por los pasadizos, pero todos preferíamos ese trabajo a pedirle ayuda al señor Indrasil.

Cuando llegó el momento de trasladar a Terror Verde había oscurecido. . . , un fantasmagórico y húmedo crepúsculo amarillento se cernía sobre nosotros. El cielo había adquirido un resplandor uniforme que nunca había visto hasta entonces, y no me gustaba lo mas mínimo.

Será mejor que nos demos prisa - dijo el señor Farnum, mientras hacíamos rodar trabajosamente la Jaula de los Gatos Endiabladados para conectarla con la parte trasera de la jaula de exhibición de Terror Verde - . El barómetro esta bajando rápidamente. - Meneó la cabeza, preocupado. Esto tiene mala pinta, chicos, mala pinta.

Se escabulló a toda prisa, todavía meneando la cabeza.

Conectamos el pasadizo metálico en la jaula de Terror Verde y abrimos la parte trasera.

- Hala, pasa - le dije alentadoramente.

Terror Verde me dirigió una mirada amenazante y no se movió.

Atronó de nuevo, con mas intensidad y mas cerca. El cielo se había vuelto icterico, el color mas feo que he visto jamas. Los demonios del viento empezaron a tirar bruscamente de nuestras ropas y arremolinar las envolturas de caramelos y los conos de algodón de azúcar que ensuciaban el suelo.

- Vamos, vamos - le urgí, empujándole con las varillas de punta roma que nos daban para obligarles a moverse.

Terror Verde lanzó un horrible rugido y agitó una pata con cegadora velocidad. Me arrebató de las manos el palo de dura madera y lo astilló como si fuera una ramita tierna. Ahora el tigre se había levantado, y sus ojos tenían una expresión asesina.

- Mirad - dije con voz temblorosa - , uno de vosotros tendrá que ir en busca del señor Indrasil. No podemos esperar aquí.

Como para subrayar mis palabras, estalló un trueno mas potente, que parecia el palmoteo de unas gigantescas manos cósmicas.

Kelly Nixon y Mike McGregor se apresuraron a hacerlo. Yo quede excluido debido a mi anterior enfrentamiento con el señor Indrasil. Se lo jugaron a cara o cruz y le tocó a Kelly, el cual nos dirigió una silente mirada en la que leímos que preferiria enfrentarse a la tormenta, y fue en busca del domador.

Tardó casi diez minutos en volver. El viento estaba adquiriendo velocidad y el crepúsculo se fundía en la noche. Estaba asustado, y no temo admitirlo. Aquel extraño cielo, los terrenos desiertos del circo, los agudos y bruscos vórtices del viento. . . , todo eso conforma un recuerdo que permanecerá vivido en mi memoria para siempre.

Y Terror Verde no hacia el menor ademan de moverse por el pasadizo. Kelly Nixon volvió corriendo, con los ojos muy abiertos.

¡He llamado a su puerta durante casi cinco minutos! - jadeó -. ¡No he podido levantarlo!

Nos miramos sin saber que hacer. Terror Verde era una fuerte inversión para el circo. No podíamos dejarlo a la intemperie. Perplejo, me volví en busca de Chips, el señor Farnum o cualquiera que pudiera decirme que hacer Pero todos se habían ido. Eramos responsables del tigre.Considere la posibilidad de intentar cargar la jaula a pulso en el remolque, pero yo no iba a poner mis dedos en aquella jaula.

- Bueno, no tenemos mas remedio que ir a buscarle. . . los tres. vamos.

Y corrimos hacia el remolque del señor Indrasil, a través de la oscuridad que aumentaba a pasos agigantados.

Aporreamos su puerta hasta que debió pensar que todos los demonios del infierno iban a por el. Por fortuna, finalmente la puerta se abrió y apareció el señor Indrasil, tambaleándose y mirándonos, con ojos de loco brillantados por el alcohol. Olía como una destilería.

- Dejadme en paz - gruñó - , malditos seáis.

- Señor Indrasil. . . - tuve que gritar para hacer oír mi voz sobre el estruendo del viento.

Aquella tormenta no se parecia a nada de lo que había oído o leído jamas. Era como el fin del mundo.

-Tú- dijo entre sus dientes apretados. Alargó una mano y me cogió por la pechera de la camisa-. Voy a enseñarte una lección que n-nca olvidarás. - Lanzó una mirada furibunda a Kelly y Mike, agazapados en las sombras movedizas de la tormenta -;¡Marchaos!

Los dos echaron a correr, y no los culpe. Ya he dicho que el señor Indrasil. . . estaba loco. Y no era la suya una locura ordinaria. . . Era como un animal loco, como uno de sus propios felinos que se hubiera vuelto majaret-.

- De acuerdo - musitó, sus ojos como dos quinqués prendidos-, No hay ningun amuleto que te proteja ahora, n-ningún talismán. -Sus labios se contorsionaron en una sonrisa

demencial, horrible-. El no esta aquí ahora, ¿verdad? Somos de la misma clase, el y yo. Quizá los dos únicos que quedamos. Mi Dios de la venganza...y yo soy el suyo.

Desbarraba, y no trate de detenerle. Al menos no centraba su mente en mi.

- Volvió aquel felino contra mi, allá por el año cincuenta y ocho. Siempre tuvo mas poder que yo. El muy estúpido pudo ganar un millón. . . , los dos pudimos ganarlo, si no hubiera sido tan altanero y poderoso. . . ¿Que ha sido eso?

Era Terror Verde, que había empezado a rugir atterradoramente.

- ¿No has encerrado a es; maldito tigre ? - gritó, casi con voz de falsete, y me sacudió como si fuera un muñeco de trapo.

- ¡No quiere moverse! - me oí replicar también a gritos - . Tiene usted que. . .

Pero el me dio un empujón. Tropecé con los escalones plegados bajo la puerta de su remolque y caí al suelo. Con algo entre un sollozo y una maldición, el señor Indrasil pasó por mi lado, el rostro lleno de ira y temor.

Me levante y fui tras el como hipnotizado. Alguna intuición dentro de mi me decía que estaba a punto de presenciar la representación del último acto.

Fuera del refugio que proporcionaba el remolque del señor Indrasil, la fuerza del viento era tremenda. Rugía como un tren de carga a toda velocidad. Me sentía como una hormiga, una mota, una molécula desprotegida ante aquella atronadora fuerza cósmica.

Y el señor Legere estaba en pie junto a la jaula de Terror Verde.

Era como una escena de Dante. El espacio casi vacío de jaulas dentro del circulo formado por los remolques; los dos hombres enfrentados y silenciosos, con las ropas y el cabello agitados por el viento aullador; la hirviente bóveda del cielo; los ondulantes trigales al fondo, como almas condenadas dobladas por el látigo de Lucifer.

- Ha llegado la hora, Jason - dijo el señor Legere, con una voz cortante que el viento llevó al otro lado del claro.

El cabello frenéticamente agitado del señor Indrasil se alzó alrededor de la lívida cicatriz que le cruzaba la nuca. Apretó los puños, pero no dijo nada. Yo casi podía percibir que hacia acopio de su voluntad, de su fuerza vital, de su verdadero inconsciente, se rodeaba con todo aquello como una corona profana.

Y entonces vi con horror que el señor Legere desenganchaba el pasadizo de Terror Verde. . . ¡Y el fondo de la jaula estaba abierto!

Grite, pero el viento ahogó mis palabras.

El gran tigre saltó Y pasó como una flecha por el lado del señor Legere. El señor Indrasil se tambaleó, pero no echó a correr. Bajó la cabeza Y miró fijamente al tigre.

Y Terror Verde se detuvo.

Volvió su enorme cabeza hacia el señor Legere, casi dio media vuelta y luego, lentamente, se enfrentó de nuevo al señor Indrasil. Había en el aire una sensación atterradoramente palpable de una fuerza dirigida, un revoltijo de voluntades en conflicto centradas alrededor del tigre. Y las voluntades eran parejas.

Creo que al final fue la propia voluntad de Terror Verde - su odio al señor Indrasil - lo que inclinó la balanza.

El felino empezó a avanzar, sus ojos como ardientes faros infemales. Y algo extraño comenzó a sucederle al señor Indrasil. Parecia plegarse sobre si mismo, encogerse como un acordeón. La camisa de seda se deformó, el cabello negro y ondulado se transformó en un asqueroso bongo alrededor de su cuello.

El señor Legere gritó algo y, simultáneamente, Terror Verde saltó.

No vi lo que siguió. Un instante después, una fuerza tremenda me derribó y caí al suelo de espaldas. Tuve la sensación de que extraían todo el aire de mi cuerpo. Desde un ángulo absurdamente inclinado tuve un atisbo de una inmensa tromba ciclónica, y entonces descendió la oscuridad .

Cuando desperté me vi en mi camastro, detrás de los arcones para guardar el grano en el remolque que servía como almacén general. Me sentía como si me hubiera aporreado el cuerpo con mazas de gimnasia acolchadas.

apareció Chips Baily, con el rostro cejijunto y pálido. Vio que tenía los ojos abiertos y sonrió aliviado.

- No sabía si ibas a despertar alguna vez. ¿Cómo estas?

- Dislocado - le dije - . - ¿Que ocurrió? - ¿Cómo llegue aquí?

- Te encontramos al lado del remolque del señor Indrasil. El tornado casi se te llevó de recuerdo, muchacho.

Al oír el nombre del señor Indrasil, fluyeron mis espantosos recuerdos.

- ¿Dónde está el señor Indrasil? ¿Y el señor Legere?

Su mirada se volvió sombría y empezó a responder con evasivas.

- Habla sin tapujos - le dije, irguiéndome penosamente sobre un codo - . Tengo que saberlo, Chips. Necesito saberlo.

Algo en mi rostro debió decidirle.

- De acuerdo, pero esto no es exactamente lo que les dijimos a los policías. . . De hecho, apenas les contamos nada. Sería estúpido hacer creer que estamos locos. En cualquier caso, Indrasil se ha ido. Ni siquiera sabía que ese Legere estaba por aquí.

- ¿y Terror Verde?

La mirada de Chips volvió a oscurecerse. - El y otro tigre lucharon a muerte.

- ¿Otro tigre? No hay otro...

- Si, pero encontraron a dos, tendidos en la sangre de ambos. Ha sido un endiablado estropicio. Se desgarraron la garganta mutuamente.

- ¿Que. . ¿, dónde. . . ?

- ¿Quien sabe? Les dijimos a los policías que teníamos dos tigres. Así es mas sencillo todo.

Y antes de que pudiera decir otra palabra, Chips me dejó.

Así termina mi relato . . . , aunque he de añadir un par de cosas. Recordé las palabras que gritó el señor Legere antes de que llegara el tornado.

«¡Cuando un hombre y un animal viven en la misma concha, Indrasil, los instintos determinan el molde! ».

La otra cosa es lo que me mantiene despierto por las noches. Mas tarde Chips me lo dijo, sin darle mayor importancia. Lo que me dijo fue que el extraño tigre tenía una larga cicatriz en la nuca.

Skybar

By Brian Hartz y Stephen King.

(La historia siguiente surgió de una competencia literaria de Doubleday para promover el libro “Do it yourself bestseller” de 1982, editado por Tom Silberkleit y Jerry Biederman. El libro ofrecía muchos autores, incluyendo Belva Plain e Isaac Asimov.

Cada escritor proporcionó el principio y la conclusión a una historia. Los lectores tendrían que escribir el medio de la misma, de ahí el nombre “Haz tu mejor bestseller”.

Como parte de la promoción, Doubleday llevó a cabo una competencia nacional para ver quién podría escribir la mejor porción central.

Cada ganador fue elegido por el escritor individual —en este caso Stephen King.

Brian Hartz tenía 18 años al momento de escribirlo.

Esta historia contiene lenguaje y material fuerte que pueden ser inadecuados para lectores jóvenes)

Había doce de nosotros cuando entramos por la noche, pero solamente dos de nosotros salimos - mi amigo Kirby y yo. Y Kirby estaba loco.

Todas las cosas que voy a contarles sucedieron hace doce años.

Por entonces tenía once, estaba en el sexto grado. Kirby tenía diez y cursaba el quinto.

En esos días, antes de que la gasolina costara \$1,40 por galón o más (pues recuerdo que el mejor reparto de la ciudad era el Sunoco de Dewey, donde usted podría conseguir la mejor por 31,9 centavos, adicional doble de “S&H Greens Stamps”), el parque de atracciones “Skybar”, seguía siendo un creciente negocio; su gran rueda doble de feria, dando infinitas vueltas contra el cielo de verano, y tu podías oír la gran risa mecánica del payaso de la “casa de la diversión” desde mi casa, a cinco millas de distancia, cuando el viento era el adecuado.

Sí, el Skybar era el lugar a ir, podías hacer estallar algo con el .22 elegido en la galería de tiro “El Ojo Muerto de Pop Dupree”, podías montar al “Látigo” hasta vomitar, vagar en el “laberinto de espejos”, o mirar la tienda de “anormales” para adultos, y maravillarte de lo que estaba allí... y admirar especialmente la cara pálida de las personas al salir, algunas llorando, otras histéricas. Brant Callahan dijo que todo era apenas una falsificación, lo que era, pero a veces vi la duda incluso en los ojos grises resistentes de Brant.

Entonces, por supuesto, los asesinatos comenzaron, y el Skybar fue cerrado eventualmente.

La rueda de feria estaba parada, congelada contra el cielo, y el único sonido la boca mecánica del payaso, era producido por el lunático ulular de la brisa del mar.

Entramos, nosotros los doce, y... Pero me estoy adelantando.

Comenzó enseguida después de terminada la escuela en ese Junio; comenzó cuando Randy Stayner, graduado de séptimo de la primaria, fuese arrojado del punto más alto de la montaña rusa “SkyCoaster”. Yo estuve—ahí aquel día - Kirby estaba conmigo, de hecho - y ambos oímos su grito mientras caía.

Fue una de las maneras más extrañas para que una persona muera - la sombreada rueda de feria dada vueltas a la luz del sol, los autos chocadores tocaron la bocina y se encendieron el techo y las partes del 'Spunky's Dodge 'Em', el carrusel giró violentamente haciendo subir y bajar a caballos y leones, y el golpe constante de su repetitiva melodía resonaba a través del parque.

Un hombre hacía equilibrio con su divertido hijo en una mano, y dos conos de helado en la otra, chicos pequeños con algodones de caramelo competían para ver quién era el primero en su irse al "Santee's Spinning Sombrero", y en el medio de toda la confusión pacífica, Randy Stayner a solas, realiza un "clavado del cisne" de 100 pies, al interior de los sólidos rieles de acero del SkyCoaster.

Por un rato, no estaba del todo seguro, de que la gente alrededor de mí, no pensase que era precisamente un acto - una función de sábado por la tarde, de un zambullidor experto. Sin embargo, con la sangre y el golpe del hueso, estaba claro que el acto había terminado. Y entonces, como si quisiera realizar un intento final de alcanzar su meta original, él rodó perezosamente por encima de los rieles inferiores del SkyCoaster, entrando en el marrón lóbrego del agua del estanque del Skybar, seguido de remolinos rojos y grises.

El SkyCoaster fue cerrado el día de la zambullida de Randy, y a pesar de semanas de dragar el fondo del estanque, su cuerpo nunca fue encontrado. Las autoridades concluyeron que sus restos habían quedado sedimentados bajo un banco de arena o en algún pasaje no registrado, y toda la búsqueda cesó después de cuatro semanas.

El Skybar perdió muchos clientes después de eso.

La mayoría de la gente tenía miedo de ir allí, y otros negocios en la ciudad comenzaron a crecer debido a ello. De hecho, el cine "Starboard", el cual mostró películas de horror a una audiencia de cuatro o cinco durante los mejores días del parque, ahora presentaba "epeticiones de "Yo fui un j"ven hombre lobo" a sala llena.

Más y más gente se mantuvo lejos del Skybar hasta que fue cerrado para bien.

Fue durante esas últimas semanas que los peores accidentes comenzaron a suceder. Un trabajador de la mañana, alcanzando una taza de papel bajo uno de los juegos, enganchó su brazo en la barra que soportaba dos abrazaderas, justo cuando un circuito defectuoso encendió la máquina. Lo aplastaron entre dos coches.

Otro trabajador estaba reparando un carril inferior de la rueda de Feria cuando un coche de 500 libras cayó de la parte superior, esparciéndolo sobre el asfalto debajo de él. Éstos y varios otros paseos fueron cerrados, y cuando la única cosa que quedaba abierta era la galería de tiro "El Ojo Muerto de Pop Dupree", y la tienda de "anormales" para adultos, el Skybar perdió la chispa, y fue forzado a cerrar después de su tercer año en operación.

Llevaba cerrado dos meses solamente, cuando Brant Callahan vino con su plan aquella noche. Éramos un grupo de cinco, que acampaba detrás del taller del papá de John Wilkenson, en una sola tienda deportiva de campaña para cinco hombres, iluminada por cuatro linternas que brillaban en las cubiertas de las "Famosas Historias de Detectives", cuando él se paró (o mejor dicho, se arrodilló, debido a la altura de la tienda) y propuso que todos hiciésemos algo para separar a los maricones de los hombres.

Dejé a un lado mi “Misterio del Coche Fúnebre Encantado”, me recosté en el resplandor de la linterna de Dewey Howardson, escudriñando parcialmente la gigantesca sombra agachada al lado del cierre de la doble solapa de la puerta. Nadie más parecía prestarme atención.

"Vamos, maldita de asno!" Él gritó.

"Es que van a estar sentados jugando Dick- maldito-Trac" toda la noche?"

Kirby le dio un manotazo al bicho que atacaba su brazo iluminado y miró a Brant, a mí, y al resto de los individuos que todavía contemplaban con humilde interés sus cuentos de suspenso de Alfred Hitchcock, inconscientes de cualquier otra actividad realizada en su presencia.

miré mi reloj. Eran las 11:30.

"Qué demonios estás diciéndole, Brant?"

Su cara volvió a la vida ahora que lo notaban, y él me miraba con gran entusiasmo, como algún pequeño niño estúpido que estaba a punto de decir cierto secreto terrible, desbordado por un torrente de detalles juntos, formando un plan muy confidencial. "El SkyCoaster."

Dewey dejó de mirar su revista y miró a Brant con una mirada de "interés suave."

"El SkyCoaster del Skybar?"

"Obvio, maldito idiota. Qué otra montaña rusa vas a encontrar en Starboard? Ahora, de la manera en que lo planeé, podríamos hacerlo cruzando por encima del alambre de púas y entrando al interior del SkyCoaster" bastante fácil."

"Y para qué demonios?" Pregunté.

Brant siempre atraía acrobacias como esta, y el loco bastardo no decía que tramaba esta vez. Recuerdo un año en que estábamos fuera, aplastando monedas en las pistas de "BY&W de Harrow's Point", Brant cansado de ver a los trenes correr sobre sus peniques y monedas de diez centavos, nos desafió a que aceptáramos un verdadero reto.

Siempre que Brant venía con un desafío 'verdadero', podías contar casi siempre en llamar a los equipos de "You asked for it" o "Ripleys Believe It or Not" para la cobertura en vivo. No es que el desafío era algo similar al hombre de Brasil que tragó tiras de hojas de afeitar, o a la señora gorda de Ohio que balancea ramas con fuego en su frente – los retos de Brant eran más mucho más desafiantes que esos. Y, como jóvenes voluntarios para su poco entusiasta audiencia, nos veíamos obligados a participar en ellas o a besar nuestra reputación en una valiente despedida.

Brant sacó de sus pantalones lo que guardó ese día y sacó una pequeña caja de cartón envuelta firmemente con una goma roja. Desempaquetándolo, él reveló cuatro o cinco balas negras de cobre brillantes, de la clase que veías en reestrenos de "Mannix" cuando Mike Connors dejaba de liquidar criminales para cargar su revólver otra vez. Aunque eran diferentes de los de la T.V.

En el tubo parecían ser no más que pedazos minúsculos de plástico opaco atorados en una pistola de "Whamco Cap". Delante de mí entonces, parecían sentarse místicamente en la mano de Brant, los brillantes haces de luz del último sol de la tarde, la punta grisácea rechazando pesadamente reflejar cualquier luz en absoluto.

Entonces Brant los atrapó todos juntos en un puño y levantó la cabeza hacia los rieles.

Yo lo hice después de él, mitad esperando que él rodara desenfundando un arma por ellos en cualquier minuto, esperando que vaya a aliviarse a sí mismo antes que a abrir fuego contra algo, o intentar algún otro truco peligroso.

Era peligroso, como resultó, pero no dije nada.

Solo estaba de pie allí en los rieles, masticando tabaco junto con Dewey, mi mente mirando desde algún lugar lejano como él los fijaba encima del riel izquierdo en una "ila singular.

"Las ruedas del tren deben detonarlas en el segundo e" que las golpea" sonrió con aire satisfecho, ansiosamente molteando su plan. "Todo lo que tenemos que hacer es estar parados aquí en los rieles hasta que lo haga. Cómo está eso para un desafío, eh? Oh, y el primero en saltar es el "aricón del año." No dije nada. Pero pensé mucho acerca de eso. Sobre cuán estúpido era, cuán peligroso era, y cuán extraño debe ser el cerebro de las personas para pensar cosas como esa.

Pensé que podría corregir ese erro" solo gritando "torn"llo para Brant!" Y escapando para el hogar. Pero eso me habría hecho quedar como un novato. Y si había una cosa que mostrarle a cada uno de los demás, era que nosotros no éramos ningunos cobardes.

Entonces, allí estábamos, Brant, John, Dewey, yo, y Kirby, aunque Kirby no fijaría el pie cerca de los rieles, balas o no, con un tren viniendo (él comenzó a sentirse convenientemente enfermo con el tabaco y tuvo que acostarse). Nos alineamos al lado de los rieles, con determinación en nuestros ojos mientras las balas destellaban delante de nosotros. John fue el primero en oír el tren, y como dimos un paso más cerca a orden de Brant, podía oírlo murmurando suavemente un rezo corto una y otra vez. Dewey estaba parado a mi derecha, lejos de mí, la última persona en nuestro temerario club de fans de Freddy.

Entonces llegó el primer rugir pesado de los coches, John se tambaleó mientras se hacía más ruidoso, y pensé que él seguramente iba a derrumbarse en los rieles, pero no lo hizo, y todavía estábamos todos parados mientras el tren venía. El chirrido del batido de las ruedas golpeó nuestros oídos, y miré fijamente las balas delante de nosotros, pensando que pequeñas parecían bajo las ruedas del 4:40. Pero cuanto más miraba, más grandes comenzaron a parecer, hasta que casi parecían balas de cañón. Cerré mis ojos y rogué con John.

En la distancia sonó un aterrador y ruidoso Hooooo-HOO Hoooo, y estaba seguro que ya estaba encima de nosotros, seguro que sentiría las rendijas delanteras martillando mis oídos en cualquier segundo, sintiendo el metal caliente en mis piernas. Entonces el constante golpe sordo de sus ruedas machacando una pizca más cerca en mis oídos, y grité dando vuelta, yendo cuesta abajo a donde la grava negra termina y la alta hierba de la pradera comienza. Corrí y no paré ni miré atrás hasta que sentí que estaba a kilómetros de distancia, y entonces me derrumbé en la espinosa alta hierba, con mis manos y rodillas llenas de dolor sostenido.

Detrás de mí, cinco o seis balas rugieron en el aire consecutivamente, y me pregunté vagamente cómo Mike Connors podría mantenerse en pie con un sonido tan atronador

como ese cada vez que apretaba el gatillo. Mis oídos se llenaron con un EEEEEEEEEEE constante, y descansé en la hierba, mi pelo lleno por completo de espinas, mi orgullo lleno por completo de vergüenza. Entonces Kirby estaba delante de mí, diciéndome que había hecho lo correcto.

Me senté en la hierba, y cerca de diez o quince pies abajo de mí, Brant, Dewey, y John estaban sentados resoplando ruidosamente, riendo, sin aliento. El aire se llenó de humo y me derrumbé otra vez en el alto mar de arbustos y espinas, sintiéndome bien.

Brant admitió varias veces que fuimos todos valientes por ir con él ese día, pero nunca sacó a relucir el hecho de que nos habíamos escapado, él y Dewey a la cabeza. En alguna parte de mi mente, el hecho me demostraba que en alguna parte en Brant, su ego terminaba y su cerebro comenzaba. Ése es el porqué escuché junto con los otros, y porqué nosotros le dimos cuerda esa noche en la que el genio comenzó a proyecta” otra hazaña.

"Primero pasamos por encima la cerca. Cuando lo hemos hecho, nos dirigimos hacia el SkyCoaster. Aquí está el truco: todos nos reunimos en la estación y comenzamos— en los rieles - no las vigas de madera – los rieles, y, en una sola fila, subimos hasta el ‘descenso del Rey’, e”t”nces bajamos." "Estás malditame”t” loco, Brant." "Quizá. Pero por lo menos no soy un”m”ldito marica." "”uién es marica?" Pregunté, poniéndome mis zapatos tenis Con”erse All-Star”

"Estás dentro?" preguntó Kirby, su maxilar inferior temblando. Era como si esa temblorosa quijada y esos ojos vidriosos de ciervo asustado, intentaban tirar de mí, ayudarme a olvidar el asunto y conseguir de nuevo leer otro capítulo de “Sorprendentes historias—de detectives” - como si esa temblorosa quijada fuera un sonar, despidiendo ondas de detección y viniendo con la misma lectura: Barrera Peligrosa a”continuación.

"No seas ridículo, Kirb” Obvio que voy." Eché un vistazo a John y Dewey, quienes me asintieron con la cabeza, con valor y confianza en sí mismos, mezclado altamente con el arrepentimiento como nunca de que Brant estuviera con nosotros esa noche. Dejamos las linternas encendidas en la tienda en caso de que el papá de John mirara fuera por las ventanas posteriores de su casa para vigilarnos. Lo que nunca hizo.

Skybar puede ser bastante malditamente oscuro en la noche sin luces encendidas.

Pocos personas lo saben como yo, puesto que la mayoría lo ha visto solamente de día, con la luz del sol reflejada en el techo de metal del “Pop Dupree’s” y de la tienda de anormales para adultos, o en la noche con las mágicas luces que flameaban perezosamente alrededor de la rueda de feria y de sus bombillas que centelleaban lunáticamente en una sola fila, creando una carrera de formas de neón exhibidas arriba y abajo de las colinas de los elevados 100 pies de la SkyCoaster.

De cualquier manera, no había luces aquella noche. Ni luces, ni luna, ni nubes ligeras.

Brant había parado en el camino a recoger a un par de sus amigos de los dragones blancos. Los dragones eran una pandilla de la calle que mantenía una alta posición en el campo del respeto con todos los chicos sabios, quienes afortunadamente trajeron linternas de repuesto, fósforos para sus cigarrillos, y las navajas de acero de 5 pulgadas “Randell” (en caso de que

algún borracho o gamberro maníaco demandara el espacio del parque como base de sus operaciones).

Ambos miembros de los dragones blancos parecían ser dioses en los ojos de todos nosotros –quel anochecer - su pelo alisado al estilo de James Dean, chaquetas de cuero negras con pálidos dragones de fuego en ellas, un aire general de confianza y seguridad que emanaba de ellos como si fueran faros más protectores para nosotros que una buena y general compañía, que nos unía en la aventurera diversión.

Cinco miembros más de los dragones se nos unieron después de una fiesta que tuvieron en Grange's Point. Brant no nos había contado ese hecho al principio, aunque cuando los encontré donde se suponía, en la puerta delantera a las 12:30, más confianza se apoderó de mí, y comenzó a sentirse más como si nos dirigiésemos hacia un último juego de dados, o a apostar un penique al póker, en vez de una subida de 100 pies en resbaladizos postes. Lo que no sabíamos era que llevaban prácticamente la fiesta con ellos, cada uno con una botell' de Jack Daniel's Black, o Southern Comfort, o Everclear, y cada uno cantando al unísono la agonizante cacofónica 75a "a. estrofa del "99 bote" las de cerveza."

La ansiedad subía de mi pecho a mi garganta a medida que nos acercábamos a la puerta externa, y aún puedo recordar cuán místico y extraño parecía el parque en el aire oscuro de la noche.

La cadena de la cerca se estiró hacia delante, en ambas direcciones, haciéndolas parecer infinitas, sellándonos fuera de sus ocultos poderes desconocidos, y recuerdo que casi parecía blindar el Skybar dentro, evitando que esgrima su cólera en inocente gente viva fuera de sus dominios.

Una vez que cruzaras la barrera, sin embargo, no había vuelta atrás.

Aquí era donde los dos mundos se dividían, y la opción era ser hombre o maricón.

Todos estaban impacientes por cruzar las puertas del parque para probar donde estaba parado.

Con la pandilla te sentías frío y nervioso mientras aguardabas la cólera de lo que pudiera estar al acecho dentro, pero afuera; las chances de sobrevivir cualquier peligro al acecho solamente te ponían más nervioso, lo suficientemente nervioso para gatear dentro de una bola y para mearte en tus pantalones con cada crujido de una ramita.

Así pues, como ven, no es que deseáramos todos entrar.

Pero, aunque estábamos asustados de muerte de subir los fríos rieles del SkyCoaster, permaneciendo solo, mientras el resto del manójo ascendía demasiado y se aventuraba al interior, era incluso peor el atrevimiento original en sí mismo.

Bastante asombrosamente, Kirby fue el primero arriba de la cerca para pasar su chaqueta por encima del alambre de púas y saltar al asfalto suave del Skybar, en el otro lado. El resto de nosotros lo siguió, con un sonoro ruido sordo, que sonaba a través del aire de la noche, mientras cada uno caía al suelo en el otro lado.

Ahora estábamos dentro.

Eddie Frachers, el más corto de los dos dragones blancos, encendió un cigarrillo, golpeó la linterna, y fue a la cabeza con Brant.

La estación estaba vacía cuando alcanzamos los rieles de acero de la montaña rusa, y ascender a la puerta de la estación fue una inusual experiencia de por sí, ya que estuvimos esperando en línea durante una hora, mientras que un viejo hombre permanecía de pie delante de la humareda de su arruinado cigarrillo, su cara marcada por el sol ardiente, como su estómago putrefacto, y su pálida piel facial. Ahora el camino entre la montaña y nosotros estaba libre.

Deprisa, deprisa, vamos!.

El suelo de metal retumbaba con los centenares de golpes bajo nuestros pies, cuando cruzamos la vacía estación hacia las puertas terminales, miré varias veces sobre mi hombro mientras recorríamos la desértica entrada principal, mis sentidos listos para cualquier cosa que pudiera "decidir" ser un "batacazo" en la noche.

Fui el primero en oírlo, de hecho, y mi cuerpo se puso flácido, mis intestinos se aflojaron cuando oí la dirección de donde provenía... de los coches de la montaña rusa.

Estaban todos posados delante nuestro, grises y naranja por el moho y la edad, sus silenciosas características corrompiendo la noche con un aire malvado, y recuerdo estar parado allí cuando los demás comenzaron a oírlo también, mis manos temblaban, mis piernas fallaban, mi boca colgaba abierta estúpidamente como si tratar— de decir a—go - no sé que - y nada emergería.

No sé cuánto tiempo estuvimos parados allí, esperando algo, cualquier cosa que sucediera. Los coches parecían místicos a su propia manera, mientras estuvieran parados en tierra, y negándonos el acercarnos, cantando entre sí un cierto hechizo malvado, para mantenernos alejados.

Un hechizo es una cosa, pero si usted alguna vez ha pensado que oyó un coche (o posiblemente cierto loco peligroso oculto detrás de un coche) que cantaba algo, usted entendería cómo todos nos sentíamos esa noche. Incluso Brant y los dos dragones blancos parecían inmóviles en el suave resplandor de la linterna, pero Eddie de alguna manera apuntó la linterna hacia lo que fuese lo que estaba ocupando el "primer coche.

"Hey! "págala maldito!"

Una oleada de alivio como mínimo recorrió todo mi ser, pero todavía estaba parado allí, inmóvil y temblando, incluso como Eddie y el resto del grupo, incluso Kirby, que empezaba a ir hacia la montaña rusa. Debo haber estado aún atontado, porque me encontré deseando pararlos, tirar de ellos de nuevo hacia mí, dar por terminado con todo, dar la vuelta alrededor y dejar al infierno detrás la cerca. Pero todavía estaba parado allí cuando la niebla rodó alrededor de mis ojos, y mi vista se tornó borrosa, dejando solamente mis oídos para decirme el horrible destino de nuestra fiesta.

"Qué" "monios son..." "... están seguros "u" son ellos..." "Qué están haciendo aquí d" esa manera..."

Un largo y penetrante grito siguió, la clase de grito que generalmente emiten las mujeres buenas en esas películas de horror en el cine de Starboard, cuando el vampiro

envuelve su capa alrededor de su víctima y comienza a chuparle la sangre. Creció a increíbles niveles que casi te partían la cabeza, para luego desvanecerse entre risas reprimidas seguidas por "59 botellas de cerveza en la pared, 59 botella" de cerveza... "

Una mano tocó mi hombro y me tambaleé al encontrar a Kirby a mi lado, diciéndome que los otros individuos habían seguido sin mí y que era mejor que me apurara. Me apuré y los alcancé por la pista principal, donde habían comenzado ya la subida. Brant era el primero, luego los dragones blancos, seguidos por Dewey y John, aferrándose firmemente en las pistas de acero detrás de ellos. Corrí los 20 pies hasta el final, hacia el "más alto descenso de 100 pies", y empecé a subir después de ellos.

El frío de los rieles de acero penetró calladamente en mi piel apenas comencé a escalar, mirando hacia arriba a donde estaban encaramados Brant y los dragones. No podía imaginar la cantidad de energía que iba a necesitar para escalar los '100 malditos pies' carente de medios. Como esa broma sobre la pequeña hormiga que se arrastra encima de la pierna trasera del elefante con la idea de violación en su mente. Probablemente no lo haría, pero tenía altas esperanzas.

Kirby nunca tocó los rieles.

No podría culparlo después del acontecimiento del tren, quizá algo le sucedió cuando era más joven. Kirby me contó muchas cosas confidenciales, pero nunca me contó algo parecido a esto anteriormente.

Él podía no tener el deseo de subir, mas para mí, él no era ningún marica.

Un montón de cosas pasan por tu mente cuando estás a 45 pies del suelo, subiendo riel por riel, en una escalera sin peldaños.

Cien pies de ascenso por el mástil con ocasionales travesaños para colgarte no es suficiente, ya que empiezas a preguntarte, y si Dewey se desliza y cae sobre mí? Y si pierdo mi asidero y navego hasta el fondo? Cómo conseguiré bajar una vez que esté allí arriba? Pueden los dragones borrachos volar?

Y entonces miras el fondo, y todos tus miedos se resumen en una frase: No mires abajo.

Mano sobre mano, tirón tras tirón, fue mi manera de ascender, confiando en que el paso de aquellos sobre mí no fuese demasiado lento.

Nunca miraba realmente hasta donde estaban Brant y sus amigos mientras subía.

Incluso hoy en día recuerdo la oscuridad del cielo nocturno, mezclándose bien con mi propio oscurecimiento mientras cierro firmemente mis ojos a las cosas alrededor de mí. Llegaba a la cima, y casi no podía terminar. Mano sobre mano.

Ahí es cuando el griterío comenzó, chillón y poderoso, repetidamente, con un salpicar ocasional detrás de él, como si alguien abajo gozara de una última zambullida nocturna y payaseara en el tenebroso estanque. No haciendo caso de mi propia regla, miré hacia abajo.

Dios, cuán insólito se veía.

Si alguna vez has estado en una montaña rusa mientras desciende la cuesta más escarpada, podrás entender la sensación, la profundidad; los rieles marchando juntos mientras caen en picada exactamente debajo de donde estás a punto de lanzarte al ataque. Imagínense congelados en esa posición.

Debajo, los rieles se encuentran y tu estómago asume una nueva posición en tu garganta.

Y parado en esos destellantes rieles, todavía sosteniendo la linterna de Eddie y manchado con la oscuridad estaba Kirby, mirando tras de mí, con una mirada de confusión, horror y de ahora qué hacemos? escrita a través de su cara.

Un terror de muerte se apoderó de mí al ver la manera en que él estaba parado allí, con los brazos a su lado, mirándome fijamente pero s'n decir nada.

"Qué d'monios te pasa?" Grité abajo con extraordinaria fuerza.
Ning'na respuesta.

"Kirb", qué está mal?"

Para entonces sabía terriblemente bien qué estaba mal.

Las pistas habían comenzado a temblar bajo mis manos, y la armadura de la SkyCoaster en sí misma había comenzado a sacudirse rítmicamente de lado a lado.

Luego, el abominable sonido del rugido de un coche de montaña rusa, girando en una remota curva, desapareciendo, y luego regresando, desapareciendo de nuevo, y regresando con un ensordecedor estrépito, enviando mi estómago y mi corazón a saltar por encima de mis amígdalas.

Entonces Brant gritó.

Era como el grito de la mujer que describí antes, pero más estridente, mezclado con el clack-clack-clack constante del encadenamiento de arrastre del coche de la montaña rusa en una electrificada pista. No hice ninguna pregunta, simplemente puse ambas manos juntas, meciendo ambos pies juntos y me deslicé por el riel hacia el fondo.

Si alguna vez te has deslizado en un carrito de rulemanes cayendo en picada hacia el fin-l de la colina - la "bajad-de Grandaddy" - conocerás probablemente la sensación del miedo que crece en ti.

Siempre hay una ocasión en la que podrás salir volando del coche hacia el camino de 'acero' debajo de ti, mientras la fuerza presiona tu espina dorsal contra la cubierta posterior y te sacude con una fuerza que te parte la cabeza, hacia el fondo.

No había coche para que montar- aquella noche - ningún asiento, ninguna correa, ninguna barra de seguridad sujeta contra mi descendente torso.

Y navegué hacia el fondo con una regla diferente que mi mente me forzó a seguir: no mires.

El viento paró repentinamente en mi pelo, y caí en cuenta que estaba abajo, en los rieles inferiores de la montaña rusa, colgando horrorosamente cerca de las lóbregas aguas del estanque del Skybar.

Y como estaba suspendido allí momentáneamente, podía imaginar a Randy Stayner esperando abajo, una verde musgosa mano a punto de emerger a la superficie, y como imaginaba esto, también visualicé otros como él en un mar de brazos, alcanzando la cola de

mi ondulante camisa mientras yo colgaba allí, todos ellos que salían a la superficie para atraparme, o braceando desesperadamente hacia fuera mientras era arrastrado hacia abajo.

Un violento burbujeo estalló en la superficie del agua, trayéndome de nuevo al Skybar; y, contrayendo mis pies, me tiré a la orilla y de alguna manera logré traer de vuelta a Kirby conmigo.

Él aún seguía parado ahí, totalmente pasmado, con los ojos fijos en los rieles donde el coche de la montaña rusa descendía hacia nosotros.

Y mientras corríamos a través de la estación, del depósito más allá de los coches vacíos de la montaña rusa, podía oír el constante ruido sordo de un único coche que avanzaba hacia nosotros.

Miré sobre mi hombro para ver cuánto habíamos corrido, mis pies y ojos aumentando con cada paso.

Entonces me separé de Kirby.

No puedo recordar claramente cuando, pero recuerdo todo lo que pasaba por mi mente mientras corría como demonio! Volé por encima de la cadena de la cerca, detrás del "Pop Dupree's", cortando seriamente mis manos en el alambre de púas.

Después de saltar a tierra segura en el otro lado, no paré de correr hasta hallarme a una milla de distancia del "Grange's Point", donde aún podías oír la suave y estridente risa del payaso de la 'Casa de diversiones', y podías ver la forma vaga de la serpenteante "SkyCoaster" a través de los árboles.

En alguna parte detrás de una—de las tiendas - aún puedo jurar que era la tienda—de 'anormales' - una luz resplandeció suavemente.

Me senté allí, mirándola fijamente, preguntándome si era Kirby que intentaba encontrar su salida de la oscuridad. Después oí la hierba quebrarse bajo unos pasos detrás de mí y giré para encontrar a Kirby parado delante de mí. Mis piernas temblaban, y mis dientes comenzaron a rechinar suavemente, él se acercó a mí y puso su brazo alrededor de mí.

"Estamos bien. Lo hicimos. Somos bastante valientes eh? Arriba y debajo de esos rieles. Estamos muy lejos de ellos ahora, sin embargo. No es "amos allí ahora" Lo miré fijamente y me pregunté cómo demonios hizo para llegar hasta allí. No recordaba haberlo arrastrado conmigo.

No podía creer cuan calmado estaba—él parado allí - cómo él actuaba, como si todo fuese una película de terror en el cine de Starboard y nosotros estuviésemos regresando a casa en la oscuridad tratando de calmarnos. Después él me dio vuelta hacia el parque y comen"ó a ale"a"se.

"Vienes?" " Kirb, estás en el ca"ino equivocado."

Di la vuelta hacia mi hogar y comencé a correr otra vez.

Después de un rato, Kirby vino corriendo hasta mí, y no paramos hasta estar cinco millas lejos del Skybar, en mi pórtico delantero.

Puedo ver todavía el horror en los pobres ojos de Kirby, él vio a sus mejores amigos y a los dragones caer a la muerte delante de él.

Incluso después de ver que sonriendo, un putrefacto fenómeno encaramado detrás de la barra de seguridad del coche de la montaña rusa rodó sobre Brant y los otros, él se unió a mí en el fondo y no corrió. Los únicos que actuaban tan bravamente como Kirby eran los dragones borrachos que saltaron apenas vieron al coche que venía hacia ellos.

Era quizá valor, era quizá el licor, pero no importa, porque la zambullida de 100 pies al estanque fue un error de cualquier manera.

Brant y el resto pudieron intentar deslizarse, pero nunca lograron ponerse a salvo, y al día de hoy, las autoridades aún no han podido sacar sus cuerpos de las lóbregas aguas del estanque.

Y aún, en mis sueños, siento que Kirby tomaba mi mano y que me decía que estaba bien; que estábamos a salvo, libres en casa.

Y entonces oía el ruido sordo de un solo coche de la SkyCoaster rodando hacia nosotros.

Yo deseaba decirle a Kirby— “¡no mires! - “No mires, hombre! ” Grito, pero las palabras no saldrán. Él mira. Y mientras el coche rueda hasta la estación abandonada, vemos a Randy Stayner repantingado detrás de la barra de seguridad, su cabeza casi dentro de su pecho.

El payaso de la ‘casa de la diversión’ comienza a chillar sus carcajadas en alguna parte detrás nuestro, y Kirby comienza a gritar con él.

Intento correr, pero mis pies se enredan uno con otro y caigo, despatarrado.

Detrás de mí puedo ver al cadáver de Randy empujando hacia atrás la barra de seguridad y comenzando a tambalearse hacia mí, sus muertos dedos destrozados formando garras, buscando dar zarpazos.

Veó estas cosas en mis sueños, y en los momentos antes de que despierte, gritando, en los brazos de mi esposa, sé lo que deben haber visto los adultos ese verano en la ‘tienda de anorma les para adultos’.

Veó estas cosas en mis sueños, si, pero cuando visito a Kirby en aquel lugar, en donde él aún vive, aquel lugar en que todas las ventanas son cruzadas con pesadas rejas, yo las veo en sus ojos.

Tomo su mano y su mano es fría, pero me siento con él y pienso a veces: estas cosas me sucedieron cuando era joven.

Antes de la función

(Before the play)

(El siguiente relato es una suerte de prólogo de la novela “El resplandor”. Esta versión es la publicada en la Tv Guide del 26 de Abril de 1997, la cual está resumida (se la censuró para hacerla apta para el público de la revista). La versión completa fue publicada en 1982 en la revista Whispers. Existe también una especie de Epílogo, llamado “After the play” (Luego de la función), mas no hay mayores datos sobre éste)

Escena I: El Tercer Piso de un Hotel de Temporada En Decadencia

Era el 7 de Octubre de 1922, y el Hotel Overlook había cerrado sus puertas por una temporada más. Cuando reabrió a mediados de Mayo de 1923, lo hizo bajo una nueva administración. Lo habían comprado dos hermanos llamados Clyde y Cecil Brandywine, unos buenos muchachos con más del viejo dinero del ganado y del nuevo dinero del petróleo, de lo que podían pensar que tenían.

Bob T. Watson se encontraba de pie ante el enorme ventanal de la Suite Presidencial y miraba las ascendentes cumbres de las Rocosas, donde los álamos habían perdido casi todas sus hojas, y esperaba que los hermanos Brandiwine fracasaran. Desde 1915, el hotel había sido propiedad de un hombre llamado James Parris. Parris había iniciado su vida profesional como un simple abogadillo, en 1880. Uno de sus amigos cercanos obtuvo un ascenso a la presidencia de una gran ferroviaria del oeste, un ladrón de rango entre ladrones de rango. Parris se volvió rico a expensas de su amigo, pero no poseía nada su colorida extravagancia. Parris era un hombrecillo triste, con el ojo casi siempre metido en un juego de libros de contabilidad. De cualquier forma hubiera vendido el Overlook, pensaba Bob T. Watson mirando por la ventana. Al bastardo abogadillo se le había ocurrido morir antes de poder hacerlo.

El hombre que había vendido el Overlook a James Parris había sido el propio Bob T. Watson. Uno de los últimos gigantes de Occidente que surgió en los años 1870-1905, Bob T. Provenía de una familia que había amasado una inestable fortuna gracias a la plata cerca de Placer, Colorado. Perdieron la fortuna, la recuperaron mediante la especulación en ferrocarriles, y volvieron a perder casi toda durante la depresión del ‘93-‘94, cuando el Padre de Bob T. fue baleado en Denver por un hombre sospechoso de pertenecer al crimen organizado.

Bob T. recuperó la fortuna por sí mismo, sin ayuda, entre los años de 1895 a 1905, y había comenzado a buscar algo, algo perfecto, para coronar su logro. Tras dos años de pensar cuidadosamente (en ese ínterin se había comprado a un gobernador y a un representante del Congreso de los EUA), había decidido, al modesto estilo Watson, construir el mejor hotel en América. Se apostaría en la cumbre de América sin nada más alto en los alrededores, excepto el cielo. Sería el campo de juegos para los ricos nacionales e internacionales – la gente que tres generaciones más tarde, se conocería como super-ricos.

La construcción comenzó en 1907, a cuarenta millas al oeste de Sidewinder, Colorado, y la supervisó el propio Bob T.

“¿Y sabes una cosa?” dijo Bob T. en voz alta a la suite del tercer piso, que era el mejor conjunto habitacional en el mejor hotel de temporada de América. “Después de eso nada salió bien. Nada.”

El Overlook lo había vuelto viejo. Tenía cuarenta y tres años cuando abrieron el terreno en 1907, y dos años más tarde, cuando la construcción se completó (demasiado tarde como para poder abrir las puertas del hotel, sino hasta 1910), ya estaba calvo. Había desarrollado una úlcera. Uno de sus dos hijos, el que más amaba, el que estaba destinado a llevar el estandarte de los Watson hacia el futuro, había muerto en un estúpido accidente ecuestre.

Boyd había intentado hacer saltar a su pony sobre una pila de maderos donde ahora estaba el jardín de setos, y el pony se había pillado las pesuñas traseras y se había roto la pata. Boyd se había roto el cuello.

Había habido reveses financieros por otros frentes. La fortuna Watson, que parecía tan estable en 1905, había comenzado a tambalearse visiblemente en aquel otoño de 1909. Había habido una enorme inversión en municiones y en anticipación a una Guerra extranjera, que no ocurrió sino hasta 1914. Había habido un contable deshonesto al final de la entibación de la operación Watson, y a pesar de que lo habían mandado a la cárcel por veinte largos años, se había hecho primero con medio millón de dólares libres de polvo y paja.

Quizá por la zozobra producida por la muerte de su hijo mayor, Bob T. se convenció, equivocadamente, que la forma de recuperarse era la forma en que se había recuperado su padre desde un principio: la plata. Había consejeros que contendían contra ello, pero después de la calumnia del contable en jefe, quien era hijo de uno de los mejores amigos de su padre, Bob T. confiaba cada vez menos en sus consejeros. Se rehusó a creer que los días de minería en Colorado se habían acabado. No lo convencieron ni el millón de dólares gastado en inversiones infructuosas. Pero dos millones sí lo hicieron. Y para cuando el Overlook abrió sus puertas a finales de la primavera de 1910, Bob T. se había dado cuenta que estaba precariamente cerca de estar nuevamente en mangas de camisa... y construir sobre las ruinas a la edad de cuarenta y cinco podía ser imposible.

El Overlook era su esperanza.

El Hotel Overlook, fue construido contra la cima del cielo, con un jardín de setos con formas de animales para encantar a los niños, su campo de juegos, su larga y hermosa cancha de críquet, su prado de tiro de golf para caballeros, sus canchas de tenis exteriores y el juego interior de tejo, su comedor con el paisaje del oeste proyectándose sobre los elevados y torcidos picos de las Rocosas, su salón de fiestas mirando al este, donde la tierra descendía hacia verdes valles de abeto y pino. El Overlook, con sus ciento diez habitaciones, su personal doméstico especialmente capacitado, y no uno, sino dos chefs franceses. El Overlook, con su lobby tan majestuoso y amplio como tres carros Pullman, la gran escalera que llevaba al segundo piso, su lujoso mobiliario neo-Victoriano, todo

cubierto por el candelabro de cristal que colgaba sobre el hueco de la escalera, como un monstruo de diamante.

Bob T. se había enamorado del hotel como una idea, y su amor había crecido a medida que el hotel cobraba forma, ya no era algo mental, sino un edificio real, de líneas fuertes, nítidas y posibilidades infinitas. Su esposa había llegado a odiarlo –en algún punto en 1908, ella le había dicho que prefería competir con otra mujer, que al menos así hubiera sabido cómo proceder – pero su odio había disminuido a una reacción de histeria femenina tras la muerte de Boyd en los campos.

“No eres normal al respecto,” le había dicho Sarah. “Cuando miras hacia allá, es como si no te quedara sentido. Nadie puede hablar contigo sobre lo que está costando, o de cómo la gente podrá llegar aquí, puesto que las últimas sesenta millas de camino ni siquiera están pavimentadas-.”

“Se pavimentarán,” dijo quedamente “yo las pavimentaré.”

“¿Y cuánto costará eso?” preguntó Sarah histéricamente. “¿Otro millón?”

“Mucho menos,” dijo Bob T. “Pero si así fuera, lo pagaría.”

“¿Lo ves? ¿Es que no lo ves? No eres normal al respecto. ¡Te está robando el ingenio, Bob T.!”

Quizá en eso había sido así.

La temporada de inauguración del Overlook había sido una pesadilla. La primavera llegó tarde, y los caminos no fueron transitables sino hasta principios de junio, e incluso entonces, fueron una pesadilla para los guardabarras y había baches que rompían los ejes de los autos, y el caminillo de maderos estaba alegremente esparcido sobre tramos de lodo espeso. Hubieron más lluvias ese año de las que Bob T. había visto antes, o hasta entonces, culminando con ráfagas de nieve en Agosto... nieve negra, la llamaban las mujeres, una maldición terrible del invierno que se aproximaba. En septiembre, él había empleado a un contratista para pavimentar las últimas veinte millas del camino que llevaba al oeste desde Estes Park hasta Sidewinder, y las cuarenta millas desde Sidewinder hacia el propio hotel, y se había convertido en una costosa operación contra reloj para terminar los dos caminos antes que la nieve los cubriera en el largo, largo invierno. En el invierno murió su esposa.

Pero ni los caminos ni la reducida temporada fueron lo peor durante el primer año del Overlook. No. El hotel abrió oficialmente en junio 1º, de 1910 con una ceremonia de corte de listón presidida por el Concejal mascota de Bob T. Ese día fue caluroso, claro y brillante, la clase de día que el Denver Post debía haber imaginado cuando consignaron su lema de “Es un privilegio vivir en Colorado.” Y cuando el Concejal mascota cortó el listón, la esposa de uno de los primeros huéspedes cayó desmayada. El aplauso se inició al cortar el listón y se fue extinguiendo con breves exclamaciones de alarma y preocupación. Le habían traído sales de olor, desde luego, pero cuando recobró el conocimiento, su pequeña y sosa cara tenía tal expresión de horror, que Bob T. gustosamente la habría estrangulado.

“Creí ver algo en el lobby,” dijo ella. “No parecía un hombre.”

Más tarde admitió que debió tratarse del inesperado calor después de un clima tan frío, pero desde luego, el daño ya estaba hecho.

Ni la historia de aquellos días cambia todo lo que se dijo.

Uno de los dos chefs se quemó el brazo mientras preparaba el almuerzo y tuvo que ser llevado al hospital más cercano, que estaba en el lejano Boulder. La Sra. Arkinbauer, la esposa del rey en empaquetados de carne, resbaló mientras se secaba después de tomar una ducha, y se rompió la muñeca. Y por último, el toque final, ocurrió durante la cena de esa noche.

El Concejal mascota se arañó y aferró la garganta, primero se puso rojo y luego morado, pudo incluso caminar tambaleándose entre los asombrados asistentes en su terrible ansiedad, rebotando de mesa en mesa, batiendo salvajemente los brazos y derribando copas de vino y jarrones llenos de flores frescas, con los ojos desorbitados, ante los comensales ahí reunidos. Era como si –le dijo uno de sus amigos a Bob T. más tarde, en privado – la historia de Poe de la Muerte Roja hubiese cobrado vida frente a todos ellos. Y quizá la oportunidad que tuvo Bob T. de lograr que su amado hotel fuera un éxito, había muerto en esa primera noche, como si hubiera sufrido una horrorosa, crispada y miserable muerte junto con el Concejal mascota a la vista de todos los comensales.

El hijo de uno de los huéspedes que había sido invitado a la semana gratuita por la inauguración, era estudiante de medicina de segundo año, y había llevado a cabo una traqueotomía de emergencia en la cocina. Quizá fue demasiado tarde que comenzara con algo semejante, o posiblemente le tembló la mano en el momento crucial; en todo caso, el resultado fue el mismo. El hombre murió, y antes que llegara el fin de semana, la mitad de los huéspedes se habían ido.

Bob T. se quejó con su esposa de que nunca había visto o escuchado acerca de una racha de mala suerte tan espectacular.

“¿Estás seguro que sólo se trata de mala suerte?” le respondió ella, a seis meses de su propia muerte.

“¿Qué otra cosa, Sarah? ¿Qué más?”

“¡Has puesto ese hotel en el tabernáculo de tu corazón!” le aseguró ella con voz chillona. “¡Lo construiste sobre los huesos de tu primogénito!”

La sola mención de Boyd aún le provocaba resequedad en la garganta, incluso después de un año. “Sarah, Boyd está enterrado en Denver, junto a tu propia madre.”

“¡Pero murió aquí! ¡Murió aquí! ¿Y cuánto te está costando, Bob T.? ¿Cuánto has despilfarrado en el maldito lugar que nunca recuperarás?”

“Lo recuperaré.”

Entonces su iletrada esposa, que una vez fue ama de una cabaña rústica de una sola habitación, profetizó:

“Morirás como un pobre y lastimoso viejo antes de que puedas ver el primer céntimo de ganancia de ese sitio.”

Ella había muerto de influenza, y ocupó su lugar entre su hijo y su madre.

La temporada de 1911 comenzó igualmente mal. La primavera y el verano llegaron a tiempo, pero el hijo menor de Bob T., un chico de catorce años llamado Richard, le trajo las malas nuevas a mediados de abril, todavía todo un mes antes de que el hotel estuviese listo para abrir.

“Papá,” dijo Richard, “ese bastardo de Grondin te ha estafado.”

Grondin era el contratista que había pavimentado las sesenta millas de camino, con un costo total de setenta mil dólares. Había hecho recortes y utilizado materiales de mala calidad. Después de la escarcha de otoño, el congelamiento de invierno, y el deshielo de primavera, el pavimento se rompió en grandes y mohosos tajos. Las últimas sesenta millas del camino hasta el Overlook eran impasables para un auto pequeño, y ni hablar de cómo serían para uno de los nuevos cacharros.

Lo peor en la mente de Bob T., la cosa más espantosa, fue que él mismo había pasado al menos dos días de cada semana supervisando el trabajo de Grondin. ¿Cómo pudo Grondin meter los materiales de mala calidad ante sus ojos? ¿Cómo pudo ser tan ciego?

Desde luego, Grondin no estaba localizable.

La repavimentación de los caminos fue más costosa que la primera vez, porque hubo que retirar el pavimento original. No servía ni siquiera como cimientito para el nuevo pavimento. Una vez más, hubo que proceder contra reloj, lo que implicaba salarios por tiempo extra. Hubo retrasos e impedimentos y confusión. Los vagones que subían el material desde la cabeza de línea en Estes Park perdieron las ruedas. Los caballos reventaban al intentar tirar de los carros sobrecargados por la empinada cuesta. Hubo una semana de lluvia a principios de Mayo. El camino no se re-completó sino hasta la primer semana de julio, y para entonces, la gente con la que Bob T. esperaba contar, había hecho ya sus planes de verano, y menos de la mitad de las ciento diez habitaciones del Hotel Overlook fueron ocupadas.

A pesar de los aterrados clamores de sus contadores –e incluso de su hijo Richard-, Bob T. se rehusó a reducir el personal del hotel. Ni siquiera dejó ir a uno de los dos chefs que tanto costaban (dos chefs nuevos; pues ninguno de los dos del año anterior había vuelto), aunque apenas había trabajo suficiente para uno. Estaba obstinadamente convencido que para fines de julio.. o agosto... o incluso en septiembre, cuando los álamos comenzaran a... que los huéspedes vendrían, los ricos vendrían con sus criados y sus

familiares y su desinteresado dinero. Vendrían los estadistas, la camarilla de políticos, los actores y actrices de Broadway, la nobleza extranjera que estaba siempre buscando nuevos sitios de divertimento. Escucharían acerca del precioso hotel que había sido construido para su deleite en la cumbre de América, y vendrían. Pero nunca llegaron, y cuando el invierno dio fin a la segunda temporada del Overlook, únicamente ciento seis huéspedes firmaron el registro en un lapso de tres meses.

Bob T. suspiró y siguió mirando por el amplio ventanal de la Suite Presidencial, donde en 1922, únicamente se hospedó un Presidente –Woodrow Wilson. Y cuando vino ya era un hombre arruinado, en todos los aspectos en los que un hombre podía arruinarse –en cuerpo, en espíritu, en su credibilidad con la gente. Cuando Wilson vino, ya era una comidilla. En el país se rumoraba que en realidad, era su esposa la que era Presidente de los Estados Unidos.

Si Sarah no hubiera muerto, pensó Bob T, deslizando desanimadamente un dedo por la ventana, me los hubiera sacado de encima, por lo menos a unos cuantos. Ella me hubiera fastidiado para que lo hiciera. Quizá lo hubiera hecho... pero no lo creo.

Has puesto ese hotel en el tabernáculo de tu corazón.

La temporada de 1912 había sido mejor. Al menos, por decirlo de algún modo, el Overlook sólo había registrado una pérdida de ochenta mil dólares. Las dos temporadas anteriores le habían costado un cuarto de millón de dólares, sin contar la pavimentación de ese maldito camino de dos... no, de tres carriles. Cuando terminó la temporada de 1912, él tenía la firme esperanza que la bomba finalmente estaría lista, que sus quejumbrosos contadores finalmente podían hacer a un lado la tinta roja y comenzarían a escribir con negra.

La temporada de 1913 fue aún mejor –sólo cincuenta mil dólares en pérdidas. Se convenció que se repondrían en 1914. Que el Overlook gradualmente comenzaría a remunerar.

Su contable en jefe lo visitó en septiembre de 1914, cuando la temporada aún tenía tres semanas más de vigencia, y le aconsejó que se declarara en bancarota.

“¿De qué estás hablando, en nombre de Dios?” preguntó Bob T.

“Estoy hablando de casi doscientos mil dólares en deudas que no puede esperar pagar.” El nombre del contable era Rutherford, y era un hombrecillo remilgado, del Este.

“Eso es ridículo,” dijo Bob T. “Largo de aquí.” Su cocinero en jefe Geroux, llegaría pronto. Iban a planear el menú para las tres últimas noches, que Bob T. concebía como el Festival del Overlook.

El contable dejó una delgada pila de papeles sobre el escritorio de Bob T. y salió.

Tres horas más tarde, cuando se hubo ido el cocinero, Bob T. se encontró revisando los papeles. No importa, se dijo a sí mismo. A la basura con ellos. Pincharé al pequeño bastardo, con su acento Bostoniano y sus trajes de tres piezas. No era más que un novato incompetente. ¿Y acaso podías mantener gente en tu nómina que te aconsejara declararte en quiebra? Era risible.

Levantó los papeles que había dejado Rutherford, para archivarlos en el fichero, y se descubrió mirándolos. Lo que vio fue suficiente para detener la sangre en sus venas.

La primera era la cuenta de Pavimentos Keyston Paving Works of Golden. La cuenta principal mas el interés, dando una suma total de setenta mil dólares. Cuenta vencida en el recibo. Debajo de eso, una cuenta de la eléctrica Denver Electrical Outfitters, Inc., que había cableado la electricidad del Overlook y había instalado no uno, sino dos gigantescos generadores en el cavernoso sótano. Todo ello ocurrió a finales del otoño de 1913 cuando su hijo Richard le aseguró que la electricidad no iba a desaparecer, y que pronto sus huéspedes llegarían a esperar algo así, no como un lujo, sino como una necesidad. Esa cuenta sumaba la cantidad de dieciocho mil dólares.

Bob T. echó un vistazo a los papeles restantes con creciente horror. Una cuenta por mantenimiento del edificio, una cuenta por jardinería, el segundo pozo que había perforado, los contratistas que incluso ahora estaban dedicados al gimnasio, los contratistas que apenas habían terminado los dos invernaderos, y al final... al final, una detallada lista hecha por la clara y brutal mano de Rutherford de salarios pendientes.

Quince minutos después, Rutherford estaba nuevamente de pie frente a él.

“No puede ser tan malo,” murmuró ásperamente Bob T.

“Es peor,” dijo Rutherford. “Si mis cálculos son correctos, terminará esta temporada con una pérdida de veinte mil dólares o más.”

“¿Sólo veinte mil? Si podemos aguantar hasta el próximo año, podremos recuperarnos.-“

“No tenemos forma de hacerlo,” dijo Rutherford pacientemente. “Las cuentas del Overlook no están solo reducidas, Sr. Watson, están vacías. Incluso cerré la cuenta de gastos menores el pasado jueves por la tarde para poder terminar los sobres de pago a los empleados. Las cuentas de cheques también están vacías. Su minado interés en Haggle Notch se liquidó, como lo solicitó en julio. Eso es todo... los ojos de Rutherford emitieron un breve destello de esperanza... “Es decir, es todo lo que yo sé.”

“¡Es todo!” concordó tristemente Bob T, y la esperanza en los ojos de Rutherford se extinguió. Bob T. se levantó con un poco más de compostura. “Iré a Denver mañana. Pediré una segunda hipoteca sobre el hotel.”

“Sr. Watson,” dijo Rutherford con curiosa amabilidad. “Obtuvo la segunda hipoteca el pasado invierno.”

Era cierto. ¿Cómo pudo olvidarse de algo así? Se preguntó Bob T. con verdadero horror. ¿Del mismo modo en que se había olvidado de doscientos mil dólares de pagos pendientes? ¿Sólo lo olvidó? Cuando un hombre comenzaba a “olvidarse” de cosas como esa, era hora de que ese hombre saliera del negocio, antes de que lo sacaran.

Pero no perdería el Overlook.

“Conseguiré una tercera,” dijo. “Bill Steeves me dará una tercera.”

“No, no creo que lo haga,” dijo Rutherford.

“¿Qué quieres decir con que no crees que lo haga, cabecita Bostoniana?” gruñó Bob T. “¡Billy Steeves y yo nos conocemos desde 1890!” Yo lo inicié en el negocio ... lo ayudé a capitalizar su banco ... ¡le di a guardar mi dinero en el 94 cuando todo el oeste del Mississippi se cagaba en los pantalones! ¡Me daría una décima hipoteca, o sabría el motivo!”

Rutherford miró a Bob T. y se preguntó qué debía decir, qué *podía* decir al viejo que no supiera ya. ¿Podía decirle que el puesto William Steeves como Presidente del First Mercantile Bank of Denver peligraba por haberle otorgado la segunda hipoteca, pues la situación del Overlook era claramente irremediable? ¿Qué de todas formas Steeves lo había hecho con la ridícula convicción de que tenía una deuda con Bob T. Watson (en la mente equilibrada de Rutherford la única deuda real se había contraído por triplicado)? ¿Podía decirle a Watson que incluso si Steeves se cortaba el cuello y accedía a intentar conseguir una tercer hipoteca, podría lograr otra cosa salvo colocarse en el severamente disminuido mercado de ejecutivos? ¿Qué incluso si ocurría lo impensable y se otorgara la hipoteca, no sería suficiente para liquidar las cuentas pendientes?

Seguramente el viejo debía saber esas cosas.

Viejo, caviló Rutherford. Seguramente no tendrá más de cincuenta, pero en este instante parece mayor de setenta y cinco. ¿Qué puedo decirle? Que su esposa tenía razón, quizá, que los acreedores tenían razón. Que el hotel lo había secado. Que le había quitado la pericia para los negocios, su agudeza, incluso su sentido común. Uno necesitaba una clase especial de sentido común para sobrevivir en el negocio Americano, una clase especial de visión. Y ahora Bob T. Watson estaba ciego. Fue el hotel el que lo cegó y lo hizo viejo.

Rutherford dijo, “creo que es hora de agradecerle por mis dos años de empleo y advertirle, Sr. Watson. Renunciaré a cualquier emolumento futuro.” Era una amarga broma.

“Adelante, pues,” dijo Bob T. Su rostro estaba gris y malciento. “En todo caso, no perteneces al oeste. No entiendes lo que es el oeste. Eres un jodido orinal de hojalata del Este con una mente de reloj registrador. Largo de aquí.”

Bob T. tomó la pila de cuentas vencidas, las cortó a la mitad, en cuatro y, haciendo un esfuerzo que subió desde sus brazos hasta los hombros, en ocho. Arrojó los papeles a la cara de Rutherford.

“¡Largo!” Gritó. “¡Regresa a Boston!” ¡Todavía estaré dirigiendo este hotel en 1940!” ¡Yo y mi hijo Richard! ¡Lárgate! ¡Lárgate!”

Bob T. dio la espalda a la ventana y miró pensativamente la gran cama doble donde habían dormido el Presidente Wilson y su esposa ... si es que *habían* dormido. A Bob T. le parecía que mucha de la gente que venía al Overlook dormía muy poco.

“¡Todavía estaré dirigiendo este hotel en 1940!”

Bien, de alguna forma podía ser cierto. Sólo podía ser cierto. Caminó hacia la estancia, un hombre alto, encorvado, casi calvo, vistiendo sobretodos de carpintero y pesados zapatos de trabajo en lugar de las costosas botas Tejanas que antes usara. Tenía un martillo en un bolsillo y un llavero en el otro, y en el aro que llevaba cadena, estaban todas las llaves del hotel. Más de cincuenta en total, incluyendo una llave maestra distinta para cada ala de cada piso, pero ninguna de ellas estaba etiquetada. Él las conocía todas de vista y por el tacto.

El Overlook no requería un comprador, y Bob T. suponía que jamás lo haría. Había algo en el lugar que le hacía recordar esa vieja historia Griega sobre Homero y las sirenas en la roca. Los hombres de negocios (los Homeros del siglo veinte) que normalmente eran cuerdos y tenían la cabeza fría, se convencían irracionalmente de que podrían hacerse cargo del lugar y llevarlo más allá de sus mejores sueños. Esto convencía a Bob T. a no dejar. Estaba descubriendo que no estaba solo en su locura, así parecía. O quizá era sólo el saber que el Overlook nunca se quedaría vacío y desierto. No creía poder soportar eso.

A pesar de las protestas de Rutherford de que solamente podría recuperar algo declarándose en bancarrota y permitiendo que el banco vendiera el Overlook, Bob T. se lo quedó. Se había encariñado más y más con su hijo Richard – quizá nunca llenaría los zapatos de Boyd pero era un chico bueno, trabajador y ahora que había muerto su madre, sólo se tenían el uno al otro – y él no iba a permitir que el chico creciera con el estigma de un caso de bancarrota colgando sobre su cabeza.

Había habido tres partes interesadas y Bob T. aguardó torvamente hasta que le llegaron al precio, siempre un paso adelante de los rabiosos acreedores que querían derribarlo y repartirse el botín. Acudió a un ciento de antiguos deudores, algunos de ellos de la época de su padre. Para mantener al Overlook lejos de las manos del banco y quedárselo, había intimidado hasta la histeria a una viuda, había amenazado a un publicista de un diario de Albuquerque con exponerlo (el publicista tenía una inclinación por las jóvenes preadolescentes, niñas, en realidad), se había puesto de rodillas y en una ocasión suplicado, a un hombre que se encontraba tan asqueado, que le había dado a Bob T. un cheque por diez mil dólares solamente para que se levantara y saliera de su oficina.

Nada de eso fue suficiente para borrar los crecientes números rojos –nada podría hacerlo, reconoció – pero reunió lo suficiente en aquel invierno de 1914-15 para mantener su hotel lejos de la sindicatura.

En la primavera tuvo que lidiar con James Parris, el hombre que había iniciado su vida como un simple abogadillo. El precio de Bob T. – uno ridículamente bajo – había sido ciento ochenta mil dólares, más puestos de por vida para él y su hijo ... como hombres de mantenimiento del Overlook.

“Estás loco, hombre,” había dicho Parris. ¿Es eso lo que quieres para evitar la bancarrota? ¿Que los diarios de Denver publiquen que trabajas como conserje del hotel que una vez fue tuyo?” Y reiteró: “Estás loco.”

Bob T. era inflexible. No dejaría el hotel. Y dada su fría charla de hombre de negocios, Parris supo que no renunciaría. La fría charla no ocultaba la curiosa y ávida mirada en los ojos de Parris. ¿Acaso no conocía bien esa mirada Bob T.? ¿No la había visto en su propio espejo, día tras día durante los últimos seis años? “No tengo que regatear contigo al respecto” había replicado Parris, asumiendo indiferencia. “Si espero otros dos meses, quizá solo tres semanas, quebrarás. Y entonces puedo lidiar con el First Mercantile.”

“Y te cobrarán un cuarto de millón, si te cobran un centavo,” respondió Bob T.

Parris no tuvo respuesta a eso. Podía pagar los dos salarios de los Watson por el resto de sus vidas del dinero que se ahorraría por tratar con ese lunático, en lugar del banco.

Así que hicieron el trato. Los ciento ochenta mil dólares pudieron borrar al fin la tinta roja. Se pagó por el pavimento del camino, por la electricidad, la jardinería, y por el resto. Se evitó la quiebra. James Parris se apropió de la oficina del gerente que estaba escaleras arriba. Bob T. y Dick Watson se movieron de su suite en el ala oeste del tercer piso, a un apartamento abajo, en la enorme bodega. Su dominio estaba tras una puerta que decía Solo Mantenimiento - ¡No entre!

Si James Parris había creído que la locura de Bob T. se extendería a su trabajo, se equivocaba. Él era el conserje ideal, y su hijo, que tenía más aptitud para esta vida que para una de afluencia, colegio y asuntos de negocios que hicieran doler la cabeza al pensar en ellos, era su ferviente aprendiz. “Si somos conserjes,” le dijo una vez Bob T. a su hijo, “entonces eso que está pasando en Francia no es más que una riña de bar.”

Mantenían limpio el lugar, en efecto, Bob T. era una especie de fanático al respecto. Pero hacían más que eso. Mantenían los generadores en perfectas condiciones. Desde junio de 1915 hasta hoy, octubre 7 de 1922, nunca había habido un corte de energía. Cuando fueron instalados los teléfonos, Bob T y su hijo Richard habían puesto ellos mismos el conmutador, trabajando de unos manuales que habían estudiado minuciosamente noche tras noche. Mantenían el techo en perfectas condiciones, reemplazaban los paneles de cristal rotos, volteaban el tapete del comedor una vez al mes, pintaron, empastaron y supervisaron la instalación del ascensor en 1917.

Y vivían ahí durante el invierno.

“No es muy emocionante aquí en el invierno, ¿verdad?” Les preguntó el capitán de botones una ocasión, durante el receso de café. “¿Qué es lo que hacen, hibernar?”

“Nos mantene mos ocupados,” contestó inmediatamente Bob T. Y Richard solo había ofrecido una recelosa sonrisa, un receloso ‘sí’, porque cada Hotel guardaba uno o dos esqueletos en el armario, y algunas veces los esqueletos hacían sonar sus huesos.

A finales de una tarde de enero, cuando Bob T. colocó una pieza de cristal sobre el escritorio de recepción, se escuchó un terrible ruido que provenía del comedor, un horrible sonido de asfixia que lo cubrió de horror y lo llevó de vuelta a través de los años hasta aquella primera noche, en que su concejal mascota se había ahogado con un trozo de carne.

Se quedó petrificado, deseando que el ruido cesara, pero los terribles sonidos de estrangulación continuaron, y pensó, *Si entro ahí lo veré, tambaleándose de mesa en mesa como un horrible mendigo en una fiesta de reyes, con ojos saltones, rogando que alguien lo ayude.*

Tenía la carne de gallina por todo el cuerpo – incluso la delgada piel de la espalda se llenó de protuberancias. Entonces, tan inesperadamente como había comenzado, el sonido de asfixia comenzó a decaer hasta un ahogado jadeo, y luego a nada.

Bob T. rompió la parálisis que lo atenazaba y se abalanzó hasta las grandes puertas dobles que daban acceso al comedor. Seguramente el tiempo había hecho una suerte de giro, y cuando entrara ahí vería al concejal tumbado en el suelo, con los invitados reunidos impotentemente, a su alrededor. Bob T. gritaría como lo había hecho en aquel lejano día, “¿hay un doctor en la sala?” y el estudiante de segundo año de medicina se abriría paso entre la gente y diría, “Llevémoslo a la cocina.”

Pero cuando empujó las puertas dobles, el comedor estaba vacío, todas las mesas estaban en un rincón con las sillas volteadas sobre ellas, y no había sonido alguno, salvo el viento silbando en los aleros. Afuera estaba nevando, obscureciendo las montañas por un momento y luego revelándolas por otro momento, como el ondear de cortinas desgarradas.

Habían ocurrido otras cosas. Dick le reportó que había escuchado golpes en el interior del elevador, como si alguien hubiera quedado atrapado ahí y golpeará para que lo sacaran. Pero cuando abrió la puerta con la llave especial y deslizó la verja de metal, el elevador estaba vacío. Una noche, ambos despertaron creyendo haber oído a una mujer sollozando arriba, en algún lugar, parecía ser en el lobby, y subieron para encontrarse con nada.

Esas cosas ocurrieron todas fuera de temporada, y Bob T. no tuvo que decirle a Dick que no hablara al respecto. Había suficientes tipos, entre ellos el Grande y Poderoso Sr. Parris, quienes ya los creían locos.

Pero algunas veces, Bob T. se preguntaba si ocurrirían cosas durante la temporada. Si alguien del personal o algunos de los huéspedes no habrían oído cosas... o visto cosas. Parris había mantenido la calidad en el servicio, e incluso había añadido algo que a Bob T. nunca se le había ocurrido – una limosina que hacía un recorrido desde el Longhorn House en el centro de Denver y subía hasta el Overlook una vez cada tres días. Había mantenido los precios bajos, a pesar de la inflación que había traído la guerra Kaiser, esperando obtener resultados. Esperando hacerse de un nombre. Había añadido una piscina al resto de las formidables instalaciones recreativas del hotel.

Sin embargo, la gente que venía al Overlook a disfrutar de esas instalaciones, rara vez reservaba para una segunda temporada. Y tampoco concedían al Overlook el beneficio de la publicidad más barata, de boca en boca, recomendándolo con sus amigos. Algunos de ellos reservaban para todo un mes y se marchaban las dos semanas, meneando las cabezas casi con vergüenza y evitando las vehementes preguntas de Parris: ¿Había algo malo con la comida? ¿Se les trató mal? ¿El servicio era lento? ¿descuidaban el aseo? No parecía tratarse de nada de eso. La gente se iba y rara vez regresaba.

Bob T. se complació al ver que el Overlook se convertía en una especie de obsesión para Parris. El hombre estaba encaneciendo, intentando descubrir qué era lo que estaba mal, sin ningún resultado.

¿Habría tenido el Overlook una temporada en números negros entre 1915 y 1922? Se preguntaba ahora Bob T., sentado en la sala de la Suite Presidencial y mirando su reflejo. Eso quedaba entre Parris y su contable, desde luego, y habían sido muy unidos. Pero Bob T. suponía que nunca había ocurrido. Quizá Parris nunca permitiría que su obsesión se saliera de control, como le había ocurrido al antiguo dueño y constructor del Overlook (Bob T. a veces pensaba en esos días en que había intentado tomar las riendas y romper cualquier maleficio que hubiese caído sobre su hotel, del mismo modo en que su abuelo había tomado las riendas y roto un pony mesteño), pero estaba bastante seguro de que Parris había invertido grandes cantidades de dinero en el hotel cada temporada sin obtener beneficios, como había hecho el propio Bob T.

“Morirás como un pobre y lastimoso viejo antes de que puedas ver el primer céntimo de ganancia de ese sitio.”

Sarah le había dicho aquello. Sarah había tenido razón. La habría tenido también para Parris. El abogadillo quizá no hubiera quebrado, pero seguramente se habría arrepentido de haberse metido en eso cuando murió, de un aparente ataque al corazón, mientras paseaba por los campos, este pasado agosto.

El chico de Bob T. (que para ahora ya no era un chico, tenía edad suficiente para beber y fumar y votar, y para planear su casamiento en diciembre) había encontrado a Parris temprano por la mañana. Dick había bajado al jardín de setos junto al campo de juego con su podadora de setos a las siete AM y ahí estaba Parris, rígido como una piedra, tendido entre dos de los setos con forma de león.

Había algo curioso sobre ese jardín de setos; de algún modo se había convertido en la marca registrada del Overlook, había surgido como una moda improvisada. Había sido idea del jardinero bordear la zona de juegos con setos en formas de animales. Le había pasado un borrador a Bob T., donde mostraba la zona de juegos rodeada por leones, búfalos, un conejo, una vaca, etc. Bob T. había garrapeado un *proceda* en el memo que acompañaba el borrador sin siquiera chistar. No recordaba si acaso lo había pensado dos veces, de ninguna manera. Pero a menudo era del jardín de setos de lo que hablaban los huéspedes, en lugar de las comidas o de la decoración no-reparamos-en-gastos, de las 29 suites. Bob T. supuso que aquel era otro ejemplo de que nada en el Overlook había resultado como él esperaba.

Se creía que Parris había salido a un paseo tardío cruzando el jardín frontal hacia el prado de tiro de golf y a través de la zona de juegos hacia el camino. De vuelta, el ataque al corazón lo había derribado. No había nadie que lo echara de menos, porque su esposa lo había dejado en 1920.

En cierto modo, aquello también había sido culpa del Overlook. En los años de 1915-1917, Parris no había pasado ahí más que dos semanas de la temporada. A su esposa, una belleza malhumorada que había hecho algo en Broadway, no le gustaba el lugar - o eso se rumoraba. En 1918 se habían quedado un mes y, según los rumores, habían tenido muchas peleas en ese tiempo. Ella diciendo que se quería ir a las Bahamas o a Cuba. Él preguntando sarcásticamente si quería pescar alguna infección selvática. Ella diciendo que si no la llevaba, se iría por su cuenta. Él diciendo que si lo hacía, se buscara a otro que le pagara sus costosos gustos. Ella se quedó. Ese año.

En 1919, Parris y su esposa se quedaron por seis semanas, ocupando una suite en el tercer piso. El hotel se estaba apoderando de él, pensó Bob T. con cierta satisfacción. Después de un tiempo se apoderaba tanto de ti, que te sentías como un jugador que no puede abandonar la mesa.

En todo caso, Parris había planeado una estadía más larga, y entonces, a finales de la sexta semana, la mujer se había puesto histérica. Dos de las mucamas del piso superior la oyeron, chillando y gritando y rogando que se la llevara, que se la llevara a cualquier parte. Se fueron esa misma tarde, él con semblante feroz, la bonita cara de su esposa, pálida y falta de maquillaje, con los ojos posados sobre los agujeros de las cuencas como uvas pasas, como si hubiera dormido mal, o nada en absoluto. Parris ni siquiera se detuvo para conferenciar con su gerente o con Bob T. y cuando apareció en junio de 1921, lo hizo sin su esposa. La hermana del ama de llaves en jefe vivía en New Jersey, e hizo circular una de esas notas chismosas diciendo que la esposa de Parris le había pedido el divorcio argumentando “crueldad mental,” o lo que fuera que significara aquello.

“Creo que significa,” le dijo Harry Durker, el jardinero bajo el efecto del bourbon, “que no pudo sacarle el oro tan rápido como supuso.”

¿O sería a causa del Overlook? Se preguntó Bob T. En todo caso, no importaba. Parris había venido el día en que inició la temporada anterior, la décimo tercer temporada del Overlook, y no se había ido hasta que se lo llevaron en un carruaje alquilado a

Sidewinder. El testamento del abogadillo aún estaba en proceso de protocolización, pero ese asunto iba a ser del todo legal. El gerente de hotel de Parris, había recibido una carta de la firma de abogados de New York que actuaban como albaceas, y la carta mencionaba a los hermanos Brandywine de Texas, que esperaban comprar. Querían conservar al gerente de Parris, si es que se quería quedar, con un salario substancialmente mayor. Pero el gerente ya le había dicho a Bob T. (también bajo el efecto del bourbon) que rechazaría la oferta.

“Este lugar nunca progresará,” le dijo a Bob T. “No me importa si es el mismísimo Jesucristo el que compra el lugar y pone a Juan el Bautista a dirigirlo. Me siento más como cuidador de un cementerio que como gerente de hotel. Es como si algo se hubiera impregnado en las paredes y todos los que vienen lo pudieran oler de vez en cuando.”

Sí, pensó Bob T., es exactamente así. ¿Pero no era curioso como algo así podía, a veces, apoderarse de un hombre?

Se levantó y se estiró. El estar ahí sentado, pensando en los viejos tiempos estaba muy bien, pero no le ayudaba a hacer el trabajo. Y había mucho trabajo este invierno. Poner nuevos cables para el elevador. Un nuevo cobertizo de servicio que construir en la parte trasera, y que debía hacerse antes que cayera la nieve y los dejara aislados. Los postigos tenían que colocarse, desde luego, y-

En su camino hacia la puerta, Bob T. se quedó petrificado.

Escuchó, o creyó escuchar, la voz de Boyd, alta y joven y llena de regocijo. Se oía débil como a distancia, pero era indudablemente la voz de Boyd. Provenía de la dirección en la que ahora estaba el jardín de setos.

“¡Vamos, Rascal! ¡Vamos! ¡Vamos! ¡Adelante!”

¿Rascal? El nombre del pony de Boyd.

Como un hombre en sueños, como un hombre atrapado en algún delirio turbio y lento, Bob T. se volvió hacia el amplio ventanal. Nuevamente tuvo esa sensación de que el tiempo giraba sobre sí mismo. Cuando llegara a la ventana y mirara no vería setos con formas de animales, porque sería el año de 1908 y el jardín todavía no habría sido construido. En su lugar vería un amplio tramo de colina, aglomerada y llena de materiales de construcción, vería una pila de maderos nuevos donde después estaría la entrada a la zona de juegos, vería a Boyd cabalgando hacia la pila de leños montando a Rascal, los vería saltar juntos, vería que a Rascal se le atoraba la pata en la parte alta de la pila, y los vería caer, juntos sin ninguna gracia, y sin esperanzas de vida.

Bob T. se tambaleó hacia la ventana donde vería esas cosas, con la cara como un amasijo pálido, la boca como una herida laxa. Podía escuchar -¿seguro que no era sólo en su mente? – el ruido de los cascos del caballo sobre el suelo lodoso.

“¡Adelante, Rascal! ¡Brinca muchacho! Brin-”

Un pesado y contundente crujido. Y luego comenzaba el griterío, el agudo, inhumano grito del pony, el traqueteo de los tablones, la caída final.

“¡Boyd!” gritó Bob T. *“¡Oh Dios mío! ¡Boyd!”*

Golpeó el cristal fuertemente, destrozando tres de los seis paneles de cristal. Trazándose un corte superficial y anguloso en el dorso de la mano derecha. El cristal cayó hacia afuera, girando una y otra vez, destellando en el sol, para golpear y despedazarse en el saliente del techo del segundo piso.

Vio el césped, verde y cuidado, descendiendo suavemente hacia el prado de tiro de golf y más allá de ahí, hacia el jardín de setos. Los tres leones de seto que vigilaban el camino de gravilla estaban agazapados en sus habituales posturas mitad amenazantes, mitad juguetonas. El conejo se alzaba sobre sus patas traseras con las orejas erguidas arrogantemente. La vaca se posaba como de costumbre, pastando, con algunas hojas de álamo, de un otoñal color amarillo, atrapadas en su cabeza y pegadas a sus costados.

No había ninguna pila de maderos. Ni Boyd. Ni Rascal.

Se escucharon unos pasos corriendo por las escaleras. Bob T. se volvió hacia la puerta mientras ésta se abría, y Dick se apresuró a entrar con su caja de herramientas en una mano.

“Papá, ¿estás bien?”

“Estoy bien.”

“Estás sangrando.”

“Me corté la mano,” dijo Bob T. “Me tropecé con mis estúpidos pies y golpeé la ventana. Creo que nos procuré algo de trabajo.”

“Pero, ¿estás bien?”

“Estoy bien, ya te lo he dicho.” Dijo irritado.

“Yo estaba al final del vestíbulo, mirando los cables del elevador. Creí escuchar a alguien afuera.”

Bob T. miró abruptamente a su hijo.

“No escuchaste a nadie, verdad, papá.”

“No,” dijo Bob T. Sacó su pañuelo del bolsillo y lo envolvió sobre su mano sangrante. “¿Quién subiría hasta acá en esta época del año?”

“Es cierto,” dijo Dick. Y sus ojos y los de su padre se encontraron en una suerte de choque eléctrico, y en ese preciso instante, ambos vieron más de lo que hubieran querido. Bajaron la vista simultáneamente.

“Vamos,” dijo ásperamente Bob T. “Veamos si tenemos cristal para arreglar esta maldita cosa.”

Salieron juntos, y Bob T. echó un último vistazo a la estancia de la Suite Presidencial, con su tapiz de seda y sus pesados muebles soñando en el sol de la tarde.

Supongo que *tendrán que sacarme en una caja de muerto, igual que a Parris*, pensó. *Será la única forma en que me harían salir de aquí.* Miró con amor a su hijo, que se había adelantado.

A Dick también. Este lugar nos ha atrapado, supongo.

Era un pensamiento que le hacía sentir asco y amor al mismo tiempo.

Escena II. Una habitación a primeras horas de la mañana.

El haber venido aquí había sido un error, y a Lottie Kilgallon no le gustaba admitir sus errores.

Y no admitiré este, pensó con determinación mientras miraba el techo que brillaba sobre su cabeza.

Su esposo de hacía diez días, dormitaba a su lado. Durmiendo el sueño de los justos, como algunos lo habrían llamado. Otros, más honestos, lo habrían llamado el sueño del estúpido monumental. Él era William Pillsbury de los Pillsbury de Westchester, hijo único y heredero de Harold M. Pillsbury, dinero viejo y confortable.

Les gustaba hablar de editoriales porque la edición era la profesión de los caballeros, pero también estaba la cadena textil en New England, la fundición en Ohio, las extensas fincas en el sur –algodón y cítricos y fruta. El dinero viejo era siempre mejor que el *nuevo rico*, pero de cualquier forma el dinero les salía por el culo. Si alguna vez se lo decía en voz alta a Bill, seguramente palidecería, e incluso podría caer desmayado. No temas, Bill. La profanación a la familia Pillsbury nunca saldrá de mis labios.

Había sido idea suya pasar su luna de miel en el Overlook de Colorado, y había tenido dos razones para ello.

Primera, a pesar de ser tremendamente costoso (todos los mejores hoteles lo eran), no era un sitio “de moda” al que ir, y a Lottie no *le gustaba ir* a los lugares de moda. ¿a dónde fuiste en tu luna de miel, Lottie? Oh, a ese *perfecto y maravilloso hotel de temporada* en Colorado – el Overlook. Un sitio adorable. Muy silencioso y tan romántico. Y sus amigos – cuya estupidez en muchos casos era sobrepasada por la del propio William Pillsbury – la mirarían estúpidamente –¡literalmente! – maravillados. Lottie lo conseguía otra vez.

La segunda razón había sido más bien de índole personal. Quería pasar su luna de miel en el Overlook porque Bill quería ir a Roma. Era imperativo saber ciertas cosas cuanto antes. ¿Podría hacer las cosas a su modo inmediatamente? Y en caso de que no fuese así, ¿cuánto tiempo le llevaría dominarlo? Él era estúpido, y la había seguido como un perro con la lengua de fuera desde su baile de debutante, pero ¿sería tan maleable llevando el anillo de matrimonio como lo había sido antes?

Lottie sonrió un poco en la oscuridad, a pesar de su falta de sueño y de las pesadillas que había tenido desde que llegaron ahí. *Llegaron ahí*, era la frase clave. “Ahí” no era al Hotel Americano en Roma, sino al Overlook en Colorado. Ella podría manejarlo fácilmente, y eso era lo importante. Lo haría quedarse otros cuatro días (originalmente había planeado tres semanas, pero había tenido sueños que cambiaron sus planes), y entonces podrían regresar a New York. Después de todo, era ahí donde estaba la acción, este agosto de 1929. La bolsa de valores se volvía loca, el cielo era el límite, y Lottie esperaba ser heredera a miles de millones en vez de solo a uno o dos millones para esas fechas, el próximo año. Desde luego, estaban las débiles hermanas, que clamarían que el mercado se precipitaba a caer, pero ninguna llamó jamás a Lottie Kilgallon una hermana débil.

Ahora soy Lottie Kilgallon Pillsbury, al menos así tendré que *firmar* mis cartas ... y mis cheques, desde luego. Pero por dentro siempre seré Lottie Kilgallon. Porque el no me tocará jamás. No por dentro, que es donde importa.

La cosa más fastidiosa en esa primera etapa de su matrimonio, fue que a Bill de hecho *le había gustado* el Overlook. Todos los días se levantaba dos minutos después del amanecer, perturbando el escaso sueño que ella había logrado conciliar en esas intranquilas noches, y miraba embelesado el amanecer, como una desagradable suerte de ambientalista Griego. Se había ido a caminar dos o tres veces, se había ido en varias ocasiones con otros huéspedes a cabalgar disfrutando la naturaleza, y la aburría casi hasta hacerla gritar, con historias del caballo que había montado en esos paseos, una yegua albazana llamada Tessie. Él había intentado llevarla consigo a esos paseos, pero Lottie se rehusó. Montar significaba llevar pantalones holgados, y su trasero era un poco demasiado amplio para los pantalones holgados. El idiota también había sugerido que fueran a caminar con algunos de los otros huéspedes – el hijo del cuidador les serviría de guía, se entusiasmó Bill, y conocía un ciento de caminos. La cantidad de cosas que verías, le dijo Bill, te hacía pensar que estaban en 1829 en lugar de cien años después. Lottie había rechazado esa idea también.

“Creo, querido, que todos los paseos deberían ser sólo de ida, sabes.”

“¿Sólo de ida?” Su entrecejo anglo-sajón subió y bajó en su habitual expresión de azoramiento “¿Cómo podrías hacer un paseo sólo de ida, Lottie?”

“Tomando un taxi que te regresara a casa cuando comenzaran a dolerte los pies,” replicó ella fríamente. El asunto quedaba zanjado.

Él se fue sin ella y regresó enrojecido. El estúpido bastardo se estaba bronceando.

Ella ni siquiera había disfrutado las noches de bridge en el salón de juegos, y eso era muy inusual en ella. Ella era algo así como una barracuda para el bridge, y si fuera apropiado para las damas apostar en compañía mixta, habría traído una dote de efectivo al matrimonio (no es que la tuviera, claro). Bill también era un buen compañero de bridge, tenía las dos cualidades. Comprendía las reglas básicas y permitía que Lottie lo dominara. Ella pensaba que era justicia poética que su marido pasara la mayoría de sus noches de bridge haciendo el tonto.

Sus compañeros de bridge en el Overlook eran ocasionalmente los Compson, y más frecuentemente los Verecker. A principios de los setentas, Verecker fue un cirujano que se había retirado después de un ataque al corazón que casi resultó fatal. Su esposa sonreía mucho, hablaba suavemente, y tenía ojos brillantes. Jugaban únicamente el bridge adecuado, pero siempre ganaban a Lottie y a Bill. En las ocasiones en que los hombres jugaban contra las mujeres, ellos terminaban apaleando a Lottie y a Malvina Verecker. Cuando Lottie y el Dr. Verecker jugaron contra Bill y Malvina, ella y el doctor normalmente ganaban, pero no había placer en ello porque Bill era un imbécil y Malvina no veía el juego como otra cosa, sino algo meramente social.

Dos noches atrás, después que el doctor y su esposa hicieran una subasta de cuatro tréboles que no tenían el menor derecho a hacer, Lottie había revuelto las cartas en un súbito arranque de ira que no era nada común en ella. Normalmente podía mantener sus sentimientos bajo un mejor control.

“¡Pudiste haberte conducido por mis espadas en la tercera mano!” le siseó a Bill. “¡Así los hubieras detenido en seco!”

“Pero querida,” dijo Bill, azorado, “creía que estabas corta de espadas-”

“Si hubiese estado corta de espadas no hubiera subastado dos de ellas, ¿o sí? ¡No sé por qué continué jugando este juego contigo!”

Los Verecker los miraban con plácida sorpresa. Esa noche más tarde, la Sra. Verecker, la de los ojos brillantes, le diría a su esposa que había pensado en ellos como una pareja adorable, tan cariñosos, pero cuando ella revolvió las cartas de esa manera, le había parecido una musaraña ... ¿o se le llamaba musaraña hembra?

Bill se le quedó mirando con la boca abierta.

“Lo siento mucho,” dijo ella, recuperando la compostura y provocándoles un escalofrío interno. “Supongo que me descontrolé un poco. No he dormido muy bien.”

“Es una lástima,” dijo el doctor. “Normalmente el aire de las montañas... estamos a casi doce mil pies sobre el nivel del mar, sabe... es un excelente relajante. Menos oxígeno, sabe. El cuerpo no-”

“He tenido malos sueños,” le dijo rápidamente Lottie.

Y las había tenido. No solamente malos sueños, sino pesadillas. Ella nunca había sido de las que soñaban (lo que diría algo desagradable y Freudiano sobre su psique, sin duda), incluso de niña. Había habido, desde luego, unos cuantos sueños románticos y aburridos, en su mayoría. El único que podía recordar que se parecía mucho a una pesadilla, era uno en el que estaba declamando un discurso de la Buena Ciudadanía en el auditorio del colegio, y miraba hacia abajo para descubrir que se había olvidado de ponerse el vestido. Más tarde, casi todo el mundo le dijo que la mayoría de la gente había tenido alguna vez un sueño similar en alguna ocasión.

Los sueños que había tenido en el Overlook eran mucho peores. No se trataba de uno o dos sueños repitiéndose, con algunas variaciones; todos eran diferentes. Lo único en lo que se asemejaban era que, en cada uno de ellos se encontraba en algún lugar del Hotel Overlook. Cada sueño empezaba con que ella se percataba de que estaba soñando, y algo terrible y espantoso le iba a ocurrir en el transcurso del sueño. Había una inevitabilidad al respecto que lo hacía particularmente horrible.

En uno de ellos, iba corriendo hacia elevador, pues iba tarde a la cena, tan tarde que Bill, en un arrebató, había bajado antes que ella.

Llamaba al elevador, que llegaba pronto, y lo encontraba vacío, salvo por el elevadorista. Mucho después pensaba que eso era muy extraño; a la hora del almuerzo, apenas podías apretujarte dentro de él. Incluso aunque el hotel estuviese lleno a medias, el elevador tenía una capacidad ridículamente pequeña. Su inquietud crecía a medida que el elevador descendía y seguía descendiendo .. durante demasiado tiempo. Seguramente ya habrían llegado al lobby, o incluso al sótano, y sin embargo, el elevadorista no abría las puertas, y seguía teniendo la sensación de que bajaban. Le tocaba el hombro con sentimientos encontrados de indignación y pánico, y se daba cuenta, demasiado tarde, de lo esponjoso que se sentía, de lo extraño, como un espantapájaros lleno de paja podrida. Y cuando él giraba su cabeza y le sonreía, ella se percataba que el elevador era operado por un muerto, su rostro de un cadavérico tono blanco verdoso, sus ojos hundidos, el cabello bajo su gorra seco y marchito. Los dedos que pulsaban el botón estaban descarnados hasta los huesos.

Y cuando intentaba llenar de aire sus pulmones para gritar, el cadáver soltaba el botón y profería, “su piso, señora,” con voz cascada y hueca. Las puertas se abrían para revelar llamas y mesetas basálticas y el hedor del azufre. El elevadorista la había llevado al infierno.

En otro, cerca del ocaso, se encontraba en la zona de juegos. La luz tenía un curioso tono dorado a pesar de que el cielo se veía encapotado y cargado de truenos. Unas membranas de agua danzaban por entre los dos afilados picos hacia el oeste. Parecía un paisaje de Breughel, un momento de resplandor de sol y baja presión. Y ella sentía que había algo detrás suyo, moviéndose. Algo en el jardín de setos. Y se volvía para ver con horror paralizante que era, de hecho, el jardín de setos: los animales de seto abandonaban sus posiciones y reptaban hacia ella, los leones verdes, el búfalo, incluso el conejo, que normalmente se veía cómico y amigable. Sus horrendas figuras de hierba se inclinaban sobre ella, mientras se desplazaban lentamente hacia la zona de juegos, con sus garras de hierba, verdes, silenciosos y mortíferos bajo los nubarrones negros.

En el sueño del que acababa de despertar, el hotel se estaba incendiando. Se despertaba en su habitación para descubrir que Bill se había ido y que el humo se colaba lentamente a la estancia. Ella huía en camisón, pero se extraviaba en los angostas vestíbulos, que estaban oscurecidos por el humo. Parecía que todos los números de las puertas habían desaparecido, y no tenía modo de saber si corría hacia las escaleras y el elevador o si se alejaba de ellos. Había dado vuelta en una esquina y vio a Bill parado fuera de la ventana al final, instándola a que continuara.

De alguna forma había corrido todo el tramo hasta la parte trasera del hotel y él estaba ahí de pie en la salida contra incendios. Ahora sentía que el calor le arremetía por la espalda a través del diáfano material de su camisón. El sitio debía estar ardiendo a sus espaldas, pensó. Quizá se trataba de la caldera. Siempre tenías que vigilar la caldera porque de no hacerlo, se te echaba encima.

Lottie comenzó a avanzar y súbitamente, algo se envolvió en su brazo como una pitón, deteniéndola. Era una de esas mangueras contra incendios que había visto en las paredes de los corredores, una manguera de lienzo dentro de un marco rojo brillante. De alguna manera había cobrado vida. Se retorció y enrollaba alrededor de ella, asegurando ora una pierna, ora el otro brazo. La aprisionaba rápidamente, y todo se ponía más y más caliente. Podía oír el hambriento crepitar de las flamas, ahora a un pie detrás de ella. El papel tapiz se estaba desprendiendo y abultándose. Bill ya no estaba en la escalera contra incendios. Y entonces se vio –

Se vio despierta en la gran cama de matrimonio, sin olores de humo, y con Bill durmiendo el sueño de los estúpidos justos, a su lado. Estaba sudando profusamente, y de no haber sido tan tarde, se habría levantado a tomar una ducha. Eran las tres y cuarto de la mañana.

El Dr. Verecker se había ofrecido a darle un medicamento para dormir, pero Lottie se había rehusado. Desconfiaba de cualquier brebaje que entrara en el cuerpo para dejarte la mente fuera de combate. Era como renunciar voluntariamente a comandar tu propio barco, y ella se había jurado a sí misma que jamás lo permitiría.

Pero en los siguientes cuatro días ... bueno, él jugaba al tejo por las mañanas con su esposa de ojos brillantes. Quizá lo visitaría y le aceptaría la prescripción, después de todo.

Lottie levantó la vista al techo blanco sobre ella, que brillaba fantasmagóricamente, y nuevamente admitió que ir al Overlook había sido un tremendo error. Ninguno de los anuncios del Overlook publicados en el *New Yorker* o en *The American Mercury* mencionaba que la especialidad del lugar era ofrecer bagatelas a la gente. Cuatro días más, y eso sería todo. Había sido un error, sí, pero era un error que jamás admitiría, o tuviera que admitir. Estaba segura que podría hacerlo.

Siempre tenías que vigilar la caldera porque de no hacerlo, se te echaba encima. ¿Qué significaba eso, en todo caso? ¿Sería una de esas cosas descabelladas que a veces percibías en sueños, tanto galimatías? Ciertamente había sin duda una caldera en el sótano o en algún lugar para calentar el lugar, incluso los lugares de verano requerían calefacción

en ocasiones, ¿o no (aunque fuese sólo para tener agua caliente)? ¿Pero venirse encima? ¿Podía una caldera echársete encima?

Era como uno de esos descabellados acertijos, ¿por qué es un ratón cuando corre? ¿cuándo es un cuervo un escritorio? ¿qué es una caldera que se viene encima? ¿Es quizá como los setos? Había soñado que los setos se arrastraban. Y una manguera contra incendios que había -¿qué? - ¿serpenteado?

Sintió un escalofrío. No era bueno pensar demasiado en bs sueños durante la noche, en la oscuridad. Podías... bueno, podías molestarte. Era mejor pensar en las cosas que harías al volver a New York, en cómo convencerías a Bill que, de momento, un bebé era mala idea, hasta que se asentara firmemente en el puesto de vice presidencia con que su padre lo había nombrado como regalo de bodas

Se te echará encima.

- y en cómo ibas a alentarle a traer trabajo a casa, de forma que se hiciera a la idea que ella se involucraría con el trabajo, se involucraría mucho.

¿O acaso el hotel se movía? ¿Era esa la respuesta?

Le dará una buena esposa, pensó Lottie desenfrenadamente. Trabajaremos del mismo modo en que lo hacemos como compañeros de bridge. Él conoce las reglas del juego, y sabe lo suficiente como para dejarme manejarlo. Será igual que con el bridge, exactamente igual, y que nos hayamos salido del juego aquí no significa nada, es sólo el hotel, los sueños-

Una voz afirmativa: *Eso es. Es todo el lugar. Se... mueve.*

“Oh, mierda,” susurró Lottie Kilgallon en la oscuridad. Era desalentador para ella descubrir lo mal que estaban sus nervios. Hoy, como las otras noches, ya no podría dormir. Se quedaría ahí acostada hasta que el sol comenzara a salir, y luego se sentiría inquieta durante una hora o así.

Fumar en la cama era un mal hábito, un hábito terrible, pero había comenzado a dejar sus cigarrillos en un cenicero en el suelo junto a la cama por si había sueños. En ocasiones eso la tranquilizaba. Se agachó para coger el cenicero y el pensamiento le surgió como una revelación:

¡Sí se mueve, todo el lugar –como si estuviera vivo!

Y fue entonces cuando la mano, que *no se veía desde* bajo la cama sujetó fuertemente su muñeca... casi lujuriosamente. Una suerte de dedo de lienzo rasguñó sugestivamente su palma y había algo ahí abajo, algo que había estado ahí todo el tiempo, y Lottie comenzó a gritar. Gritó hasta que la garganta se le secó y se quedó afónica, y sus ojos se desorbitaron en su rostro, y Bill despertó a su lado, pálido de terror.

Cuando encendió la lámpara, ella saltó fuera de la cama, se apartó al rincón más alejado de la habitación y se hizo un ovillo con el pulgar metido en la boca.

Tanto Bill como el Dr. Verecker intentaron averiguar qué ocurría; ella les dijo, pero con el pulgar en la boca, y le tomó un tiempo antes de darse cuenta que estaba diciendo, “se metió bajo la cama. Se metió bajo la cama.”

Y aún cuando levantaron la colcha y Bill había de hecho levantado la cama completa por los pies, para mostrarle que no había nada ahí debajo, ni siquiera unas motitas de polvo, ella no se apartó del rincón. Finalmente, cuando salió el sol, se apartó del rincón. Se sacó el pulgar de la boca. Permanecía alejada de la cama. Miraba a Bill Pillsbury con la cara blanca como un payaso.

“Regresaremos a New York,” dijo ella. “Esta mañana.”

“Desde luego,” murmuró Bill. “Desde luego, cariño.”

El padre de Bill Pillsbury murió de un ataque al corazón dos semanas después de la caída de la bolsa de valores. Bill y Lottie no pudieron mantener el barco a flote. Las cosas fueron de mal en peor. En los años que siguieron, ella pensaba constantemente en su luna de miel en el Hotel Overlook, y en los sueños, y en la mano de lienzo que había salido de debajo de la cama para apretar su mano. Pensaba más y más en esas cosas. Se suicidó en la habitación de un motel de la ciudad de Yonkers en el año de 1949, una mujer con canas y arrugas prematuras. Habían pasado veinte años y la mano que había aferrado su muñeca al agacharse a coger su cenicero, nunca la había soltado en realidad. Dejó una nota de suicidio con una sola frase en papel del Holiday Inn. La nota decía: *Ojalá hubiésemos ido a Roma.*

Escena III: En la Noche de la Gran Fiesta de Máscaras.

Arriba, abajo, en los rincones y en los corredores, la fiesta siguió y siguió. La música estaba más alta, las risas más estridentes, los gritos más fuertes y a los oídos de Lewis Toner, sonaban cada vez menos como gritos de placer y regocijo, y se parecían más a gritos de agonía, a los angustiantes sonidos de la muerte. Quizá lo eran. Había un monstruo en el hotel. De hecho, el monstruo era ahora el *dueño* del hotel. Su nombre era Horace Derwent.

Lewis Toner, que había venido al baile disfrazado de perro (a petición de Horace, desde luego), llegó al segundo piso y comenzó a caminar por el corredor hacia su habitación, con los hombros embutidos dentro de su caluroso disfraz. La cabeza de perro, con el hocico en un rictus de gruñido, estaba bajo su brazo.

Dobló en una esquina y vio a una pareja entrelazada junto a una de las mangueras extintoras, ella era una de las secretarias de Derwent Enterprises - ¿Patty? ¿Sherry? ¿Merry? – él era uno de los jóvenes y brillantes subalternos de Derwent, un tipo llamado Norman algo. Al principio pensó que ella llevaba un leotardo de bailarina color piel, y entonces se dio cuenta que *era* piel – estaba desnuda de cintura abajo. Norman usaba una

especie de traje de noches árabes, con todo y sus zapatillas con puntas hacia arriba. Su pequeño bigote, imitando el del jefe, parecía un ridículo contraste.

Patty-Sherry-Merry rió cuando lo vio, y no hizo intento alguno de cubrirse. Acariciaba abiertamente a Norman. La cosa se estaba volviendo una orgía.

“Es Lewis,” dio ella “Arf-arf, perrito.”

“Haz un truco,” dijo Norman con voz poco clara, espirando bocanadas de escocés sobre su cara. “¡Arriba, muchacho, arriba! ¡panza arriba! ¡Dame la pata!”

Lewis echó a correr, seguido por sus ebrias carcajadas. Ya lo verás, pensó. Ya verás cuando te humille como lo hizo esta noche conmigo.

Al principio no pudo entrar en su habitación porque la puerta tenía seguro y la llave estaba en el bolsillo de su pantalón, y su pantalón estaba bajo el disfraz de perro, y la cremallera del disfraz estaba en la espalda. Lo alcanzó y aferró y comenzó a tirar de él, y finalmente pudo arreglárselas para bajarlo, sabiendo que se parecería grotescamente a una mujer contoneándose para sacarse el vestido de noche, y finalmente, el caliente y lanudo disfraz de perro se deslizó por sus hombros y bajó hasta sus pies. Detrás suyo, los escuchó reír y reír áspera y mecánicamente, y le recordaron a la cita a la que había ido con su primer amante, un marinero de carrera originario de San Diego. Ronnie se había llamado, y siempre había llamado Dago a San Diego. Sólo Dago. Habían ido a un carnaval, y había una casa de la risa, y a la izquierda del podio de la entrada, bajo un enorme lienzo que decía que aquella era la Casa de las Mil Emociones, había un payaso mecánico que reía y reía, de la misma manera en que ellos se reían ahora de él, mientras sacaba la llave de su bolsillo; el payaso había reído y reído, prisionero de alguna repetitiva cinta en sus entrañas, reía en una noche turbulenta de estridentes paseos de carnaval, y hombres de mar y cerveza y bombillas desnudas. Su cuerpo mecánico se movía atrás y adelante mientras reía, y a Lewis le había parecido que se reía de él, un muchachito de diecinueve años, llevando anteojos y caminando muy cerca de un robusto marinero de unos treinta, tan cerca que sus caderas rozaban de tanto en tanto produciendo una miserable electricidad. El payaso profería su risa estridente, burlándose de él, del mismo modo en que esa pareja semi desnuda se reía en mitad del corredor, del mismo modo en que todos se rieron de él en el salón de baile lo hizo ejecutar trucos.

Arf-aft, panza arriba, da la pata.

La llave activó el seguro, estaba dentro, estaba cerrada a sus espaldas.

“Gracias a Dios,” murmuró Lewis, con la frente sobre la puerta. Se tambaleó hacia el pomo y puso el seguro. Puso la cadena de seguridad. Finalmente, se sentó en el suelo y se quitó el disfraz de perro, se lo quitó completamente. Arrojó la cabeza al sofá, donde se gruñó a sí misma reflejada en el espejo del tocador.

Había sido amante de Horace por, ¿cuánto tiempo? Desde 1939. ¿Eran ya siete años? Podía ser. Así era. La gente le había dicho que Derwent era bisexual y Lewis no lo había creído. No lo había creído, eso no estaba muy bien.

Para ti eso era intrascendente, pareció susurrarle la habitación.

Miró en derredor agradecido. Así era, justo así. Él había ingresado a la organización Derwent como contable hacía diez años, en 1936, justo después que Derwent hubiera levantado un estudio de filmación del mercado de la depresión. La Locura de Derwent, lo había llamado la gente. No conocían a Horace Derwent, reflexionó Lewis.

Horace no era como los otros, los chapuceros del parque, los marineros, los grandes y gordos colegiales que pasaban demasiado tiempo en los baños del cine.

Sé lo que soy, le había dicho él a Lewis, y los candados y cadenas del miedo, herrumbrosas de antaño, habían caído del corazón de Lewis, como si Horace hubiera tocado algún punto secreto con alguna varita mágica. Yo elijo aceptar lo que soy. La vida es demasiado corta para dejar que el mundo le diga a un hombre lo que debe o no debe hacer.

Lewis había sido el contable en jefe de las Derwent Enterprises desde principios de 1940. tenía un apartamento en el Lado Este de New York City, y un bungalow en Hollywood. Horace Derwent tenía una llave para cada uno. Y algunas noches yacía despierto al lado del hombretón (Lewis pesaba sesenta y siete kilos, y a Horace Derwent le faltaban cinco kilos para duplicar ese peso) hasta que un gris amanecer atisbaba entre las cortinas, escuchando a Derwent parlotear sobre todo ... sus planes de convertirse en el individuo más rico del planeta Tierra.

Se avecina la guerra, dijo Derwent. Estaremos en ella en abril de 1942, y si tenemos suerte, continuará hasta 1948. Las Derwent Enterprises pueden planear reunir tres millones de dólares anuales solamente en el rubro aeronáutico. Imagínate eso Lew. Cuando termine la guerra, Derwent será la compañía más grande en América.

No siempre eran sólo negocios. Había un centenar de cosas más. La especulación de Derwent sobre cuánto podía ganarse en la Serie Mundial si te podías comprar a dos árbitros. Derwent hablando sobre Las Vegas y los planes que él y algunos de sus asociados tenían para el lugar – *Las Vegas será el campo de juegos de América en los sesentas, si las cosas salen bien, Lew*. Su miedo obsesivo al cáncer, que había matado a su madre a los cuarenta y seis años, y a sus cuatro abuelos. Su interés en la geología, en la predicción del clima a gran escala, en las máquinas fotocopadoras, y en algo llamado películas 3-D. Lewis había escuchado estos interminables y fantasiosos monólogos cautivado, sin apenas hablar, pensando: *Él me cuenta estas cosas. Sólo a mí.*

Así que cuando la gente le contó que Horace tenía la manía de acostarse con las nuevas adquisiciones femeninas del estudio antes de contratarlas, cuando le contaron que él tenía una mujer que era la estrella del momento en Broadway en un apartamento pent house de la 5ª Avenida, cuando le dijeron que Horace era el estudio perfecto de la inmoralidad, un

hombre que honestamente se creía a sí mismo como el individuo con más vida en el planeta, Lewis se rió de ellos. No conocían al hombre como lo conocía él, no lo habían escuchado hablar por las noches, saltando de tema en tema como bailarín de ballet ... o como algo mucho más mortífero, como un esgrimista quizá, el esgrimista natural más grande de su época.

Se puso en pie con dificultad y se dirigió al baño a preparar la tina para un baño caliente. Tenía el cuerpo lustroso de amargo sudor. Le dolía la cabeza. El estómago parecía enfadado. Y sabía que aún con el baño caliente en la tina, no podría dormir esa noche. Y no había traído sus píldoras para dormir. Había tenido suerte de conseguir un lugar en el vuelo con conexión de New York a Denver. No había sido llamado para reunirse con los invitados en el avión alquilado de Horace. Incluso su invitación había llegado tarde. Otro insulto estudiado.

El baño era de azulejos blancos, irremediabilmente anticuado. Lewis puso el tapón en la tina y abrió la llave. Permanecería tendido sin dormir toda la noche, escuchando los hilarantes gritos que provenían de abajo, representando la pesadilla de la noche insomne una y otra vez ... ¿por qué había olvidado sus píldoras?

Panza arriba, perrito. Haz el muerto. Arf-arf.

Horace le había puesto el collar de oro en 1939, y cuando hubo servido a su propósito le dio una patada. Eso había ocurrido esta noche. Lewis había sido humillado frente a toda la gente.

¿Pero no sabías que se avecinaba? Se preguntó mezquinamente, mientras el agua caía en la tina, humeando. Las llaves del apartamento y del bungalow le habían sido devueltas en un sobre con el membrete de Derwent Enterprises, y con una impersonal nota de la secretaria personal de Horace diciendo que Lewis debió haberlas extraviado. Repentinamente, le era muy difícil ver al jefe, que a menudo estaba muy ocupado. Se omitió a Lewis para el puesto en el consejo de se había abierto cuando el viejo Hanneman había muerto de un infarto ... un puesto en el consejo que Horace prácticamente le había prometido en la primavera de 1943. Horace había sido visto en New York escoltando a la actriz de Broadway, lo cual no molestaba a Lewis, y también con su nuevo secretario social, que definitivamente lo molestó. El nuevo secretario social era un compacto hombre británico, que era diez años menor que Lewis. Y por supuesto, Lewis no era tan bien parecido. Y lo que fue peor, Horace había comprado el Overlook sin siquiera decirle, a él, su propio contable en jefe. Había sido Burrey, uno de los ejecutivos de la división aeronáutica, que había sentido suficiente lástima por Lewis, como para decirle que ahora era solamente contable en jefe de nombre, sólo por contrato.

“Va a por ti, muchacho,” dijo Burrey. “Tiene una filosa vara con tu nombre grabado. No te despedirá o te degradará, no es su estilo. Así es como nuestro Temerario Líder se divierte. Te pinchará con esa filosa vara. En las piernas, en la tripa, en el cuello, en las pelotas. Te pinchará una y otra vez hasta que salgas corriendo. Y si te quedas hasta que se canse del juego, te pinchará los ojos con la vara.”

“¿Pero por qué?” chilló Lewis. “¿Qué fue lo que hice? Mi trabajo ha sido perfecto, mi ... mi...” Pero no podía hablar de eso con Burrey.

“No has hecho nada,” dijo Burrey pacientemente. “No es como las demás personas, Lew. Es como un enorme idiota con un montón de juguetes bonitos. Juega con uno hasta que se cansa, entonces lo deshecha y juega con uno nuevo. Ese británico Hart es su nuevo juguete. A ti te tocó ser arrojado. Y te lo advierto. No lo presiones. Te hará el hombre más infeliz sobre la tierra si lo haces.”

“¿Ha hablado él contigo? ¿Es eso?”

“No. Y no hablaré más contigo. Porque las paredes oyen y a mí me gusta mi trabajo. Y comer me gusta todavía más. Buen día, Lew.”

Pero no había sido capaz de dejarlo ir. Incluso cuando recibió la invitación al baile de máscaras (sin ninguna carta anexa sobre el avión alquilado en Denver desde New York a Colorado), no había sido capaz de dejarlo ir. La invitación tenía una orden garrapateada en la parte inferior, escrita con un lápiz de dibujante como lo hacía toda su correspondencia personal Inter-oficinas: *Si vienes, ven disfrazado de perro.*

Incluso entonces, cuando la evidencia de todo lo que Burrey le había dicho se reflejaba en esa oración garrapateada, no había sido capaz de dejarlo ir. Prefería verlo como una petición personal de Horace, a pesar de su brusquedad, para que asistiera. Había ido a la mejor tienda de disfraces de New York e incluso cuando salió de ahí con el disfraz envuelto en papel bajo el brazo, se rehusaba a verlo de otra forma. Quería verlo como un *Vamos, cariño, todo está perdonado* y no como un *Si vienes, te sacaré los ojos, Lewis – esta es tu única advertencia.*

Y ahora lo sabía. Oh, sí, lo sabía. Todo.

La tina estaba llena. Lewis cerró la llave y lentamente se quitó la ropa. Un baño caliente de tina se suponía que te relajaba, eso decían. Te ayudaba a dormir. Pero nada le serviría esta noche, excepto sus píldoras, que estaban en el gabinete de medicamentos de su apartamento, a dos mil millas al este de ahí.

Volvió la vista al gabinete del baño sin muchas esperanzas. En el gabinete de un hotel nunca había nada excepto quizá una caja de pañuelos. Sin embargo, lo abrió y miró dentro, apenas pudiendo creerlo. Había una caja de pañuelos Kleenex, un vaso envuelto en papel encerado, y una pequeña botella etiquetada simplemente como Seconal. Tomó la botella y la abrió. Las píldoras en su interior eran largas y rosadas. No se parecían a ningún Seconal que hubiera visto antes.

Tomare sólo una, pensó. Es estúpido tomar la medicina de otro, en todo caso. Estúpido y peligroso. Y se recordó a sí mismo que el hotel había estado vacío desde 1936, cuando el último dueño quebró y se pegó un tiro. Seguramente esas píldoras no estaban ahí desde 1936 ¿verdad? Era un pensamiento desagradable. Quizá fuera mejor que no tomara ninguna.

¡Arriba, muchacho, arriba! ¡Arf-arf! Buen perrito ... toma un hueso, perrito.

Bueno, sólo una entonces. Y un baño caliente. Quizá pueda dormir.

Pero fueron dos las píldoras que sacudió del frasco a su mano, y tras desenvolver el vaso y tomarlas, decidió tomar una tercera. Entonces se metió a la tina. Un remojón. Las cosas serían mejor por la mañana.

Fue encontrado después de las tres de la siguiente tarde. Aparentemente, se había quedado dormido en la tina y se había ahogado, aunque el investigador, que era de Sidewinder, no estaba muy seguro sobre cómo podía ocurrir un accidente así, a menos que el hombre estuviera borracho, o drogado. El examen post mortem no reveló signo alguno. El investigador pidió una audiencia privada con Horace Derwent, y le fue concedida.

“Escuche,” dijo el investigador. “Usted testificó que tuvo lugar una gran fiesta esa noche.”

Horace Derwent dijo que así había sido.

“¿Podría haber sido entonces, que alguien hubiera subido a la habitación de ese tipo Toner y sostuviera su cabeza bajo el agua? Como una broma, digamos. La clase de broma que a veces llega demasiado lejos.”

Derwent objetó firmemente.

“Bien, sé que es un hombre ocupado,” dijo el investigador, “y lo último que quiero es ocasionarle problemas al hombre que nos ayudó a ganar la guerra y que planea reabrir el Hotel Overlook ... el Overlook siempre empleó a muchas mucamas y conductores y demás de aquí de Sidewinder sabe...”

Derwent le agradeció el cumplido y le aseguró que el Overlook continuaría empleando la fuerza laboral de Sidewinder.

“Pero,” dijo el investigador, “usted comprenderá la situación en que me encuentro.”

Derwent dijo que haría su mejor esfuerzo.

“El patólogo local había dicho que, al encontrar agua en los pulmones de Toner, la causa de la muerte había sido por ahogo. Pero un hombre no podía *ahogarse* en una tina. Si se queda dormido, su nariz y sus labios se deslizan hacia abajo, entonces despertaría, a menos que sus reflejos estuvieran severamente afectados. Pero este hombre apenas había mostrado rastros de alcohol; ni barbitúricos, ni nada. No tenía ningún golpe en la cabeza que pudiera indicar que tal vez se había resbalado al salir. ¿Ve usted el lío en que me encuentro?”

Derwent coincidió en que era un verdadero dilema.

“Bien, entonces tengo que pensar que al menos alguien pudo haberlo asesinado,” continuó el investigador. “Se descarta el suicidio. Uno puede suicidarse ahogándose, pero no se me ocurre cómo puede hacerse en una tina. ¡Pero el asesinato! Bueno.”

Derwent lo interrogó sobre huellas dactilares.

“Vaya, eso es astucia,” dijo el investigador admirado. “Probablemente estará usted pensando en la limpieza que se hizo en el lugar un mes antes de su fiesta. El jefe de policía, pensó también en ello, pues su hermana era una de las chicas de Sidewinder que ayudaron en los trabajos. Porque había más de treinta de ellas allá arriba, tallando el lugar de cabo a rabo. Y puesto que no hubo más asistencia cuando tuvo lugar la fiesta, nuestro jefe mandó llamar a un hombre de la Policía Estatal para buscar en todo el lugar. Sólo encontraron las huellas de Toner.

Derwent sugirió que aquello estaba muy lejos de descartar la teoría del asesinato.

“Oh, pero no lo está,” dijo el investigador, tomando una gran bocanada de aire desde las profundidades de su gran barriga. “Podría ser si vosotros hubierais celebrado una fiesta común y corriente. Pero no era ese tipo de fiesta; era una fiesta de disfraces. Y sabrá Dios cuánta gente usaba guantes o manos falsas como parte de sus trajes. ¿Conoce a ese tipo Hart? ¿el británico?”

Derwent admitió que conocía a su secretario social.

“Ese tipo dijo que venía disfrazado de diablo, y usted de presentador de circo. Así que ustedes dos estaban usando guantes. Por decirlo de algún modo, el propio Toner usaba guantes, si piensa en su disfraz de perro. ¿Ve usted el lío en que estamos?”

Derwent dijo que lo veía.

“No me hace nada feliz tener que instruir al jurado que emita un veredicto de ‘causas desconocidas’. Eso lo harán todos los malditos periódicos del país. Millonario Industrial. Muerte Misteriosa. Orgía de toda una noche en un Hotel de la Montaña.”

Derwent protestó con aspereza en que se trató de una fiesta, no de una orgía.

“Oh, pero para esos tipos amarillistas es lo mismo,” dijo el investigador. “Podrían encontrar un trozo de mierda en un cesto de flores. Eso pone una nota negra junto a su nombre, incluso antes de que pueda reabrir el lugar. Lo hace para que comience bajo problemas. Qué amarga joda.”

Horace Derwent se inclinó hacia delante y comenzó a hablar. Discutió muchos aspectos de la vida y las finanzas en la pequeña comunidad montañesa de Sidewinder, Colorado. Discutió sobre diversos contratos que podrían hacerse entre el Hotel Overlook y el Concejo Municipal de Sidewinder. Discutió sobre la necesidad del pueblo de una librería y de la extensión para el colegio. Se compadeció del investigador y de su bajo salario, tan

inadecuado para un retiro. El investigador comenzó a sonreír y asentir. Y cuando Horace Derwent se puso de pie, un poco más pálido de lo habitual, el investigador se levantó a su vez.

“Creo que pudo tratarse de una especie de convulsión,” dijo el investigador. “Una muerte accidental. Desafortunada.”

La historia no llegó más allá de la página dos, incluso en los diarios de Colorado. El Overlook abrió conforme a lo programado, y casi el cincuenta por ciento del personal, provino de Sidewinder. Era bueno para el pueblo. La nueva biblioteca, donada por la Automatic Service Company de Colorado (Que era a su vez controlada por la Automatic Service Company de América, que era a su vez controlada por Derwent Enterprises), fue buena para el pueblo. El jefe de policía se compró un crucero y pudo comprar un chalet de ski en Aspen, dos años más tarde. Y el investigador se retiró a St. Petesburg.

Eventualmente, el Overlook también le costó demasiado a Horace Derwent, aunque no fue posible hacerlo quebrar. Él había concebido el lugar como una suerte de glorioso juguete, pero el gusto se le amargó cuando Lewis, por decirlo de algún modo, le había volcado las mesas como una revancha a Derwent con su forma inexplicable de morir en la tina. Se había visto obligado a comprar todo un pueblo para poder iniciar las operaciones de su hotel, pero esa no fue la humillación, eso no era lo que le hacía odiar a Lewis por la forma en la que había muerto. Era el ser víctima de un vulgar chantaje por parte de un investigador de pueblito, y tener que doblar las manos. Años después, mucho después de haberse lavado las manos del Overlook, Derwent despertó de un sueño en que oía la voz de aquel investigador, en la que lenta y decididamente lo arrinconaba diciendo que debía pagar para salir del paso.

Yacería en la tenebrosa secuela del sueño pensando: Cáncer. Mi madre murió de cáncer cuando tenía mi edad.

Y desde luego, nunca había sido realmente capaz de lavarse las manos del Overlook, no por completo. Su relación con el lugar cesó, pero no su relación con él. Solamente se hizo clandestina. Existía en libros secretos guardados detrás de bóvedas en ciudades como Las Vegas y Reno. El lugar pertenecía a gente que le había hecho favores, y a quien a su vez, él debía favores. La clase de gente que a veces aparecía en la publicidad de alguna subcomisión del Senado. Cambios de dueños. Dinero lavado. Escondites y sexo secreto. No, en realidad nunca pudo deshacerse del Overlook. Se había cometido un asesinato ahí –de algún modo – y volvería a ocurrir.

Escena IV. Y ahora, esta Noticia desde New Hampshire

En aquel largo y caluroso verano de 1953, el verano en que Jacky Torrance cumplió seis años, su padre había vuelto a casa borracho una noche del hospital, y le rompió el brazo a Jacky. Casi mató al niño. Estaba borracho.

Jacky estaba sentado en la escalera del porche delantero y leía el tebeo de Combat Casey cuando su padre llegó caminando por la calle, inclinándose hacia un lado, impulsado de alguna forma por la cerveza. Como siempre le ocurría, el chico sintió una mezcla de amor-odio-miedo crecer en su pecho ante la visión de su padre, que parecía un malévolos fantasma gigante en sus ropas del hospital. Era enfermero en el Berlin Community Hospital. Su padre era como Dios, como la Naturaleza, a veces adorable, otras terrible. Nunca sabías cuál sería. La madre de Jacky le temía y le servía. Sus hermanos lo odiaban. De todos ellos, solo Jacky todavía lo amaba, a pesar del miedo y del odio, y a veces, la volátil mezcla de emociones lo hacían querer llorar ante la visión de su padre al llegar, para gritar simplemente: *¡Te amo, papá! ¡Vete! ¡Abrázame! ¡Te mataré! ¡Te tengo tanto miedo! ¡Te necesito!* Y su padre parecía sentir de su estúpida forma –era un hombre estúpido, y egoísta – que todos ellos estaban fuera de su alcance, salvo Jacky, el más joven, que la única forma en que podía afectar a los otros, era atrayendo su atención a golpes. Pero con Jacky todavía había amor, y había habido veces en que, tras haber abofeteado al chico hasta hacerle sangrar la boca, lo había abrazado con terrible fuerza, la terrible fuerza que se contenía apenas por alguna otra cosa, y Jacky se dejaría abrazar fuertemente entre la atmósfera de malta e hipos que parecían rodear siempre a su padre, abatido, amoroso, terrible.

Saltó de la escalera y corrió hasta la mitad del camino hasta que algo lo detuvo.

“¿Papá?” dijo. “¿Dónde está el auto?”

Torrance caminó hacia él, y Jacky vio lo borracho que estaba. “Destrozado,” dijo con voz poco clara.

“Oh...” Ten cuidado. Cuidado con lo que dices. Por tu vida, ten cuidado. “Que mal.”

Su padre se detuvo y miró a Jacky desde sus estúpidos ojos porcinos. Jacky contuvo el aliento. En algún sitio detrás de la frente de su padre, bajo el peinado estilo militar, la balanza estaba inclinándose. La calurosa tarde pareció detenerse mientras Jacky esperaba, mirando ansiosamente hacia la cara de su padre para ver si él apoyaría uno de sus enormes brazos alrededor de su hombro, machacándole la cara contra la piel del cinturón que le sostenía los pantalones blancos y diciendo *Llévame a casa, grandullón*, de esa forma dura y desafiante que tenía, y que era lo más cercano que podía estar de demostrar amor sin autodestruirse, o si sería otra cosa.

Esta noche era otra cosa.

La tormenta apareció en el ceño de su padre. “¿Qué quieres decir con eso de qué mal? ¿Qué clase de mierda es esa?”

“Sólo... sólo que mal, papá. Es todo. Es-”

La mano de Torrance se proyectó súbitamente de su brazo, una mano enorme, un brazo como un jamón, pero veloz, sí, muy veloz, y Jacky cayó de culo escuchando campanillas en su cabeza y con un labio partido.

“Mierda,” dijo su padre, acentuando la A.

Jacky no dijo nada. De nada le serviría. La balanza se había inclinado en la dirección equivocada.

“No vas a rezongarme,” dijo Torrance. “No le rezongarás a tu padre. Ven aquí y toma tu medicina.”

Había algo en su cara en esta ocasión. Algo oscuro y llameante. Y repentinamente, Jacky supo que esta vez no habría abrazos al final de la paliza, y si los había, él estaría inconsciente y no lo sabría ... estaría quizá muerto.

Corrió.

Detrás de él, su padre profirió un bramido de ira y fue tras él, como un ondeante espectro en sus ropas blancas de hospital, un engendro de perdición siguiendo a su hijo del jardín delantero al trasero.

Jacky corría por su vida. La casa del árbol, pensaba. Él no puede subir ahí, la escalera clavada al tronco no lo sostendría, subiré ahí, hablaré con él, quizá se vaya a dormir, - Oh Dios. Por favor, haz que se vaya a dormir – lloraba de terror mientras corría.

“¡Ven aquí maldita sea!” rugía su padre detrás de él. “¡Ven aquí y toma tu medicina! ¡Tómala como un hombre!”

Jacky pasó como un rayo por las escaleras traseras. Su madre, esa delgada y vencida mujer, flaca y vistiendo un descolorido vestido, había salido por la puerta pantalla de la cocina, justo cuando Jacky salió corriendo con su vociferante padre en pos de él. Abrió la boca como si fuera a gritar, pero levantó la mano en un puño y calló lo que fuese que iba a decir, lo mantuvo a salvo detrás de los dientes. Temía por su hijo, pero temía más que su marido se volviera hacia ella.

“¡No, no lo hagas, regresa aquí!”

Jacky llegó hasta el largo olmo en el patio trasero, el olmo donde el año pasado, su padre había fumigado a una colonia de avispas y luego había quemado el panal con gasolina. El chico subió por las escalinatas clavadas al azar como un relámpago y sin embargo, estuvo a punto de no conseguirlo. Su padre aferraba y apretaba enfurecido el tobillo del niño en un apretón como de acero, entonces resbaló ligeramente y sólo consiguió sacarle a Jacky el mocasín. Jacky trepó los últimos tres escalones y se agazapó sobre el suelo de la casa del árbol, a doce pies sobre el suelo, gimiendo y llorando en cuatro patas.

“Por favor, papi,” gimió Jacky. “Lo que haya dicho... lamento haberlo dicho...”

“¡Baja de ahí! ¡Baja de ahí y toma tu maldita medicina, pequeño miserable! ¡Ahora mismo!”

“Lo haré ... lo haré si prometes que no ... me golpearás muy fuerte ... que no me lastimarás ... solo unas nalgadas, pero no me lastimes...”

“¡Baja del árbol!” gritó su padre.

Jacky miró hacia la casa pero sin esperanza. Su madre se había retirado a algún lugar, lejos, al terreno neutral.

“¡BAJA AHORA MISMO!”

“¡Oh, papá, no me atrevo!” chilló, y era la verdad. Porque su padre podría incluso matarlo.

Hubo un período de calma. Un minuto, o quizá, quizá dos. Su padre rodeó el árbol, jadeando y resoplando como una ballena. Jacky giraba y giraba sobre sus manos y rodillas, siguiendo el movimiento. Parecían partes de un reloj transparente.

La segunda o tercera vez se colocó nuevamente junto a la escalera clavada en el árbol, Tarrance se detuvo. Miró especulativamente la escalera. Y puso sus manos en el escalón que tenía frente a sus ojos. Comenzó a subir.

“No, papá, no te sostendrá,” susurró Jacky.

Pero su padre continuaba implacablemente, como el destino, como la suerte, como la perdición. Arriba y arriba, más cerca de la casa del árbol; un escalón se desprendió bajo su mano, y casi cayó, pero logró aferrar el siguiente, gruñendo y arremetiendo, y uno de los escalones se dobló de la posición horizontal, a una perpendicular bajo su peso, con un chirrido de clavos deslizándose, pero no se desprendió, y entonces su congestionada y abotagada cara fue visible por sobre el suelo de la casa del árbol, y durante ese instante en toda su infancia, Jack Tarrance tuvo a su padre a tiro, si podía patear esa cara con el pie que aún tenía zapato, patearla donde la nariz terminaba, entre los porcinos ojos, podría hacer caer a su padre de la escalera hacia atrás, quizá incluso matarlo (pero si lo matara, ¿dirían todos algo además de “Gracias, Jacky?”), pero fue el amor lo que lo detuvo, fue el amor el que no le permitió únicamente cubrirse la cara con las manos y darse por vencido, mientras una de las rechonchas manos de cortos dedos de su padre, aparecía sobre las tablas, y después la otra.

“Ahora, por Dios-“ resolló su padre. Se irguió sobre su acucillado hijo como un gigante.

“Oh, papá,” gimió Jacky por ambos. Y por un momento, su padre se detuvo, su cara se frunció en líneas de incertidumbre, y Jacky sintió un hilo de esperanza.

“Entonces levantó la cara, podría oler la cerveza, y su padre dijo, “te enseñaré a rezongarme,” y toda la esperanza se desvaneció cuando su pie zumbó en el aire, enterrándose en su estómago, sacándole el aire del cuerpo con un silbido y haciéndolo volar

de la plataforma de la casa del árbol y caer al suelo, dando un giro sobre el codo izquierdo, que golpeó con un crujido de vara. Ni siquiera tuvo aliento suficiente para gritar. Lo último que vio antes de desmayarse fue la cara de su padre, que parecía estar al final de un oscuro túnel. Parecía llenarse de sorpresa, del mismo modo en que un vehículo podría llenarse con algún líquido claro.

Apenas se está dando cuenta de lo que ha hecho, pensó Jacky incoherentemente.

Y en los linderos de ese pensamiento que no significaba nada, un pensamiento lo persiguió hacia la oscuridad mientras caía de espaldas en el aplastado y destrozado césped del patio trasero, desmayándose:

Lo que ves es lo que serás, lo que ves es lo que serás, lo que -

La fractura en su brazo había sanado limpiamente a los seis meses. Las pesadillas duraron mucho más. De alguna forma, nunca cesaron.

Escena V. El Hotel Overlook, Tercer Piso, 1958

Los asesinos subieron la escalera con medias en los pies.

Los dos hombres apostados fuera de la puerta de la Suite Presidencial no los oyeron. Eran jóvenes, vestían trajes Ivy League con las solapas de las chaquetas un poco más amplias de lo que decretaba la moda actual. No podías llevar una Magnum .357 en una pistolera al hombro y estar muy de moda. Discutían si los Yankees podrían o no obtener otro trofeo. Faltaban dos días para septiembre y, como de costumbre, los jugadores se veían formidables. El solo hecho de hablar de los Yankees los hacía sentir un poco mejor. Eran chicos de Nueva York, contratados por Walt Abruzzi, y estaban muy lejos de casa.

El hombre en la habitación era uno de los peces gordos en la Organización. Eso era todo lo que sabían, y era todo lo que querían saber. “Haced vuestro trabajo, y todo irá bien,” les había dicho Abruzzi. “¿Necesitas saber más?”

Habían oído cosas, desde luego. Que había un lugar en Colorado que era terreno completamente neutral. Un lugar donde incluso un loco de la Costa Oeste como Tony Giorgio podía sentarse y saborear un buen brandy en una copa de globo, con la Congregación de Veteranos que lo veían como una especie de insecto ponzoñoso al que aplastar. Un lugar donde los tipos de Boston que habían sido usados para ponerse mutuamente en los maleteros de los autos al final de los callejones en Malden o en cubos de basura en Roxbury, podían reunirse y jugar al gin y contar chistes de polacos. Un lugar donde se enterraban o exhumaban las diferencias, donde se hacían pactos, donde se urdían planes. Un lugar donde la gente muy caliente podía, a veces enfriarse.

Bien, ellos estaban ahí, y no era mucho –de hecho, ambos sentían nostalgia por New York, razón por la cual hablaban de los Yankees. Pero nunca volverían a ver New York o a los Yankees.

Sus voces llegaban al corredor y a la escalera, donde estaban los asesinos, seis escalones más abajo, con las cabezas cubiertas por medias justo debajo de la línea de visión, si es que se te ocurría mirar hacia el corredor desde la puerta de la Suite Presidencial. Había tres de ellos en las escaleras, vestidos con pantalones oscuros y abrigos, llevando escopetas con los cañones recortados a seis pulgadas. Las escopetas estaban cargadas con balas expansivas.

Uno de ellos hizo señas y subieron las escaleras hacia el corredor.

Los dos tipos montando guardia no los vieron hasta que los asesinos estuvieron casi sobre ellos. Uno de ellos decía animadamente, “Ahora, ahí tienes a Ford. ¿Quién en la Liga Americana es mejor que Whitey Ford? No, te lo pregunto sinceramente, porque tratándose del último tramo él”

El que hablaba levantó la vista y vio las tres figuras negras sin caras discernibles a no más de diez pasos de distancia. Durante un momento, no pudo creerlo. Estaban ahí de pie. Sacudió la cabeza, esperando que desaparecieran como las flotantes manchas negras que a veces veías en la oscuridad. No desaparecieron. Entonces lo supo.

“¿Qué ocurre?” Dijo su compañero. “Qué-”

El joven que había estado hablando sobre Whitey Ford buscó su arma bajo la chaqueta. Uno de los asesinos colocó la culata de su escopeta contra un parche de piel fajado a su vientre y apretó los dos gatillos. El disparo en el angosto vestíbulo fue ensordecedor. El destello del disparo fue como un relámpago de verano, de una brillantez violácea. Un hedor a cordita. El joven voló hacia atrás por el corredor en una dispersa nube de chaqueta Ivy League, sangre y pelo. Su brazo giró hacia atrás, soltando sus agonizantes dedos de la Mágnum, y la pistola golpeó inofensivamente la alfombra, con el seguro aún puesto.

El segundo joven ni siquiera hizo el intento de buscar su arma. Levantó las manos en el aire y se mojó los pantalones al mismo tiempo.

“Me rindo, no dispare, está bien”

“Saluda a Albert Anastasia cuando llegues al infierno, cretino,” dijo uno de los asesinos y colocó la culata de su escopeta contra su estómago.

“¡No hay problema, no hay problema!” gritó el joven con un marcado acento del Bronx, y el disparo de la escopeta lo levantó del suelo y lo arrojó contra el tapiz de la pared, con su delicado patrón de ondas. Se quedó un momento ahí pegado antes de caer al suelo.

Los tres caminaron hacia la puerta de la suite. Uno de ellos probó el pomo.
“Cerrado.”

“Bien.”

El tercer hombre, que aún no había disparado, se colocó frente a la puerta, niveló la escopeta ligeramente arriba del pomo, y accionó ambos gatillos. En la puerta apareció un anguloso agujero, e irradió una luz. El tercer hombre metió la mano por el agujero y accionó el seguro del otro lado. Hubo un disparo de pistola, luego otros dos. Ninguno de los tres se sobresaltó.

Hubo un chasquido al ceder el seguro, y entonces el tercer hombre pateó la puerta. En la amplia estancia, frente al ventanal que mostraba sólo oscuridad, había un hombre de pie, de aproximadamente treinta y cinco años, que usaba únicamente pantaloncillos de jockey. Sostenía una pistola en cada mano y cuando entraron los asesinos, comenzó a dispararles, dispersando balas salvajemente. Los disparos rompieron trozos del marco de la puerta, cavaron agujeros en la alfombra, arrancaron yeso del techo. Disparó cinco veces, y lo más cerca que estuvo de cualquiera de los asesinos, fue una bala que perforó los pantalones del segundo hombre en la rodilla izquierda.

Ellos levantaron las escopetas casi con precisión militar.

El hombre en la estancia gritó, arrojó ambas pistolas al suelo, y corrió hacia el dormitorio. El triple disparo lo alcanzó justo fuera de la puerta y dispersó una nube húmeda de sangre, cerebro y trozos de carne a través del tapiz rayado de color cereza. Cayo en el quicio de la puerta del dormitorio, con medio cuerpo dentro y medio afuera.

“Vigila la puerta,” dijo el primer hombre, y arrojó a la alfombra su humeante escopeta. Metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó una navaja con empuñadura de hueso, accionó el botón cromado. Se aproximó al hombre muerto, que yacía de costado en el quicio de la puerta. Se acuclilló junto al cadáver y tiró del frente de los pantaloncillos de jockey.

En el corredor, la puerta de una de las suites se abrió y asomó un pálido rostro. El tercer hombre levantó su escopeta y el rostro desapareció. La puerta se cerró fuertemente. Se oyó un nervioso accionar de cerrojos.

El primer hombre se reunió con ellos.

“Bien,” dijo. “Por las escaleras hacia la puerta trasera. Vamos.”

Tres minutos después estaban fuera subiendo al auto aparcado. Dejaron el Overlook detrás, apostado bajo el resplandor montañoso de la luna, blanco como un hueso bajo las estrellas. Estaría ahí mucho después que los tres murieran, como lo estaban los tres que ahora dejaban atrás.

El Overlook estaba en casa con los muertos.

El duende

(The leprechaun)

(Novela incompleta que King estaba escribiendo para su hijo Owen en el año 1983. King había apuntado en un anotador varias páginas de la historia para luego transcribirlas. Durante un viaje a California escribió aproximadamente treinta páginas más en el mismo cuaderno, que se cayó del respaldo de su motocicleta (en algún lugar de la costa de New Hampshire) en el trayecto de Boston a Bangor. Mencionó que hubiera podido reconstruir lo que se había perdido, pero que no había logrado hacerlo (por junio de 1983). La única parte que existe en la actualidad consiste en las cinco páginas mecanografiadas que habían sido transcriptas. Las cinco páginas, más una carta de tres páginas para el editor de Viking, son propiedad de un coleccionista de King.)

Había una vez -ya que esa es la manera en que comienzan las mejores historias- un niño llamado Owen que estaba jugando fuera de su gran casa roja. Estaba bastante aburrido porque su hermano y hermana mayores, quienes siempre estaban pensando en cosas nuevas para hacer, se encontraban en la escuela. Su papá estaba trabajando, y su mamá durmiendo en el piso de arriba. Ella le preguntó si él quería dormir una siesta, pero en realidad a Owen no le gustaban las siestas. Opinaba que todos ellos eran unos aburridos.

Jugó un rato con sus muñecos de G.I. Joe y luego fue al patio de atrás y se columpió un rato en el sube y baja. Con el puño le dio un buen golpe a su bola botadora -¡ka-bamp!- y observó como la cuerda se enrollaba mientras la pelota giraba y giraba alrededor del palo. Vio el bate de softball de su hermana mayor tirado en el césped y deseó que Chris, el chico grande que a veces venía a jugar con él, estuviera allí para tirarle unos lanzamientos. Pero Chris también se encontraba en la escuela. Owen dio la vuelta a la casa de nuevo. Pensó en recoger algunas flores para su madre. A ella las flores le gustaban mucho.

Llegó al frente de la casa y fue entonces cuando descubrió a Springsteen sobre la hierba. Springsteen era el gato nuevo de su hermana mayor. A Owen le gustaban la mayoría de los gatos, pero Springsteen no le agradaba demasiado. Era grandote y negro, con unos profundos ojos verdes que parecían verlo todo. Cada día Owen tenía que asegurarse de que Springsteen no estaba intentando comerse a Butler. Butler era el conejito de la india de Owen. Cuando Springsteen creía que no andaba nadie por los alrededores, saltaba hasta la repisa donde se encontraba la gran jaula de vidrio de Butler y lo observaba fijamente a través de la pantalla superior con sus hambrientos ojos verdes. Springsteen se sentaría allí, bien acurrucado, y sin apenas moverse. La cola de Springsteen se menearía un poco de un lado al otro, y de vez en cuando una de sus orejas daría un pequeño golpecito, pero eso sería todo. Muy pronto entraré allí, pequeño conejito crudo, parecía decir Springsteen. ¡Y cuando lo consiga te comeré! ¡Será mejor que lo creas! ¡Si los conejitos saben rezar, te convendría ir empezando!

Cada vez que Owen veía al gato Springsteen sobre la repisa de Butler tenía que hacerlo bajar. A veces Springsteen sacaba sus garras (aunque sabía bien que no tenía que intentar clavárselas a Owen) y Owen se imaginaba al gato negro diciendo: esta vez me atrapaste... ¿pero con eso qué? ¡Trato hecho! ¡Algún día no lo harás! Y entonces... ¡yum! ¡yum! ¡la cena está servida! Owen intentó decirle a los demás que Springsteen quería comerse a Butler, pero nadie le creyó.

-No te reocupes, Owen -dijo papá y se fue a trabajar en una novela, porque eso era lo que él hacía como trabajo.

-No te reocupes, Owen -dijo Mamá, y se fue a trabajar en una novela... porque eso era lo que ella hacía como trabajo, también.

-No te reocupes, Owen -le dijo su hermano mayor, y se fue a mirar The Tomorrow People en la tele.

-¡Lo que pasa es que oías a mi gato! -le gritó su hermana mayor, y se fue a tocar The Entertainer en el piano.

Pero sin importar lo que le dijeran, Owen sabía que lo mejor sería mantener un ojo sobre Springsteen, porque era cierto que a Springsteen le gustaba asesinar cosas. Aún peor, le gustaba jugar con ellas antes de matarlas. A veces Owen abría la puerta por la mañana y encontraba un pájaro muerto en el umbral. Entonces miraba a su alrededor, y allí estaría Springsteen agazapado en la baranda del porche, con la punta de su cola oscilando ligeramente y sus enormes ojos verdes contemplando a Owen, como si dijera: ¡Ja! Atrapé a otro... y tú no pudiste detenerme, ¿no es así? Y después Owen pediría permiso para enterrar al pájaro muerto. A veces lo ayudaban mamá o papá.

Así que cuando Owen descubrió a Springsteen sobre el césped del jardín delantero, acurrucado y con la cola girando como un molinete, en seguida pensó que el gato podría estar jugando con algún pobre animalito herido. Owen se olvidó de recoger flores para su mamá y corrió hacia allí para ver lo que Springsteen había atrapado.

Al principio creyó que Springsteen no tenía nada en absoluto. Entonces el gato brincó, y Owen escuchó un grito proveniente del césped. Divisó que Springsteen había atrapado algo entre verde y azul que estaba chillando y tratando de escaparse. Y ahora Owen vio algo más: pequeñas manchas de sangre sobre la hierba.

-¡No! -gritó Owen-. ¡Aléjate, Springsteen! -El gato aplastó sus orejas y se volvió hacia el sonido de la voz de Owen. Sus enormes ojos verdes relampaguearon. La cosa verde y azul entre las zarpas de Springsteen culebreó y se escapó. Comenzó a correr y Owen vio que se trataba de una persona, un diminuto hombrecito que llevaba un sombrero verde hecho de a partir de una hoja. El hombrecito miró hacia atrás por sobre su hombro, y Owen notó lo asustado que estaba el pobrecito. No era más grande que los ratones que Springsteen a veces mataba en el oscuro y profundo sótano. El hombrecito tenía un corte en una de sus mejillas, producido por una de las garras de Springsteen.

Springsteen le siseó a Owen, y éste casi pudo escucharlo diciendo: ¡Déjame solo, él es mío y voy a tenerlo!

Entonces Springsteen saltó de nuevo en busca del hombrecito, tan rápido como sólo un gato puede hacerlo... y si tú tienes un gato, sabrás que puede hacerlo muy rápidamente. El hombrecito en el césped trató de escabullirse pero no lo logró del todo; Owen vio que la espalda de la camisa del hombrecito se rasgaba cuando las zarpas de Springsteen la desgarraban. Y, lamento decirlo, vio más sangre y oyó el lamento de dolor del hombrecito. Cayó dando volteretas sobre la hierba. Su pequeño sombrero hecho de hoja salió volando. Springsteen se preparó para volver a saltar.

-¡No, Springsteen, no! -gritó Owen-. ¡Gato malo!

Aferró a Springsteen. Springsteen siseó de nuevo, y sus dientes afilados como agujas se hundieron en una de las manos de Owen. Lo hirió mucho más que la inyección de un doctor.

-¡Ow! -se quejó Owen, con los ojos llenos de lágrimas, pero no dejó que Springsteen se le escapara. Ahora Springsteen empezó a arañar a Owen, pero Owen tampoco dejó que se soltara. Corrió todo el camino hasta la entrada de autos con Springsteen en sus manos. Luego dejó a Springsteen en el suelo-. ¡Déjalo en paz, Springsteen! -exclamó Owen e,

intentando pensar en lo peor que podría hacer, agregó:- ¡Déjalo solo o te meteré en el horno y te cocinaré como a una pizza!

Springsteen protestó, mostrando sus dientes. Azotó la cola hacia atrás y adelante; ahora ya no sólo la punta sino la cosa entera.

-¡Y no me importa que –stés enfadado! -le aulló Owen. Todavía estaba llorando un poco porque las manos le dolían como si las hubiera puesto en el fuego. Ambas estaban sangrando; una donde Springsteen lo mordiera y la otra donde Springsteen lo arañara-. ¡No puedes matar a las personas que tenemos en nuestro césped, ni siquiera cuando son pequeñas!

Springsteen siseó una vez más y retrocedió. De acuerdo, parecían decir sus ojos verdes y dañinos. Por esta vez, estamos de acuerdo. ¡Pero la próxima... ya veremos! Luego se volvió y salió corriendo. Owen regresó apresurado para ver si el hombrecito se encontraba bien.

Al principio le pareció que el hombrecito se había largado. Entonces vio la sangre en el césped, y el pequeño sombrero hecho de hoja. El hombrecito estaba allí cerca, tumbado de lado. La razón de que Owen no había logrado verlo en un primer momento fue que la camisa del hombrecito tenía el color exacto de la hierba. Owen lo tocó suavemente con un dedo. Estaba terriblemente temeroso de que el hombrecito estuviera muerto. Pero cuando Owen lo tocó, el hombrecito gimió y se sentó.

-¿Se encuen-ra usted bien? -le preguntó Owen.

El tipo en el césped gesticuló y aplastó sus manos contra las orejas. Por un momento Owen pensó que Springsteen debía haber herido la cabeza del pequeño, tal como lo hiciera con su espalda, y entonces comprendió que su propia voz debía sonarle como un trueno a semejante personita. El hombrecito en el césped no era mucho más largo que el dedo pulgar de Owen. Éste fue el primer buen vistazo que Owen pudo echarle al pequeño compañero que acababa de rescatar, y notó en seguida porqué el hombrecito había sido tan difícil de volver a encontrar. Su camisa verde no era del color del césped; era de césped. Consistía en hojas cuidadosamente tejidas de hierba verde. Owen se preguntó cómo no se le habían marchitado.

Las revelaciones de Becka Paulson

(The revelations of Becka Paulson)

(Este relato (el cual es, con algunas correcciones, un capítulo de la novela “Tommyknockers”) fue publicado inicialmente en 1984 en la revista Rolling Stone. Su siguiente aparición fue en una edición limitada de Skeleton Crew de 1985, y, finalmente, apareció en una recopilación de relatos de terror y sexo publicada en 1991 llamada “I shudder at your touch” (En castellano fue publicado por la editorial Emecé bajo el título de “Caricias de horror”)

Lo que pasó fue muy simple, por lo menos al principio. Lo que pasó fue que Rebecca Paulson se disparó en la cabeza con el revólver del calibre 22 de Joe, su marido. Ocurrió durante la limpieza anual de primavera, es decir, más o menos a mediados de junio (como todos los años). Becka solía atrasarse en estas cosas.

Estaba subida a una escalera revolviendo los trastos acumulados en el estante más alto del armario del vestíbulo de la planta baja, mientras el gato de los Paulson, un macho grande y de piel rayada que se llamaba Ozzie Nelson, la vigilaba desde la puerta de la sala de estar. De la sala llegaban las voces nerviosas de otro mundo que brotaban del gran televisor Zenith de los Paulson, que más tarde sería mucho más que un televisor.

Becka cogió un puñado de objetos y los revisó, con la esperanza de que todavía sirvieran, pero sin creerlo en el fondo. Había cuatro o cinco gorros invernales de punto, todos apolillados y deshilachados. Los tiró al suelo. También dio con las Novelas condenadas del Reader's Digest del verano de 1954: «Corre en silencio», «Corre a las profundidades» y «Con los ojos desorbitados». El volumen estaba tan hinchado por el agua que tenía el tamaño de la guía telefónica de Manhattan. Lo tiró hacia atrás. ¡Ah! Allí había un paraguas que parecía recuperable... y una caja con algo dentro.

Era una caja de zapatos. Becka no sabía lo que había dentro, pero era algo pesado. Cuando cambió la caja de sitio, el objeto se movió en el interior. Quitó la tapa y también la tiró hacia atrás (casi golpeó a Ozzie Nelson, que decidió marcharse de allí). Dentro de la caja había un revólver de cañón largo y cachas de madera.—Vaya- exclamó -Era esto- Lo sacó de la caja sin darse cuenta de que estaba cargado y sin seguro, y le dio la vuelta para mirar por el cañón, pensando que si había una bala dentro la vería.

Se acordaba del revólver. Hasta hacía cinco años, Joe había sido miembro de los Derry Elks. Hacía unos diez años (o tal vez quince), había comprado quince boletos de la rifa de los Elks en un momento en que estaba borracho. Becka se había enfadado tanto con él que durante dos semanas no le había dejado que le metiera el canario. El primer premio había sido un Bombardier Skidoo; el segundo, un motor Evinrude. El revólver del calibre 22 había sido el tercero.

Joe había estado disparando con él en el patio, rompiendo latas y botellas durante un tiempo, hasta que Becka se quejó del ruido y Joe se llevó el revólver al hoyo de grava del final del camino; Becka se había dado cuenta de que su marido ya estaba perdiendo el interés, aunque seguiría disparando durante varios días para que ella no pensara que le había ganado la partida. Después, el revólver desapareció. Becka pensó que Joe lo había cambiado por otra cosa, llantas para la nieve, quizás, o una batería... pero allí estaba.

Becka escudriñó el cañón del revólver en busca de la bala. No vio más que negrura. Por lo tanto, debía de estar descargado.

Voy a hacer que se deshaga de esto de una vez por todas, pensó mientras bajaba de la escalera. Esta misma noche. Cuando vuelva de correos, me pondré en jarras frente a él y le diré: 'Joe, no está bien tener un arma en casa, aunque no haya niños y esté descargada. Y además, ni siquiera la usas, así pues, ¿para qué la quieres?'. Eso es lo que voy a decirle. Era un pensamiento agradable, pero en el fondo sabía que no lo haría. Claro que no. En casa de los Paulson, Joe era el que llevaba los pantalones. No, pensó que lo mejor sería que se librara de aquel chisme ella misma; lo metería con el resto de los trastos en una bolsa de basura y lo guardaría en el armario. El revólver iría a parar al vertedero con todo lo demás la próxima vez que pasara Vinnie Margolies a recoger los desechos. Joe no echaría de menos un objeto que ya había olvidado, pues la tapa de la caja estaba cubierta de polvo. No lo echaría de menos, salvo que ella fuera lo bastante estúpida para llamarle la atención al respecto.

Becka llegó al final de la escalera. Después dio un paso atrás y pisó las Novelas conden'adas del Reader's Digest. La cubierta resbaló hacia atrás. Becka se tambaleó con el revólver en una mano mientras agitaba la otra en el aire para recobrar el equilibrio. Apoyó el pie derecho en el montón de gorros de punto, que también se deslizó hacia atrás. (AQUÍ) Mientras caía, se dio cuenta de que parecía más una mujer a punto de suicidarse que un ama de casa en día de limpieza.

Bueno, no está cargado, tuvo tiempo de pensar, pero el revólver estaba cargado y amartillado, como si llevase años esperándola. Becka cayó al suelo y, con el golpe, el percutor se lanzó hacia delante. Se oyó un ruido seco, no más fuerte que el de una lata golpeada por un niño, y una bala Winchester del calibre 22 penetró en el cerebro de Becka Paulson justo encima del ojo izquierdo. Hizo un pequeño agujero negro cuyos bordes eran del color azul pálido de los lirios recién florecidos.

La cabeza cayó hacia atrás golpeando la pared con un ruido sordo y un reguero de sangre se deslizó desde el agujero hasta la ceja izquierda. El revólver, aún humeante, cayó en el regazo de Becka. Sus manos tamborilearon en el suelo durante unos cinco segundos, la pierna derecha que tenía flexionada se estiró de repente. La pantufla voló a través del vestíbulo y golpeó la pared opuesta. Sus ojos permanecieron abiertos durante treinta minutos; las pupilas se contraían y se dilataban, se contraían y se dilataban.

Ozzie Nelson fue hasta la puerta de la sala de estar, maulló y empezó a lavarse.

Becka servía la cena cuando Joe advirtió la tirita encima del ojo. Llevaba en casa alrededor de hora y media, pero últimamente no se fijaba mucho en ella, la mayor parte del tiempo parecía estar pensando en otra cosa. A Becka esto apenas le molestaba, no tanto como podría haberla molestado en otra época. Por lo menos así no la buscaba para meterle el canario en la jaula.

-¿Qué te has hecho en la cabeza?- preguntó a su mujer cuando ésta puso en la mesa un plato de judías y otro de salchichas.

Becka se tocó la tirita con gesto vago. Sí, ¿qué le había hecho a su cabeza? No podía acordarse. La primera mitad del día estaba velada por un vacío oscuro y extraño, como si contuviera una mancha de tinta. Recordaba haberle servido el desayuno y haberse quedado en el porche cuando Joe había salido hacia correos con la camioneta. Respecto de aquello no había la menor confusión. Recordaba haber lavado la ropa blanca en la nueva lavadora

Sears mientras La rueda de la fortuna sonaba en el televisor. Tampoco con esto había confusión. Era entonces cuando empezaba la mancha de tinta. Recordaba haber puesto la ropa de color en la lavadora y haber elegido el programa en frío. Recordaba vagamente haber metido un par de comidas congeladas en el horno -Becka Paulson comía mucho-, pero después nada. Hasta que se despertó sentada en el sofá de la sala de estar. Se había cambiado el pantalón y la camisa por un vestido y unos zapatos de tacón alto y se había trenzado el cabello.

Tenía algo pesado en la falda y sobre los hombros, y sentía un cosquilleo en la frente. Era Ozzie Nelson. Ozzie tenía las patas traseras apoyadas en el vientre de su dueña y las delanteras en sus hombros, mientras le lamía la sangre que le salía de la frente y la ceja. Becka se lo quitó de encima y consultó el reloj. Joe llegaría en una hora y ni siquiera había empezado a preparar la comida. Después se tocó la cabeza, que le latía ligeramente.

-Becka.

-¿Qué?- Se había sentado y comenzaba a servirse las judías.

-Te he preguntado qué te has hecho en la cabeza.-

-Un golpe- respondió, aunque cuando había ido al baño y se había mirado en el espejo, no parecía un golpe. Parecía un agujero. -Me he dado un golpe.-

-Ah- dijo él y se olvidó del tema. Abrió el Sports Illustrated que había llegado aquel mismo día y se puso a contemplar una fantasía. En ella acariciaba lentamente el cuerpo de Nancy Voss, actividad (junto con todas las actividades parecidas que probablemente habría a continuación) a la que se había estado abandonando durante las últimas seis semanas. Bendita fuera la Dirección General de Correos de los Estados Unidos por trasladar a Nancy Voss de Falmouth a Haven; era lo único que podía decir. Lo que Falmouth había perdido lo había ganado Joe Paulson. Había días en que estaba totalmente convencido de que había muerto y había ido al cielo; la verdad es que no tenía el pájaro tan exigente desde que a los diecinueve años había recorrido Alemania occidental con el Ejército de los Estados Unidos. Becka habría tenido que hacer algo más que ponerse una tirita en la frente para que Joe le hiciera caso.

Becka se sirvió tres salchichas, lo pensó un momento y se sirvió una cuarta. Roció las salchichas y las judías con salsa de tomate y lo revolvió todo. El resultado se parecía un poco a lo que queda tras un accidente de carretera. Se sirvió un vaso de mosto Kool-Aid (Joe bebía una cerveza) y se tocó la tirita con la punta de los dedos. Había estado haciéndolo desde que se la puso. Nada, sólo un poco de plástico frío. Así estaba bien... pero notaba el hueco que había debajo. El agujero. Y eso no estaba tan bien.

-Sólo un golpe- murmuró de nuevo, como si al decirlo lo hiciera más real. Joe no levantó la vista y Becka empezó a comer.

Sea lo que fuere, no me ha quitado el apetito, pensó. No es que haya muchas cosas capaces de quitármelo, claro, probablemente nada. El día que digan por la radio que hay un montón de misiles surcando el cielo y que ha llegado el fin del mundo, seguramente seguiré comiendo hasta que alguno caiga en Haven.

Cortó un pedazo de pan y lo mojó en la salsa de las judías.

Verse aquello... aquella marca en la frente, la había puesto nerviosa, muy nerviosa. No tenía sentido engañarse al respecto, como no tenía sentido hacerse ilusiones de que sólo era una señal, una magulladura. En caso de que alguien quisiera saberlo, pensó Becka, afirmaría que mirarse al espejo y ver un agujero de más en la cabeza no es una experiencia

divertida. Después de todo, en la cabeza está el cerebro. Y en cuanto a lo que había hecho después...

Intentó no pensar en ello, pero era demasiado tarde.

Demasiado tarde, Becka, dijo una voz en su interior... una voz que se parecía a la de su padre muerto.

Ella había mirado el agujero con insistencia y luego había abierto el cajón del lavabo donde se encontraban sus escasos productos de maquillaje, revolviéndolos con manos que parecían no pertenecerle. Sacó el lápiz de cejas y volvió a mirarse al espejo. Entonces levantó el lápiz, se acercó el extremo romo a la cara y empezó a introducirlo poco a poco en el agujero. No, se dijo con un gemido, no, basta, Becka, no quieres hacerlo...

Pero al parecer una parte de ella sí quería, porque siguió haciéndolo. No era doloroso y el lápiz entraba sin ninguna dificultad. Lo introdujo unos tres centímetros, después seis, después diez. Se miró en el espejo: una mujer con un vestido de flores y un lápiz que le salía de la cabeza. Lo introdujo dos centímetros más. No queda mucho, Becka, ten cuidado, no querrás perderlo ahí dentro, haría ruido cuando te movieras por la noche, despertaría a Joe...

Se rió con nerviosismo histérico.

Quince centímetros y el extremo romo del lápiz encontró resistencia. Era algo duro, pero con un leve empujoncito proporcionaba una sensación esponjosa. De repente el mundo entero se volvió de un verde brillante y un montón de recuerdos acudió a su mente: un viaje en trineo con el equipo de esquiar de su hermano mayor; una limpieza de pizarras en el instituto; un Impala del 59 que había tenido su tío Bill; el olor del heno recién cortado. Se sacó el lápiz de la cabeza, impresionada, aterrorizada ante la idea de que saliera sangre del agujero. Pero no salió sangre y tampoco la había en la brillante superficie del lápiz de cejas. Ni sangre, ni ... ni...

Pero no podía pensar en aquello. Arrojó el lápiz al cajón y lo cerró de un golpe. Su primer impulso, tapar el agujero, volvió a ella con más fuerza que antes...

Abrió el botiquín del cuarto de baño y sacó la caja de tiritas. Esta escapó de sus dedos temblorosos y cayó al lavabo con un ligero golpe. Becka gritó al oír el ruido; tenía que tranquilizarse. Taparlo, hacerlo desaparecer. Eso era lo que debía hacer, ése era el truco. Lo del lápiz de cejas no importa, olvídalo. No tenía ninguna de las lesiones cerebrales que había visto en los noticiarios vespertinos y en Marcus Welby, doctor en Medicina; eso era lo importante. Ella estaba bien. Y en cuanto al lápiz de cejas, lo olvidaría. Y lo había olvidado, sí, por lo menos hasta ese momento. Contempló su cena a medio comer y se dio cuenta, con cierta amargura, de que se había equivocado con respecto al apetito: no podía tragar ni un bocado más.

Tiró a la basura lo que había dejado, mientras Ozzie se restregaba contra sus piernas. Joe no levantó la vista de lo que estaba leyendo. En su imaginación, Nancy Voss le preguntaba de nuevo si su lengua era tan larga como parecía.

Despertó en plena noche de un sueño confuso en el que todos los relojes de la casa hablaban con la voz de su padre. Joe, en calzoncillos, roncaba a su lado. Se tocó la tiritita. El agujero no dolía ni palpitaba, pero escocía. Se lo frotó despacio; tenía miedo de provocar otro relámpago verde y deslumbrante. Nada.

Se dio la vuelta. Tienes que ir al médico, Becka, pensó. Para que te lo mire. No sé lo que te habrás hecho, pero...

No, se contestó a sí misma. Nada de médicos. Volvió a darse la vuelta pensando que estaría despierta durante horas, inquieta, preguntándose cosas que le daban miedo. Pero al poco rato se durmió.

Por la mañana, el agujero ya casi no le escocía y así era más fácil no pensar en él. Preparó el desayuno para Joe y salió a despedirlo cuando se fue al trabajo. Terminó de lavar los platos y sacó la basura. La guardaban en un pequeño cobertizo construido por Joe detrás de la casa y que apenas era más grande que una caseta de perro. Tenían que cerrarla con llave para que los mapaches del bosque no entraran y lo pusieran todo patas arriba. Así que entró, arrugando la nariz por el olor, y puso la bolsa verde junto a las otras. Vinnie llegaría el viernes o el sábado y ventilaría bien el cobertizo. Justo en el momento en que salía, vio una bolsa sin atar de la que sobresalía una empuñadura curva, como la de un bastón.

Tiró del mango con curiosidad y descubrió que se trataba de un paraguas. Unos cuantos gorros deshilachados y apolillados salieron con él. En la cabeza de Becka sonó una alarma lejana. Durante un momento, casi le pareció ver lo que había detrás de aquella mancha de tinta, lo que le había pasado (el fondo está en el fondo objeto pesado objeto en una caja de la que Joe no se acuerda ni irá a) el día anterior. Pero ¿quería saberlo realmente?

No.

No quería.

Quería olvidar.

Salió del cobertizo y cerró la puerta con manos temblorosas.

Una semana después (se cambiaba la tirita todas las mañanas aunque la herida ya se estaba cerrando y podía ver el tejido rosado que se le formaba en el interior cuando se iluminaba la frente con la linterna de Joe y se miraba en el espejo), Becka descubrió lo que la mitad de Haven ya sabía, que Joe la engañaba. Se lo había dicho Jesús. En los tres últimos días, Jesucristo le había contado las cosas más sorprendentes, terribles e inquietantes que se puedan imaginar. Cosas que la trastornaban, turbaban su sueño y estaban acabando con su cordura... ¿no era un milagro? ¿Y no era verdad lo que le decía? ¿Acaso podía cerrar los oídos a Jesús, darle unas palmaditas en la cabeza, gritarle que cerrara la boca? Claro que no. En primer lugar, era el Salvador. Por otra parte, era una especie de repugnante obligación enterarse de las cosas que Jesús le contaba. Becka no relacionó el comienzo de las comunicaciones divinas con el agujero de la cabeza.

Hacía 20 años que Jesús estaba sobre el televisor Zenith de los Paulson. Antes había estado encima de dos RCA (Joe Paulson siempre compraba productos nacionales). Se trataba de un hermoso cuadro tridimensional que les había enviado la hermana de Rebecca, que vivía en Portsmouth. Jesús vestía una sencilla túnica blanca y llevaba un cayado de pastor en la mano. Como el cuadro se había creado (Becka consideraba que fabricado era una palabra demasiado vulgar para un cuadro tan realista que incluso se habría podido entrar en él) antes de los Beatles y de los cambios que habían introducido éstos en el peinado masculino, Jesús llevaba el pelo algo corto, limpio y muy bien peinado. El Cristo del televisor de Becka Paulson se peinaba más bien como Elvis Presley al salir de la mili.

Tenía los ojos castaños, apacibles y amables. Tras Él, en perfecta perspectiva, unas ovejas tan blancas como la ropa de los teleanuncios de detergentes se perdían poco a poco en la distancia. Becka, su hermana Corinne y su hermano Roland habían crecido en una granja de New Gloucester y Becka sabía por experiencia propia que las ovejas nunca eran tan blancas ni tenían la lana tan suave como nubes que hubieran caído a la tierra. Pero, razonaba, si Jesús podía transformar el agua en vino y resucitar a los muertos, no había razón por la que no pudiera hacer desaparecer todas las cagarrutas de un rebaño de ovejas si tal era Su deseo.

Joe había intentado un par de veces quitar el cuadro de encima del televisor y ahora sabía por qué, vaya que sí, vaaaaaya que sí. A Joe, como es natural, no le faltaban razones. -No me parece bien tener a Jesús encima del televisor mientras vemos Tres son compañía o Los ángeles de Charlie-argumentaba-. ¿Por qué no lo pones en tu tocador, Becka? Mejor aún. ¿Por qué no lo dejas en el tocador hasta que acabe Domingo y luego lo vuelves a poner encima de la tele mientras ves a Jimmy Swaggart, Rex Humbard y Jerry Falwell? Seguro que a Jesús le gusta más Jerry Falwell que Los ángeles de Charlie.

Ella se negaba.

-Cuando montamos la timba de póquer los jueves, los chicos se quejan-protestaba el marido-. Nadie quiere que Jesucristo le mire mientras se tira un farol o sube la apuesta. -Tal vez se sienten incómodos porque saben que el juego es obra del Diabbb-decía Becka.

Joe, que era un buen jugador de póquer, se encrespaba.

-Entonces, tu secador de pelo y tus rulos también son obra del Diablo. No sé por qué no los devuelves y das el dinero al Ejército de Salvación. Espera, creo que tengo las facturas en el estudio.

Becka acabó por ceder y dejó que Joe pusiera el cuadro de Jesús de cara a la pared, pero sólo una vez al mes, el jueves en que invitaba a jugar al póquer a aquellos amigos que no paraban de beber cerveza...

Pero ahora sabía la verdadera razón por la que él quería librarse del cuadro. Seguramente sabía desde el principio que el cuadro era mágico. Bueno... la palabra indicada era sagrado, porque la magia era cosa de paganos: cortadores de cabezas, católicos e individuos por el estilo, ya que en el fondo todos se parecían, ¿verdad? Seguramente Joe había notado desde el principio que era un cuadro especial, un cuadro por mediación del cual se descubriría su pecado.

Ah, tenía que haber imaginado la razón de las recientes preocupaciones de su marido, tenía que haber sabido que había un motivo concreto por el que ya no la buscaba por la noche. Pero en realidad, para ella había representado un alivio; la sexualidad era exactamente lo que su madre le había dicho que sería; algo desagradable y brutal, a veces doloroso y siempre humillante. ¿No había percibido además, de vez en cuando, cierto olor a perfume en la camisa de Joe? De ser así, la verdad es que no había hecho caso y nunca le habría dado importancia si el cuadro de Jesús no hubiera empezado a hablarle el 7 de julio. Entonces se dio cuenta de que había pasado por alto otro detalle; más o menos cuando habían terminado los achuchones nocturnos y había comenzado ella a percibir el perfume, el viejo Charlie Eastbrooke se había jubilado y para sustituirlo en la estafeta de correos habían mandado a una mujer llamada Nancy Voss, que hasta entonces había trabajado en Falmouth. Becka se daba cuenta de que la tal Voss (a quien ella llamaba la Golfista), tenía por lo menos cinco años más que ella y que Joe, es decir que era ya una cincuentona, pero una cincuentona elegante, maciza y guapa. Becka, por su parte, había engordado un poco desde

que había contraído matrimonio y había pasado de cincuenta y siete kilos a ochenta siete y medio, sobre todo desde que Byron, su único hijo, se había ido de casa. Mejor habría sido seguir haciendo la vista gorda. Si la Golfá disfrutaba realmente de la animalidad del contacto carnal, con los gruñidos y empujones que comportaba y aquel pegajoso chorro final que olía levemente a bacalao y parecía un lavavajillas barato, era evidente que la Golfá era una bestia, lo cual, dicho sea de paso, liberaba a Becka de una obligación ocasional pero fastidiosa. Claro que cuando el cuadro de Jesús empezó a hablar y a decirle exactamente lo que pasaba, Becka supo que había que hacer algo.

El cuadro se puso a hablar exactamente el martes a las tres de la tarde. Ocho días después de haberse disparado en la cabeza y cuatro días después de surtir efecto su resolución de olvidar que era un agujero y no sólo una señal. Becka acababa de volver a la sala de estar con algo para comer (medio pastel de moka y una jarra de mosto) y dispuesta a ver Hospital General. Ya no creía que Luke pudiera encontrar a Laura, pero no conseguía que su corazón abandonara la esperanza.

Estaba a punto de encender el Zenith cuando Jesús dijo:

-Becka, Joe se cepilla a la Golfá todos los días en los lavabos a la hora de la comida y a veces por la tarde a la hora de salir. Una vez estaba tan caliente que se la enseñó cuando en teoría tenía que ayudarla a clasificar la correspondencia. ¿Y sabes qué? Ella ni siquiera dijo: «Espera por lo menos a que ponga los certificados en su sitio».-

Becka dio un grito y derramó la jarra de mosto por la pantalla del televisor. Fue un milagro, pensó más tarde, que el tubo del aparato no estallara. El pastel de moka acabó en la alfombra.

-Y eso no es todo- prosiguió Jesús. Paseó por el cuadro con la túnica agitándose alrededor de Sus tobillos y se sentó en una roca que sobresalía. Sujetó el cayado con las piernas y la miró con amargura. -Pasan muchas cosas en Haven. No vas a poder creerlo, te lo aseguro.-

Becka chilló de nuevo y cayó de rodillas. Una de sus piernas aterrizó sobre el pastel y proyectó parte del relleno de frambuesa sobre la cara de Ozzie Nelson, que se había deslizado hasta allí para ver qué ocurría.

-¡Señor! ¡Señor!- exclamó Becka. Ozzie echó a correr, furioso, hacia la cocina; se metió debajo de la nevera mientras la masa roja y pegajosa le goteaba de los bigotes y no volvió a salir en todo el día.

-Nunca hubo un Paulson bueno- dijo Jesús. Una oveja se acercó a Él y Él la alejó con el cayado, con una actitud abstraída y al mismo tiempo intransigente que hizo que Becka, a pesar de su petrificación, se acordara de su difunto padre. La oveja se alejó, ligeramente distorsionada por un efecto de la tridimensionalidad. Desapareció del cuadro como si se curvara para caerse por el borde... pero era sólo una ilusión óptica, estaba segura-. Ni uno bueno-prosiguió Jesús-. El abuelo de Joe era un chuloputas de pura raza, como ya sabes. Toda su vida se rigió por el canario. Y cuando llegó aquí, ¿sabes lo que le dijimos? «No hay sitio». Jesús se inclinó hacia delante con el cayado todavía en la mano-. «Ve allá abajo y habla con el Señor Macho cabrío», le dijimos. «Seguro que encontrarás casa en su Paraíso. Aunque tal vez descubras que tu casero es un tirano», le dijimos.- Aunque parezca mentira, Jesús le guiñó un ojo... y Becka salió de la casa corriendo y gritando.

Se detuvo en el patio jadeando; el cabello, de un rubio parduzco, le caía sobre la cara. El corazón le latía con tanta fuerza que se asustó. Nadie había oído sus chillidos ni sus

alaridos, gracias a Dios; ella y Joe vivían lejos del pueblo, en la carretera de Nista, y los vecinos más cercanos eran los Brodsky, unos polacos que habitaban en una sucia caravana.

Los Brodsky estaban a kilómetro y medio. Si alguien la había oído, creería que había una loca en casa de Joe y Becka Paulson.

Pero hay una loca en casa de los Paulson, ¿no es cierto?, pensó. Si realmente crees que ese cuadro de Jesús ha empezado a hablarte, debes estar loca, Becka.. Papá te molería a golpes por pensar algo así . . Tres buenos golpes por lo menos: uno por mentir, otro por creerte la mentira y otro por gritar. Becka, ESTAS loca. Los cuadros no hablan

No... pero si no ha hablado, le dijo otra voz de pronto. La voz provenía de tu cabeza, Becka. No sé cómo ha podido ocurrir... cómo podías saber esas cosas... pero eso es lo que ha sucedido. Puede que tenga algo que ver con lo de la semana pasada y puede que no, pero has hecho que el cuadro de Jesús expresara tu propio interior. No habló en realidad, no más de lo que habla el Topo Gigio en el Show de Ed Sullivan.

Pero de alguna manera, la idea de que pudiera tener algo que ver con el... (agujero)

asunto aquel, la asustaba más que la idea de que el cuadro hubiera hablado, porque tales eran las cosas que a veces pasaban en Marcus Welby, como aquel episodio sobre un tipo que tenía un tumor cerebral y el tumor le hacía ponerse las medias de nailon y las bragas de su mujer. Becka no quería admitirlo. Tal vez era un milagro. Después de todo, había milagros. Estaban la Sábana Santa de Turín, las curaciones de Lourdes y el mejicano que había encontrado un retrato de la Virgen María impreso en un rollo de primavera, en una ensalada o en algo parecido. Por no hablar de los niños que habían salido en primera plana, los niños que lloraban piedras. Esos eran milagros auténticos (el de los niños que lloraban piedras, había que admitir que daba dentera), tan edificantes como un sermón de Jimmy Swaggart. Oír voces era sólo locura.

Pero eso es lo que ha ocurrido. Y además hace bastante tiempo que oyes voces, ¿no es cierto? Hace tiempo que oyes SU voz La voz de Joe. Y de ahí procedía, no de Jesús, sino de Joe, de la cabeza de Joe.. .

--o- gimió Becka -No, no he oído voces.-

Fue junto al tendedero y miró sin ver el bosque del otro lado de la carretera de Nista. Se retorció las manos y empezó a llorar.

-No he oído voces.-

Loca, replicó la implacable voz de su padre muerto. Loca por culpa del calor, es eso. Ven aquí, Becka Bouchard, te voy a moler a golpes por decir locuras.

-No he oído voces-sollozó Becka-. El cuadro hablaba, en serio, lo juro. No soy ventrílocua.

Mejor creer en el cuadro. Si era el agujero, se trataba de un tumor cerebral, de eso no había duda. Si era el cuadro, se trataba de un milagro. Los milagros venían de Dios. Los milagros venían del Exterior. Un milagro podía volver loco a cualquiera (y Dios sabía que ella se sentía como si fuera a volverse loca), pero ello no significaba que la persona estuviera loca realmente ni que el cerebro sufriera trastornos. Y en cuanto a creer que se podía oír los pensamientos de otras personas... eso sí que era una locura.

Becka se miró las piernas y vio que le salía sangre de la rodilla izquierda. Volvió a chillar y corrió hacia la casa para llamar al médico, a urgencias, a quien fuese. Estaba de nuevo en la sala, tratando de marcar un número con el auricular pegado a la oreja, cuando Jesús dijo:

-Es relleno de frambuesa del pastel de moka, Becka. ¿Por qué no te tranquilizas antes de que te dé un ataque al corazón?-

Becka miró hacia el televisor y el teléfono cayó en la mesa con un ruido metálico. Jesús todavía estaba sentado en la roca. ¿No había cruzado las piernas? Era sorprendente lo mucho que se parecía a su difunto padre... sólo que Él no parecía autoritario, ni propenso a enfurecerse y a repartir leña en el momento menos pensado. La miraba con una especie de paciencia exasperada.

-A ver, comprueba si me equivoco- insistió.

Becka se tocó la rodilla con cuidado, con los ojos cerrados, esperando el dolor. no hubo dolor. Vio las semillas de las frambuesas del relleno y se tranquilizó. Se lamió lo que le había quedado en los dedos.

-Además- dijo Jesús -, tienes que quitarte de la cabeza eso de oír voces y volverte loca. Soy Yo, eso es todo. Yo puedo hablarle a quien quiera y de la manera que quiera.-

-Porque eres el Salvador- murmuró Becka.

-Sí- asintió Jesús y bajó la vista. Debajo de Él, dos ensaladeras bailaban en la pantalla para agradecer la Guarnición Rancho del Valle Escondido que estaban a pu-to de recibir. -Y me gustaría que por favor apagaras ese trasto. No lo necesitamos. Me hace cosquillas en los pies.-

Becka se acercó al televisor y lo apagó.

-Señor- susurró.

Era el domingo 10 de julio. Joe estaba profundamente dormido en la hamaca del patio, con Ozzie cruzado sobre su estómago, como una piel de lujo, blanca y negra. Ella estaba en la sala, apartando la cortina con una mano y mirando a Joe. Durmiendo en la hamaca. Soñando con la Galfa, sin duda, soñando con tumbarla sobre un montón de catálogos de Carroll Reed y de correo comercial para... ¿cómo lo dirían Joe y sus asquerosos amigos del póquer? «Cepillársela».

Becka sostenía la cortina con la mano izquierda porque tenía un puñado de pilas de nueve voltios en la derecha. Las había comprado el día anterior en la ferretería. Dejó caer la cortina y fue a la cocina para proseguir el bricolaje del día anterior. Jesús le había explicado cómo se hacía lo del bricolaje. Becka dijo que no sabía construir nada. Jesús le replicó que no fuera tonta. Si podía seguir las instrucciones de una receta de cocina, también podía montar aquel artilugio. Becka se dio cuenta con alegría de que Él tenía razón. No sólo era fácil, sino además divertido. Mucho más divertido que cocinar, desde luego: a ella nunca le había gustado cocinar, nunca había tenido talento culinario. Sus tartas casi nunca subían y los panes tampoco. Había empezado a hacer aquello el día anterior. Trabajaba con la tostadora, el motor de la licuadora Hamilton-Beach y un extraño tablero lleno de puñetitas electrónicas que había pertenecido a una vieja radio que se guardaba en el cobertizo de la basura. Pensaba que terminaría mucho antes de que Joe se despertara y fuera a la sala a ver el partido de las dos.

La verdad es que estaba sorprendida por la abundancia de ideas que había tenido en los últimos días. Algunas se las había dicho Jesús y otras se le ocurrían en los momentos más inesperados.

La máquina de coser, por ejemplo; siempre había querido uno de esos aparatos que hacían las costuras en zigzag, pero Joe le había dicho que tendría que esperar hasta que él pudiera comprarle una máquina nueva (y eso, conociendo a Joe, probablemente sería el día de nunca jamás). Cuatro días antes había advertido que si movía el interruptor y ponía otra aguja en el mismo sitio, en un ángulo de cuarenta y cinco grados con respecto a la primera, podía hacer todos los zigzags que quisiera. Lo único que necesitaba era un destornillador (incluso una tonta como ella sabía utilizarlo) y funcionaba de maravilla. También se dio

cuenta de que el eje del prensatelas se desnivelaría en poco tiempo por el cambio de peso, pero ya lo arreglaría cuando sucediera.

Después vino lo de la Electrolux. Jesús se lo había explicado. Para prevenirla contra Joe, tal vez. Había sido Jesús quien le había dicho cómo utilizar el soplete de butano de Joe y así había sido más fácil. Había ido a Derry para comprar tres juegos electrónicos Simon en la juguetería KayBee. Al llegar a casa, los abrió y sacó los circuitos. Siguió las instrucciones de Jesús: los conectó y después empalmó los cables a las pilas Eveready. Jesús le dijo cómo programar la Electrolux y cómo cargarla (esto último ya lo había adivinado, pero decírselo a Él habría sido como faltarle el respeto). El aparato limpiaba ahora la sala, la cocina y el cuarto de baño de la planta baja. Tenía tendencia a quedarse encallado bajo la banqueta del piano o en el cuarto de baño (donde tropezaba como un tonto con la taza y Becka tenía que correr para darle la vuelta) y a Ozzie le ponía los pelos de punta, pero era un gran adelanto. Mucho mejor que arrastrarlo por toda la casa como si fuera un perro muerto de quince kilos. Así tenía suficiente tiempo para ver las noticias de la tarde y comprobar que contenían las verdades que le contaba Jesús. La nueva Electrolux gastaba mucha electricidad, eso era cierto, y a veces se enredaba con el cable. Uno de aquellos días le quitaría las pilas y le conectaría la batería de una moto. Habría tiempo... Cuando hubiera resuelto el problema de Joe y la Golf.

O... la noche anterior, sin ir más lejos. Había permanecido despierta, pensando en números, hasta mucho después de que Joe empezara a roncar. Se le ocurrió (a Becka, que nunca había pasado de Contabilidad I durante el bachillerato) que si daba valor de letras a los números, podía descongelarlos, convertirlos en algo parecido a la gelatina. Cuando los números son letras, se les puede moldear como se quiera. Y entonces se vuelven a pasar a números; era como poner la gelatina en la nevera para que cuaje y mantenga la forma del molde hasta que llega el momento de vaciarla en una fuente.

Así siempre se podrían calcular las cosas, había pensado Becka con complacencia. No se había dado cuenta de que tenía los dedos encima del ojo izquierdo ni de que se frotaba sin parar el punto que había allí. Por ejemplo, mira... Podrías poner todo en una línea diciendo $ax + bx + c = 0$. y esto lo demuestra. Siempre funciona. Es como el Capitán Marvel cuando dice ¡Shazam! Bueno, está lo del factor cero. $\ll A \gg$ no puede ser cero porque si no, se estropea todo, pero por lo demás...

Había estado despierta un buen rato, pensando en lo anterior y después se había dormido sin darse cuenta de que había reinventado las ecuaciones de segundo grado, los polinomios y el álgebra entera.

Ideas. Muchas, últimamente.

Becka cogió el soplete de Joe y lo encendió con una de las cerillas de la cocina. Unos días antes se habría reído si alguien le hubiera dicho que iba a trabajar con algo así. Pero era fácil. Jesús le había dicho exactamente cómo soldar los cables al tablero electrónico de la vieja radio. Igual que arreglar la aspiradora, pero esta idea en particular era mucho mejor aun.

Jesús le había dicho muchas más cosas en los tres últimos días. Cosas que le habían hecho perder el sueño (y el rato que podía dormir estaba plagado de pesadillas), cosas que le hacían tener miedo de asomar la cara por el pueblo (siempre sé si has hecho algo malo, Becka, le había dicho su padre, porque no sabes guardar un secreto. Se te nota en la cara), cosas que le habían quitado el hambre. Joe, totalmente concentrado en su trabajo, en los encuentros televisados y en la Golf, no notaba nada... aunque unas noches antes, mientras

veían la televisión, había advertido que Becka se mordía las uñas, cosa que no había hecho hasta entonces; además, era una de las pocas cosas que Becka le reprochaba a él. Pero ahora lo hacía ella, sí, estaban mordisqueadas hasta la carne. Joe Paulson lo pensó durante unos diez segundos antes de volver a concentrarse en la televisión y perderse en una fantasía protagonizada por los blancos y turgentes senos de Nancy Voss.

He aquí ahora algunas de las noticias vespertinas que Jesús le había contado y que habían sido responsables de que Becka durmiera tan mal y empezara a comerse las uñas a la avanzada edad de cuarenta y cinco años:

En 1973, Moss Harlingen, uno de los amigos de Joe, había matado a su padre. Estaban cazando ciervos en Greenville y supuestamente había sido uno de tantos accidentes de caza. Pero el tiro que acabó con Abel Harlingen no había sido un accidente. Moss se había escondido con el rifle detrás de un árbol caído y esperado a que su padre cruzara el arroyo que discurría a unos cincuenta metros por debajo de él. Le disparó cuidadosa y deliberadamente a la cabeza. El propio Moss creía que lo había hecho por dinero. La empresa de Moss, Constructora de Acequias, tenía que saldar dos deudas con dos bancos diferentes y ninguno quería alargar el plazo a causa del otro. Moss fue a ver a Abel, pero Abel se negó a ayudarlo, aunque habría podido hacerlo. Así pues, Moss mató a su padre y heredó un buen fajo de billetes en cuanto el juez de primera instancia dictaminó que había sido muerte accidental. Moss Harlingen pagó la deuda y creyó realmente que había cometido un homicidio con ánimo de lucro (excepto, tal vez, en sus sueños más profundos). El verdadero motivo había sido otro. Hacía mucho tiempo, cuando Moss tenía diez años y su hermanito Emery solamente siete, la mujer de Abelse había ido al sur, a Rhode Island, a pasar todo el invierno. El tío de Moss y de Emery había muerto súbitamente y su mujer necesitaba ayuda para ir tirando. Mientras la madre estuvo ausente, hubo unos cuantos episodios de sodomía en la casa de los Harlingen, a la que habían puesto el nombre de Troya. Los actos de sodomía terminaron cuando la madre regresó y no volvieron a repetirse. Moss se había olvidado de ellos por completo. No volvió a acordarse de su insomnio en medio de la oscuridad, del miedo que sentía mientras, acostado en la cama, miraba la puerta para ver si aparecía la sombra de su padre. No guardaba el menor recuerdo de haber estado acostado, con la boca apretada contra el antebrazo paterno, con lágrimas ardientes de rabia y vergüenza en los ojos abiertos y las mejillas mientras Abel Harlingen se untaba el miembro con manteca de cerdo y lo introducía por la portezuela trasera del hijo entre gruñidos y suspiros. La experiencia le había dejado una huella tan superficial que no recordaba haberse mordido el brazo hasta sangrar para reprimir los gritos, como tampoco recordaba las exclamaciones entrecortadas que su hermano Emery lanzaba en la otra cama: «Por favor, papá, por favor, a mí no, esta noche no, a mí no, papá, por favor, por favor»,. Los niños, ya se sabe, olvidan fácilmente. Pero algún recuerdo subconsciente debió de quedar, porque cuando Moss Harlingen apretó el gatillo, tal como había soñado todas las noches de los últimos treinta y dos años de su vida, y mientras los ecos del disparo se perdían entre los troncos para desaparecer en el silencio de la inmensidad de los bosques del norte de Maine, Moss susurró: «Tú no, Em, esta noche no». Que Jesús se lo hubiera contado dos horas después de que Moss se presentara para devolver a Joe una caña de pescar fue un dato en el que no reparó Becka.

Alice Kimball, maestra de la escuela de Haven, era lesbiana. Jesús se lo dijo a Becka el viernes, poco después de que la señora en cuestión, vestida con un traje pantalón verde que le daba un aire muy puesto y respetable, hubiera llamado a la puerta para pedir dinero para la campaña contra el cáncer.

Darla Gaines, la bonita joven de diecisiete años que repartía el periódico dominical, tenía quince gramos de «hierba cojonuda» entre el colchón y el somier de la cama. Quince minutos después de que Darla fuera a cobrar las cinco últimas semanas (tres dólares más una propina de cincuenta centavos de la que Becka se arrepintió después), Jesús le dijo que Darla y su novio se fumaban la marihuana en la cama después de hacer lo que llamaban «el rebote horizontal». Casi todos los fines de semana, de dos a tres, hacían el rebote horizontal y fumaban hierba. Los padres de Darla trabajaban en Derry, en El Zapato Soberbio, y no llegaban a casa hasta pasadas las cuatro.

Hank Buck, otro de los amigos de Joe, trabajaba en un gran supermercado de Bangor y odiaba tanto a su jefe que el año anterior le había echado media caja de laxantes en un batido de chocolate cierto día en que él, el jefe, lo había ma'dado a McDonald's por la comida. El jefe se había cagado en los pantalones a las tres y cuarto de la tarde, mientras cortaba un filete en la charcutería. Hank se las arregló para aguantarse hasta la hora de salir, después se sentó en el coche y se rió tanto que casi se cagó encima también él. «Se rió, ¿entiendes?», le dijo Jesús a Becka. «Se rió. ¿Te lo imaginas?»

Y aquello era sólo la punta del iceberg, por decirlo de alguna manera. Parecía que Jesús sabía cosas desagradables o turbadoras de todos los habitantes del pueblo... por lo menos de todos los que estaban en contacto con Becka.

Era imposible vivir con aquellos secretos.

Pero tampoco sabía Becka si podría vivir sin ellos.

De una cosa sí estaba segura: tenía que hacer algo. Algo.

-Ya haces algo- le dijo Jesús. Hablaba desde detrás de ella, desde el cuadro que estaba encima del televisor, por supuesto que sí, y la idea de que la voz surgiera de su propio interior y de que fuese una mutación fría de sus propios pensamientos... no era más que un espejismo horri-le y pasajero. -En realidad, ya casi has terminado esta parte, Becka. Lo único que te falta es soldar el cable rojo al punto que hay detrás de ese chisme... no, ése no, el otro, el que está al lado... eso es. ¡No tanta soldadura! Es como el fijador, Becka. Con un poquito basta.-

Resultaba extraño oír a Jesús hablar de fijadores...

Joe despertó a las dos y cuarto, se quitó a Ozzie de encima y fue hasta el fondo del patio, regó la hiedra con una larga meada y enfiló hacia la casa para ver a los Yankees contra los Red Sox. Abrió la nevera de la cocina, miró de reojo los pedacitos de cable que había en el estante y se preguntó en qué andaría metida su mujer. Dejó estar el asunto y cogió una botella grande de cerveza.

Fue a la sala. Becka estaba en la mecedora, fingiendo leer un libro. Unos diez minutos antes de que entrara Joe había terminado de soldar los cables del artilugio a la consola del Zenith, siguiendo al pie de la letra las instrucciones de Jesús.

«Hay que tener cuidado cuando se quita la tapa trasera de un televisor, Becka», le había dicho Joe. «Ahí dentro hay más voltios que una tienda de electrodomésticos.»

-Creía que ibas a calentar algo para mí- apuntó Joe.

-Puedes hacerlo tú- replicó Becka.

-Sí, supongo que sí dijo Joe, dando por terminada la última conversación que tendrían.

Apretó el interruptor del televisor y más de dos mil voltios le recorrieron el cuerpo. Se le abrieron los ojos de par en par. Cuando sufrió la sacudida, la mano se le contrajo con tanta fuerza que la botella de cerveza se rompió y el vidrio se le hundió en los dedos y en la palma. La cerveza espumeó y se derramó.

-¡IIIIUUUUUAARRRREEEMMMMM!- gritó Joe.

La cara empezó a ponerse negra. Un humo azul le salía del cabello. Su dedo parecía pegado al interruptor del Zenith. Apareció una imagen en la pantalla. Mostraba a Joe y Nancy Voss jodiendo en el suelo de la estafeta de correos, sobre una alfombra de catálogos, boletines oficiales y publicidad de las carreras de caballos.

-¡No!- aulló Becka y la imagen cambió. Entonces vio a Moss Harlingen detrás de un pino caído, apuntando con un rifle 30-30. La imagen volvió a cambiar y vio a Darla Gaines y a su novio practicando el rebote horizontal en el dormitorio de Darla, mientras Rick Springfield les miraba fijamente desde la pared.

La ropa de Joe Paulson se incendió.

La sala de estar se había llenado de olor a cerveza cocida.

Un momento después explotó el cuadro tridimensional de Jesús

-¡No!- chilló Becka, al comprender de pronto que desde el principio había sido ella y sólo ella quien lo había pensado todo, quien de alguna manera había leído los pensamientos de aquellas personas; había sido el agujero en la cabeza y el agujero le había hecho algo en el cerebro; se lo había vigorizado, como quien dice. La imagen de la pantalla cambió de nuevo y Becka se vio bajando de la escalera con el revólver calibre 22 en la mano, apuntándose con él... parecía una mujer a punto de suicidarse más que un ama de casa en día de limpieza.

Su marido se estaba poniendo negro delante de sus propios ojos.

Corrió hacia él, le cogió la mano carbonizada y húmeda... y también ella recibió la descarga eléctrica. No pudo apartarse, como el conejo de los dibujos animados que no pudo despegarse del muñeco de brea a quien había dado una bofetada por insolente. Jesús, Jesús, pensó cuando la corriente la fulminó y la hizo poner de puntillas.

Y una voz enloquecida, como un maullido, la voz de su padre, se elevó en su cabeza. Te he engañado, Becka. ¿A que sí? Y has picado como una tonta.

La tapa trasera del televisor, que Becka había vuelto a poner en su sitio después de hacer los cambios (por si acaso a Joe se le ocurría echar una mirada), salió despedida hacia atrás con un gran relámpago de luz azul. Joe y Becka Paulson cayeron sobre la alfombra. Joe ya estaba muerto. Y cuando el papel humeante de la pared de detrás del televisor empezó a quemar las cortinas, Becka también.

Los Replóides

(The reploids)

“Los Replóides” fue publicado por primera vez en 1988, en la recopilación “Night Visions 5”, luego en 1989 en “Dark visions: All original stories” y finalmente en 1990 en “The skin trade”)

Nadie sabía exactamente durante cuánto tiempo había estado ocurriendo. No mucho. Dos días, dos semanas; no podía haber sido mucho más que eso, razonaba Cheyney. No es que importara, claro, pero permitió que la gente viera un poco más del espectáculo disfrutando de la emoción añadida de saber que el espectáculo era real. Cuando los Estados Unidos y el mundo entero se enteraron de la existencia de los replóides lo hicieron de una forma bastante espectacular. Quizá fuese mejor así. En estos tiempos si algo no resulta espectacular puede seguir y seguir eternamente sin que nadie se entere. Ni se cree en ello ni se deja de creer. Es, sencillamente, otra parte de ese extraño mantra cuasi divino que forma el cada vez más rápido flujo de acontecimientos y experiencia de este siglo que se va aproximando a su fin. Cada vez es más difícil atraer la atención de la gente. Necesitas ametralladoras en un aeropuerto atestado o una granada arrojada por el pasillo de un autobús cargado de monjas detenido en un bloqueo de carretera de algún país centroamericano donde hay demasiada vegetación y demasiadas armas.

Los replóides pasaron a ser noticia nacional -e internacional- la mañana del 30 de noviembre de 1989, después de lo que ocurrió durante los dos primeros y caóticos minutos del *Show de la noche* que iba a ser grabado en Burbank, California, la noche anterior.

El encargado del estudio no apartaba los ojos de la segundero roja que iba subiendo hacia las doce. El público que llenaba el estudio observaba el reloj con tanta concentración como el encargado. Cuando la manecilla roja del segundero alcanzara el doce serían las cinco y habría llegado el momento de empezar a grabar la enésima edición del *Show de la noche*.

La manecilla del segundero dejó atrás el número ocho y el público se removió y empezó a murmurar sintiendo su propia variedad especial del pánico al escenario. Después de todo, ellos representaban a la *nación americana*, ¿no? ¡Sí!

-Un poco de silencio, por favor -dijo con amabilidad el encargado del estudio, y el público se calló como un niño obediente.

El batería de Doc Severinsen ejecutó un veloz redoble en su tambor y se quedó quieto sosteniendo despreocupadamente los palillos entre los pulgares y los índices, observando al encargado y no al reloj, tal y como siempre hacía toda la gente del espectáculo. Para el equipo técnico y los que iban a actuar en el programa el encargado *era* el reloj. Cuando el segundero dejó atrás el número diez el encargado empezó su cuenta atrás en voz alta. «Cuatro», dijo, y luego alzó tres dedos, dos dedos, un dedo... y acabó apretando el puño del que sobresalía un dedo que apuntaba dramáticamente al público. Un

letrero de APLAUSOS se encendió pero el público del estudio ya estaba condicionado para aplaudir; el letrero podría haber estado escrito en sánscrito y ellos habrían aplaudido igual.

Todo empezó tal y como se suponía que debía empezar, en el segundo preciso.

Aquello no tenía nada de sorprendente; si el equipo técnico del *Show de la noche* trabajara en el departamento de policía de Los Ángeles ya podrían haberse jubilado con pensión completa y todos los honores. El grupo de Doc Severinsen, una de las mejores bandas de todo el mundo del espectáculo, empezó a interpretar el familiar tema del programa *Ta-da-da-Da-da...*, y la potente voz de Ed McMahon hizo vibrar la atmósfera del estudio con su entusiasmo de siempre.

-¡Desde Los Ángeles, capital mundial de la diversión y el entretenimiento, el *Show de la noche*, en vivo con Johnny Carson! ¡Esta noche Johnny Carson tiene como invitada a la actriz Cybill Shepherd, de *Luz de luna*! -Aplausos emocionados del público-. ¡El mago Doug Henning! -Aplausos todavía más potentes-. ¡Pee Wee Herman! -Una nueva oleada de aplausos, esta vez acompañados por los gritos de alegría lanzados por la claqué de Pee Wee-. ¡Desde Alemania, los Schnauzers Voladores, los únicos acróbatas caninos del mundo! -Aplausos más fuertes mezclados con risas-. ¡Y, naturalmente, no hay que olvidar a Doc Severinsen, el único director de orquesta volador del mundo, y su banda canina!

Los miembros del grupo que no tocaban instrumentos de viento ladraron obedientemente. El público rió más fuerte y aplaudió con más entusiasmo.

En la sala de control del Estudio C nadie se reía.

Un hombre vestido con una chillona chaqueta deportiva y un rizado mechón de cabello negro sobre la frente estaba de pie en la parte de atrás, chasqueando distraídamente los dedos mientras contemplaba a Ed, pero eso era todo.

El director hizo por enésima vez la señal de que la Cámara Número Dos tomara un plano medio de Ed, y éste apareció en los monitores de EN PANTALLA. Tuvo el tiempo justo de oír como alguien murmuraba «¿Dónde diablos está?» antes de que la ampulosa voz de Ed anunciara, también por enésima vez:

-¡Y ahora aquí eeeeeees-tá Johnny! Aplausos enloquecidos del público.

-Cámara Tres -ordenó secamente el director del programa.

-Pero es que...

-¡Cámara Tres, maldita sea!

La Cámara Tres mandó su imagen al monitor de EN PANTALLA, mostrando la pesadilla particular de cada director de televisión, un decorado espantosamente vacío... y un instante después alguien, un desconocido, entró con paso confiado en ese espacio vacío como si tuviera todo el derecho del mundo a estar allí, llenándolo con una indiscutible presencia, encanto y autoridad. Pero, fuera quien fuese, estaba claro que no era Johnny Carson.* Y tampoco era ninguno de los otros rostros familiares a los que el público de la televisión y el estudio se habían acostumbrado durante las ausencias de Johnny. Este hombre era más alto que Johnny y en vez de la familiar cabellera plateada tenía un exuberante casquete de rizos negros que casi parecían dignos del dios Pan. El cabello del desconocido era tan negro que en algunas zonas daba la impresión de brillar con unos reflejos azules, como el cabello de Superman en las historietas. La chaqueta deportiva que

* Para poder captar la magnitud del estupor que produciría lo narrado en el relato, el lector español debería sustituir a Johnny Carson por un hipotético combinado de Jesús Hermida, José María García y Luis del Olmo. (*N. del T.*)

llevaba no era lo bastante chillona para encuadrarle en la categoría del vendedor de coches pueblerino que habla con acento nasal, pero Carson no la habría tocado ni con un palo de cinco metros.

El público siguió aplaudiendo pero el tono de los aplausos no tardó en volverse algo vacilante y éstos pronto empezaron a disminuir de potencia.

-¿Qué coño está pasando? -preguntó alguien en la sala de control.

El director se limitó a seguir con los ojos clavados en el escenario, fascinado.

En vez del familiar balanceo del palo de golf invisible, puntuado por un redoble de tambor y los entusiásticos gritos de aprobación lanzados por el público del estudio, aquel desconocido de oscuros cabellos, anchos hombros y chaqueta chillona empezó a mover las manos arriba y abajo, con los ojos yendo rítmicamente desde sus palmas hasta un punto situado justo encima de su cabeza: estaba imitando a un malabarista que tiene suspendido en el aire un montón de objetos frágiles y lo hacía con la despreocupada gracia de quien lleva mucho tiempo en el espectáculo. La única pista de que los objetos eran huevos o algo parecido y que si caían al suelo se romperían estaba en su rostro, y era tan sutil como una sombra. De hecho, era algo muy parecido a la forma en que los ojos de Johnny seguían la bola invisible que se alejaba hacia el hoyo igualmente invisible, dándose cuenta de que el golpe había sido bueno..., a menos, naturalmente, que decidiera optar por otro número, cosa que podía hacer y hacía de vez en cuando sin que el esfuerzo le produjese ni el más leve jadeo.

El desconocido se tomó su tiempo para dejar caer el último huevo, o lo que fuese, y sus ojos lo siguieron hasta el suelo con una exagerada expresión de abatimiento y horror. Después se quedó quieto durante un instante, como paralizado. Luego miró hacia la Cámara Tres Izquierda..., hacia Doc y el grupo, en otras palabras.

Tras haber visto la cinta varias veces Dave Cheyney llegó a lo que le parecía una conclusión irrefutable, aunque muchos de sus colegas -su compañero incluido- no compartían tal conclusión.

-Estaba esperando una respuesta del grupo -dijo Cheyney-. Fijaos, se le nota en la cara. Es algo tan viejo como el vodevil.

-Yo creía que el vodevil era eso donde una chica con traje de heroína se quitaba la ropa mientras el tipo que se pinchaba heroína tocaba la trompeta --comentó Pete Jacoby, su compañero.

Cheyney movió la mano en un gesto de impaciencia.

-Bueno, pues entonces piensa en la señora que solía tocar el piano acompañando a las películas mudas. O el tipo que hacía arpegios al órgano en los seriales de la radio.

Jacoby le miró con los ojos muy abiertos.

-Papi, ¿cuando tú eras niño ya tenían todas esas cosas? -le preguntó con voz aflautada.

-¿Quieres tomarte esto en serio por una vez? -le preguntó Cheyney-. Lo digo porque creo que estamos enfrentándonos a algo muy serio.

-No, es algo muy sencillo. Se trata de un chalado, y nada más.

-No -dijo Cheyney y volvió a accionar el botón de rebobinado del videocassette con una mano mientras encendía un nuevo cigarrillo con la otra-. Lo que tenemos es un tipo con mucha experiencia en el mundo del espectáculo más cabreado que una mona porque el tipo del tambor se ha olvidado de lo que debía hacer. -Hizo una pausa, puso cara pensativa y añadió:- ¡Cristo, Johnny lo hace continuamente...! Y si el tipo que se supone ha de responderle se olvidara de hacerlo creo que pondría la misma cara.

A esas alturas ya no importaba. El desconocido que no era Johnny Carson había tenido el tiempo suficiente para recuperarse, mirar al perplejo Ed McMahon y decir:

-Esta noche debe de haber luna llena, Ed... ¿Crees que...? -Y en ese momento los guardias de seguridad de la NBC irrumpieron en el estudio y cayeron sobre él. ¡Eh! ¿Quién coño creen que son...?

Pero ya estaban sacándole del estudio.

En la sala de control del Estudio C reinaba el silencio más absoluto. Los monitores del público recogían el mismo silencio. La Cámara Cuatro enfocaba al público y mostraba ciento cincuenta rostros asombrados y silenciosos. La Cámara Dos, la que se usaba para los planos medios de Ed McMahon, mostraba a un hombre tan patidifuso que su expresión casi resultaba cómica.

El director sacó un paquete de Winston del bolsillo de su pecho, cogió un cigarrillo, se lo puso en la boca, se lo sacó, le dio la vuelta dejando el filtro al aire y le atizó un feroz mordisco que partió el cigarrillo en dos mitades. Arrojó la mitad con el filtro en una dirección y escupió la mitad que no tenía filtro en otra dirección distinta.

-Id a la biblioteca y coged un programa de Rickles -dijo-. Nada de Joan Rivers. Y si veo a Totie Fields alguien acabará despedido.

Después se alejó con la cabeza gacha. Cuando salía de la sala de control le dio tal empujón a una silla que ésta chocó contra la pared, rebotó y estuvo a punto de fracturarle el cráneo a un novato recién salido de la universidad del sur de California que estaba muy pálido: la silla acabó volcándose y cayendo al suelo.

-No te preocupes -tranquilizó uno de los ayudantes de producción al novato en voz baja-. Es su forma de comer un *seppuku* honroso, nada más.

El hombre que no era Johnny Carson fue llevado a la comisaría de Burbank y se pasó el trayecto gritando que hablaría, no con su abogado, sino con su *equipo* de abogados. En Burbank, como en Beverly Hills y Hollywood Heights, la comisaría tiene un departamento conocido sencillamente como «funciones especiales de seguridad». Eso puede cubrir muchos aspectos del a veces un tanto enloquecido mundo de quienes hacen cumplir la ley en Ciudad Oropel. A los policías no les gusta y no sienten un gran respeto hacia él..., pero soportan su presencia. No cagas donde comes. Regla Número Uno.

«Funciones especiales de seguridad» puede ser el sitio al que es enviada una estrella de cine que esnifa coca y cuya última película alcanzó una recaudación bruta de setenta millones de dólares; también es el sitio donde se aparca a la maltrecha esposa de un productor de cine extremadamente poderoso y fue el sitio donde llevaron al hombre de los rizos oscuros.

El hombre que apareció en el escenario del Estudio C la tarde del 29 de noviembre ocupando el lugar de Johnny Carson se identificó a sí mismo como Ed Paladin. Pronunció el nombre con la expresión de quien espera ver como todos los que lo oyen caen de rodillas y algunos o algunas hasta le hacen una reverencia. Su permiso de conducir del Estado de California, su tarjeta de la Cruz Azul-Escudo Azul y sus tarjetas de la Amex y el Diner's Club también le identificaban como Edward Paladin.

El trayecto iniciado en el Estudio C terminó, al menos temporalmente, en la zona de «seguridad especial» de la comisaría de Burbank. Las paredes estaban recubiertas con

paneles de un plástico muy duro que casi parecía caoba y la habitación contaba con un diván y unas sillas de bastante buen gusto. Sobre el cristal de la mesita de café había una cigarrera llena de Dunhills y el muestrario de revistas incluía *Fortune*, *Variety*, *Vogue*, *Billboard* y *GQ*. La alfombra del suelo no era tan espesa como para que se te hundieran los tobillos en ella pero lo parecía, y sobre la gran pantalla del televisor había una guía de la televisión por cable. Había un bar (que ahora estaba cerrado) y un precioso cuadro estilo neoJackson Pollock colgado en una de las paredes. Pero las paredes tenían un aislamiento especial de corcho y el espejo situado encima del bar era un poco demasiado grande y un poquito demasiado brillante: evidentemente, estaba hecho de un cristal especial que permitía observar sin ser visto.

El hombre que se llamaba a sí mismo Ed Paladin metió las manos en los bolsillos de esa chaqueta deportiva suya un poco demasiado chillona, miró a su alrededor con cara de disgusto y dijo:

-Un cuarto de interrogatorios sigue siendo un cuarto de interrogatorios se le llame como se le llame.

El detective de primera Richard Cheyney le observó tranquilamente en silencio durante unos instantes. Cuando habló usó el tono de voz suave y cortés que le había ganado un sobrenombre aplicado mitad en broma y mitad en serio, «El detective de las estrellas». Hablaba así en parte porque sentía un auténtico aprecio y respeto hacia las gentes del espectáculo y, en parte, porque no le inspiraban ni la más mínima confianza. La mitad de las veces mentían sin ni tan siquiera saberlo.

-Señor Paladin, por favor, ¿podría decirnos cómo llegó al escenario del *Show de la noche* y dónde está Johnny Carson?

-¿Quién es Johnny Carson?

Pete Jacoby -Cheyney solía pensar que cuando llegara a mayor quería ser Henny Youngman- le lanzó una rápida y seca mirada tan conseguida y eficaz como la famosa cara de palo de Jack Benny. Después se volvió hacia Jacoby y dijo:

-Johnny Carson es el tipo que hacía de Mr. Ed. Ya sabe, el caballo parlante... Verá, lo que intento explicarle es que mucha gente conoce a Mr. Ed, el famoso caballo parlante, pero una cantidad de personas realmente tremenda no sabe que fue a Ginebra para que le hicieran una operación de cambio de especie y cuando volvió era...

Cheyney solía permitir que Jacoby hiciera sus numeritos (realmente, no había otra palabra con que definirlos, y Cheyney recordaba una ocasión en la que Jacoby consiguió que un hombre acusado de haber golpeado a su esposa y su bebé hasta matarlos acabara riéndose con tal entusiasmo que cuando firmó la confesión que permitiría encerrar a ese bastardo en la cárcel durante todo el resto de su vida el tipo estaba llorando, y no de remordimiento), pero esta noche no pensaba permitirlo. No necesitaba ver la llama que ardía bajo su trasero; podía sentirla, y la llama iba aumentando de potencia. Pete podía ser un poco lento a la hora de entender las cosas y quizá ésa fuera la razón por la que necesitaría dos o tres años más para llegar a detective de primera.... si es que alguna vez lo conseguía.

Unos diez años antes ocurrió algo realmente terrible en un pueblecito perdido llamado Chowchilla. Dos personas (al menos caminaban sobre dos piernas, si podías creer a los noticiarios) secuestraron un autobús lleno de niños, los enterraron vivos y pidieron una enorme suma de dinero. De lo contrario, dijeron, los críos se quedarían donde estaban y se dedicarían a intercambiarse cromos de béisbol hasta que se les acabara el aire. Aquella historia tuvo un final feliz pero podía haber sido una pesadilla. Y bien sabía Dios que

Johnny Carson no era un autobús cargado de niños, pero el caso poseía ese mismo atractivo enloquecido: se trataba de un acontecimiento raro que tanto el *Los Angeles Times-Mirror* como el *National Enquirer* harían figurar en sus primeras planas. Lo que Pete no comprendía era que les había ocurrido algo extremadamente raro: vivían en el mundo del trabajo policial cotidiano, un mundo donde casi todo tiene alguna de las tonalidades del gris y, de repente, se habían visto colocados en una situación de los más feroces contrastes. Ofrecednos algún resultado dentro de veinticuatro horas, treinta y seis como mucho, o sentaros a ver cómo los federales se encargan de todo..., y empezad a decirle adiós a vuestros traseros.

Las cosas habían ocurrido tan deprisa que ni tan siquiera después pudo estar completamente seguro, pero Cheyney creía que hasta ese momento los dos habían estado actuando guiados por la presunción, no pregonada en voz alta, de que Carson había sido secuestrado y aquel tipo había tomado parte en el asunto.

-Bien, señor Paladin, vamos a hacerlo siguiendo el manual -dijo Cheyney.

Aunque se dirigía al hombre que le escuchaba atentamente desde una de las sillas (se negó a sentarse en el sofá nada más verlo), la mirada de Cheyney se clavó durante una fracción de segundo en Pete. Llevaban casi doce años siendo compañeros y le bastó con lanzarle aquella rápida mirada de soslayo.

Se acabaron los numeritos de comedia barata, Pete.

Mensaje recibido.

-En primer lugar, el Aviso Miranda -prosiguió Cheyney con voz afable-. Estoy obligado a informarle de que se encuentra bajo la custodia de la policía de Burbank. Aunque no estoy obligado a hacerlo ahora mismo, añadiré que una acusación preliminar de intrusión ilegal...

- ¡Intrusión ¡legal! -El rostro de Paladin enrojeció a causa de la ira.

-...en una propiedad de la que la National Broadcasting Company es tanto dueña como inquilina ha sido presentada contra usted. Soy el detective de primera clase Richard Cheyney y este hombre es mi compañero, el detective de segunda clase Peter Jacoby. Me gustaría hablar con usted.

-Quiere decir que desean someterme a un jodido interrogatorio.

-En todo caso, se trata de un interrogatorio limitado a una sola pregunta -arguyó Cheyney-. Por lo demás, de momento sólo quiero hablar con usted. En otras palabras, tengo que hacerle una pregunta relacionada con la acusación que ha sido presentada; el resto está relacionado con otros asuntos.

-Bueno, ¿cuál es la jodida pregunta?

-Oh, eso sería ir en contra del manual -intervino Jacoby.

-Estoy obligado a informarle de que tiene derecho a... -dijo Cheyney.

-A que esté presente mi ahogado, ¿no? -cortó Paladin-. Y acabo de decidir que antes de responder a una sola de sus jodidas preguntas, y eso incluye donde he almorzado hoy y lo que he comido, él va a estar presente. Su nombre es Albert K. Dellums.

Pronunció aquel nombre como si el oírlo debiera hacer que los dos detectives se tambalearan sobre sus pies, pero Cheyney nunca lo había oído, y la cara que puso Pete le hizo darse cuenta de que él tampoco lo conocía.

Aquel Ed Paladin quizá acabara resultando ser alguna especie de loco pero no era ningún idiota. Captó las veloces miradas que se intercambiaron los dos detectives y supo descifrar fácilmente su significado. ¿Le conoces?, le preguntaron los ojos de Cheyney a los de Jacoby, y los de Jacoby replicaron: *Jamás he oído hablar de él.*

Y, por primera vez, una fugaz expresión de perplejidad -no era miedo, todavía no- cruzó por el rostro del señor Edward Paladin.

-Al Dellums -dijo, alzando la voz como hacen algunos norteamericanos cuando viajan al extranjero, aparentemente convencidos de que lograrán hacerse comprender por el camarero si hablan muy despacio y casi gritando-. Al Dellums, de Dellums, Carthage, Stoneham y Tayloe. Supongo que no debería sorprenderme tanto el que no hayan oído hablar de él... No es más que uno de los abogados mejor conocidos y de mayor importancia de todo el país. -Paladin tiró secamente del puño izquierdo de su chaqueta deportiva un poco demasiado chillona y le echó una mirada a su reloj-. Caballeros, si le llaman a su casa se enfadará bastante. Si llaman a su club, y creo que ésta es su noche de club, se pondrá tan furioso como un oso cabreado.

A Cheyney no le impresionaban las fanfarronadas. Si se pudieran vender a veinticinco centavos el kilo habría podido dejar de trabajar para el resto de su vida, pero aunque sólo había podido verlo durante una fracción de segundo, ese instante había bastado para que se diera cuenta de que el reloj de Paladin no sólo era un Rolex, sino que era un Rolex Estrella de Medianoche. Podía ser una imitación, naturalmente, pero su instinto le decía que era auténtico en parte porque tenía la firme convicción de que Paladin no estaba intentando impresionarle..., quería ver qué hora era, nada más y nada menos que eso. Y si el reloj era auténtico..., bueno, había modelos de yate que costaban menos dinero. ¿Qué estaba haciendo un hombre que podía permitirse el lujo de comprar un Rolex Estrella de Medianoche metido en un asunto tan raro como éste?

Y ahora debía ser Cheyney quien había puesto una cara de perplejidad lo bastante expresiva para que Paladin se diera cuenta de ella, pues le vio sonreír: sus labios se tensaron en una seca mueca desprovista de todo buen humor, revelando dientes protegidos por pulcras fundas.

-Esta habitación tiene un aire acondicionado estupendo -dijo, cruzando las piernas y poniéndose bien la raya del pantalón con un distraído papirotazo de los dedos-. Disfrútenlo mientras puedan. Patrullar la calle en Watts resulta bastante caluroso incluso en esta época del año.

-Cierre el pico, listo -ordenó Jacoby, con un tono de voz seco, ronco y algo gutural que no se parecía en nada al que empleaba para sus numeritos de comedia barata.

-¿Qué ha dicho?

-He dicho que cierre el pico cuando el detective Cheyney esté hablando con usted. Déme el número de su abogado. Me ocuparé de que le llamen. Mientras tanto, creo que debería tomarse la molestia de sacar la cabeza del trasero durante unos segundos y mirar a su alrededor: así se dará cuenta de dónde está y hasta qué punto es serio el lío en que se ha metido. Creo que debería reflexionar un poco sobre el hecho de que por el momento sólo hay una acusación contra usted pero quizá acaben cayéndole encima las suficientes para tenerle entre rejas hasta bien entrado el siglo próximo..., y puede que le caigan encima antes de que salga el sol mañana por la mañana.

Jacoby sonrió. La sonrisa que empleó tampoco se parecía en nada a la sonrisa hola-chicos-¿hay-aquí-alguien-de-Duluth? perteneciente a su repertorio de numeritos de comedia barata. Como la de Paladin, fue un breve tensarse de los labios, nada más.

-Tiene razón..., el aire acondicionado de aquí no está nada mal. Además, la televisión funciona y, cosa rara, la gente que sale en ella no tiene la cara verde como si estuvieran muriéndose de mareo. El café es bueno..., hecho con percolador, no instantáneo. Y ahora, si tiene ganas de contarnos dos o tres chistes más, puede esperar a su genio de las

leyes en una de las celdas de retención temporal que hay en el quinto piso. En el quinto la única diversión es oír a los chicos que lloran llamando a sus mamás y a los borrachos que vomitan encima de sus playeras. No sé quién se cree que es y no me importa porque en lo que a mí concierne usted no es nadie. No le había visto jamás, no había oído hablar de usted en mi vida y si continúa jorobándome me encargaré de ensancharle la raja del culo gratis.

-Es suficiente -dijo Cheyney en voz baja.

-Se lo dejaré tan bien arreglado que podrá usarlo para aparcar una camioneta Ryder, señor Paladin... ¿Me entiende? ¿Capta, amigo?

Los ojos de Paladin no habrían podido estar más desorbitados ni aunque poseyeran zarcillos conectados a las cuencas. Se había quedado boquiabierto. Después, sin decir nada, se sacó la cartera del bolsillo de la chaqueta («alguna especie de piel de lagarto -pensó Cheyney-. Dos meses de sueldo, quizá tres»). Encontró la tarjeta de su abogado (Cheyney vio que el número de su casa estaba anotado a mano en el reverso de la tarjeta, y no formaba parte de lo impreso en el anverso) y se la entregó a Jacoby. Sus dedos mostraban los primeros indicios de un leve temblor.

-¿Pete?

Jacoby le miró y Cheyney se dio cuenta de que no estaba fingiendo; Paladin había logrado irritar considerablemente a su compañero, lo que casi era una hazaña.

-Haz personalmente la llamada.

-De acuerdo.

Jacoby salió de la habitación.

Cheyney miró a Paladin y le asombró darse cuenta de que estaba empezando a sentir pena por aquel hombre. Antes había parecido perplejo; ahora parecía estar asombrado y asustado, como el hombre que despierta de una pesadilla para descubrir que la pesadilla no ha desaparecido.

-Observe con atención -dijo Cheyney en cuanto la puerta se hubo cerrado-, y le mostraré uno de los misterios del Oeste. Es decir, del oeste de Los Angeles.

Apartó el neoPollock colgado en la pared y reveló, no una caja fuerte, sino un conmutador. Lo accionó y dejó que el cuadro se deslizara volviendo a quedar en su sitio.

-Cristal de un solo sentido -explicó Cheyney, señalando con el pulgar hacia aquel espejo excesivamente grande que había encima del bar.

-No me sorprende demasiado -dijo Paladin.

Cheyney pensó que aquel hombre quizá poseyera algunos de los molestos hábitos egocéntricos de los Super Ricos y Muy Conocidos de Los Angeles, pero también era un actor francamente soberbio: sólo un hombre de tanta experiencia como Cheyney podría haberse dado cuenta de que a Paladin le faltaba muy poco para echarse a llorar.

Pero no llorar porque se sintiera culpable de algo, y eso era lo sorprendente, lo que resultaba tan condenadamente... inexplicable.

No, le faltaba muy poco para llorar de perplejidad.

Volvió a sentir aquella absurda pena hacia él, absurda porque eso suponía que el tipo era inocente: Cheyney no quería ser la pesadilla de Edward Paladin. No quería ser el mandamás de una novela de Kafka donde de repente nadie sabe quién es o por qué se encuentra allí.

-No puedo hacer nada respecto al espejo -le informó. Fue hacia la mesita de café y tomó asiento enfrente de Paladin-. Pero acabo de quitar el sonido, así que si me dice algo

nadie se enterará, y viceversa. -Sacó un paquete de Kent del bolsillo de su pecho, se metió uno en la comisura de los labios y le ofreció el paquete a Paladin-. ¿Fuma?

Paladin cogió el paquete, lo examinó y sonrió.

-Qué casualidad: yo también fumaba Kent... No he fumado un cigarrillo desde la noche en que murió Yul Brynner, señor Cheyney. Creo que no tengo ganas de volver a empezar ahora.

Cheyney volvió a meterse el paquete en el bolsillo.

-¿Podemos hablar? -le preguntó.

Paladin puso los ojos en blanco.

-Oh, Dios mío; es Joan Raiford.

-¿Quién?

-Joan Raiford. Ya sabe: «Llevé a Elizabeth Taylor a Marinelandia y cuando vio a Shamu la Ballena me preguntó si la servían con guarnición de verduras...». Se lo repito, detective Cheyney: basta de niñerías. No tengo ni una sola razón para pensar que ese conmutador de allí sea auténtico. Dios mío, ¿tan inocente me cree?

¿Joan Raiford? ¿Es realmente eso lo que ha dicho? ¿Joan Raiford? -¿Qué ocurre? -le preguntó Paladin con afabilidad. Descruzó las piernas y volvió a cruzarlas al revés que antes-. ¿Cree haber visto alguna salida limpia a todo esto? ¿Piensa que voy a derrumbarme, cree que acabaré contándole todo, absolutamente todo, pero, por favor, poli, no deje que me fríen?

-Creo que aquí está ocurriendo algo muy raro, señor Paladin -aventuró Cheyney poniendo toda la fuerza de su personalidad detrás de esas palabras-. Usted no entiende lo que ocurre y yo tampoco lo entiendo. En cuanto llegue su abogado quizá consigamos aclararnos y quizá no lo consigamos. Lo más probable es que no lo consigamos, así que escúcheme y use su cerebro, por el amor de Dios. Ya le he soltado el Aviso Miranda. Usted dijo que deseaba contar con la presencia de su abogado. Si hubiera algún magnetófono registrando lo que decimos, acabo de quedarme sin caso. A su abogado le bastaría decir que yo he intentado engañarle para conseguir una confesión y usted quedaría libre, sea lo que sea lo que le haya ocurrido a Carson, y yo podría irme preparando para trabajar como guardia de seguridad en uno de esos pueblecitos llenos de pulgas que hay junto a la frontera.

-Parece usted muy seguro de lo que dice -replicó Paladin-, pero yo no soy abogado.

Pero... *Convénzame*, decían sus ojos. *Sí, hablemos de esto, veamos si podemos aclarar las cosas porque tiene razón: aquí está pasando algo muy raro. Así que..., bueno, convénzame.*

-¿Vive su madre? -le preguntó de repente Cheyney.

-¿Qué...? Sí, pero ¿qué tiene que ver eso con...?

-¡O habla conmigo o yo personalmente me encargaré de buscar a dos policías de la patrulla motorizada y los tres iremos mañana a violarla! -aulló Cheyney y-. ¡Se la meteré hasta el fondo del trasero! ¡Luego le cortaremos las tetas y las dejaremos encima del césped de su jardín, así que será mejor que hable!

El rostro de Paladin se había puesto tan blanco como la leche, de una blancura tan blanca que casi parecía azul.

-Y ahora, ¿está convencido? -le preguntó Cheyney en voz baja y suave-. No estoy loco. No voy a violar a su madre. Pero con semejante afirmación en una cinta

magnetofónica, usted podría decir que era el tipo que estaba en esa loma de Dallas* y la policía de Burbank jamás exhibiría la cinta como prueba. Quiero hablar con usted, amigo. ¿Qué está pasando aquí?

Paladin meneó la cabeza con expresión de cansancio.

-No lo sé -concluyó.

Jacoby entró en la habitación situada al otro lado del cristal, reuniéndose con el teniente McEachern, Ed McMahon (que aún tenía cara de asombro) y un grupito de técnicos sentados tras una mesa llena de equipo electrónico muy sofisticado. Se rumoreaba que el jefe de policía del departamento de policía de Los Ángeles y el alcalde estaban compitiendo para ver quién llegaba antes a Burbank.

-¿Ha hablado? -preguntó Jacoby.

-Creo que va a hacerlo -dijo McEachern.

Sus ojos le habían lanzado una breve mirada a Jacoby cuando entró pero volvían a estar clavados en la ventana. El cristal de un solo sentido hacía que la piel de los hombres sentados al otro lado se volviera de un leve color amarillento: Cheyney estaba fumando y parecía relajado, Paladin estaba tenso pero intentaba controlarse. El sonido de sus voces brotaba con una limpidez perfecta y sin la más mínima distorsión de los altavoces incrustados en el techo: en cada esquina del cuarto había un Bose del último modelo.

-¿Ha conseguido hablar con su abogado? -preguntó McEachern sin apartar los ojos de los dos hombres.

-El número de su casa, anotado en la tarjeta, pertenece a una mujer de la limpieza llamada Howlanda Moore -explicó Jacoby.

McEachern le lanzó otra breve y rápida mirada.

-Negra, por su forma de hablar, y yo diría que nacida en el delta del Mississippi. Había niños gritando y peleándose como ruido de fondo. No llegó a decirles: «¡O arrancaré la pié a tiraz zi no callái», pero poco le faltó. Hace tres años que tiene ese número de teléfono. Volví a marcarlo dos veces.

-¡Jesús! -exclamó McEachern-. ¿Ha probado con el número de su despacho?

-Sí -replicó Jacoby-. Hablé con una cinta magnetofónica. Teniente, ¿cree que comprar acciones de la Confederada de Teléfonos es una buena inversión?

Las grises pupilas de McEachern se volvieron nuevamente hacia Jacoby.

-El número que hay en el anverso de la tarjeta pertenece a un agente de bolsa bastante importante -informó Jacoby en voz baja-. Busqué en la sección de abogados de las páginas amarillas. No encontré ningún Albert K. Dellums. El que más se le aproximaba era un tal Albert Dillon, sin inicial intermedia. El bufete de abogados de la tarjeta no figura en la guía telefónica.

-Cristo, apiádate de nosotros -dijo McEachern, y un instante después la puerta se abrió con un golpe seco y un hombrecillo con cara de mono entró en la habitación.

Al parecer, el alcalde había ganado la carrera a Burbank. -¿Qué está pasando aquí? -le preguntó a McEachern. -No lo sé -concluyó McEachern.

* Según la versión oficial, Kennedy fue asesinado en Dallas por Lee Harvey Oswald, pero algunas teorías afirman que hubo un segundo tirador que jamás ha sido identificado. (N. del T.)

-Está bien -dijo Paladin con voz cansada-. Hablemos de ello. Detective Cheyney, me siento como el hombre que se ha pasado un par de horas subido a una atracción de feria que le ha dejado bastante desorientado. O como si alguien me hubiese metido LSD en la bebida... Dado que nadie nos oye, ¿cuál era esa única pregunta de su interrogatorio? Empecemos con eso.

-De acuerdo -accedió Cheyney-. ¿Cómo logró entrar en el complejo de la emisora y cómo llegó al Estudio C?

-Eso son dos preguntas.

-Le pido disculpas.

Paladin le dirigió una leve sonrisa.

-Entré en el complejo y en el estudio de la misma forma que he estado entrando en ese complejo y en ese estudio desde hace más de veinte años -le contó-. Con mi pase. Eso, añadido al hecho de que conozco a todos los guardias de seguridad del edificio. Mierda, llevo allí más tiempo que la mayoría de ellos...

-¿Puedo ver ese pase? -le preguntó Cheyney. Habló con voz tranquila pero una vena bastante grande había empezado a latir en su garganta.

Paladin le contempló con cierta cautela durante un par de segundos y acabó volviendo a sacarse la cartera de piel de lagarto del bolsillo. Hurgó en ella unos instantes y acabó arrojando un pase artístico de la NBC perfectamente correcto sobre la mesa.

Correcto en todo salvo en un detalle.

Cheyney apagó su cigarrillo, cogió el pase y lo examinó. El pase estaba laminado. En una esquina había el pavo real de la NBC, algo que sólo figuraba en los pases de los veteranos. El rostro de la foto era el de Edward Paladin. La talla y el peso eran correctos. Naturalmente, no había casilla para el color de los ojos, el de la cabellera o la edad; cuando tratas con grandes personalidades todo eso sobra. Camina con cuidado, forastero, pues aquí puede haber tigres...

Lo único que no encajaba del pase era su color: rosa salmón. Los pases artísticos de la NBC eran de color rojo.

Cheyney había visto otra cosa mientras Paladin buscaba su pase. -Por favor, ¿podría sacar un billete de dólar de su cartera y ponerlo sobre la mesa? -le pidió en voz baja y suave.

-¿Por qué?

-Enseguida se lo explicaré -contestó Cheyney-. Uno de cinco o uno de diez también valdrían.

Paladin le observó en silencio y volvió a abrir su cartera. Cogió su pase, se lo guardó y extrajo cuidadosamente un billete de dólar de la cartera. Le dio la vuelta y lo dejó de cara a Cheyney. Éste sacó su cartera del bolsillo de la chaqueta (era una vieja y sobada Lord Buxton que estaba empezando a romperse por las costuras; tendría que sustituirla por otra pero le resultaba más fácil pensarlo que hacerlo) y extrajo uno de los billetes de dólar que llevaba dentro. Lo puso junto al de Paladin y les dio la vuelta para que Paladin pudiera verlos del derecho..., y para que pudiera examinarlos.

Cosa que Paladin hizo en silencio durante casi un minuto. Su rostro se fue volviendo de un color rojo oscuro... y el color fue esfumándose poco a poco. Después Cheyneypensó que probablemente habría tenido intención de gritar ¿QUÉ COÑO ESTA PASANDO AQUÍ?, pero lo que salió de sus labios fue un débil jadeo ahogado.

-... qué...

-No lo sé -concluyó Cheyney.

El billete de un dólar de Cheyney estaba a la derecha, un papel gris verdoso que ya no era de un nuevo flamante pero sí seguía siendo lo suficientemente nuevo como para no tener ese aspecto arrugado y flácido opio de los billetes que han cambiado de mano en muchas ocasiones. Un número 1 grande en las esquinas de arriba, un número 1 más pequeño en las de abajo, BILLETE DE LA RESERVA FEDERAL escrito en letras mayúsculas no muy grandes entre los números 1 de arriba y LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA en letras de mayor tamaño, con la letra A rodeada por una orla a la izquierda de la efigie de Washington, orla que iba acompañada por la afirmación de que ESTE BILLETE ES MONEDA LEGAL PARA TODAS LAS DEUDAS, PÚBLICAS Y PRIVADAS... Era un billete de la serie de 1985, y estaba firmado por James A. Baker III.

El billete de Paladin no se le parecía en nada.

Los números 1 de las cuatro esquinas eran iguales; la frase LOS ESTADOS UNIDOS DE AMERICA también era igual; la afinación de que el billete podía ser usado para pagar todas las deudas públicas y privadas era idéntica.

Pero el billete de Paladin era de un color azul celeste.

En vez de BILLETE DE LA RESERVA FEDERAL llevaba escrito MONEDA DEL GOBIERNO.

En vez de la letra A había una F.

Pero lo que más le llamó la atención a Cheyney fue la imagen del hombre que había en el billete, igual que le ocurrió a Paladin con el billete de Cheyney.

El billete gris verdoso de Cheyney lucía la efigie de George Washington.

El billete azul celeste de Paladin la de James Madison.

Una tarde en lo de Dios

(An evening at God's)

(King escribió esta pequeña obra de teatro por motivos benéficos, y fue representada el 23 de abril de 1990. El manuscrito original fue subastado luego de la función)

Una obra de un minuto, 1990

ESCENARIO EN PENUMBRAS. Acto seguido un reflector ilumina un globo de papel maché que gira sobre sí mismo en el medio de la oscuridad. Poco a poco, las luces del escenario SE ENCIENDEN y podemos ver una desnuda representación de una sala de estar: una silla común y corriente junto a una mesa (hay una botella de cerveza abierta sobre esa mesa) y un televisor al otro lado del cuarto. Hay un refrigerador de picnic lleno de cerveza bajo la mesa, además de cierta cantidad de botellas vacías. DIOS la está pasando en grande. Se advierte una puerta a la izquierda del escenario.

DIOS -un tipo corpulento de barba blanca- está sentado en la silla, leyendo un libro (*Cuando las cosas malas le suceden a las personas buenas*) y mirando la pantalla alternadamente. Cada vez que quiere mirar la tele tiene que estirar el cuello porque el globo flotante (que imagino que en realidad cuelga de un hilo) se encuentra justo en la línea de su visión. Por la tele están pasando una comedia. De vez en cuando DIOS se ríe entre dientes junto a las risas grabadas.

Suena un golpe en la puerta.

DIOS (*con la voz bien amplificada*):

¡Adelante! ¡Pase, pase que está abierto!

La puerta se abre. SAN PEDRO entra en escena, vestido con una moderna túnica blanca. Además está llevando un maletín.

DIOS:

¡Pedro! ¡Creí que estabas de vacaciones!

SAN PEDRO:

Salgo en una hora y media, pero pensé en traerle los papeles para que los firme.

¿Y usted cómo se encuentra, DIOS?

DIOS:

Mejor. Ahora sé lo que es comer esos ajíes picantes. Me hacen salir fuego por ambos extremos. ¿Trajiste las cartas de las transmisiones del infierno?

SAN PEDRO:

Sí, por fin. Gracias a DIOS. Si es que me disculpa el juego de palabras.

Saca algunos papeles de su cartera. DIOS los examina y luego tiende una mano con impaciencia. SAN PEDRO se había quedado observando el globo flotante. Luego vuelve la mirada, descubre que DIOS lo está esperando, y le coloca una lapicera sobre la mano extendida. DIOS garrapatea su firma. Mientras lo hace, SAN PEDRO vuelve a mirar fijamente al globo.

SAN PEDRO:

¿De modo que la Tierra sigue allí, eh? Después de todos estos años.

DIOS le devuelve los papeles y la contempla. Luce bastante irritado.

DIOS:

Sí, la mujer de la limpieza es la perra más olvidadiza del universo.

Una EXPLOSIÓN DE RISAS suena en la televisión. DIOS estira el cuello para poder ver, pero es demasiado tarde.

DIOS:

¡Maldición! ¿Ese era Alan Alda?

SAN PEDRO:

Puede que haya sido, señor; en realidad no logré verlo.

DIOS:

Yo tampoco.

Se inclina hacia adelante y aplasta al globo flotante, reduciéndolo a polvo.

DIOS (*inmensamente satisfecho*):

Bien. Hace bastante tiempo que andaba con ganas de hacerlo. Ahora puedo ver la televisión tranquilo.

SAN PEDRO observa con tristeza los restos aplastados de la Tierra.

SAN PEDRO:

Umm... me temo que ése era el mundo de Alan Alda, DIOS.

DIOS:

¿En serio? (risitas en la televisión) ¡Robin Williams! ¡Yo AMO a Robin Williams!

SAN PEDRO:

Me parece que Alda y Williams se encontraban allí cuando... bueno... cuando usted pronunció el Juicio Final, señor.

DIOS:

Oh, no hay problema: tengo todos los vídeos. ¿Quieres una cerveza?

Cuando SAN PEDRO acepta una, las luces del escenario comienzan a bajar de intensidad. Un reflector se concentra sobre los restos del globo.

SAN PEDRO:

Realmente me caía bien, DIOS; la Tierra, quiero decir.

DIOS:

No estaba tan mal, pero hay más de esas por ahí. Y ahora... ¡Brindemos por tus vacaciones!

Ambos no son más que dos sombras en la penumbra, aunque DIOS es el más fácil de distinguir porque tiene un débil halo de luz alrededor de su cabeza. Hacen entrechocar sus botellas. En la tele suenan varias carcajadas.

DIOS:

¡Mira! ¡Es Richard Pryor! ¡Ese tipo me mata! Aunque imagino que también estaba...

SAN PEDRO:

Ummm... así es, señor.

DIOS:

Mierda. (Una pausa). Tal vez fuera mejor que dejara de beber. (Otra pausa). Aunque de todas formas... iba a terminar de esa manera.

La escena se funde en negro, salvo por el reflector que ilumina las ruinas del globo flotante.

SAN PEDRO:

Sí señor.

DIOS (*murmurando*):

¿Mi hijo volvió, no?

SAN PEDRO:

Así es señor, hace ya algún tiempo.

DIOS:

Bueno. Entonces está todo al pelo.

EL REFLECTOR SE APAGA.

(*Nota del Autor: La VOZ DE DIOS debe sonar tan alta como sea posible.*)

El asesino

(The killer)

(Este relato es muy similar a "Tengo que huir", publicado en "Gente, lugares y cosas. Vol.1". Esta versión corregida fue publicada por primera vez en 1994, en la revista Famous monsters of filmland, Nro.202)

Repentinamente se despertó sobresaltado, y se dio cuenta de que no sabía quien era, ni que estaba haciendo aquí, en una fábrica de municiones. No podía recordar su nombre ni que había estado haciendo. No podía recordar nada.

La fábrica era enorme, con líneas de ensamblaje, y cintas transportadoras, y con el sonido de las partes que estaban siendo ensambladas.

Tomó uno de los revólveres acabados de una caja donde estaban siendo, automáticamente, empaquetados. Evidentemente había estado operando en la máquina, pero ahora estaba parada.

Recogía el revólver como algo muy natural. Caminó lentamente hacia el otro lado de la fábrica, a lo largo de las rampas de vigilancia. Allí había otro hombre empaquetando balas.

"¿Quién Soy?" - le dijo pausadamente, indeciso.

El hombre continuó trabajando. No levantó la vista, daba la sensación de que no le había escuchado.

"¿Quién soy? ¿Quién soy?" - gritó, y aunque toda la fábrica retumbó con el eco de sus salvajes gritos, nada cambió. Los hombres continuaron trabajando, sin levantar la vista.

Agito el revólver junto a la cabeza del hombre que empaquetaba balas. Le golpeó, y el empaquetador cayó, y con su cara, golpeó la caja de balas que cayeron sobre el suelo.

El recogió una. Era el calibre correcto. Cargó varias más.

Escucho el click-click de pisadas sobre él, se volvió y vio a otro hombre caminando sobre una rampa de vigilancia. "¿Quién soy?" - le gritó. Realmente no esperaba obtener respuesta.

Pero el hombre miró hacia abajo, y comenzó a correr.

Apuntó el revólver hacia arriba y disparó dos veces. El hombre se detuvo, y cayó de rodillas, pero antes de caer, pulsó un botón rojo en la pared.

Una sirena comenzó a aullar, ruidosa y claramente.

"¡Asesino! ¡asesino! ¡asesino!" - bramaron los altavoces.

Los trabajadores no levantaron la vista. Continuaron trabajando.

Corrió, intentando alejarse de la sirena, del altavoz. Vio una puerta, y corrió hacia ella.

La abrió, y cuatro hombres uniformados aparecieron. Le dispararon con extrañas armas de energía. Los rayos pasaron a su lado.

Disparó tres veces más, y uno de los hombres uniformados cayó, su arma resonó al caer al suelo.

Corrió en otra dirección, pero más uniformados llegaban desde la otra puerta. Miró furiosamente alrededor. ¡Estaban llegando de todos lados! ¡Tenía que escapar!

Trepó, más y más alto, hacia la parte superior. Pero había más de ellos allí. Le tenían atrapado. Disparó hasta vaciar el cargador del revolver.

Se acercaron hacia él, algunos desde arriba, otros desde abajo. "¡Por favor! ¡No disparen! ¡No se dan cuenta que solo quiero saber quien soy!"

Dispararon, y los rayos de energía le abatieron. Todo se volvió oscuro...

Les observaron como cerraban la puerta tras él, y entonces el camión se alejó. "Uno de ellos se convierte en asesino de vez en cuando," dijo el guarda.

"No lo entiendo," dijo el segundo, rascándose la cabeza. "Mira ese. ¿Qué era lo que decía? Solo quiero saber quién soy. Eso era.

Parecía casi humano. Estoy comenzando a pensar que están haciendo esos robots demasiado bien."

Observaron al camión de reparación de robots desaparecer por la curva.

El sueño de Harvey

(Harvey's dream)

(Publicado el 23 de Junio de 2003 en la revista "The New Yorker")

Janet se aleja del lavaplatos y, boom, en un instante su esposo por casi treinta años se encuentra sentado en la mesa de la cocina con una camiseta blanca y un par de bóxers Gran Perro, observándola. Más y más a menudo ha encontrado un sábado en la mañana a este entre semana comodoro de Wall Street en ese mismo lugar y vestido de esa manera: con los hombros caídos y un vacío en el ojo, vello blanco en sus mejillas, tetillas caídas que se aprecian en la parte de adelante de la camiseta, el cabello erizado atrás como Alfalfa el de los Little Rascals envejecido y estúpido. Janet y su amiga Hannah se han asustado una a la otra últimamente (como niñas contándose historias de fantasmas durante una noche fuera de casa) intercambiando cuentos de Alzheimer: quién ya no puede reconocer a su esposa, quién ya no puede recordar los nombres de sus hijos.

No obstante, no cree realmente que estas apariciones silenciosas de la mañana del sábado tengan nada que ver con un Alzheimer de inicio temprano; cualquier día entre semana Harvey Stevens está listo y ansioso de irse hacia las seis y cuarenta y cinco, un hombre de sesenta que parece de cincuenta (bueno, cincuenta y cuatro) con cualquiera de sus mejores trajes, y quien aún puede sellar un negocio, comprar al margen, o vender con los mejores.

No, piensa, esto es tan sólo practicar a ser viejo, y ella lo odia. Teme que cuando él se retire será así todas las mañanas, por lo menos hasta que le dé un vaso de jugo de naranja y le pregunte (con una impaciencia en aumento que no podrá evitar) si quiere cereal o sólo una tostada. Teme que ella dé la vuelta dejando lo que esté haciendo y lo vea sentado allí en medio de un mañana demasiado soleada, Harvey en la mañana, Harvey en camiseta y con sus bóxers, con las piernas bien separadas para que ella pueda ver la insuficiente hinchazón de su entrepierna (como si le preocupara) y vea los callos amarillos en los inmensos dedos de sus pies, que siempre le hicieron pensar en Wallace Stevens engañando al Emperador del Helado. Sentado allí silencioso dopadamente contemplativo en vez de listo y ansioso, preparándose para el día. Dios, espera estar equivocada. Esto hace ver tan leve la vida, tan estúpida de alguna manera. No puede evitar preguntarse si esto es por lo que lucharon, por lo que criaron y casaron a tres chicas, por lo que superaron su inevitable infidelidad de edad madura, por lo que trabajaron y en ocasiones (afrontémoslo) se aferraron. Si aquí es a donde se llega al salir de los bosques oscuros, piensa Janet, este . . . este parqueadero . . . ¿Entonces por qué alguien lo haría?

Pero la respuesta es fácil. Porque no sabías. Ignoraste la mayoría de las mentiras en el camino pero te aferraste a aquella que decía que la vida importaba. Mantuviste un álbum de fotos y recuerdos dedicado a las niñas, y en él eran aún jóvenes y aún interesantes en sus posibilidades: Trisha, la mayor, con un sombrero y ondeando una varita sobre Tim, el cocker spaniel; Jenna, atrapada en pleno salto a través de la regadora del césped, su gusto por la marihuana, las tarjetas de crédito y los hombres mayores aún lejos en el horizonte; Stephanie, la menor, en el concurso de gramática del condado donde "murciélagos" resultó ser su Waterloo. En algún lugar en la mayoría de estas fotografías (usualmente atrás) se

encontraban Janet y el hombre con quien se casó, siempre sonriendo, como si fuera contra la ley hacer algo diferente.

Y entonces un día cometiste el error de mirar por encima de tu hombro y descubriste que las niñas habían crecido y que el hombre con el que luchabas por seguir estando casada se sentaba con las piernas aparte, sus piernas blanquecinas, observando en el sol, y por Dios que podía parecer de cincuenta y cuatro con cualquiera de sus mejores trajes, pero sentado ahí en la mesa de la cocina así parecía de setenta. Demonios, setenta y cinco. Se veía como lo que los matones de “Los Soprano” llamaban un ente.

Voltea de nuevo al lavaplatos y estornuda delicadamente, una, dos, tres veces.

“¿Cómo están esta mañana?” pregunta él, refiriéndose a su sinusitis, refiriéndose a sus alergias. La respuesta es no muy bien, pero, al igual que un número de cosas malas, sus alergias veraniegas tienen su lado bueno. Ya no tiene que dormir con él ni pelear por las cobijas a media noche; ya no tiene que escuchar el ocasional pedo tibio mientras los soldados de Harvey se consumen aún más en el sueño. La mayoría de noches durante el verano ella logra seis, incluso siete horas, y eso es más que suficiente. Cuando cae el otoño y él se vuelve a mudar del cuarto de invitados, pasarán a ser cuatro, y gran parte de ellas, tormentosas.

Un año, sabe, él no volverá a mudarse a su cuarto. Y aunque no se lo dice –heriría sus sentimientos, y todavía no le gusta lastimar sus sentimientos; esto es lo que hace ahora las veces de amor entre ellos, al menos en lo que a ella compete – se alegrará. Suspira y toma la jarra de agua del lavaplatos. La mueve en sus manos. “No tan mal”, dice. Y entonces, justo cuando está pensando (y no por vez primera) en cómo su vida ya no tiene sorpresas, ningunas profundidades maritales por explorar, él dice en una voz extrañamente casual, “Afortunadamente no dormiste anoche conmigo, Jax. Tuve un mal sueño. Realmente me desperté gritando”.

Ella está sorprendida. ¿Hace cuánto no la llamaba Jax, en vez de Janet o Jan? El último es un apodo que ella odia en secreto. La hace pensar en esa empalagosa actriz de “Lassie” cuando era niña, el niño (Timmy, su nombre era Timmy) siempre caía en un pozo o era mordido por una serpiente, o atrapado por una roca, ¿y qué clase de padres ponen la vida de su hijo en las manos de un jodido collie?

Se giró de nuevo hacia él, olvidando la jarra aún con un último huevo en ella, el agua ya apenas tibia. ¿Tuvo un mal sueño? ¿Harvey? Intenta recordar cuándo ha mencionado Harvey alguna vez haber tenido algún sueño cualquiera y no tiene suerte. Todo lo que le llega es un vago recuerdo de sus días de cortejo, Harvey diciéndole algo como “Soñé contigo”, ella lo suficientemente joven como para pensar que era dulce en vez de falaz.

“¿Que tú qué?”

“Me desperté gritando”, dice. “¿No me escuchaste?”

“No”. Todavía observándolo. Preguntándose si está bromeando. Si es alguna clase de chiste matutino bizarro. Pero Harvey no es un hombre de bromas. Su idea de humor es contar anécdotas en la comida sobre sus días en la Armada. Ella las ha escuchado todas al menos cien veces.

“Gritaba palabras, pero no era realmente capaz de decirlas. Era como si ... no sé... no pudiera cerrar mi boca para decirlas. Sonaba como si me hubieran golpeado. Y mi voz era más baja. Para nada como mi propia voz”. Se detiene. “Me escuché, y me obligué a detenerme. Pero estaba temblando, y tuve que prender la luz por un momento. Intenté orinar, y no pude. Estos días parece que siempre puedo orinar –un poco, de cualquier

forma— pero no esta mañana a las dos y cuarenta y siete”. Se detiene sentado allí al sol. Ella puede ver las motas de polvo volando en la luz. Parecen darle un halo.

“¿Cuál fue tu sueño?” pregunta, y aquí sucede una cosa extraña: por primera vez en acaso cinco años desde que se quedaron despiertos hasta media noche discutiendo si debían conservar o vender la acción de Motorola (terminaron vendiéndola), ella está interesada en algo que él tiene que decir.

“No sé si quiero decirte”, dice, sonando extrañamente tímido. Se gira, toma la trituradora de pimienta, y empieza a pasársela de una mano a otra.

“Dicen que si cuentas tus sueños no se harán realidad”, le dice ella, y aquí está la Cosa Extraña No. 2: en un instante Harvey la ve, de una manera en que no la ha visto en años. Incluso su sombra sobre la pared por encima de la tostadora se ve de alguna manera más allí. Ella piensa, se ve como si él importara, ¿y por qué debería ser así? ¿Por qué, justo cuando estaba pensando que la vida es vana, debería parecer tan plena? Es una mañana de verano al final de Junio. Estamos en Connecticut. Cuando llega junio siempre estamos en Connecticut. Pronto uno de los dos irá por el periódico, qué estará dividido en tres partes, como Gaula.

“¿Eso dicen?” Él considera la idea, con las cejas alzadas (necesita depilarlas otra vez, otra vez tienen ese aire salvaje, y él nunca lo sabe), pasándose entre las manos la trituradora de pimienta. Le gustaría decirle que dejara de hacer eso, que la pone nerviosa (como la negritud exclamativa de su sombra en la pared, como su mismo corazón palpitante, que de repente ha empezado a acelerar su ritmo sin ninguna razón), pero no quiere distraerlo de lo que quiera que suceda en su cabeza de sábado por la mañana. Y entonces él deja a un lado la trituradora de cualquier modo, lo que debería estar bien pero de alguna forma no lo está, porque ésta tiene su propia sombra —se desplaza por la mesa como la sombra de una pieza de ajedrez inmensa, incluso las tostadas que hay allí tienen sombras, y no tiene idea de por qué eso la asusta pero así es. Piensa en el gato de Cheshire diciéndole a Alicia “Todos aquí estamos locos”, y de repente no quiere escuchar el estúpido sueño de Harvey, el que lo hizo despertar gritando y sonando como un hombre con un golpe. De repente no quiere que la vida sea algo más que vana. Vano está bien, vano es bueno, sólo miren a las actrices de las películas si tienen alguna duda.

Nada debe anunciarse, piensa febrilmente. Sí, febrilmente, como si tuviera un flash caliente, aunque habría podido jurar que todo ese sin sentido terminó hace dos o tres años. Nada debe anunciarse, es la mañana del sábado y nada debe anunciarse.

Abre la boca para decirle que lo dijo al revés, lo que realmente dicen es que si cuentas tus sueños se volverán verdad, pero es muy tarde, él ya está hablando y a ella se le ocurre que éste es su castigo por pensar que la vida es vana. La vida es realmente como una canción de Jethro Tull, plena como un ladrillo, ¿cómo pudo haber pensado lo contrario alguna vez?

“Soñé que era de mañana y que bajaba a la cocina”, dice. “Mañana del sábado, igual a esta, sólo que tú no te habías levantado aún”.

“Siempre me levanto antes que tú los sábados”, dice ella.

“Lo sé, pero esto era un sueño”, dice pacientemente, y ella puede ver los vellos blancos en el interior de sus muslos, donde los músculos están deteriorados y decaídos. Una vez él jugó tenis, pero aquellos días se fueron. Ella piensa, con una viciosidad que le es completamente ajena, Tendrás un ataque al corazón, hombre blanco, eso es lo que acabará contigo, y tal vez discutirán poner un anuncio de tu muerte en el diario, pero si una actriz de

películas B de los cincuenta muriera ese día, o una bailarina medio famosa de los cuarenta, ni siquiera te darían eso.

“Pero era como hoy”, dice él. “Quiero decir, el sol brillaba”. Él levanta una mano y agita las motas dándoles vida alrededor de su cabeza y ella quiere gritarle que no haga eso, que no molestara así al universo.

“Podía ver mi sombra en el piso y nunca se había visto tan brillante o plena”. Hace una pausa, luego sonríe, y ella ve lo quebrados que están sus labios. “Brillante es una palabra chistosa para referirse a una sombra ¿o no? ‘Plena’, también”.

“Harvey—”

“Me acerqué a la ventana”, dice él, “y miré fuera y vi que había una abolladura en el costado del Volvo de Friedman, y supe —de alguna manera— que Frank había estado bebiendo y que la abolladura ocurrió camino a casa”.

Ella siente de pronto que se desmayará. Vio la abolladura del Volvo de Frank Friedman ella misma, cuando salió a la puerta a ver si el periódico había llegado (y no era así), y pensó lo mismo, que Frank había estado en la Calabaza y había tocado algo en el parqueadero. ¿Cómo se ve el otro tipo? había sido su pensamiento exacto.

La idea de que Harvey también ha visto esto la interpreta como si él estuviera jugando con ella por una extraña razón. Ciertamente es posible; el cuarto de invitados donde él duerme en las noches de verano tiene una esquina sobre la calle. Sólo que Harvey no es ese tipo de hombre. “Jugar” no es el “método” de Harvey Stevens.

Ella tiene sudor en las mejillas, la frente y el cuello, puede sentirlo, y su corazón late más rápido que nunca. Realmente hay una sensación de algo que se acerca, y ¿por qué estaría pasando justo ahora? ¿Ahora, cuando el mundo está en silencio, cuando los planes son tranquilos? Si lo he pedido, lo siento, piensa ... o tal vez realmente está rezando. Admítelo, por favor admítelo.

“Fui a la nevera”, dice Harvey, “y miré dentro, y vi una bandeja de huevos cubierta. Me encantó —¡quería almorzar a las siete de la mañana!”

Él ríe. Janet —Jax— observó a la jarra en el lavaplatos. Al único huevo hervido que quedaba. Los otros habían sido rotos y sus yemas habían sido sacadas. Se encuentran en una taza tras los platos. Junto a la taza está el frasco de mayonesa. Ella ha estado planeando servir los huevos al almuerzo, junto con una ensalada verde.

“No quiero oír el resto”, dice, pero con una voz tan baja que apenas puede escucharse ella misma. Alguna vez estuvo en el Club de Teatro y ahora no podía proyectar su voz a través de la cocina. Los músculos de su pecho se sentían flácidos, como se verían las piernas de Harvey si intentara jugar tenis.

“Pensé en comerme uno solo”, dice Harvey, “y entonces pensé, No, si hago eso ella me gritará. Y el teléfono sonó. Lo contesté al instante porque no quería despertarte, y aquí viene lo escabroso. ¿Quieres escuchar la parte escabrosa?”

No, piensa ella desde su lugar junto al lavaplatos. No quiero escuchar la parte escabrosa. Pero a la vez quiere escuchar la parte escabrosa, todo el mundo quiere escuchar la parte escabrosa, todos estamos locos aquí, y tu madre realmente dijo que si contabas tus sueños no se harían realidad, lo que quiere decir que se supone que debes contar las pesadillas y guardarte los sueños buenos para ti, ocultarlos como un diente bajo la almohada. Tienen tres niñas. Una de ellas vive cerca en el camino, Jenna la alegre divorciada, homónima a una de los gemelos Bush, y Jenna no detesta eso; estos días insiste en que la gente la llame Jen. Tres niñas, lo que significa muchos dientes bajo muchas almohadas, muchas preocupaciones por los extraños en autos que ofrecen paseos y dulces,

lo que habría significado muchas precauciones, y en cómo esperaba que su madre tuviera la razón, que contar un mal sueño es como poner una estaca en el vampiro del corazón.

“Alcé la bocina”, dice Harvey, “y era Trisha”. Trisha es su hija mayor, que idolatraba a Houdini y a Blackstone antes de descubrir a los chicos. “Sólo dijo una palabra al comienzo, apenas ‘Papá’, pero sabía que era Trisha. ¿Sientes eso de que siempre sabes?”

Sí. Siente que siempre se sabe. Cómo siempre conoces a los tuyos, desde la primera palabra, al menos hasta que crecen y se vuelven de alguien más.

“Dije, ‘Hola, Trish, ¿por qué llamas tan temprano, querida? Tu madre aún está acostada’. Y al comienzo no hubo respuesta. Pensé que me había colgado y luego escuché unos soniditos como susurros. No palabras sino medias palabras. Como si intentara hablar pero casi nada le saliera porque no lograba reunir la fuerza o tomar aire. Y fue allí cuando me empecé a preocupar”.

Bueno, entonces, él es muy lento, ¿o no? Porque Janet –quien fue Jax en Sarah Lawrence, Jax en el Club de Teatro, Jax la que da excelentes besos a la francesa, Jax la que fumó Gitanos y afectaba el placer de los que tomaban tequila– Janet ha estado asustada por un buen rato ahora, estaba asustada incluso antes de que Harvey mencionara la abolladura en el costado del Volvo de Frank Friedman. Y pensar en eso la hace pensar en la conversación telefónica que tuvo con su amiga Hannah hace menos de una semana, aquella que progresó eventualmente hasta las historias de fantasmas del Alzheimer. Hannah en la ciudad, Janet acomodada en la silla de la ventana en la sala y observando su propiedad de un acre en Westport, a todas las hermosas cosas en crecimiento que la hacen estornudar y que se le lloriqueen los ojos, y antes de que la conversación llegara al Alzheimer habían discutido primero sobre Lucy Friedman y luego sobre Frank, y ¿cuál de ellos lo había dicho? ¿Cuál de ellos había dicho, “Si no hace algo con la bebida y conducir eventualmente va a matar a alguien”?

“Y entonces Trish dijo lo que sonaba como un ‘lisio’ o ‘lisa’, pero en el sueño yo sabía que estaba ¿elidiendo? . . . ¿Es esa la palabra? Elidiendo la primera sílaba y que lo que realmente decía era ‘policía’. Le pregunté qué de la policía, qué intentaba decir sobre la policía, y me senté. Justo allí”. Señaló a la silla en lo que llamanel rincón del teléfono. “Hubo más silencio, luego unas cuantas más de esas medias palabras, aquellas medias palabras susurradas. Me estaba enloqueciendo con eso, pensé, la reina del Teatro, como siempre fue, pero luego dijo ‘número’, tan claro como una campana. Y supe –por la forma en que intentaba decir ‘policía’– que intentaba decirme que la policía la había llamado a ella porque no tenían nuestro número”.

Janet asiente torpemente. Decidieron sacar su número de la lista hace dos años porque los reporteros la pasaban llamando a Harvey por el desastre de Enron. Usualmente a la hora de la cena. No porque él tuviera algo que ver con Enron per se, sino porque aquellas grandes compañías de energía eran como una especialidad para él. Incluso había pertenecido a una comisión Presidencial unos años antes, cuando Clinton había sido el gran kahuna y el mundo había sido (en su humilde opinión, por lo menos) un lugar ligeramente mejor y más seguro. Y mientras habían muchas cosas sobre Harvey que ya no le gustaban, algo que sabía perfectamente bien era que él tenía más integridad en su dedo meñique que todos esos corruptos de Enron juntos. Podría haberse algunas veces aburrido de la integridad, pero sabe lo que es.

¿Pero no tiene la policía una forma de hallar los teléfonos que no están en lista? Bueno, tal vez no si tienen prisa de hallar algo o decirle algo a alguien. Además, los sueños no tienen que ser lógicos ¿o sí? Los sueños son poemas del subconsciente.

Y ahora, porque no podía soportar más quedarse callada, va a la puerta de la cocina y mira fuera al brillante día de junio, observa Sewing Lane, que es su pequeña versión de lo que supone es el sueño americano. ¡Qué calmada reposa esta mañana, con un trillón de gotas de rocío aún brillando en la hierba! Y aún su corazón martilleaba en su pecho y el sudor resbalaba por su rostro y quiere decirle que debe detenerse, no debe contar su sueño, este sueño terrible. Debe recordarle que Jenna vive cerca en el camino –Jen, es decir, Jen la que trabaja en el Video Stop en la villa y se pasa demasiadas noches los fines de semana bebiendo en la Calabaza con aquellos como Frank Friedman, quien es tan viejo que podría ser su padre. Lo cual es indudablemente parte de la atracción.

“Todas estas pequeñas medias palabras susurradas”, está diciendo Harvey, “y no iba a hablar. Luego escuché ‘asesinada’, y supe que una de las niñas estaba muerta. Simplemente lo supe. No Trisha, porque estaba hablando por teléfono, sino Jenna o Stephanie. Y estuve tan asustado. Realmente me sentí allí preguntándome cuál quería que fuera, como la jodida Elección de Sophie. Empecé a gritarle. ‘¡Dime cuál! ¡Dime cuál! ¡Por Dios, Trish, dime cuál!’ Sólo entonces el mundo real empezó a desangrarse ... asumiendo que exista tal cosa. . . .”

Harvey emitió una risita, y a la luz brillante de la mañana Janet ve que hay una mancha roja en el medio de la abolladura en el costado del Volvo de Frank Friedman, y en medio de la mancha hay un manchón que podría ser tierra o incluso cabello. Puede ver a Frank conduciendo yéndose hacia las aceras a las dos de la mañana, demasiado borracho incluso para entrar al corredor, mucho menos al garaje –la puerta es estrecha y todo eso. Ella puede verlo tambaleándose hasta la casa con la cabeza gacha, respirando fuertemente. Viiva eer toooro.

“Para entonces supe que estaba en la cama, pero podía escuchar esta voz baja que no sonaba en absoluto como la mía, sonaba como la voz de un extraño, y no pude entender nada de lo que decía. ‘Iiime ual, iii-ee ual’, así es como sonaba. ‘Iii - eee ual, Ish!’ ”. Dime cuál. Dime cuál, Trish.

Harvey quedó en silencio, pensando. Considerando. Las motas de polvo bailaban alrededor de su rostro. El sol hacía que su camiseta casi fuera demasiado resplandeciente para verla; es una camiseta de un anuncio de detergente.

“Me quedé allí esperando que corrieras y vieras qué estaba mal”, dice finalmente. “Me quedé allí con la piel de gallina, y temblando, diciéndome que sólo era un sueño, como tú lo haces, desde luego, pero también pensando en lo real que era. Qué maravilloso, en una manera horrible”.

Se detiene de nuevo, pensando en cómo decir lo que sigue, inconsciente de que su esposa ya no lo escucha. La que era Jax está usando toda su mente, sus considerables poderes de pensamiento, para obligarse a creer que lo que ve no es sangre sino la pintura interior del Volvo donde la original se levantó por el golpe. “Pintura interior” son dos palabras que su subconsciente ha estado más que dispuesto a evocar.

“Es sorprendente lo lejos que llega la imaginación, ¿o no?” dice finalmente. “Un sueño como ese es cómo un poeta –uno de los realmente grandes– debe ver su poema. Cada detalle tan claro y tan brillante”.

Queda en silencio y la cocina pertenece al sol y a las motas bailarinas; afuera, el mundo está quieto. Janet observa el Volvo a través de la calle; parece palpar en sus ojos, plenos como ladrillo. Cuando suena el teléfono, gritaría si pudiera reunir el suficiente aire, cubriría sus oídos si pudiera levantar las manos. Escucha a Harvey levantarse e ir hasta el rincón al sonar de nuevo, y una tercera vez.

Es un número equivocado, piensa ella. Tiene que serlo, porque si cuentas tus sueños no se vuelven realidad.
Harvey dice, “¿Alo?”

Pelotón D

(Squad D)

(Escrito para "Visiones Peligrosas N.3). No tiene una fecha precisa de publicación)

Billy Clewson murió de inmediato, con nueve de los diez miembros del Pelotón D el 8 de Abril de 1974. Le tomó a su madre dos años morirse, pero, de hecho empezó en el instante que llegó el telegrama anunciando que su hijo estaba muerto. Dale Clewson simplemente se sentó en el banquillo del vestíbulo por cinco minutos, la débil hoja de papel amarillo colgando de sus dedos. No se sabía si iba a desfallecer, vomitar, gritar o lo que sea. Cuando fue capaz de levantarse, fue a la sala de estar. Estuvo a tiempo de ver a Andrea bajar el último trago de la primera bebida y verter el segundo trago de la era pos Billy. Muchos tragos siguieron. Era realmente asombrosa la cantidad de tragos que esa pequeña y aparente frágil mujer fue capaz de tomar en un período de dos años. La causa de su muerte, que apareció en su certificado de defunción, fue disfunción de hígado y fallo renal. Ambos, Dale y el médico de cabecera, sabían que era la cubierta formal de un pastel de alcohol. Pastel de ron, tal vez. Pero sólo Dale sabía que había un tercer nivel. Los Vietcongs mataron a su hijo en un lugar llamado Ky Doe, y la muerte de Billy mató a su madre.

Fueron tres años, casi tres años al día, después de la muerte de Billy en el puente cuando Dale Clewson comenzó a creer que estaba volviéndose loco.

Nueve, pensó. Había nueve. Siempre hubo nueve. Hasta ahora.

¿Los había? Su mente le contestó. "¿Estás seguro?" "Tal vez realmente no los contaste". La carta del teniente decía que había nueve, y la carta de Bortman también. Así que ¿cómo puedes estar tan seguro? Tal vez lo asumiste.

Pero no lo había hecho y podía estar seguro porque sabía que había nueve, y allí habían sido nueve chicos en la fotografía del Pelotón D que llegó por correo, junto con la carta del teniente Anderson.

Puedes estar equivocado, su mente insistió con una convicción ligeramente histérica. Has estado pensando demasiado este último par de años, perdiendo a Billy y luego a Andrea. Puedes estar equivocado.

En realidad era sorprendente, pensó, hasta que punto de locura la mente humana protegería su propia salud.

Puso su dedo en la nueva figura, un chico rubio de la edad de Billy, pero con corte militar, aparentando no más de diecisiete años, seguramente muy joven como para estar en el campo de batalla. Estaba sentado cruzado de piernas delante de Gibson, que, de acuerdo a las cartas de Billy, tocaba la guitarra; y Kimberley, que contaba muchísimos chistes verdes. El chico rubio estaba con los ojos entrecerrados debido al sol. Como varios de los otros. Pero ellos siempre habían estado allí antes. La sudadera del chico nuevo estaba abierta, sus chapas de identificación descansando contra su pecho lampiño.

Dale fue hacia la cocina, buscó dentro de lo que él y Andrea siempre llamaron "La gaveta del desorden," y volvió con una vieja, y raspada lupa. Tomó la lupa y la fotografía que se encontraba sobre la ventana de la sala de estar, inclinó la foto para que no reflejara, y sostuvo el vidrio sobre las chapas de identificación del chico nuevo. No pudo leerlas. De hecho, ambas chapas estaban vueltas y descansando cara abajo contra su piel.

Y con todo, una sospecha se había aclarado en su mente, hizo tic allí como el reloj en la repisa. Estaba por dar cuerda al reloj cuando notó el cambio en el cuadro. Ahora devolvió el cuadro a su lugar entre una fotografía de Andrea y otra de la graduación de Billy, encontró la llave del reloj y le dio cuerda.

La carta del teniente Anderson fue bastante simple. Dale la encontró en el escritorio de su estudio y la leyó de nuevo. Líneas mecanografiadas en papel del ejercito. La formula repetida del telegrama, supuso Dale. Primero: Telegrama. Segundo: Carta de condolencia del Teniente. Tercero: Ataúd, un chico dentro. Lo había notado entonces y lo notaba ahora: la máquina de escribir de Anderson uso una "o" en vuelo. Clewson se había vuelto Clewson.

Andrea quería romper la carta. Dale insistió en que se la quedaran. Ahora él estaba satisfecho.

El pelotón de Billy y otros dos se vieron envueltos en un flanco de acción de un cuadrante de jungla en el cual Ky Doe era el único pueblo. El contacto enemigo podría haberse anticipado, decía la carta de Anderson, pero allí no había nadie. El Cong reportado en el área simplemente había desaparecido dentro de la jungla – era un truco con el cual los soldados americanos se habían familiarizado en los últimos años.

Dale pudo imaginarlos volviendo a su base en Homan, felices, aliviados. El Pelotón A y C vadearon a través de río Ky, el cual estaba casi seco. El Pelotón D usó el puente. A mitad de camino, voló en pedazos. Posiblemente fue detonado desde río abajo. Probablemente, alguien, quizás Billy, pisó en la tabla equivocada. Los nueve murieron. Ni un sobreviviente.

Dios, si realmente existe tal ser, usualmente es más bondadoso que eso, pensó Dale. Puso la carta del teniente Anderson al revés y sacó la de Josh Bortman. Había sido escrita en papel de renglones azules parecida a una pizarra de niño. La escritura de Bortman era casi ilegible, los garabatos eran peores debido al instrumento de escritura: un lápiz blando. Obviamente desafilado desde un principio, no debe haber sido más que una protuberancia al poner Bortman su firma al final. En muchos lugares Bortman había presionado con bastante dureza su instrumento hasta rasgar el papel.

Fue Bortman, el décimo hombre, quien envió a Dale y Andrea la fotografía del escuadrón, ya enmarcada, el vidrio sobre la foto milagrosamente no se rompió en el largo viaje de Homan a Saigon, hasta San Francisco y finalmente a Binghamton, New York. La carta de Bortman era angustiante. Llamó a los otros nueve "los mejores amigos que tuve en mi vida". "Los quería como si fueran mis hermanos."

Dale sostuvo el papel de renglones azules en su mano y miró inexpresivamente a través de la puerta de su estudio hacia el sonido del reloj sobre la repisa de la chimenea. Cuando la carta llegó, en los primeros días de Mayo de 1974, había estado metido de lleno en su propia angustia para realmente considerar a Bortman. Ahora supuso que podía entenderlo un poco, de cualquier manera. Bortman había estado sintiendo una profunda e inarticulada culpabilidad. Nueve cartas desde su cama de hospital en la base Homan, todas en ese atormentado garabato, todas probablemente escritas con el mismo lápiz blando. El gasto considerando que nueve ampliaciones de la fotografía del Pelotón D fueron hechas, enmarcadas, y enviadas por correo. Ritos de expiación con un lápiz blando, pensó Dale, plegando la carta otra vez y colocándola en la gaveta con la de Anderson. Como si los hubiese matado tomando su fotografía. Aquello era realmente lo que estaba entre líneas, ¿no es cierto?. "Por favor no me odie, señor Clewson, por favor no piense que mate a su hijo y a los otros tom..."

En la otra habitación el reloj de la chimenea comenzó a señalar las cinco.
Dale volvió a la sala de estar, y tomó el cuadro otra vez.
Lo que estás diciendo es una locura.
Miró otra vez al chico del pelo rubio.
Los quería como si fueran mis hermanos.
Dio vuelta el cuadro.

Por favor no piensen que maté a su hijo, a sus hijos, tomándoles su fotografía. Por favor no me odien porque estaba en el hospital de la base Homan con hemorroides en lugar de estar en el puente Ky Doe con los mejores amigos que tuve en mi vida. Por favor no me odien, porque finalmente los alcancé, me tomó diez años lograrlo, pero finalmente los alcancé.

Escrito en el reverso, en el mismo trazo suave, estaba esta anotación:
Jack Bradley Omaha, Neb.
Billy Clewson Binghamton, NY.
Rider Dotson Oneonta, NY
Charlie Gibson Payson, ND
Bobby Kale Henderson, IA
Jack Kimberley Truth o Consequences. NM
Andy Moulton Faraday, LA Staff Sgt. I
Jimmy Oliphant Beson, Del.
Asley St. Thomas Anderson, Ind.
*Josh Bortman Castle Rock, Me.

Había puesto su propio nombre al último, observó Dale. Lo vio antes, por supuesto, y lo notó... pero, quizás, nunca lo había hecho realmente hasta ahora. Había puesto su nombre al último, fuera de orden alfabético, y con un asterisco.

El asterisco significa "aun con vida". El asterisco significa "no me odien."

Ah, pero lo que estás pensando es una locura, y lo sabes bien.

No obstante, fue hacia el teléfono, marcó 0, y averiguó que el código de Maine era 207. Marcó el número de asistencia de Maine, y verificó que había una sola familia Bortman en Castle Rock.

Agradeció al operador, escribió el número, y miró el teléfono.
¿Realmente no pretendes llamar a esa gente, no?

No respondió. Solo el sonido del reloj. Había puesto la foto en el sofá y ahora la miraba. Miró primero a su hijo, su cabello tirado hacia atrás, un pequeño bigote tratando de crecer sobre su labio superior, congelado para siempre a la edad de veintiuno; y luego al chico nuevo en esa vieja fotografía, el chico del cabello corto y rubio, el chico que estaba con sus chapas de identificación torcidas, imposibles de leer, contra su pecho. Pensó en la manera en que Josh Bortman estaba cuidadosamente separado de los otros, pensó en el asterisco, y de pronto sus ojos se llenaron de cálidas lágrimas.

Nunca te odié, hijo, pensó. Ni tampoco Andrea, por todo su dolor. Quizás debería haber cogido una lapicera y escribirte una nota diciéndotelo, pero honestamente, la idea no cruzó por mi mente.

Recogió el teléfono y marcó el número de los Bortman en Castle Rock, Maine.
Ocupado.

Colgó y se sentó por cinco minutos, mirando hacia la calle donde Billy había aprendido a manejar primero un triciclo, luego una bicicleta con rueditas, y después a dos ruedas. A los dieciocho trajo a casa el progreso final: una Yamaha 500. Por sólo un momento pudo ver a Billy con claridad paralizante, como si pudiera cruzar la puerta y sentarse.

Marcó el número de los Bortman otra vez. Esta vez sonó. La voz del otro lado logró emitir una inconfundible impresión de cautela en solo dos sílabas. "¿Ho-la?" Al mismo momento, los ojos de Dale cayeron en el dial de su reloj pulsera y leyeron la fecha, no por primera vez en el día, pero era la primera vez que caía en ello. Era 9 de Abril. Billy y los otros habían muerto ayer, once años atrás. Ellos -

-¿Hola? -la voz repitió repentinamente-. ¡Respóndame, o estoy colgando! ¿Cuál de todos es usted?

¿Cual de todos es usted? Permaneció en la sala de estar, frío, escuchando las palabras graznando de esa boca.

-Mi nombre es Dale Clewson, señor Bortman. Mi hijo...

-Clewson. El padre de Billy Clewson -. Ahora la voz era aplastada, sin inflexión.

-Sí, eso es...

-Dígame.

Dale no encontró respuesta. Por primera vez en su vida, realmente no podía hablar.

-¿Y también tiene su foto del Pelotón D cambiada?

-Sí -salió como un jadeo estrangulado.

La voz de Bortman permaneció sin inflexión, pero no obstante estaba llena de salvajismo.

-Escúcheme, y dígame a los otros. Va a haber un localizador de llamadas en mi teléfono para esta tarde. Si es una broma, sus compañeros van a ir riendo camino a la cárcel, se lo puedo asegurar.

-Señor Bortman...

-¡Cállese! Primero alguien haciéndose llamar Peter Moulton telefona, supuestamente de Louisiana, y le dice a mi esposa que nuestro hijo de pronto aparece en una fotografía que Josh les mandó del Pelotón D. Ella todavía tenía ataques de histeria cuando llama una mujer dando a entender que es la madre de Bobby Kale con la misma historia demente. ¡Después, Oliphant! ¡Cinco minutos atrás, el hermano de Rider Dotson! -dijo-. Ahora usted.

-Pero, señor Bortman...

-Mi esposa se encuentra arriba sedada, y si todo esto es un caso de "Tiene al príncipe Albert en una lata"¹⁷, le juro por Dios...

-Usted sabe que no es una broma -murmuró Dale. Sus dedos estaban fríos y entumecidos. Helado de dedos. Miró la fotografía a través de la habitación. Al chico rubio. Sonriendo, entrecerrando los ojos hacia la cámara.

Silencio del otro lado.

-Sabe que no es una broma, ¿qué está pasando?

-Mi hijo se suicidó ayer por la tarde -dijo Bortman con uniformidad-. Por si no lo sabía.

-No lo sabía. Lo juro.

Señaló Bortman

-¿Y realmente está llamando de larga distancia, no?

¹⁷ No tengo la menor idea que puede significar esta expresión

-De Binghamton, New York.

-Sí. Se puede notar la diferencia... local de larga distancia, digo. La larga distancia tiene... un...un zumbido...

Dale cayó en la cuenta, tarde, que esa expresión se arrastró en su voz. Bortman estaba llorando.

-Estaba deprimido de vez en cuando, desde que volvió de Nam, a finales de 1974 -dijo Bortman-, siempre empeoraba en la primavera, alrededor del 8 de Abril cuando los otros chicos... y su hijo...

-Sí, dijo Dale.

-Este año, simplemente no lo hizo... no empeoró.

Un ruido ahogado. Bortman usando su pañuelo.

-Se colgó en el garaje, señor Clewson.

-Jesucristo- murmuró Dale. Cerró los ojos muy fuerte, tratando de protegerse de la imagen. Obtuvo una que era aun peor. Aquella cara sonriente, la sudadera abierta, las chapas de identificación torcidas-. Lo siento.

-El no quería que la gente supiera por qué no estaba con los otros ese día, pero por supuesto la historia salió a la luz -una larga y meditativa pausa del lado de Bortman-. Historias como esa siempre lo hacen.

-Sí. Supongo que sí.

-Joshua no tenía muchos amigos, señor Clewson. No creo que él tuviera verdaderos amigos hasta que fue a Nam. Quería a su hijo, y a los otros.

Ahora es él. Consolándome.

-Lo siento por su pérdida -dijo Dale-. Y siento haberlo molestado en un momento como éste. Pero entenderá... tenía que hacerlo.

-Sí. ¿Él está sonriendo, señor Clewson? Los otros... dicen que estaba sonriendo.

Dale miró hacia la fotografía, al lado del reloj.

-Está sonriendo.

-Por supuesto. Josh finalmente los alcanzó.

Dale miró por la ventana hacia la acera donde Billy había montado su bicicleta con rueditas. Supuso que él diría algo, pero no parecía pensar en nada. Su estómago le dolía. Sus huesos estaban fríos.

-Tengo que irme, señor Clewson. En caso de que mi esposa despierte... -hizo una pausa-. Creo que desconectaré el teléfono.

-Esa no sería una mala idea.

-Adiós, señor Clewson.

-Adiós. Una vez más, mis condolencias.

-Y las mías también.

Click.

Dale cruzó la habitación y tomó la fotografía del Pelotón D. Miró al chico rubio que sonreía, cruzado de piernas delante de Kimberley y Gibson, sentado de manera despreocupada y confortable en el suelo como si nunca hubiese tenido hemorroides en su vida, como si nunca hubiese estado encima de una escalera en un oscuro garaje con una soga al cuello.

Josh finalmente los alcanzó.

Permaneció de pie mirando fijamente la fotografía por un largo tiempo, antes de darse cuenta que la profundidad del silencio en la habitación se había hecho mas profunda. El reloj se detuvo.

Un Pez Gordo

(Man with a belly)

(Cavalier, Dic. 1978)

John Bracken se sentó en el banco del parque y esperó para dar su golpe. El banco era uno de los muchos que están en las cercanías del Parque James Memorial, que colinda con el lado sur de la Calle Hammond. Durante el día, la calle está repleta de niños, madres empujando carritos, y ancianos con bolsas con migas para las palomas. Por la noche pertenece a los drogadictos y a los atracadores. Los ciudadanos respetables, mujeres en particular, evitan la Calle Hammond durante la noche. Pero Norma Correzente no era como la mayoría de las mujeres.

Él oyó su llegada al dar las once, como siempre. Él llevaba allí desde menos cuarto. La ronda del policía no era hasta las 11:20, y todo estaba bajo control. Estaba calmado, como siempre lo está antes de un golpe. Era un frío y eficiente trabajador, y ese era el motivo por el que Vittorio lo había contratado. Bracken no era un hombre chapado al sentido de la familia; él era independiente y viajero. Su familia residía completamente dentro de su cartera. Por eso fue contratado.

Hubo una pausa en las pisadas pues ella se paró en la intersección de Hammond con la Avenida Pardis. Luego, cruzó probablemente sin pensar en nada, excepto en llegar al último edificio, subir hasta la suite del ático, y servirse un largo whisky escocés con agua. Bracken estaba preparado, pensándolo, era un contrato extraño. Norma Correzente, antes Norma White de los Boston Whites, era la esposa de Vito Correzente. El matrimonio había sido material de titulares... unión del notorio Vito con una puta de la sociedad rica ("Soy un hombre de negocios"). Lo más. No era una novedad para el clan; el viejo Don se casa con una joven mujer de sangre alterada. Asesinar a sueldo tampoco era algo nuevo. Los Sicilianos podrían patentarlo e incluso podría llegar a ser legal.

Pero Bracken no había sido contratado para matar. Se tensó, aguardándola.

La llamada había sido interurbana; podía afirmarlo por los pitidos de la línea.

- ¿Sr. Bracken?

- Sí.

- Tengo noticias del Sr. Sills de que usted está libre de trabajo.

- Podría ser - contestó Bracken. Benny Sills era uno de los contactos que pasaban la información de un posible contrato, una especie de agente literario. Dirigía una casa de empeños en una gran ciudad al este donde también financiaba independientemente equipos de robos rápidos de probada reputación y vendía armas de gran calibre a dudosos grupos políticos.

- Me llamo Benito Torreos. ¿Me conoce?

- Sí - Torreos era la mano derecha... consigliere era la palabra, pensó Bracken, de Vito Correzente.

- Bien. Hay una carta para usted en su taquilla del hotel. Contiene un billete de avión y un cheque de mil dólares. Si realmente está interesado, por favor, coja ambos. Si no lo está, el dinero es suyo si llama al aeropuerto y cancela la reserva.

- Me interesa.

- Bien - Torreos repitió - . Mi patrón está deseoso de hablarle a las nueve de la noche de mañana, si le conviene. La dirección es el 400 de Meegan Boulevard.

- Allí estaré.

- Adiós, Sr. Bracken - y luego colgó

Bracken bajó a recoger su correo.

Los hombres que son activos y se preocupan por sus vidas pueden ser increíblemente aptos hasta sus últimos años, pero... siempre llega el momento en el que el reloj empieza a contar hacia atrás. Los tejidos fallan a pesar de los paseos, ejercicios físicos, masajes. Las mejillas se convierten en papada. Los párpados se almenan en arrugados acordeones. Vito Correzente había comenzado a entrar en esa etapa de vida golpeada. Parecía tener unos setenta años bien conservados. Bracken le echó unos setenta y ocho. Su apretón de manos fue firme, pero su parálisis acechaba por debajo, esperando su turno. El 400 Meegan era el Graymoor Arms, y el piso superior era dos suites de 1000 dólares al mes, las cuales Correzente había convertido en un solo monolito, cubierto con grotescas baratijas y antigüedades bizantinas. Bracken pensó que podía percibir un suave olorillo a pasta y orégano.

Benny El Toro lo dejó pasar, mirando como un gordo perrillo que ha encontrado el camino del guardarropa de su dueño por error. Permaneció de pie atentamente ante la puerta del hundido salón hasta que Correzente lo mandó a otra parte con un gesto de su mano. La puerta se cerró decorosamente, y Don Vittorio ofreció a Bracken un cigarro.

- No, gracias.

Correzente asintió y cogió uno para sí mismo. Llevaba pantalones negros y cuello alto blanco; su pelo, pesado y brillante como el hierro, estaba cepillado hacia atrás de forma elegante. Un gran rubí brillaba en su cuarto dedo.

- Quiero ofrecerte un trabajo - dijo - . Te pagaré treinta mil dólares antes y veinte mil después.

- Es un precio muy aceptable - Luego pensó: "demasiado aceptable".

- Usted no tendrá problemas para hacer el trabajo.

- ¿No tendré problemas? Dijo un trabajo. Un trabajo significa tener problemas.

Correzente marcó una glacial sonrisa. Durante un momento parecía incluso mayor de setenta y ocho. Parecía más viejo que todas las edades. Su acento era débil, suave, conforme, un mero redondeo de las glóticas pausas del duro inglés.

- Es mi mujer. Quiero que la violes - Bracken esperó - . Quiero que la lastimes. - Sonrió. Un diente de oro brilló suavemente en un efecto indirecto.

La historia era simple, pero había una hermosa circularidad en ella que Bracken apreció. Correzente se había casado con Norma White por un capricho. Ella había aceptado su juego por la misma razón. Pero mientras su capricho era por su cuerpo, su genealogía y por el calor de su juventud; el de ella era algo mucho más frío: el dinero. Unas sórdidas ganas irrefrenables a veces fuerzan a una sórdida relación, y Norma White era una jugadora empedernida.

Doll Vittorio estaba riéndose. Era insoportable. El asunto podía remediarse fácil y repentinamente si él hubiera sido engañado por alguna joven de apretados pantalones, pero ser engañado por su propia abundancia era más complejo y contenía una ironía amarga que quizás solo un Siciliano podría comprender completamente. Su blanca familia Protestante la había desheredado y así ella se había unido a la familia de Vito El Italiano.

Él había sido uno de los maestros de los intercambios desde el contrabando hasta el juego junto a todos los vicios de la organización del collar blanco, nunca se asustaba de invertir allí donde parecía que esa investidura traería ganancias, nunca se asustaba de mostrar el puño de hierro dentro de sus guantes. Era un pez gordo¹⁸, en el argot siciliano.

Hasta ahora.

Él había dado con la solución porque era lo adecuado. Era una pura objetiva lección y venganza todo en uno. Había escogido a Bracken porque era independiente y a diferencia de muchos hombres del gremio, él no era homosexual ni impotente.

Bracken aceptó el trabajo.

Le llevó dos semanas prepararlo. Durante la primera, le siguió los pasos, en espacios de tiempo inconexos, observándola yendo al salón de belleza, comprando ropa, jugando al golf. Era fina, una mujer con parecido aristocrático de cabello negro, con un movimiento confiado, y con unas disimuladas curvas en el cuerpo. Tomó una percepción de su personalidad por el modo en que conducía (veloz, mordaz dentro y fuera del tráfico, saltándose los semáforos), por el modo en que hablaba (clara pronunciación, acento de Back Bay sin tolerar tonterías ni pérdidas de tiempo), su manera de vestir, y un centenar de características personales. Cuando creyó que ya la tenía bastante bien etiquetada, dejó sus actividades del día y se concentró en sus noches, las cuales eran tan regulares como un mecanismo de relojería. Salió de Graymoor a las siete y anduvo (nunca la vio coger un taxi o autobús) cuatro bloques hasta el establecimiento de Jarvis, el más opulento estudio de apuestas de la ciudad. Siempre iba como vestida para un amante. Dejó Jarvis inmediatamente a las diez y cuarenta y cinco y regresó a casa. Dejó tras ella cheques de varias cantidades. El camarero a quien Bracken sobornó dijo que de media semanal le costaba a Vito Correzente unos ocho o diez mil dólares.

Bracken comenzó a pensar que había sido comprado baratamente por todo aquello.

Él admiraba a Norma Correzente de una manera personal más distante. Ella había encontrado su caballo y lo cabalgaba. No estafaba ni robaba furtivamente. Era una mujer agresiva que tomaba lo que ella necesitaba. No había ninguna mentira implicada.

Admiración aparte, se preparó para hacer su trabajo. Se percató de que sería el primer contrato de su carrera donde no podría deshacerse del arma del crimen.

Ahora, en el banco, él sentía una oleada repentina de adrenalina que hizo que sus músculos se apretaran casi dolorosamente. Luego se relajaron y toda su concentración se enfocó como una luz blanca hacia el trabajo que tenía por delante.

Su sombra se arrastraba tras ella, alargándose cuando dejaba atrás una farola y empequeñeciéndose en la siguiente.

Ella le echó un vistazo, no de forma temerosa, pero con una evaluación rápida que lo desechó como un injustificado merodeador. Cuando estaba directamente frente a él, habló de una sola vez, agudamente:

- Norma.

Tuvo el efecto deseado. La desequilibró. Ella no alcanzó inmediatamente su bolso, donde llevaba una pistola de fabricación sueca.

¹⁸ En el original "man with a belly". (*hombre con barriga* es la traducción literal). Es una expresión que denomina a los mafiosos con gran influencia y con violentos métodos para sus negocios. En castellano "un pez gordo" es lo que rememora ese tipo de persona.

Dejó el banco como una explosión. En un momento estaba repantigado, una dormida cabeza perdida en una neblina de heroína. El siguiente momento había enganchado un duro brazo alrededor de su cuello, sofocando el alarido (no un chillido, ella no) de su garganta. La sacó de la acera. Su bolso cayó al suelo y él la pateó hacia la oscuridad. Un bolígrafo, una agenda, la pistola, y unos cuantos kleenex se deslizaron del interior. Ella intentó golpear su entrepierna con la rodilla pero él interpuso el muslo. Una mano arañó su mejilla. Él le había retorcido la otra en la espalda.

Arbustos. La brisa nocturna hacía débiles redes de sombras entre ellos. La agarró y la arrastró detrás de ellos, repatingados sobre la hierba y los envoltorios de chicle. Cuando se le echó encima, ella lo satisfizo con un puñetazo. El anillo con una piedra del zodíaco que ella llevaba escopleó el puente de su nariz, haciéndole manar sangre. Le dio un tirón hacia arriba. La ropa de la parte inferior se rasgó. No llevaba faja. Gracias a Dios.

Ella arremetió con su talón en la pantorrilla del hombre y éste soltó un gruñido se llevó un golpe en la nuca. Él asestó un puñetazo en la suavidad de su estómago y ella resolló la respiración hacia fuera. Su boca se abrió, no para gritar sino para buscar aire, y su cara sombreada parecía un mapa irreal de ojos, labios y mejillas. Tiró de sus pantalones, perdiendo su elasticidad, y tiró de ellos de nuevo. Se estiraron pero no cedieron.

Puñetazos, patadas. Ella martillaba sobre su opresor, sin intentar gritar más, conservando su respiración. Intentó alcanzar su barbilla con su izquierda pero ella esquivó el golpe. Su pelo negro era un abanico sobre la hierba. Ella mordió su cuello como un perro, dirigiéndose a la vena grande que había allí. Él apretó su rodilla hacia delante y la respiración de ella llegó a ser un pequeño gemido.

Asió de nuevo los pantalones y esta vez hubo un estallido al romperse la cinturilla. Ella casi se escapó de debajo y él puso la parte de arriba de su cabeza contra su barbilla. Hubo un tecleo de marfil cuando sus dientes de juntaron. Su cuerpo flaqueó y él resbaló sobre ella, respirando en grandes bocanadas.

Se sentía humillada. Ambas manos cayeron en una palmada, alcanzando sus oídos entre ellas. Un rojo dolor explotó en su cabeza, y por primera vez, él sintió la tensión de la emoción mientras hacía un trabajo. Le dio un cabezazo salvajemente, y luego otro. Esta vez ella no se hacía el muerto. La sangre goteó lentamente de una de sus ventanas nasales. Él la violó.

Pensó sobre su inconsciencia, pero cuando acabó vio que ella miraba hacía arriba, hacía en él en la oscuridad. Uno de sus ojos estaba casi cerrado. Sus ropas eran andrajos. Aunque él había salido bien parado; su cuerpo entero se sentía crudo y raído.

– Me han llamado para decirte que así es cómo tu marido paga las deudas con su honor. Me han llamado para decirte que el es un pez gordo. Me han llamado para que te diga que todas las deudas han sido pagadas y de nuevo ha quedado restablecido el honor.

Habló inexpresivamente. Su trabajo estaba cumplido. Levantó una de sus rodillas, con cautela, luego ganó sobre sus pies. El policía debería aparecer en siete minutos. Era el momento de largarse. Su único ojo abierto lo miró en la oscuridad, como la gema de un pirata.

Desde ahí dijo una palabra: - Espera.

Su segundo apartamento, el único que ni Benny Torreos conocía, estaba a nueve bloques de allí. Bracken le había dado su capa para que se tapara el vestido. Tuvieron un solo intercambio de conversación durante la caminata.

- Te daré el doble de lo que mi marido te paga si haces un trabajo para mí.

- No. No tienes el dinero, y nunca he traicionado a un patrón. Es malo para los negocios.

- Tengo el dinero. No es suyo. De mi familia. Y no quiero que lo mates.

Bracken dijo sardónicamente: - Violación no vale.

Ella encontró la llave de su apartamento tras buscarla en su revuelto monedero y le permitió entrar. El salón era diverso, cortinas color verde de buen gusto, una moderna decoración que evitaba la lívida insipidez de algunos confiados lugares. La única nota agresiva y chocante era un cuadro impresionista de una gran ruleta que colgaba sobre el coloreado sofá. Éste estaba forrado de tela roja.

Ella lo dejó tras ella, alcanzó el siguiente cuarto y encendió la luz. Había una cama redonda con las sabanas revueltas. Cuando él entró en el cuarto vio que había un buen número de espejos. Ella dejó su abrigo y se quedó de pie con su harapiento vestido. Un rozado pezón, estúpidamente erótico, miraba furtivo a través de las rotas gasas.

- Ahora - dijo ella calmadamente- , podemos hablar de una forma civilizada.

Luego, a la hora de hablar, ella vertió su virulencia hacia el hombre con el que se había casado. Había una tranquila subida y caída en la cadencia de sus maldiciones, y Bracken escuchó con bastante satisfacción, sopesando el oscuro filo del sueño.

Él era un apuesto sureño 19, un amante de ovejas, un crudo matón que va a restaurantes elegantes y come empanadas con los dedos; un codicioso y un tornado, un amante de los taladros de las ferreterías; un fan de Norman Rockwell; un pederasta; un hombre que no la trataría como una diadema sino como un apoyo para su edad madura que decae; no como una mujer orgullosa sino como una sucia broma para alentar la admiración por su figura. Comparaciones sudorosas.

- Un pez gordo - susurró a la oscuridad justo antes de que Bracken se inclinara- , yo soy su pez. Soy sus intestinos. Soy su honor.

A él se le ocurrió, como si su mente huyera para dormir, que el conflicto de su honor había formado un puente tan odioso entre ellos que ahora caminaba a través de los océanos de oscuridad.

A la mañana siguiente, mientras estaban sentados durante el desayuno, comiendo buñuelos y mirando cómo pasaban las piernas a través de una diminuta ventana, ella hizo su proposición.

- Déjame embarazada. Te pagaré por hacerlo.

Bracken dejó su buñuelo y la miró.

Ella sonrió y peinó su pelo hacia atrás.

- Él quiere un hijo. ¿Puede hacerme uno? - se encogió de hombros- . Quizás la lasaña sea buena para la potencia. Yo, sin embargo, tomo píldoras. Él sabe que las tomo.

Bracken sorbió de su café: - ¿Un servicio semental?

Norma rió como un tintineo.

- Supongo. Hoy voy a verle. Sin maquillaje. Con los ojos negros. Con la cara rasguñada. Llorando. Diciéndole cuánto deseo ser una buena esposa - su negro tono de voz comenzó a increparse- ¡Cuánto deseo aprender la receta de sus grasientos tallarines favoritos! ¡Cuánto deseo darle un hijo!

Su cara se había vuelto vívida, encantadora: - Él estará orgulloso y me perdonará... en pocas palabras, estará ciego. Conseguiré lo que quiero, que es la libertad. Y él conseguirá lo que quiere: un heredero.

¹⁹ En el original "spic", término ofensivo para designar a los norteamericanos de habla hispana, sobre todo puertorriqueños

– Quizá no –Ella estaba delirando, y cuando miró a sus ojos vio que lo sabía y sonrió lenta y tímidamente–. Pero quizás, en el momento justo, lo mataré con la verdad.

– ¿Se lo contarás?

– ¿Lo mataría?

Bracken se inclinó adelante con un suave interés profesional.

- Si alguien desquebraja tu honor, ¿te mataría?

- Esto te costará mil dólares - dijo Bracken - . Cuarenta antes de la concepción y sesenta después. ¿Tienes algo de dinero?

- Sí.

Él asintió.

- Está bien - hizo una pausa- Es un trabajo divertido, ¿lo sabes? Un trabajo muy divertido.

Ella rió.

Él volvió al Graymoor esa tarde y recogió el resto de su dinero. Correente sonreía y parecía robusto.

Bracken dio las gracias profusamente. Otro trabajo había sido hecho a su manera.

Bracken asintió y Correente se reclinó de un modo paternal.

- ¿Puedes mantener la boca cerrada sobre todo esto?

- Siempre mantengo la boca cerrada - dijo Bracken y salió.

Benny El Toro le estrechó la mano y le dio un sobre que contenía un billete de avión hacia Cleveland. Una vez allí, Bracken compró un coche usado y condujo de vuelta.

Él tomó como residencia el segundo apartamento de Norma Correente. Ella le compró algunas novelas de bolsillo. Él las leía y miraba viejas películas en la televisión. Él no salía ni siquiera cuando sería seguro salir. Hacían el amor regularmente. Era como estar en una lujosa cárcel. Diez semanas después de que el contrato con Don Vittorio había sido satisfecho, mataron al conejo.

Bracken abandonó la ciudad de nuevo.

Estaba en Palm Springs, y la conexión telefónica era muy mala.

- ¿Sr. Bracken?

- Sí. Hable más alto, por favor - Bracken estaba vestido con unos sudorosos pantalones blancos, la chica de la cama llevaba solo su piel. Una raqueta de tenis colgaba de una de sus manos. Se meneaba en el aire con Bracken mirándola con una expresión en sus ojos de experto deseo.

- Soy Benito Torreos, Sr Bracken.

- Sí.

- Usted hizo un trabajo para mi Patrón hace siete meses. ¿Lo recuerda?

- Sí - Un nuevo sudor empezó a deslizarse por su espalda.

- Quiere verle. Está muriéndose.

Bracken pensó cuidadosamente, sabiendo que su vida dependía casi con certeza de sus próximas palabras. No vio lo que él había hecho como un doble engaño: había satisfecho dos separados y exclusivos contratos, y había estado de vacaciones desde entonces con sus ganancias. Pero el viejo hombre lo habría visto como un engaño, una mancha en su orgullo y buena fe. Él era un pez gordo.

- ¿Por qué quiere verme?

- Para preguntarle algo.

La conexión era muy mala, y Bracken sabía que si volvía a poner el aparato sobre la horquilla sería hombre muerto. La familia tiene un largo brazo. Estaba entre ir a ver a Vito o huir, y la conexión era muy mala.

- ¿Cómo está la Sra. Correzente? - preguntó educadamente.

- Muerta - dijo Benny Torreos seco- . Murió el mes pasado, en el parto.

La habitación era de estilo gótico de blanco sobre blanco... mantas, paredes, techo, cortinas, incluso el cielo más allá de las ventana. Una llovizna constante caía fuera del Graymoor. Don Vito, contraído a la estatura de un jinete agachado sobre su caballo, descansaba sobre su lecho, que también era blanco.

Él levantó una mano hacia Bracken. Sacudió levemente el aire, luego la bajó sobre la nevosa colcha otra vez. Hubo un suave tecleo cuando Torreos los dejó, cerrando la puerta a la izquierda de ellos, contestando a los parientes de la habitación de al lado. Las mujeres de fuera vestían de negro y llevaban chal. Incluso los trajes de chaqueta de los hombres parecían antiquísimos, como si la muerte arrastrara a Sicilia de regreso a las fábricas de las ropas y los llevaran por la fuerza.

Bracken se acercó a la cama. La cara del viejo hombre había enflaquecido hasta el cráneo. Había un amargo sabor que parecía que venía de los dobleces de su piel. Su boca se había torcido cruelmente hacia el lado izquierdo y su mano derecha era una garra congelada.

- Bracken - dijo Correzente. Su voz estaba velada y algodonosa. El lado operativo de su cara soltó una grotesca sonrisa mientras el otro lado permanecía impassible- . Debo decírtelo.

- Benny dijo que tenías una pregunta.

- Sí - La palabra sonó ziii- Sólo debo decirle...

- Decirme ¿qué?

- Ellos me dijeron que cumplías tus obligaciones. Que las cumplías. Has matado a mi esposa y a mí.

- Hice mi trabajo.

- Orgullo - dijo el viejo hombre, y sonrió apológicamente- Orgullo...

Parecía recobrase a sí mismo.

- Ella prometió ser una buena esposa, una esposa obediente. Dijo que había tomado píldoras pero no lo haría más. Dijo que me engendraría un hijo. Hicimos el amor juntos. Pero soy viejo. Me preguntó si sería demasiado para mí - la calavera sonrió de nuevo - ¿Debía decirle a mi esposa que no sigo siendo un macho? No, le dije. No era demasiado. Hicimos el amor muchas veces. Y yo, yo tuve un derrame cerebral. Un pequeño vaso sanguíneo de aquí arriba - golpeó suavemente su cabeza- hizo plaf, como un globo. El doctor me visitó y me dijo no más, Vito. Te matarás. Y yo dije, sí, más. Hasta que dejé un bebé dentro de ella.

- Orgullo...

- Luego el doctor me dice, lo has hecho. Vas a tener un hijo con 78 años. El dice, te daría un cigarro, Vito, pero no deberías fumar más tabaco.

Bracken cambió de posición sus piernas. La blancura de la habitación era opresiva, horripilante.

- Estoy encantado. Soy un hombre, muy hombre. Soy un pez gordo. La casa está llena con mi familia. Nosotros damos, oh, damos una comida de...

- Celebración- dijo Bracken.

- Sí, y me siento a la cabeza de la mesa, luego me levanto. Mi esposa se levanta. Brindo por ella con vino y se lo cuento a todos. Yo digo, he dado todo mi poder a mi esposa. Soy la

felicidad del mundo. Estoy más allá de las risas y de las sucias bromas. Le doy mi dinero para coches o mesas. Para lo que quiera. Entonces, una noche discutimos. Intercambiamos muchas duras palabras. Y luego....tengo esto. Pena. Un ojo ciego. Ella lo ve y grita. Corre al teléfono del salón con su barriga delante de ella. Yo intento llamarla pero entro en un agujero oscuro. Cuando despierto, ellos me dicen que ella se ha caído por las escaleras bajando hacía el salón. Me dicen que ella está en el hospital. Me dicen que... - La mano sube de nuevo- . Está muerta - dijo Don Vito. Su terrible sonrisa apareció y se esfumó. Correzzente estaba visiblemente cansado ahora. Sus ojos se cerraron, luego se abrieron lentamente, como si pesaran.

- ¿Ves? - susurró- ¿Ves la ironía?

- Benny dijo que tenías que preguntarme algo - dijo Bracken.

El cráneo lo miraba constantemente.

- El bebé vive - dijo- Me lo dijeron. Está en una casa de cristal.

- Una incubadora.

- Dicen que tiene unos bellos ojos azules.

Bracken no dijo nada.

- Hiciste que uno de los ojos de Norma se ennegreciera. Pero eran marrones. Y tampoco hay ojos azules sicilianos.

- Benny dijo que tenías que preguntarme algo - dijo Bracken.

- Ya he preguntado. Mi doctor dice que son los genes. Yo no sé sobre genes. Solo sé cuánto miente y piensa un hombre que se muere. Sé cuán orgullosa era ella y cuánto podría aguantar.

Bracken lo miró, su mente estaba a miles de kilómetros de allí. Pensó en el pelo rubio, cómo se movía, el moreno tono de sus piernas bajo la blanca falda, la ojeada que echó a sus bragas, su pelo sobre la almohada, sus tensos y prietos músculos.

- Qué estúpido eres - le dijo al hombre viejo, pausadamente. Se inclinó hacia delante, respirando la esencia de la condena de Correzzente- . La muerte te ha vuelto senil. Yo tengo mi propio poder. ¿Crees que yo me entrometería?

Una línea de saliva caía en un viaje difícil bajo la barbilla de la cara del viejo.

- Los ojos del bebé serán marrones. Por desgracia no lo verás. Adiós, viejo estúpido. - Se levantó. La habitación era blanca y estaba llena de muerte. Salió y regresó a Palm Springs.

Chinga

(Guión del capítulo 5#10 de The X-Files, escrito por Chris Carter y Stephen King)

ESCENA 1

(Automóvil con licencia #384M 95 de Maine. MELISSA TURNER camina al lado del pasajero automóvil y abre la puerta para su hija POLLY que está sosteniendo una muñeca grande.)

MELISSA: Bien, cariño. Solo vamos a entrar por unas cosas. No nos tardaremos, bien. ¿Polly? ¿Mamá necesita algunos comestibles, bien?

(POLLY no responde. MELISSA desabrocha el asiento de niños y la ayuda. Cuando entran en la tienda de comestibles, una mujer más vieja, JANE FROELICH las mira con fiereza. MELISSA la ignora. POLLY la mira.)

(Dentro de la tienda, MELISSA rueda el carrito por el pasillo rápida y nerviosamente. POLLY se sienta en el asiento para niños del carrito con su muñeca. La gente las mira sospechosamente. Ellas pasan por el mostrador del carnicero. DAVE, el carnicero las mira pasar.)

POLLY: No me gusta esta tienda, Mamá.

MELISSA: Sólo vamos a tardar un minuto.

POLLY: Yo quiero ir a casa.

(Los ojos de la muñeca se abren.)

MUÑECA: (voz escalofriante) Vamos a divertirnos.

(Cuando ellos pasan la sección refrigerada, MELISSA ve una imagen de DAVE en el vidrio. Él tiene un cuchillo a través de su ojo derecho.)

La IMAGEN de DAVE: Ayúdame, Melissa.

(MELISSA rápidamente rueda el carrito al frente de la tienda. El carrito tiene una rueda mala.)

MELISSA: (recogiendo a POLLY) Nos vamos a casa, Polly. Por favor, no le hagas esto a Mamá.

(Cerca, hay el sonido de un vidrio rompiéndose mientras una mujer deja caer su cesta y empieza a arañar sus ojos. MELISSA corre fuera de la tienda con POLLY mientras todos en la tienda empiezan a arañar sus ojos. DAVE sale de la parte de atrás de la tienda y ve lo que está pasando. Él araña de repente sus ojos, entonces corre atrás a su teléfono y marca 911.)

DAVE: Es Dave, en el Super Saver. Envíe a quienquiera que tenga en servicio.

(Dave ve un reflejo rizado de la muñeca en la puerta de metal de un cajón de carne.)

La IMAGEN de MUÑECA: Quiero jugar.

(DAVE saca un cuchillo como para atacar a la muñeca, pero entonces apunta el cuchillo a su propio ojo. Él está luchando contra sí mismo, pero el cuchillo se mueve más cerca a su ojo derecho. La cámara corta mientras oímos que él grita. La muñeca todavía se refleja en el cajón, mirando.)

Créditos de apertura

ESCENA 2

(Un convertible pasa por una calle en la pequeña ciudad porteña de Maine. SCULLY lleva el convertible a una estación de gas, sale y empieza a llenar el tanque <litros, no galones>. Ella está llevando una camiseta turística de Maine <La manera en que La Vida debe Ser> y jeans y chaqueta muy fresca. Ella oye que su celular suena. Ella saca las llaves del encendido, abre la maleta automóvil y saca su teléfono.)

SCULLY: (en teléfono) Scully.

(MULDER está en la oficina meciéndose en la parte de atrás de una silla, obviamente muy aburrido.)

MULDER: (en teléfono) Eh, Scully, soy yo.

SCULLY: (en teléfono, voz) Mulder, yo pensé que teníamos un acuerdo. Ambos nos íbamos a tomar el fin de semana.

MULDER: (en teléfono) Correcto, correcto. Lo sé. Pero yo - yo acabo de recibir un poco de información sobre - sobre un caso. Un expediente X clásico--- clásico. Yo quise compartirlo contigo.

SCULLY: (enteléfono) Mulder, estoy de vacaciones. El tiempo está claro. Estoy esperando tomar mi camino y respirar algo de este buen aire de Nueva Inglaterra.

MULDER: (en teléfono) ¿No rentaste un convertible, no es así?

SCULLY: (en teléfono) ¿Por qué?

MULDER: (en teléfono) ¿Eres consciente de las estadísticas de decapitación?

SCULLY: (en teléfono) Mulder, estoy colgando. Estoy apagando mi teléfono celular. Regreso a la oficina el lunes.

MULDER: (en teléfono) No debes... ahh... hablar y manejar al mismo tiempo, tampoco. ¿Estás consciente de las estadísticas....? Hola?

(SCULLY colgó. Ella maneja el automóvil hasta la tienda de comestibles y casi pega el automóvil de MELISSA mientras MELISSA se aleja rápido. SCULLY parece ligeramente disgustada. Entonces ella ve a un HOMBRE VIEJO que se tambalea fuera de la tienda con ojos sangrientos. Ella sale del automóvil.)

SCULLY: ¿Señor... Señor, que pasó?

HOMBRE VIEJO: (desorientado) yo.. yo creo que necesitamos a un doctor.

(SCULLY entra a la tienda. La gente está gimiendo y están llorando y han rasgado sus ojos horriblemente)

GERENTE de la TIENDA: (en dolor) ¿Quién es usted?

SCULLY: Yo soy.. mi nombre es Scully. Soy un agente del FBI. ¿Qué le pasó a usted?

GERENTE de la TIENDA: No sé. Pero Dave, el carnicero.. creo que él está muerto.

(SCULLY va a la parte de atrás y mira al cuerpo de DAVE, el cuchillo saliendo de su ojo.)

ESCENA 3

(Oficina de los Expedientes X. Mulder está comiendo semillas de girasol y mirando televisión. Muchos gemidos y quejidos de un varón y una voz hembra. La caja vacía de cassette en el escritorio de MULDER dice "Alien Probe". El teléfono suena.)

MULDER: (en teléfono) Mulder.

SCULLY: (en teléfono, voz) Mulder, soy yo.

MULDER: (en teléfono) Pensé que habías dicho que estabas de vacaciones.

SCULLY: (en teléfono, voz) Lo estoy. Estoy en Maine.

MULDER: (en teléfono) Pensé que habías dicho que no querías ser perturbada. Querías salir de tu cabeza durante unos días.

SCULLY: (en teléfono, voz) yo no... quiero decir, sí. Yo.... (gemidos de la TV fuerte) ¿Qué estás mirando, Mulder?

MULDER: (en teléfono) es los Enjambres más Mortales del Mundo. (Chapucea con el control remoto para detener la cinta.) Um.. dijiste que usted ibas a estar indispuesta. ¿Qué está pasando?

SCULLY: (en teléfono) yo, uh... yo estoy en un mercado aquí. Solo estoy intentando darle una mano a la PD local aquí.

MULDER: (en teléfono, voz) ¿Una mano en que?

(SCULLY está en la oficina de la tienda mirando en la cinta de seguridad a las personas arañando sus ojos.)

SCULLY: (en teléfono) Bien, no estoy muy segura de cómo describirlo, Mulder. No lo presencié yo misma pero parecía ser algún tipo de brote de gente actuando de una manera violenta e involuntaria.

MULDER: (en teléfono) ¿Hacia quién?

(MULDER apaga la TV que ahora muestra a un hombre que es atacado por bichos. Recuerden, la cinta ya se ha detenido.)

SCULLY: (en teléfono, voz) Hacia sí mismos.

MULDER: (en teléfono) ¿A sí mismos?

SCULLY: (en teléfono) Sí. Golpeando sus caras, arañando sus ojos. Un hombre está muerto.

MULDER: (en teléfono, voz) ¿Muerto? ¿Cómo?

SCULLY: (en teléfono) Auto-infligido, según parece.

MULDER: (en teléfono) Huh... me parece que es brujería o quizá alguna hechicería lo que estás buscando allí.

(Capitán de la policía local, JACK BONSAINT mira a SCULLY extrañamente a lo largo de la conversación con MULDER.)

SCULLY: (en teléfono) No, no creo que sea brujería, Mulder, o hechicería.

He echado un vistazo alrededor y no veo ninguna evidencia que garantice esa clase de sospecha.

MULDER: (en teléfono) Quizá no sabes lo que buscas.

SCULLY: (en teléfono) ¿Como la evidencia de conjuro o las artes negras o shamanismo, adivinación, Wicca o cualquier tipo de práctica pagana o neo-pagana. Encantos, tarjetas....

(MULDER está escuchando, fascinado.)

SCULLY: (en teléfono)... familiares, piedras de sangre, o señales hexagonales o cualquier accesorio ritual asociado con lo oculto, Santería, Voudoun, Macumba, o cualquier magia alta o baja?

MULDER: (en teléfono) Scully...

SCULLY: (en teléfono) ¿Sí?

MULDER: (en teléfono) Cásate conmigo.

SCULLY: (en teléfono) yo estaba esperando algo un poco más útil.

MULDER: (en teléfono) Bien, sabes, aparte de tener que buscar a una señora que lleva un sombrero puntiagudo montando un palo de escoba, creo que tienes todo cubierto allá.

SCULLY: (en teléfono) Gracias de todos modos. (Cuelga, mira la cinta de nuevo) (al FUNCIONARIO BUDDY RIGGS) ¿Quién es esa mujer allí?

BUDDY: Melissa Turner.

SCULLY: Ella es la única que he visto que no parece afectada.

BUDDY: ¿Cuál es su punto?

SCULLY: Usted podría querer hablar con ella.

(SCULLY deja la oficina de la tienda. El Capitán JACK BONSAINT la sigue.)

BONSAINT: (sonriendo, muy amistoso) Señorita Scully... ¿se está quedando en el pueblo?

SCULLY: Sí. Yo estoy de vacaciones. ¿Por qué?

BONSAINT: Bien, lo que usted dijo allí sobre Melissa Turner parece poner un giro en todo este negocio aquí hoy.

SCULLY: ¿Cómo es eso?

BONSAINT: Bien, Melissa ha causado algún movimiento. Las personas aquí dicen que ella es una bruja.

SCULLY: Bueno, no es la primera vez para esa acusación en estas partes.

BONSAINT: Ajá.

SCULLY: Mire, para ser honesta con usted, Capitán Bonsaint, um, yo no soy muy creyente en brujería.

BONSAINT: Bien, usted sabe, yo no lo soy tampoco. Yo pensaba que sólo era porque Melissa era bonita y soltera. Amenazante, ¿sabe?

SCULLY: ¿Pero ahora no está convencido?

BONSAINT: Bien, usted sabe, yo aprecio que ayudara en el problema, y le aseguro que espero que haya una explicación razonable como usted dijo-sólo hay una cosa que va a hacer difícil persuadir a la gente de lo que piensa.

SCULLY: ¿Qué cosa es?

BONSAINT: Con quién andaba.

SCULLY: ¿Con quién andaba?

BONSAINT: Ajá. Con Dave, el carnicero.

ESCENA 4

(De nuevo en la oficina de la tienda, el FUNCIONARIO BUDDY RIGGS llama a MELISSA.)

MELISSA: (en teléfono) ¿Hola?

(En la casa de MELISSA, la canción de HOKEY POKEY está sonando en el tocadiscos de POLLY. POLLY sostiene su muñeca y mira a MELISSA.)

BUDDY: (en teléfono) Eh. Es Buddy.

MELISSA: Oh, hola.

BUDDY: (en teléfono) ¿Estás bien, Melissa?

MELISSA: (en teléfono) Estoy bien. ¿Por qué preguntas?

POLLY: ¿Quién es, Mamá?

BUDDY: (al teléfono) Sé que estuviste aquí, Melissa. En el Super Saver.

MELISSA: (al teléfono) No sé de lo que me estás hablando, Buddy.

POLLY: Cuelga. Mamá.

BUDDY: (al teléfono) Melissa, baja la música. Hay alguna charla de que estás envuelta en lo que pasó aquí hoy.

MELISSA: (al teléfono, yendo abajo y afuera) No estoy envuelta en nada.

BUDDY: (al teléfono) Ya sé eso. ¿Me escucharías? No estoy diciendo que lo estás.

MELISSA: (al teléfono) ¿Qué estás diciendo?

POLLY: (desde dentro) ¡Mamá!

BUDDY: (al teléfono) Quiero ayudarte, pero tienes que guardarlo en secreto o los dos vamos a estar contestando preguntas. Ahora, tengo algo que decirte.

MELISSA: (al teléfono) ¿qué?

BUDDY: (al teléfono) Algo malo.

MELISSA: (al teléfono) ¿Qué es, Buddy?

BUDDY: (en teléfono) Dave está muerto.

MELISSA: ¡(en teléfono) Oh, por Dios!

BUDDY: (en teléfono) Tengo que verte enseguida, Melissa.

MELISSA: (en teléfono) No puedo.

BUDDY: (en teléfono) Necesitas a un amigo más que nunca.

(Arriba, POLLY se sienta con la muñeca y escucha al Hokey Pokey. Los ojos de la muñeca se abren.)

MUÑECA: Vamos a divertirnos.

MELISSA: (en teléfono) No puedes venir aquí, Buddy.

BUDDY: (en teléfono) ¿Por qué? ¿Dime por qué?

MELISSA: (en teléfono) No puedo explicártelo ahora.

BUDDY: (en teléfono) Estoy yendo allí, Melissa. No debes estar sola.

(Detrás de MELISSA fuera, vemos la sombra de la muñeca en una hoja que cuelga para secar en una cuerda para ropa. Sus ojos pestañean.)

(Comercial 1.)

ESCENA 5

RESIDENCIA DE MELISSA TURNER

2:08 PM

(BONSAINT y SCULLY conducen en una patrulla y salen. BONSAINT golpea en la puerta delantera. Ninguna respuesta. SCULLY mira en una ventana.)

SCULLY: La puerta trasera está bastante abierta.

(Ellos pasan hacia atrás.)

BONSAINT: ¡Melissa! (a SCULLY) las Hojas todavía están húmedas.

(SCULLY entra en casa, sube al cuarto de POLLY y mira las ventanas que están cerradas con clavos.)

SCULLY: ¿Jefe? Eche una mirada a esto.

BONSAINT: ¿Para qué diablos es esto?

SCULLY: Parece que tuvo miedo de algo.

BONSAINT: Cualquier cosa que sea, escapó deprisa. El lavado está fuera. La puerta está abierta. Me pega.

SCULLY: ¿La conoce?

BONSAINT: ¿a Melissa Turner?

SCULLY: Mm-hmm.

BONSAINT: Tan local como lo puede ser. Nacida y criada aquí. Casada con un pescador. Dejada viuda el año pasado después de un accidente de bote. No se sabe si la muchacha pequeña, Polly realmente entendió. Juguetes en el ático.

SCULLY: ¿La hija es autista?

BONSAINT: Éso es lo que ellos dicen. Hubo el incidente el año pasado en el centro de guardería. La propietaria golpeó a Polly por la cara.

SCULLY: ¿La golpeó? ¿Para qué?

BONSAINT: Bien, ella dijo que Polly tuvo una rabieta tan feroz que no había nada más que pudiera hacer. Lo siguiente que supo, era que ella estaba en la tierra. La niña pequeña la golpeó fuerte.

SCULLY: ¿La niña pequeña lo hizo?

BONSAINT: Bueno esa es su historia. Polly nunca la tocó, lejos de lo que me pueda imaginar. Oh, fue un verdadero drama, sin embargo. La señora que ejecutó la escuela perdió su licencia. Las personas diciendo a la niña toda clase de nombre diciendo que Melissa es una bruja. Polly nunca regresó a la escuela desde entonces.

SCULLY: ¿Este ah, este affair que la madre estaba teniendo con el carnicero...?

BONSAINT: Dave. Oh, yo le pude haber dado una mala impresión. No fue realmente un affair. Aunque Dave hizo un necio de él y de su esposa.

SCULLY: Así que, no era requerido.

BONSAINT: Podría decirse así.

SCULLY: ¿Al extremo de tener que clavar sus ventanas?

BONSAINT: Oh, él no era tan necio. Usted sabe, quizá ella no tuvo miedo de que algo entrara. Quizá tenía miedo de que algo saliera.

SCULLY: ¿Como que?

BONSAINT: Es sólo una idea.

ESCENA 6

(Restaurante de comida rápida. El FUNCIONARIO BUDDY RIGGS pone un sundae de chocolate delante de POLLY que está sosteniendo su muñeca.)

BUDDY: ¿Qué piensas de eso, huh?

(POLLY no contesta. Ella come la cereza, entonces empieza a comer el

sundae. El FUNCIONARIO BRIGGS le da golpecitos en la cabeza y va a sentarse con MELISSA. Ellos hablan calladamente.)

BUDDY: ¿Por qué no dejas el pueblo?

MELISSA: Yo no tengo donde ir, Buddy. Vivo en un cordón como es.

BUDDY: Escúchame. Tengo algún dinero guardado.

MELISSA: ¡Buddy, no puedo!

BUDDY: Yo he fijado mis ojos en tí, Melissa, por más años de los que pueda recordar. Sabe, perdí mi oportunidad la primera vez. He estado esperando en las alas. Ahora, estoy apenado por cosas, de verdad lo estoy, pero necesitas a alguien que te pueda proporcionar.

MELISSA: ¡No lo hagas, Buddy, por favor!

BUDDY: ¿"No lo hagas" porque no quieres, o simplemente porque eres demasiado orgullosa?

MELISSA: ¡No entiendes!

(Ellos miran a POLLY llevar su sundae al mostrador.)

BUDDY: ¿Qué es lo que no entiendo?

MELISSA: Lo que pasó en el Super Saver, lo que le pasó a Dave... yo no pude detenerlo.

BUDDY: ¿Qué quieres decir?

MELISSA: Yo he visto cosas.

(POLLY ha subido al mostrador.)

POLLY: Quiero más cerezas.

(CAMARERA con una cola de cabello muy larga le contesta.)

CAMARERA: ¿Qué sucede, encanto?

POLLY: (no muy dulce) ¡Quiero más cerezas!

(MELISSA y FUNCIONARIO BRIGGS todavía hablan en la mesa.)

MELISSA: Yo vi a Dave muerto. Antes de que estuviera muerto. Yo lo vi en

comidas congeladas todo cortado y sangrando y no es la primera vez. Mi marido... yo lo vi en una ventana muerto antes de que pasara. Sabes, con un gancho

(En el mostrador)

POLLY: ¡Quiero más cerezas, ahora!

CAMARERA: Tendrás que ir a pedirle a tu Mamá un poco más de dinero, cariño. Yo no puedo sólo regalarlos.

MOZO: Orden de la ventana.

(Los ojos de la muñeca se abren.)

MUÑECA: Vamos a divertirnos.

POLLY: Mamá, quiero más cerezas.

MELISSA: Nos vamos ahora, Polly.

FUNCIONARIO BRIGGS: (sosteniendo una llave) Toma esto, Melissa. Es un lugar que usamos para cazar cerca del Lago de Schoodic...

POLLY: ¡Mamá!

FUNCIONARIO BRIGGS: ...o si no va a haber problemas. Más de los que necesitas.

POLLY: ¡Mamá! ¡Mamá!

(El cabello largo de la CAMARERA se enreda en la batidora de merengadas. Ella empieza a gritar mientras aparece sangre en su cabeza. El FUNCIONARIO BRIGGS se apresura para ayudarla. MELISSA y POLLY salen por la puerta.)

ESCENA 7

(La casa de JANE FROELICH. JANE mira por la ventana de la puerta.)

JANE: ¿Eres tú, Jack?

BONSAINT: Uh, sí, soy yo, Jane. ¿Puedo entrar?

JANE: (abre la puerta, hostil) ¿Quién está contigo?

SCULLY: Srta. Froelich, mi nombre es Dana Scully. Yo estoy con el FBI. Pasa que sólo estaba aquí de vacaciones, y uh...

JANE: ¿Y?

SCULLY: Y, sólo estoy ayudando al jefe aquí.

JANE: ¿Habló con ella?

SCULLY: ¿Quién?

JANE: Oh, por favor. Melissa Turner. Esa prostituta es una bruja tan seguro como que estoy parada aquí. Ella descende de los Hawthornes en Salem y de los Ingleses, también. Ella viene de un linaje maldito y ahora está pasándolo aquí. Dios salve a esa pequeña niña si alguien no hace algo. El Señor sabe que lo intenté.

BONSAINT: Jane, si tan sólo pudiéramos entrar unos minutos y charla.

JANE: Averigüé el año pasado qué tan bueno eres hablando, Jack Bonsaint. Expliqué todo y la ciudad me cerró, sin embargo. Nuestros tátara-tátara-abuelos supieron tratar a las brujas. Ellos habrían sacado al demonio fuera de esa niña y habrían dado a ese intento de madre justo lo que se merecía! (golpea la puerta)

SCULLY: La hospitalidad de Nueva Inglaterra. He oído hablar de eso toda mi vida. Finalmente tuve una oportunidad para experimentarlo yo misma.

(JANE los mira caminar al automóvil.)

BONSAINT: Bien, usted ve contra lo que estoy aquí, el sentimiento público y todo.

SCULLY: Este árbol familiar de Melissa Turner...

BONSAINT: Ajá..

SCULLY: Es pura charla, ¿no es así?

BONSAINT: Oh, nunca pregunté realmente. ¿Por qué?

SCULLY: Bien, creo que necesita traerla para enderezar esto.

BONSAINT: ¿Bajo qué pretexto?

SCULLY: Que ella podría saber algo.

BONSAINT: ¿Sobre que?

SCULLY: Bien, sobre lo que estoy segura que será una explicación absolutamente razonable para todo esto.

BONSAINT: Ajá.

SCULLY: Bien, desearía poder ayudarle. Usted sabe, solo estoy... de vacaciones.

(Ellos entran al automóvil. SCULLY mira a JANE que está de pie en la ventana y los mira.)

ESCENA 8

La ESTACIÓN de GUARDABOSQUE DEL LAGO SHOODIC

11:06 PM

(MELISSA conduce a la estación de guardabosque. POLLY está dormida al lado de ella. El GUARDABOSQUE sale para saludarlos.)

MELISSA: Hola.

GUARDABOSQUE: ¿Dónde piensa ir a esta hora de la noche?

MELISSA: Nos invitaron a un lugar cerca del lago.

GUARDABOSQUE: Uh-huh.

MELISSA: Un amigo nos dio la llave.

GUARDABOSQUE: ¿Tiene la ropa? ¿Comida y agua?

MELISSA: Estaremos bien.

GUARDABOSQUE: Solo quiero asegurarme de eso, señora. El invierno es fuerte allá arriba. ¿Sólo usted y la pequeña?

MELISSA: Por ahora.

POLLY: Quiero ir a casa, Mamá.

MELISSA: Vamos a ir a acampar, Polly.

POLLY: ¡Yo quiero mi cama! ¡Yo quiero mis discos!

(Los ojos de muñeca abren.)

MUÑECA: Vamos a divertirnos.

GUARDABOSQUE: Yo solo tomaré su número de licencia, entonces.

(GUARDABOSQUE regresa. MELISSA mira la ventana trasera y ve el reflejo de JANE FROELICH, con la garganta hendida.)

La IMAGEN de JANE: Ayúdeme.....

(MELISSA acelera rápidamente, forzando al GUARDABOSQUE a saltar fuera del camino, entonces acelera de regreso por donde vino.)

ESCENA 9

(La casa de JANE FROELICH. Hokey Pokey está sonando. JANE está vestida en bata. Ella enciende la luz y baja por el vestíbulo hacia el sonido de la música.)

JANE: ¿Hola?

(Ella entra en sala.)

JANE: ¿Quién es? ¿Hay alguien allí?

(El interruptor de luz no funciona. Hay discos de 45 regados alrededor del suelo al lado de un tocadiscos viejo. JANE levanta el plástico que cubre el tocadiscos y alza la aguja del disco. La música se detiene. Una sombra se mueve detrás de JANE.)

La VOZ de MUÑECA: Quiero jugar.

(JANE deja caer la aguja y la música empieza de nuevo. La mano de JANE empieza a agitarse. Ella se dobla y recoge un disco roto sobre el que acaba de caminar. Hokey Pokey empieza a sonar - "That's what it's all about" una y otra vez. JANE sostiene el disco roto delante de ella.)

JANE: No te tengo miedo.

(Ella intenta resistirse, pero trae el disco roto a su cuello. Salen del cuadro justo antes de que ella se corte. Oímos sus quejidos de dolor. El Hokey Pokey deja de saltar y termina la canción.)

(Comercial 2.)

ESCENA 10

(El cuarto de hotel de SCULLY. Música clásica. SCULLY está en un baño de burbujas, muy relajada. Suena el teléfono del Hotel. SCULLY abre un ojo,

suspira, entonces saca una pierna espumosa fuera de la tina para cerrar de golpe la puerta del baño. La cámara hace un paneo por el cuarto que muestra una bandeja de servicio de cuarto usada y un reproductor de CDs que toca la música clásica. SCULLY sale del baño llevando un velour negro y una toalla alrededor de su cabeza. Ella baja el reproductor de CDs. Al lado del teléfono una copia de Afirmaciones para Mujeres Que Hacen demasiado. La luz del mensaje en el teléfono está titilando. SCULLY suspira y probablemente piensa "Mulder," e ignora la luz titilante. Va a la ventana y abre la cortina obviamente esperando luz del sol y viento. Fuera, el CAPITÁN JACK BONSAINT sale de su automóvil de la patrulla y le sonríe. SCULLY sonríe herméticamente, entonces se dirige hacia la puerta con una expresión resignada.)

ESCENA 11

(Funcionarios ruedan el cuerpo de JANE fuera de su casa. BONSAINT y SCULLY conducen y entran en la casa.)

BONSAINT: Luce como si estuviera muerta por su propia mano. Una cortada grande bajo la barbilla abierta abrió la arteria.

SCULLY: ¿Con que?

BONSAINT: Buddy, muéstrale la cosa.

(Un teléfono celular empieza a sonar.)

(FUNCIONARIO BUDDY RIGGS le muestra un disco roto sangriento en una bolsa de evidencia.)

BONSAINT: (en teléfono) Jack Bonsaint.... Ajá. ¿... Quién? ... Oh, bien. Póngalo. (a SCULLY) es para usted.

(SCULLY está sorprendida.)

SCULLY: (en teléfono) ¿Hola?

MULDER: (en teléfono, voz) Eh, mañana, rayito de sol.

(Hay un sonido de golpe repetitivo del lado de MULDER. Él habla fuerte para compensar.)

SCULLY: (en teléfono) ¿Mulder?

MULDER: (en teléfono, voz) Sí. Estaba un poco preocupado por ti. Estaba preguntándome si necesitabas mi ayuda allí.

SCULLY: (en teléfono) ¿Necesitar tu ayuda en qué?

MULDER: (en teléfono, voz) Te dejé un mensaje en el motel. ¿No lo recibiste?

SCULLY: (en teléfono) Estuve fuera esta mañana. ¿Mulder?

MULDER: (en teléfono, voz) ¿Sí?

SCULLY: (en teléfono) ¿Que es ese ruido? ¿Dónde estás?

MULDER: (en teléfono) Estoy en casa. Están haciendo una construcción justo fuera de la ventana. Espera un segundo. (a los obreros de construcción imaginarios) Eh amigos! ¿Pueden dejarlo solo un segundo, quizá? (Él hace botar dos veces más su bola de básquetbol y la lanza lejos. Choca en algún mueble. MULDER hace una pausa y recoge el teléfono de nuevo.) Gracias. (a SCULLY) Sí, eh. Yo estaba - estaba pensando sobre este caso. Sabes, quizá no es brujería después de todo. Hay una explicación científica quizá.

SCULLY: (en teléfono) ¿Una explicación científica?

MULDER: (en teléfono) Sí, una causa médica. Algo llamado chorea.

SCULLY: (en teléfono) la enfermedad del baile.

MULDER: (en teléfono) Sí, el baile de St. Vitus.

(MULDER abre su refrigerador. No contiene absolutamente nada además de un jarro de jugo de naranja.)

MULDER: (en teléfono) Afecta grupos de personas causando arranques inexplicables de tirones y espasmos incontrolables.

(MULDER toma un trago del jugo directo de la botella.)

SCULLY: (en teléfono) Sí, y no se ha diagnosticado desde la edad media.

(MULDER hace una cara al sabor del jugo y miradas la fecha en la botella. OCT. 97)

MULDER: (en teléfono) Oh. (Escupe el jugo de nuevo en la botella.) Obviamente no eres fan del American Bandstand, Scully.

SCULLY: (en teléfono) ¿Mulder?

MULDER: (en teléfono) ¿Sí?

SCULLY: (en teléfono) Gracias por la ayuda. (Cuelga.)

MULDER: (en teléfono) ¿Hola?

BONSAINT: ¿Era su compañero?

SCULLY: Sip.

BONSAINT: Siento escuchar detrás de las puertas pero quizá él consiguió alguna visión sobre esto?

SCULLY: (definitivo) No.

BONSAINT: Ya veo.

(FUNCIONARIO RIGGS toca el disco que estaba en el reproductor - Hokey Pokey. Privadamente, RIGGS parece recordar que estaba sonando al fondo cuando él hablaba por teléfono con MELISSA. Él lo apaga.)

SCULLY: Sabe, Jefe Bonsaint -Jack- ¿puedo llamarlo Jack? Yo he estado pensando que quizá... quizá necesitamos explorar otras posibilidades.

BONSAINT: No estoy seguro de entender.

SCULLY: Bien, quizá necesitamos mantener nuestras mentes abiertas a... posibilidades extremas.

BONSAINT: Bien, pero ¿no está usted de vacaciones?

(SCULLY se inclina, entonces mira lejos.)

ESCENA 12

(Casa Turner. Hokey Pokey está sonando. Polly está tomando una siesta con la muñeca. Mientras termina la canción, MELISSA entra y empieza a llevarse muñeca de POLLY. Los ojos de la muñeca se abren.)

MUÑECA: Vamos a divertirnos.

(MELISSA retrocede en horror. El tocadiscos empieza de nuevo por sí solo. MELISSA baja de nuevo a la cocina y empieza a llorar. Ella mira arriba y ve el reflejo del FUNCIONARIO BUDDY RIGGS en su ventana de la cocina sosteniendo su porra sangrienta.)

La IMAGEN de BUDDY: Melissa... ayúdame.

MELISSA: ¡No!

ESCENA 13

(Restaurante. SCULLY y BONSAINT en una mesa. La camarera pone una langosta muy grande delante de ellos. BONSAINT suspira con placer.)

SCULLY: ¡Oh, por dios! Eso parece sacado de Julio Verne. ¿Se supone que comeremos eso?

BONSAINT: (tomando un pedazo) Un poco tarde para otra cosa. ¿Dijo usted tenía algunas otras direcciones donde estaba mirando?

SCULLY: He estado pensando sobre Melissa Turner. ¿Ahora, usted dijo que su marido murió en un accidente yendo en bote?

BONSAINT: (comiendo langosta con mucho agrietamiento) Ajá.

SCULLY: Bueno, ¿Hubo algo extraño en eso? ¿Sobre la manera que pasó?

BONSAINT: Bien... nunca se explicó para satisfacción de nadie, realmente.

SCULLY: ¿Cómo es eso?

BONSAINT: (saca más langosta) ¿Cómo el hombre consiguió que un gancho atravesara limpiamente su cráneo?.

SCULLY: ¿Se le preguntó a Melissa sobre eso?

BONSAINT: ¿Melissa? No. No veo cómo estaría involucrada. El barco en el que él murió está justo allí si quiere saber.

(Ellos miran por la ventana y ven a un HOMBRE VIEJO en un barco de pesca pequeño, llamado "Chica Trabajando".)

SCULLY: Vi a ese hombre en el mercado.

(Fuera, el HOMBRE VIEJOS tira un cubo de agua a un lado del barco.)

ESCENA 14

(Casa Turner. POLLY sostiene su muñeca y pone un disco en su tocadiscos.)

POLLY: Quiero palomitas de maíz, Mamá.

(MELISSA mira en el cuarto mientras POLLY empieza su tocadiscos. Hokey Pokey.)

MELISSA: De acuerdo.

(MELISSA se vuelve y empieza a ver al FUNCIONARIO BUDDY RIGGS.)

BUDDY: ¿Qué estás haciendo aquí?

MELISSA: ¡Buddy!

BUDDY: ¿Cómo regresaste al pueblo?

MELISSA: Tienes que salir de aquí, Buddy.

BUDDY: Sabes, llamé a los guardabosques. Ellos dijeron que intentaste matar a un hombre. Casi lo arrollaste. ¿Regresaste para matarla, también, no es así?

MELISSA: Yo no intenté matar a nadie.

BUDDY: Jane Froelich.

MELISSA: No soy yo, Buddy.

BUDDY: Bien, vamos a ver sobre eso. Te vienes conmigo. Tú y tu pequeña mocosa.

(POLLY voltea la muñeca para enfrentar a BUDDY. Los ojos de la muñeca se abren.)

MUÑECA: Quiero jugar.

ESCENA 15

(Noche. En el barco, SCULLY y BONSAINT entrevistan al HOMBRE VIEJO. El HOMBRE VIEJO todavía tiene arañazos alrededor de sus ojos.)

HOMBRE VIEJO: ¿Qué pasó? Usted hace esa pregunta aquí, y consigue tantas historias como... como pescadores.

SCULLY: Usted estaba a bordo la noche que murió. ¿Qué piensa usted?

HOMBRE VIEJO: Yo le conté mi historia al Jefe.

SCULLY: Las historias de las personas cambian.

HOMBRE VIEJO: La gente culpa a la viuda.

SCULLY: ¿A quién culpa usted?

HOMBRE VIEJO: Él era salvaje para ella.

CORTE A:

(Escena retrospectiva, antes de que el padre muriera. Mientras el HOMBRE VIEJO cuenta la historia, el PADRE tira de una trampa y halla la muñeca.)

HOMBRE VIEJO: (voz) Él trabajó muy duro para construir esa pequeña casa para ella y cuando esa hija vino, necesitaría un trapeador para limpiar esa sonrisa de su cara. Nosotros partiríamos al mar en el último cumpleaños de la niña. Él estaba contando las horas para ir de nuevo casa.

PADRE: Eh, mire lo que Davy Jones le envió a mi pequeña Polly. La pesca del día.

HOMBRE VIEJO: Ajá.

CORTE A:

(Presente.)

HOMBRE VIEJO: Tres días después, él estaba muerto.

SCULLY: Y usted sabe lo que lo mató.

HOMBRE VIEJO: Los ojos juegan trucos en la noche, el agua contra la cáscara hace ruidos.

CORTE A:

(La noche que el PADRE murió. El PADRE está solo en la cubierta.)

HOMBRE VIEJO: (voz) A veces usted oye cosas.

La VOZ de MUÑECA: Vamos a divertirnos.

PADRE: ¿Qué diablos fue eso?

(El PADRE toma un gancho grande y curvo. Él abre la puerta de la cabaña y despierta al HOMBRE VIEJO.)

HOMBRE VIEJO: ¿Qué es eso?

(El PADRE no contesta, sólo regresa fuera. El HOMBRE VIEJO oye la voz.)

La VOZ de MUÑECA: Quiero jugar.

(El HOMBRE VIEJO se levanta y va fuera. Él ve al PADRE con el gancho a través de su cabeza.)

HOMBRE VIEJO: Oh, por Dios.

CORTE A:
(Presente.)

HOMBRE VIEJO: Como dije, los ojos juegan trucos.

SCULLY: Pero usted vio algo en esa tienda de comestibles. Esa niña pequeña y su muñeca.

HOMBRE VIEJO: En el momento en que los vi, lo supe.

ESCENA 16

(SCULLY y BONSAINT están volviendo en el automóvil. El teléfono de SCULLY suena.)

SCULLY: (en teléfono) Scully.

MULDER: (en teléfono) Eh. Pensé que no estabas contestando tu teléfono celular.

(MULDER, con la corbata deshecha, está sentado en un escritorio <¿el de SCULLY?!> que tiene un mapa de Kentucky detrás de él. Él está jugando con el cordón telefónico. Todavía aburrido.)

SCULLY: (en teléfono) ¿Entonces por qué llamas?

MULDER: (en teléfono) Yo, uh, yo tenía un nuevo pensamiento sobre este caso en el que estás. Hay una infección viral que se extiende por simple toque...

SCULLY: (en teléfono) ¿Mulder, hay alguna referencia en la literatura oculta a objetos que tienen el poder de dirigir la conducta humana?

(BONSAINT le da una mirada a SCULLY.)

MULDER: (en teléfono) ¿Qué clase de objetos?

SCULLY: (en teléfono) Um, como una muñeca, por ejemplo.

MULDER: (en teléfono) ¿quieres decir como Chuckie?

SCULLY: (en teléfono) Sí, ese tipo de cosas. (MULDER se levanta y cruza a su escritorio)

MULDER: (en teléfono) Sí, el mito de la muñeca habladora está bien establecido en la literatura, sobre todo en Nueva Inglaterra. El-el fetiche o Juju se cree que pasa poderes mágicos hacia su poseedor. Algunas de las primeras brujas se condenaron por poco más que proclamar que estos objetos existían. La supuesta bruja tiene visiones premonitorias y cosas.... ¿Por qué preguntas?

SCULLY: (en teléfono) Sólo era una curiosidad.

MULDER: (en teléfono) no encontraste una muñeca habladora, o sí, ¿Scully?

SCULLY: (en teléfono) No, no. Por supuesto que no.

MULDER: (en teléfono) yo sugeriría que buscaras en la parte de atrás de la muñeca un - un anillo de plástico con un cordón en él.

(SCULLY agita su cabeza y cuelga.)

MULDER: (en teléfono) Ése sería mi primer.... Hola?

SCULLY: Vamos a charlar con Melissa Turner.

ESCENA 17

(Casa Turner. Sonido de metal raspado.)

POLLY: (en su cuarto, gritando) ¡¿Dónde están mis palomitas de maíz?!

(MELISSA está en la cocina haciendo palomitas de maíz en la estufa. Ella está muy disgustada.)

MELISSA: Está viniendo, Polly.

(La cámara muestra que el FUNCIONARIO BUDDY RIGGS está muerto. En su mano está su porra sangrienta.)

POLLY: ¡¿Dónde están mis palomitas de maíz?!

MELISSA: (llorando) está viniendo.

(Comercial 3.)

ESCENA 18

(POLLY está en cama durmiendo con la muñeca. MELISSA mira en el cuarto, entonces va a un armario y consigue un martillo y un manojo de clavos. Después, MELISSA está martillando clavos frenéticamente en todas las puertas

y ventanas.)

POLLY: (llamando desde arriba) Mamá... no puedo dormir.

MELISSA: Regresa a la cama, Polly. Ya pasó tu hora de acostarse.

POLLY: No más golpes.

MELISSA: Regresa a la cama, cariño.

(Los ojos de la muñeca se abren.)

MUÑECA: Vamos a divertirnos.

(MELISSA la ve su propia imagen en la ventana, un martillo está pegado en su frente sangrienta.)

La IMAGEN de MELISSA: Ayúdame...

MELISSA: Todo va a estar bien, Encanto. Sólo regresa a la cama.

(Fuera, BONSAINT y SCULLY conducen. Ellos ven un automóvil estacionado cerca.)

BONSAINT: Ése es el automóvil de Buddy.

(Dentro, MELISSA cierra la puerta de la alcoba de POLLY. Ella vuelve a poner el martillo en el armario y le pone un candado él. Entonces va a la cocina y toma un calentador portátil, regando queroseno en el suelo al lado del cuerpo muerto de BUDDY RIGGS. Ella consigue entonces una caja de fósforos, oye a BONSAINT y a SCULLY fuera golpeando.)

BONSAINT: ¡Melissa!

(SCULLY mira por una ventana.)

BONSAINT: ¿Ve usted algo?

SCULLY: Unh-uh.

BONSAINT: (golpeando) Melissa.

(Dentro, Melissa intenta encender un fósforo. Ella está agitada. Finalmente, el tercer fósforo prende)

BONSAINT: (fuera) ¡Melissa!

POLLY: (mirando a MELISSA, asustada) ¡¿Mamá?!

(Los ojos de la muñeca se abren. El fósforo se apaga.)

MUÑECA: No juegues con fósforos.

MELISSA: (llorando, e intentando encender otro fósforo) ¡Regresa a la cama, Polly!

(MELISSA intenta encender más fósforos. Cada uno se apaga.)

BONSAINT: (fuera golpeando) ¡¿Melissa?!

MELISSA: Váyase ahora.

(Fuera, SCULLY ve los clavos que mantienen la puerta cerrada. Mientras BONSAINT continúa golpeando en la puerta, SCULLY mira de nuevo en la ventana y ve a MELISSA encendiendo fósforos. SCULLY empieza a golpear en la ventana.)

SCULLY: ¿Melissa? ¿Melissa? ¡Bonsaint!

(MELISSA pierde el interés en los fósforos y empieza a intentar abrir cajones. Ellos se cierran solos.)

MUÑECA: No juegues con cuchillos.

POLLY: ¡Mamá!

SCULLY: (fuera) Ella tiene la puerta clavada. Está intentando matarse.

(BONSAINT empieza a romper la puerta. SCULLY sigue golpeando en la ventana.)

SCULLY: ¡Melissa! ¡Melissa!

POLLY: ¡Mamá! ¡Mamá, no más golpes!

(El gabinete de herramientas se abre por sí solo.)

MUÑECA: Juguemos con el martillo.

(SCULLY y BONSAINT vuelven a golpear la puerta.)

SCULLY: ¡Melissa!

(La puerta se abre finalmente. BONSAINT y SCULLY entran. MELISSA está

sosteniendo el martillo delante de su cara.)

MELISSA: ¡Aléjese de mí!

SCULLY: Suéltelo, Melissa.

MUÑECA: No me gustas ya.

(MELISSA se da en la frente con el martillo.)

SCULLY: (se arrodilla al lado de POLLY.) Dame la muñeca, Polly.

MUÑECA: Quiero jugar.

(POLLY agita su cabeza y sostiene la muñeca. MELISSA se golpea de nuevo. Su cabeza está sangrando ahora.)

SCULLY: Polly, dame la muñeca.

MUÑECA: Quiero jugar.

(MELISSA se golpea de nuevo. POLLY mira con horror. SCULLY toma la muñeca que sigue repitiendo "Quiero jugar". Ella la baja a la cocina y mete la muñeca en el microondas y lo prende. La muñeca se enciende. Debe ser uno de esos microondas oxigenados. POLLY camina hacia MELISSA que está sangrando y llorando. SCULLY y BONSAINT miran la muñeca quemada.)

ESCENA 19

(Oficina de los Expedientes X. Mulder termina de afilar un lápiz en un afilador eléctrico, y delicadamente le sopla el polvo de la punta. Él lo pone en el escritorio y cuidadosamente lo alinea con aproximadamente 20 lápices afilados más. La puerta se abre y SCULLY entra.)

MULDER: Oh, eh, Scully. ¿Cómo estás? (Entrelaza sus dedos suavemente para esconder la fila de lápices.) ¿Cómo estás sintiéndote? ¿Descansada?

SCULLY: Yo me siento bien.

(SCULLY se enfoca adelante del póster de Quiero Creer detrás de MULDER.)

MULDER: ¿Qué?

SCULLY: ¿Ese cartel... Dónde lo conseguiste?

MULDER: Oh, yo lo compré en la calle "M" en alguna tienda hace aproximadamente cinco años.

SCULLY: Hmm.

MULDER: ¿Por qué?

SCULLY: No. yo sólo... quiero enviar uno a alguien.

MULDER: ¿Sí?

SCULLY: Mm-hmm.

MULDER: ¿Quién?

(Mientras SCULLY lo pasa, MULDER abre su cajón del escritorio y tose para cubrir el sonido de los lápices cayendo en el cajón y el cajón cerrándose.)

MULDER: ¿Quién?

SCULLY: Oh, sólo... un chico. (pausa) Jack. ¿Calle "M"?

MULDER: Sí. ¿Eh, tiene esto algo que ver con ese caso en que estabas trabajando?

SCULLY: ¿Qué caso? Uh, sí. Así es.

MULDER: ¿Lo resolviste?

SCULLY: ¿Yo? No. No. yo estaba, uh, estaba de vacaciones. Sólo ...salir de mi propia cabeza durante unos días. ¿Qué hay sobre ti? ¿Hiciste, uh, hiciste algo mientras me fui?

MULDER: Oh, Dios. Es asombroso lo que puedo lograr sin el entretenimiento incesante o el cuestionamiento de todo lo que hago. Es sólo...

(MULDER es interrumpido por un lápiz que cae sobre él. Él mira arriba y otro cae en él. SCULLY despacio sube sus ojos al techo. Aproximadamente treinta lápices están incrustados en los azulejos del techo sobre el escritorio de MULDER.)

MULDER: (avergonzado, pero encantador) Hay... hay una explicación.

SCULLY: Oh, no sé. Creo que algunas cosas quedan mejor inexplicadas.

(Otro lápiz se cae y golpea a MULDER arriba de su cabeza. Él mira a SCULLY inocentemente. Ella lo mira con exasperación.)

ESCENA 20

(Noche. el barco De pesca en Maine. Un pescador arranca una langosta de una trampa.)

PESCADOR: Ah.

(Él arranca la muñeca quemada de la trampa. Los ojos de la muñeca se abren.)

MUÑECA: Quiero jugar.

-----[EL FIN]-----

Créditos

Traducciones:

- Beater
- Larry Underwood
- Gabriel Vaianella
- Andrés García P.
- JM Ziebad de Gilead
- Rar

Compilación:

Ariel Darkness